



DC
COM

+ 1410258

C.



CRISTOBAL COLON

D. FRANCISCO OVELLANA

CRISTOBAL COLON.

ES PROPIEDAD DE ORELLANA Y MANERO.

Barcelona. Imp. de Salvador Manero. Rambla de Sta. Mónica, n.º 2, frente á Correos.

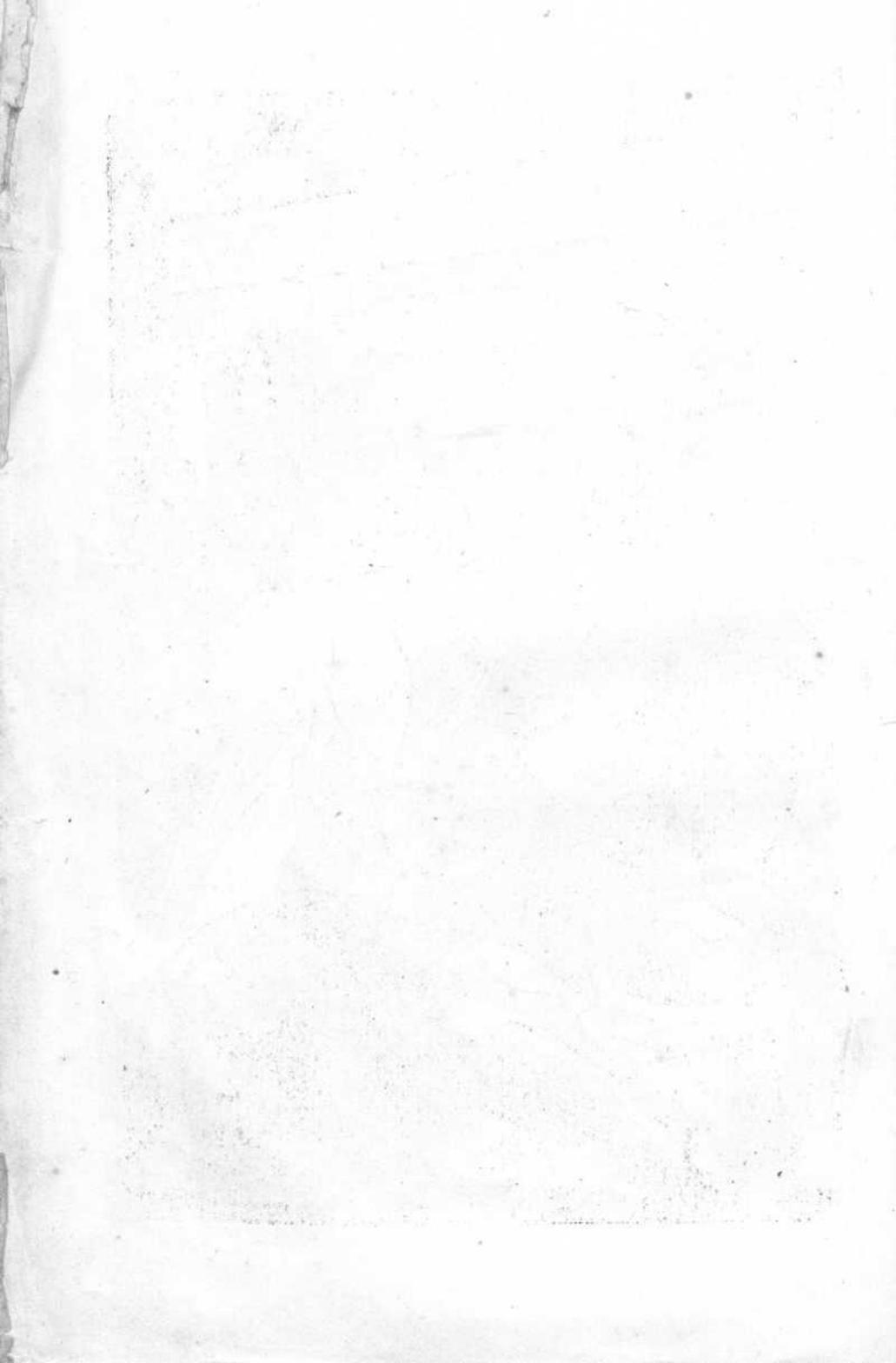
R. 125707

CRISTOBAL COLON.

POR

D. FRANCISCO J. ORELLANA.





CRISTOBAL COLON

HISTORIA POPULAR

por

FRANCISCO J. ORELLANA.

SEGUNDA EDICION.

BARCELONA:

LIBRERIA DE SALVADOR MANERO,
Rambla de Sta. Mónica, n.º 2.

MADRID:

LIBRERIA DE ANTONIO SAN MARTIN
calle de la Victoria, n.º 9.

1863.

CRISTOBAL COLON

HISTORIA POPULAR

por

FRANCISCO J. ORILLANA.

¡Colon! ¡Colon! perdona si te agravio
Cuando pretendo discantar tu gloria,
Que el aplauso del necio ofende al sabio;
Aunque empañar no puede su memoria.
Tengo en la mente, y en el alma y labio,
Desde muy niño, tu brillante historia;
Y ha sido para mí, despues de adulto,
Tu sepulcro un altar, tu nombre un culto.
D. NARCISO DE FOXÁ.—*Canto épico sobre el descubri-
miento de América.*

LIBRERIA DE ANTONIO SAN MARTIN

Calle de la Victoria, n.º 9.

LIBRERIA DE SALVADOR MARIÑO

Plaza de San Martín, n.º 2.

CRISTÓBAL COLÓN

A MIS QUERIDOS AMIGOS,

LCS SEÑORES

D. Angel de Villalobos y D. Juan Illas y Vidal.

No es una atención lisonjera; no un obsequio pretencioso la dedicatoria que os hago de este libro, mis buenos amigos: es solo una memoria de poca valía, en pago de una deuda de afecto contraída hace diez años, y desde entonces siempre creciente. Como tal, no dudo que la aceptaréis; y ojalá no desmerezca de la buena voluntad con que os la ofrece vuestro invariable amigo.

Francisco J. Orellana.

A MIS QUERIDOS AMIGOS.

LOS SEÑORES

D. Ángel de Villalobos y D. Juan Gilas y Vidal.

No es una elección ligera; no un capricho pasajero la de-
dicación que se hace de esta forma a mis buenos amigos: es solo
una memoria de poca vida, en pago de los días de desolación.
Tiene poco diez años y los años siempre crecientos. Como
tal, no hubo que la aceptar; y esta no demuestra de la buena
voluntad con que es la obra vuestro invisible amigo.

Amigos y Señores

CRISTOBAL COLON.

PRÓLOGO.

EL CIELO Y EL ABISMO.

I.

Era la fé la antorcha del genio al espirar el siglo XV. Con él acababa una época grande en su barbarie, gigantesca en su vigor, atropellada en la manifestacion de sus pasiones. La Europa moderna, sin dejar de ser jóven, entraba en la edad viril. Desarrollándose el espíritu, ensayaba sus nacientes alas y presentia la dominacion del universo: las ciencias de la culta antigüedad, que guardaron los claustros y las sinagogas en estado de crisálida, pugnaban por romper su oscura cárcel; y aunque las tinieblas eran densas, despuntaba ya la aurora de una nueva civilizacion.

Todas las testas coronadas, sin prévio acuerdo, abatian á un tiempo las instituciones feudales, constituyendo nacionalidades robustas; habia nacido el Gran capitán del siglo futuro, que debia escribir en su escudo el lema de la edad moderna: *Ingenium superat vires*: y con efecto, el imperio absoluto de la fuerza brutal pasaba á la Historia: el ingenio subia ya las gradas de su trono.

Habia nacido la imprenta: su inventor, segun la tradicion ale-

mana, vendió el alma al diablo por un poco de sabiduría (1). No pudo ser un diablo malo el que inspiró la idea de multiplicar el pensamiento y fijar la tradicional experiencia, sin la cual sería vana la superioridad del hombre.

Habia nacido Copérnico: tras de él venía Galileo, destinados ambos á encadenar el sol y dar libertad á la tierra; suelto el uno, detenida la otra por los fallos del error.

El espíritu de Dios había dicho al hombre: «¡Marcha!» Y le había manifestado un guía invisible, encerrado en una piedra, que marcando constantemente los ejes del cielo, le condujese con seguridad á través de los mares desconocidos y le revelase las leyes ocultas por que se rige el universo. Era el iman aquel guía: la piedra oscura que lo contiene, imágen de los modestos instrumentos de que el Criador se vale para sus grandes obras.

Pero el error y las preocupaciones ceñían con una triple venda los ojos del entendimiento: el terco espíritu del mal defendía palmo á palmo sus dominios, encastillado en la fortaleza de la ignorancia. Sin embargo, los hombres querían marchar, y marchaban, aunque detenidos á cada paso por pueriles temores y por los monstruosos engendros de su imaginación avasallada.

Y estaba destinado á los débiles el ser los primeros entre los grandes: una princesa modesta y un príncipe ignorante se habían unido, siendo tan pobres, que casi los desposaron de limosna: pero después, sus virtudes y sus talentos los habían elevado al primer lugar entre los soberanos de Europa, y los nombres de Isabel y Fernando se pronunciaban en todas partes con admiración y respeto.

Y otro ser más modesto aun y más oscuro, nacido en el risueño país de Liguria, ensayaba en el mar su constancia, atesoraba experiencia, y desenvolvía sus talentos ocultos: era un joven pobre, pero estudioso; intrépido en el peligro, entusiasta por todo lo grande, inalterable en sus resoluciones: el espíritu de Dios penetraba en el corazón de este hombre, que se llamaba *Cristóbal Colon*.

(1) Atribuyen algunos autores la invención de la leyenda del doctor Fausto, á quien se deben los primeros ensayos del arte de imprimir, al disgusto con que ciertos monjes vieron este vehículo de las luces, que también se dijo era obra de magia.

II.

¿A dónde van aquellas naves genovesas, que han pasado el estrecho de Gibraltar?—Sus proporciones, sus equipajes y armamento indican que son la flotilla de algun corsario.—¿Hay por ventura piratas que perseguir en el Atlántico?—Seguramente no; pues ni turcos, ni africanos osan acercarse á las playas de Portugal, cuyo poder marítimo solo cede al de Venecia: tampoco á las del ducado de Medina-sidonia, que puebla el mar con sus velas.—¿Van acaso á disputar á los portugueses la gloria de los descubrimientos en la Zona Tórrida?—Nó; pues navegan con gallardía torciendo su rumbo al Norte; y al acercarse la noche se mantienen á la capa enfrente de Moguer.

Tranquila está la mar: como un rio de oro líquido lo cruza, desde las naves hasta el lejano horizonte, la estela del sol, medio escondido tras las ondas: una blanda brisa de tierra empuja el medio arriado velamen de las galeras genovesas, y trae al Océano silencio los rumores del mundo habitado. El cielo está diáfano, y retrata su puro azul mentido en el piélago inmenso, cuyo fondo pueblan mónstruos, y cuya estension no tiene mas límite que un abismo sin fin para los hombres del antiguo continente.

—«¿A dónde va ese sol? murmura un hombre, que, cruzado de brazos, le contempla desde el castillo de proa de la mayor de las galeras.—Catorce horas ha lucido sobre nuestro horizonte: otras diez tardará en volver por el opuesto extremo, y habrá trazado un círculo. ¿A dónde va, sino á fecundar con sus rayos otras regiones que están bajo mis piés? La tierra no puede ser mas que un globo, suspendido en el espacio por el poder de Dios... Sus extremos no tocan en ninguna parte, puesto que ese sol la rodea... Si yo siguiese la carrera del sol, encontraría sin duda las remotas playas orientales del Asia.»

Esta era la primera vez que un pensamiento tan atrevido brotaba en la mente humana.—Tranquilo estaba el mar; blanda soplabla la brisa; y sin embargo, el viento bramó de súbito, una montaña líquida se alzó hirviendo del profundo abismo, las naves cabecearon

al violento inesperado empuje, y el hombre que estaba sobre el castillo de proa no cayó al agua, porque se asió de un cabo. La ráfaga pasó, y la brisa trajo de tierra el sonido de una campana.

En la próxima costa se alzaba un pequeño promontorio, cubierto de pinos y rodeado en su falda por un río, en cuya ribera se asentaba el marinero pueblo de Palos: el claro ambiente de la tarde permitía ver sobre la altura un castillo morisco, y mas allá la iglesia de un monasterio.

De aquí venia el místico sonido de la campana, que parecia responder al pensamiento del marino, y que despertó en las tripulaciones los sentimientos devotos de la época.

Tras del aviso momentáneo de los peligros del mar, aquella voz del bronce religioso elevaba las almas al cielo, donde reside la esperanza. En el monasterio de Santa María de la Rábida, que era el del montecillo cercano, y en las naves genovesas, se entonó á un tiempo mismo el himno á la Virgen: *Salve, maris stella!*

Cerró, en tanto, la noche: tras de ella vino el día y otra noche: durante las tinieblas, la flotilla dobló el cabo de san Vicente; y cuando el sol, volviendo de su visita al hemisferio desconocido, alboraba los linderos del cielo y de la tierra, nuevas velas aparecieron en el mar por la parte del Norte.

La capitana de las naves genovesas hizo señales, que fueron comprendidas por los jefes y tripulantes de toda la flota: la mar estaba tranquila, pero no los buques, donde parecia haber soplado de repente con su hálito mortífero el genio de la guerra.

Izado está en todos ellos el pabellon de *San Giorgio*; los remeros en sus bancos bogan á compás, obedeciendo al pito del cómitre; las vocinas transmiten las órdenes de la capitana, que son al punto ejecutadas por marineros y soldados; algunas ráfagas de viento hinchan las desplegadas lonas, como si el espíritu del mal se agitase en la atmósfera; la paz de la naturaleza es interrumpida por el rumor de la gente de armas, que apresta cables y garfios de abordaje, arcabuces, cuchillos, espadas y falconetes.

Cuatro son las galeras que navegan con rumbo al Sur; no vienen desapercibidas: en sus popas ondea el pabellon de *San Marcos*, y en sus cubiertas bulle la tripulacion: percíbese el movimiento acom-

pasado de sus largas hileras de remos, que se agitan semejantes á las aletas de los mónstruos marinos.

Son naves venecianas que vuelven de Holanda cargadas de riquezas. Venecia y Génova siempre fueron rivales; ambas quieren para sí el dominio de las ondas, y no es posible que se encuentren sus marinos, sin que el ódio nacional les irrite, y encienda en sus pechos la sed de sangré y esterminio.

Las dos flotillas parten derechas á encontrarse, cuando el sol naciente sonrie en las trémulas aguas: el Océano les viene estrecho.— Ya truenan de ambos lados los falconetes en señal de desafío; los gritos de guerra pueblan el aire; los denuestos y las amenazas esfuerzan la ira, que rebosa en los pechos: el genio de la destruccion bate sus alas, y llama en torno suyo á las aves carniceras, á quienes prepara un festin sangriento.

En la capitana genovesa descuella la figura imponente de Colombo el Mozo, corsario el mas temible de los mares de Levante: su arma predilecta es el hacha de abordaje, que maneja y esgrime como si fuese una ligera caña.

Ya se chocan los contrapuestos buques: crúzanse los tiros, aférranse las proas; y entre el estruendo marcial de los tambores y cornetas, entre las voces de mando y los alaridos feroces, resuenan opacos los golpes repetidos de las espadas y hachas: es un duelo á muerte, mas bien que un combate: una de las dos flotas ó acaso las dos han de perecer antes que cese la encarnizada lucha.

III.

El sol ha recorrido la mitad de su carrera, y mira desde el zenit el desesperado combate de genoveses y venecianos, que firmes en sus puestos respectivos, ni avanzan ni ceden: el dia declina, pero no la refriega, que antes bien crece el furor de los combatientes; el rey de los astros, antes de bajar al ocaso, niega su luz al Océano ensangrentado, que hierve y brama en torno de las naves enemigas: negras nubes oscurecen la transparencia del cielo y abarcan el horizonte, estendiéndose como un dragon infernal de inmensas alas.

En la galera donde apareció el hombre pensador, cuya mente medía la estension y la forma del universo, la lucha escudé á toda comprensión humana: diríase que el espíritu del mal ha concentrado allí todas sus fuerzas para aniquilar al osado marino, y á su nave, y á cuantos con él están. No bastan ya las armas usuales para esparcir la muerte y el estrago. La furia inventa nuevos instrumentos de destrucción: brea hirviendo, alquitran, pedazos de jarcia, y todo cuanto á la mano encuentran, se arrojan con frenesí los combatientes.

—Y en su furor no atienden á otro comun enemigo, que se cierne sobre su cabeza y brama bajo sus piés: la tempestad avanza rugiendo; el rayo hiende las nubes y pinta en el fondo negro del cielo su esquinada cinta de fuego: las aferradas naves se entrechocan al empuje del viento y de las olas; gimen los masteleros, y los cascos rechinan; y cual si un poder invisible, pero maléfico, presidiese á la tempestad y al combate, véense de repente agrupadas las galeras todas por un violento torbellino, enciéndense las materias inflamables que unos á otros enemigos se arrojan, arden los buques y en breves momentos se difunde el incendio por todas ellas.

En tan grave peligro, solo el hombre pensador conserva la serenidad necesaria: toma una vocina, y con su sonido domina el estruendo de la pelea, el de los vientos y el de la tempestad: su grito de mando es obedecido por instinto: nadie piensa ya en conjurar el riesgo comun que á todos amenaza. Pero la furia infernal redobla sus esfuerzos, y hace volcan del incendio: un manojo de rayos estalla sobre las dos flotas, y las centellas bajan culebreando por los palos: uno penetra en el polvorin de la nave que monta el pensador marino, y en un instante la convierte en astillas y pavesas.

—Valednos, Virgen María!

Esta exclamacion se oye en medio de las agitadas olas, que á manera de montañas elevan sus espumosas crestas, enrojecidas por las sangre y las llamaradas del incendio; y en sus líquidos valles, y en sus profundas simas parece como que suenan sarcásticas carcajadas.

Centenares de hombres luchan allí con la agonía y las ansias de la muerte; muchos, por salvarse, agárranse de sus compañeros, y unos y otros bajan precipitados al abismo.

Uno solo, entre tantos, vence la resistencia de las encontradas corrientes, aunque parece que estas se adunan para despedazarle: vedle allí remontar la cumbre gigantesca de una inmensa ola: es el mismo que la tarde antes osó mirar al sol y adivinar su secreto. El espíritu de Dios vigoriza sus fuerzas: la Providencia pone en sus manos un remo, que flota perdido entre las revueltas ondas: pero un golpe de mar se lo arrebató, y le sumerge hasta el fondo, arrastrándole en su fiero torbellino.

El cielo y el abismo luchan, disputándose aquel hombre: otra vez aparece sobre las olas: otra vez el perdido remo se presenta á su vista; pugna y bracea contra la corriente para asirlo de nuevo, pero las montañas de agua se lo esconden y el huracán se lo aleja.

Brama el mar azotado por el granizo; las nubes se inflaman y retumban con el fragor de cien truenos; pero no turban la serenidad, ni amenguan el valor del hombre animado por el espíritu de Dios. Vedle otra vez transmontar las fragorosas olas, asido el remo con ambas manos, alta la frente, impávido en el peligro. Las tinieblas le rodean, y las momentáneas fulguraciones del rayo solo sirven para mostrarle los horrores de la borrasca, y hacer luego mas densa é impenetrable la oscuridad.

¡Pobre Colon!... Así se llama el hombre pensador que lidia cuerpo á cuerpo con el Océano indomable. No podrá resistir la furia de los elementos: su espíritu no desmaya, pero sus fuerzas comienzan á flaquear; las atlánticas ondas vienen seguidas á estrellarse contra su pecho, cual si el poder que las mueve solo á su destruccion atendiese.

—Virgen del cielo! exclama el náufrago en sus mortales ansias. ¡Madre mia santísima, no me abandones!

El sonido lejano de una campana pareció flotar en el aire, envuelto en los crugientes pliegues del huracán.

Colon sintió reavivarse su esperanza y sus fuerzas; no podía tener muy lejos la tierra deseada.

Pero arreciaba la tempestad: ni una luz, ni una estrella guiaban el rumbo del mísero náufrago; solamente los rayos en divergentes haces iluminaban á lo lejos las casi deshechas naves. El abismo triunfaba: Colon, combatido por el oleage, perdió el conocimiento; pero

la fuerza de voluntad dejó el remo afianzado entre sus crispadas manos, y su cuerpo siguió flotando, y en su rostro se marcó la espresion de una placentera confianza.

— Soñaba, en tanto, como si reposara en un mullido lecho: soñaba que el sol se hundia detrás del Océano, y que sus últimos rayos alumbraban en lontananza un país maravilloso, poblado de estrañas gentes y naciones, cuyos edificios, techados de oro y piedras finas, resplandecian como el mar cuando le dora la luna llena; soñaba que iba en un poderoso navío, empavesado con rojos gallardetes, y que el globo de la tierra se deslizaba rodando bajo sus piés: soñaba que su barco se iba á pique á la vista de aquel país desconocido: hacia votos mentalmente á la Virgen y á su divino Hijo, porque le permitiesen estender hasta allí el conocimiento de la fé cristiana, y pareciale ver en el aire un genio celestial, que le amparaba, prometiéndole la realizacion de su ardiente deseo.

Entretanto, las olas le arrastraban como á un tronco inerte: ¿Quién que le viera podria creer en su salvacion? Solo su espiritu velaba; pero un sacudimiento mas impetuoso acabó por arrebatarle las confusas ideas y las imágenes placenteras del sueño. Su letargo y la muerte no eran desemejantes. El pobre náufrago dejó de aparecer sobre la irritada superficie del mar.

IV.

— ¿Quiénes son aquellas piadosas mujeres que rodean un cuerpo humano, arrojado por las olas á la playa de Portugal? Una está sentada, y le tiene la cabeza en su falda: las otras dos le examinan y le reputan ya cadáver.

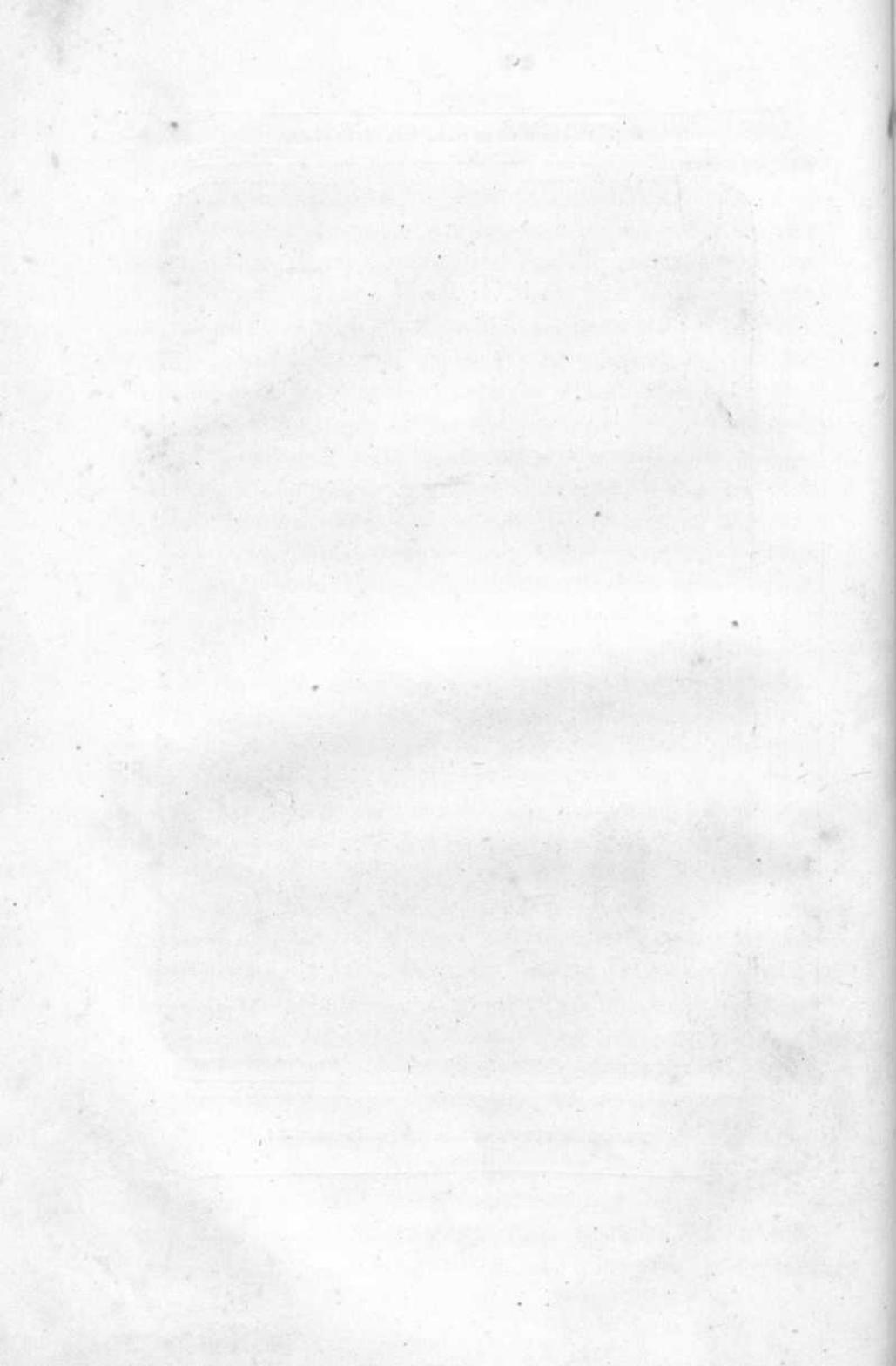
— Ninguna recuerda haber visto el náufrago entre los pescadores ni marineros de su aldea: es un desconocido, un extrangero, al parecer: la mas caritativa llora, acordándose de su marido, que salió á navegar y no volvió mas; las otras rezan por el alma del náufrago.

— Pero esté se reanima con el suave calor del sol naciente: un grito se escapa de los labios de la viuda caritativa: sus compañeras contemplan el rostro varonil del extrangero, y exclaman á un tiempo:

— ¡Vive!.....



Pareciale ver en el aire un genio celestial.



Con efecto, Colon entreabre los mustios ojos, remueve los labios sin poder hablar, y parece que se admira de hallarse en tierra. Una de las mujeres corre á la aldea vecina en demanda de auxilio, y no tarda en volver con algunos vigorosos marineros, que colocan al ná. frago en una camilla, y le trasladan á la morada de la caritativa viuda.

Tres días bastaron para que el robusto marino recobrase la salud y las fuerzas: cinco mas permaneció entre aquellas gentes sencillas, que sebedoras de su salvacion prodigiosa y de su trato noble y llano, acudian á verle con curiosidad, y le llamaban *el hombre del milagro*. Su habla les dió á conocer que era extranjero; su situacion decia claramente que estaba en un país extraño, sin recursos ni amparo: no se afligia, sin embargo; como Simónides, llevaba en si mismo algo mas que la tabla del naufragio para salir vencedor de los embates de la suerte: llevaba su ciencia y su talento.

Los pescadores y marineros, y hasta el cura de la aldea, no tardaron en mirarlo como á un hombre superior y digno de respeto: supieron que era piloto de una galera genovesa, destino que no habria sabido desempeñar ninguno de los del pueblo; desde que murió el marido de Marta, la compasiva viuda.

Entre todos le juntaron una corta cantidad de dinero para que se trasladase á Lisboa, donde solian arribar muchos buques de genoveses. Colon recibió este socorro de la caridad de Marta, sin avergonzarse ni mostrar orgulloso desden: besó el dinero y dijo:

—Dios lo pagará, y yo lo tendré presente.

Al partir para Lisboa, toda la gente del lugar se reunió en la playa para estrechar su mano y verle trasponer. Marta lloraba, acordándose de su marido, que decia era de la misma estatura y edad que el extranjero.

Y sus vecinas repetian:

—¿No es un milagro que ese buen hombre viva?

V.

No es ya un mozo atolondrado é inexperto Cristobal Colon: está en el colmo de la virilidad. Sin embargo, cuando habla con los

marinos portugueses que vuelven á Lisboa de alguna expedición á las costas de Guinea, ó con los viejos navegantes del tiempo del emprendedor príncipe Enrique, su entusiasmo le hace delirar: es como el poeta que sueña despierto y que hasta en la pálida vejez se complace imaginando sublimes niñerías.

No es un jóven, y tiene todo el fuego de la juventud: es un sabio cosmógrafo, y parece un proyectista visionario: terco en sus opiniones y fácilmente irritable, argumenta con escésivo calor y no admite contradicciones: lo que una vez afirma, tiene para él toda la tenacidad de la evidéncia. Sus contrincantes se ven obligados á dejarle, cuando no aciertan á comprender sus teorías, y á sus espaldas dicen:

—Sabe mucho, pero está loco.

Sin embargo, muchos buscan su trato y comunicacion; porque cuando no disputa, es cortés y afable; porque posee el don de cautivar los corazones con su elocuencia sencilla y persuasiva, y porque siempre aprenden algo nuevo hablando con él. Las cartas de marear, que compone para ganarse la vida, son muy estimadas de los marinos y de los sabios.

Es gallarda su estatura; su cuerpo alto y nervudo; su andar magestuoso y grave: aunque solo cuenta diez lustros, su cabello rubio va encaneciendo; pero este defecto hermosea su semblante benévolo, dándole aire de autoridad, y no se echa de ver cuando sus ojos grises, grandes y rasgados, se animaban con el fuego de la inspiracion ó de las no amortiguadas pasiones.

La desgracia le ha arrojado á las playas de la península ibérica: el amor le detendrá en ella, por mas que el recuerdo de la patria y de la familia le llamen hácia su país natal.

VI.

Colon era buen cristiano: en sus aficciones elevaba el corazon á Dios, en quien ponía toda su confianza. Dos meses hacia que estaba en Lisboa, donde esperaba tomar parte en algunas de las expediciones que el rey D. Juan II enviaba por aquel tiempo á descubrir el paso para la India, circunnavegando el África; pero esperaba

en vano, y vivia muy pobremente. De la flota de Colombo el Mozo no se habia sabido nada: sin duda la consumió el incendio y se la tragó la mar.

Triste nuestro marino en tierra extranjería, iba muchas tardes á rezar á la capilla del convento de Todos los Santos; porque la casa de Dios es el asilo de los afligidos.

Absortó en sus oraciones, pasó un dia mas tiempo del que acostumbraba: creía estar solo, cuando llamó su atencion un suavísimo murmullo, y volviendo la cabeza hácia donde aquel sonaba, percibió la figura de una mujer arrodillada en una capilla delante de la Virgen: un rayo de luz la iluminaba; sus labios proferian, entre sollozos, una tierna plegaria en lengua italiana. Colon pudo comprender que aquella jóven rogaba por la salud de su madre enferma, y se sintió conmovido y arrastrado hácia ella por una corriente de simpatía: sin premeditacion ni cálculo, se arrodilló junto á ella, y exclamó en el mismo idioma:

—¡Santa Madre de Dios, consuelo de afligidos, oye los ruegos de la buena hija!

La jóven le miró sorprendida, y quedó cortada; pero recobrando al punto la calma y enjugándose las lágrimas, le dijo:

—¿Quién sois, hermano? ¿Me conoceis?

—Hermanos somos, pues ambos procedemos de la madre Italia, respondió el marino. Soy un proscrito, arrojado á estas playas por las iras del mar. Soy desgraciado, y no necesito conoceros para rogar por vos.

—Dios recompense vuestra caridad, repuso la jóven: y se levantó para irse.

Colon la siguió indeciso; mas al verla entrar por una puerta, que conducia á lo interior del convento, apresuró el paso hácia ella, y le dijo:

—Esperad, hermana mia: nada valgo; pero acaso, ¿puedo contribuir al alivio de vuestras penas? Dos débiles unidos valen tanto como un fuerte.

—¿Qué podeis hacer por mí? contestó ella. Rogad á Dios por la salud de mi madre.

—Harélo así, replicó el genovés: mas no solo con oraciones;

con cuidados de hijo deseo contribuir en obsequio vuestro: quizá saldré ganancioso, si consigo ayudaros á recobrar la alegría.

—No rehuso vuestros ofrecimientos; pues bien veo que son desinteresados y sinceros. Esperad en la portería; me acompañareis á mi casa.

Colon salió de la capilla y comenzó á reflexionar sobre su extraña aventura. ¿Quién sería aquella jóven por quien tan de repente se habia interesado? Sus trazas, su modestia, su finura indicaban distincion de clase y buen natural. ¿No rehusaria su madre la ayuda que impremeditadamente le habia ofrecido? Y admitiéndola, ¿qué podia él hacer, si solo contaba con su buena voluntad?

No tardó mucho en salir la jóven, á quien acompañaba una respetable dueña; el marino se unió á ellas, y reanudó su conversacion.

—Temo haber obrado con escesiva ligereza, dijo: aunque bien comprendo que, siendo italiano, vuestra madre no verá en mi comportamiento mas que un acto de simpatía, escitado por los gratos recuerdos de la patria.

—No es italiana mi madre; pero lo era mi padre, y esto basta para que estime á sus compatriotas. A muchos ha socorrido, sin otro título, que llegaron aquí, arrojados, como vos, por la inconstancia de los mares. La viuda de Perestrello no rechaza nunca á los pobres italianos, y menos si son marinos.

—¿Perestrello se llamaba vuestro padre?

—Sí.

—¿El intrépido navegante que descubrió algunas de las islas Azores?

—Sí, es el mismo: descubrió y colonizó á Puerto Santo, donde fué gobernador.

Y Colon levantó los ojos y el corazon al cielo: su encuentro con la dolorida jóven no le parecia ya casual, sino un paso de la Providencia en favor suyo. La viuda de Perestrello podia introducirle en la carrera de los descubrimientos marítimos portugueses, á que ansiaba dedicarse: el conocimiento de esta mujer era quizá para él un cambio de fortuna. Con la viveza de su imaginacion, se entregó desde luego á las mas lisonjeras especulaciones mentales.

—Dichoso yo, dijo, que he tenido la suerte de encontraros,

amable jóven; pues tambien soy marino, como vuestro padre, y tambien como él ardo en deseos de estender los límites del mundo conocido. ¿Será tal mi fortuna que habré encontrado una nueva familia?

La jóven bajó los ojos á la doble idea que encerraban estas palabras.

Pronto llegaron á su casa; Colon hizo por la viuda de Perestrello todo cuanto habria podido hacer el hijo mas amante y cariñoso. Doña Felipa (así se llamaba la jóven) y él se compartieron con igual interés los cuidados de la asistencia de la enferma: hizo mas Colon: trajo un médico de su país, muy sabio y entendido, que acertó á encontrar entre los marinos genoveses, que frecuentemente llegaban á Lisboa, el cual restituyó completamente la salud á la noble viuda; pero él en cambio habia perdido la libertad.

Doña Felipa y Colon se amaban algo mas que como hermanos.

La suerte del marino se fijaba en la península ibérica: estaba aquí su destino.

Un dia, la viuda de Perestrello le habló de esta manera:

—Colombo, muchas obligaciones os debo; pero poseo dos tesoros para pagarlas, aunque son poco; pues vuestro noble corazon mas merece. Tengo una hija que os ama por lo que habeis hecho con su madre; pero es pobre: os lo advierto....

—Es rica en virtudes, señora; respondió Colon, interrumpiéndola ébrio de gozo. Es un tesoro de bondad, que no soy digno de poseer; pero si me la diéreis, yo procuraria merecerla.

—Sí, os la doy, repuso la madre con los ojos arrasados en lágrimas; y en dote llevareis lo que nadie como vos sabrá apreciar: las memorias y apuntaciones de su padre.

Diciendo así, la viuda de Perestrello presentó á Colon una caja, que contenia un verdadero tesoro de observaciones marítimas y de noticias acerca de los planes y descubrimientos de los portugueses.

Nada podia ser de mas precio para Colon: examinando aquellos apuntes, diarios, notas y reflexiones de un experto marino, que habia pasado toda su vida en la carrera de las expediciones aventuradas, nuestro héroe creia escuchar una voz salida del sepulcro, que le gritaba sin cesar: «¡Hay algo mas allá!» Encontraba á cada

paso destellos de luz y rasgos de un espíritu ilustrado, que desvanecían las masas de tinieblas amontonadas por las preocupaciones de la época, y le confirmaban en su idea de marchar en busca de un mundo nuevo, ó de abrir, al menos, una nueva carrera á las empresas náuticas. No halló, por cierto, en las Memorias de Perestrello el menor rastro de su atrevido pensamiento; pero sí la refutación práctica de muchos errores geográficos, y la seguridad de que con el estudio constante y el valor todo se alcanza.

VII.

Los portugueses buscan el camino de Oriente costean-do el África: nadie les hable de perder la tierra de vista, pues se rebelarian contra tamaña temeridad: ya es mucho para ellos haber doblado el cabo de las Tormentas y haber visto que la temida zona Tórrida no es una region de fuego, donde las aguas hierven y los buques se abrasan. Colon va con ellos; porque tiene dos familias que mantener: la de su esposa y la que dejó en Génova: pero sus ojos se vuelven siempre hácia el Ocaso, donde su imaginacion vé levantarse entre la bruma las risueñas montañas de la Atlántida, que las revoluciones del globo han separado del antiguo mundo; la fabulosa Antilla, ó tal vez el celebrado Ofir de Salomon. A sus pensamientos de gloria se une la laudable ambicion de conquistar para su mujer y su hijo, y para su padre y hermanos, un holgado bienestar.

Con los espedicionarios va esta vez tambien Pedro Correa, cuñado de Colon: los dos hablan de las cosas del mar y de las nuevas tierras que cada dia se descubren al Sur, como parte desconocida del antiguo continente: acaba de anochecer, y la luna parece sustituir al sol: tan resplandeciente es su luz entre los Trópicos. En esa hora solemne y llena de poesía es grato respirar las frescas auras del Océano sobre la cubierta de una nave, que blandamente recorre las bulliciosas ondas; y escuchar las consejas de los marineros y el murmurio de las conversaciones sin eco de los que, tranquilamente confiados en su pericia, navegan sobre un abismo infinito.

Colon y Pedro Correa están sentados cerca de la popa de su cara-

bela; no muy lejos de ellos conversan amistosamente, pero en voz baja, varios marineros, recostados en un monton de jarcia.

—No opino yo que sean inútiles estas expediciones al Sur, decia Colon á su cuñado: muy al contrario, creo que tarde ó temprano se encontrará, siguiendo este rumbo, la estremidad meridional de África, y no será difícil llegar al Oriente: al menos tal es la opinion de algunos sabios antiguos; pero, segun mis cálculos, basados en los de Ptolomeo y en los del ilustre cosmógrafo Toscanelli, y fundándome en las relaciones de Marco Polo, á quienes he estudiado recientemente, me parece que el camino mas derecho y mas corto para las Indias está allí.

Y señalaba con insistencia al Occidente.

—Yo no negaré que haya tierras por esa parte, respondió Correa; no há tantos años que, navegando al Ocaso, se descubrieron las Azores, en que nadie pensaba, y lo mismo se pudiera encontrar otras islas; pero no concibo que sea posible ir á las Indias por esa via, estando ellas en el extremo opuesto de la tierra: eso seria lo mismo que intentar ir á la Lisboa caminando el Tajo arriba hácia Toledo.

Colon se sonrió al oír este argumento propio de la ignorancia, pero al parecer concluyente, y repuso:

—Pues figúrate, sin embargo, que el Asia es el tapon de aquella barrica.—Y señaló á una que habia cerca de ellos:—figúrate además que Portugal está en aquel costado de la derecha, distante del tapon una tercera parte de la circunferencia del mayor aro, y que esa distancia es mar, por donde nadie ha ido: las otras dos partes son tierra, y por consiguiente, para llegar por ellas hasta el tapon, encontramos muchas dificultades y empleamos mucho tiempo: queremos, pues, trazar una media elipse navegable, que alargando las distancias, nos conduzca sin embargo al mismo fin de un modo mas fácil; y para llegar al tapon, torcemos el rumbo hácia uno de los fondos de la barrica. ¿No seria infinitamente mas racional ir derechos navegando desde el costado al tapon?

Como se deja conocer por este símil grosero, de que Colon tuvo que valerse para acomodarse á la inteligencia de su cuñado, sus juiciosos racionios y la concepcion de su gigantesco proyecto partian de dos felices errores, que le habian transmitido los cálculos de los

sabios antiguos y las tradiciones de los viajeros: suponía, pues, equivocadamente, que el Asia y sus islas eran las primeras tierras situadas al occidente de Europa, y que entre ambas no mediaba mas distancia que un tercio de la circunferencia total del globo.

Pedro Correa se sonrió á su vez desdeñosamente y contestó:

—Para admitir esa comparacion, es menester suponer que el mundo es una bola, ó una cosa parecida á la barrica.

—No necesitas suponer nada, hermano, pues así es en realidad, replicó el genovés.

Correa no pudo contener ya la risa.

—¡Conque el mundo es como una pelota que va por el aire! exclamó en tono zumbon.—¡Pardiez! No digas eso donde te oigan personas formales, porque te juzgarán tocado de la cabeza.

—Ni tú te burles de lo que no entiendes, repuso Colon incomodado; porque te llamarán ignorante.

—¿Ya te enfadas? No es posible hablar contigo.

—¿No he de enfadarme, si me tratas de loco? Pero veo que he faltado: hablemos en razon. Dime, ¿Tú que has navegado tanto, no has hecho mil veces una observacion sencillísima?

—¿Cuál?

—Que al aparecer algun buque en el horizonte, siempre lo primero que de él se vé son los topes, y lo último el casco?

—Sí, es un hecho que vemos todos los dias. Pero eso, ¿qué prueba?

—Prueba que el mar, adaptado á la superficie de la tierra, sigue su configuracion esférica. Prueba que no puede ser otra la forma de este mundo, puesto que siendo el mar, á la simple vista, una gran llanura, no se nos aparecen los buques lejanos sino como si viniesen subiendo una cuesta.

—Eso no prueba nada, replicó Pedro Correa; porque el no verse el casco del buque antes que los topes, ó al mismo tiempo, consiste en que estos estan bastante altos para que no los oculte el oleage. Si fuese lo que tú dices, ¿no conoces que el mar se derramaria por la parte de abajo y vendria á quedar en seco?

Algo perplejo se encontró Colon para contestar victoriosamente á este argumento; pues aun no eran conocidas las leyes de gravita-

cion de la Tierra. Sin embargo, inspirado por uno de los destellos de su génio, respondió al punto:

—Sería menester, para convencerme de lo que dices, que antes me explicases cuál es la parte de abajo, y cuál la de arriba. ¿Podrás decirme cuál es la superficie superior y cuál la inferior de una naranja?

—Bien claro está que la inferior es la que mira á la tierra, y la superior la que mira al cielo.

—Pues bien, nuestro globo mira por todas partès al cielo.

—¿Cómo puede ser?

—Del mismo modo que la esfera celeste mira por todas partes á la tierra. ¿No ves los astros subir trazando un arco desde el Oriente y descender hacia el Ocaso? ¿Has visto alguna vez que se caigan, arrastrados por su peso? No ciertamente. Arcano es este que Dios solo, creador del universo, conoce; pero que es un hecho visible y patente. Las aguas se mantienen adheridas á la superficie convexa de la tierra, como esa luna que nos alumbrá rueda, sin caerse, por la línea cóncava que le ha trazado el Omnipotente. El por qué no lo sabemos; pero es un hecho.

—Será como tú dices, Cristóbal; pero es una cosa que no me entra en la cabeza, y á cuantos lo digas te responderán lo mismo.

Con efecto, Pedro Correa no era de los hombres mas vulgares de su tiempo: los doctores de las universidades y casi todos los sábios de aquella época, sin hablar de los teólogos, pensaban lo mismo que él. Colon sabia hasta qué punto alcanzaban los conocimientos de su cuñado, y comprendió en estos momentos que para descubrir los países ocultos al otro lado del Océano, tendria que vencer dificultades mayores que las del Océano mismo. Esta idea le entristeció, y le hizo guardar silencio, concentrándole en una especie de intuición del porvenir.

Entre tanto, Correa, atribuyendo aquel silencio á falta de argumentos, prosiguió reforzando los suyos, tomados de las opiniones dominantes en su siglo.

«Admitamos por un momento, dijo, que la tierra es un globo y que se puede viajar alrededor: en tal caso, habremos de admitir también la teoría de los antípodas, teoría desacreditada como ab-

surda; y tendremos, que los habitantes de las Indias andarán con los talones por el aire, y los buques de sus mares con los topes por el agua. Todo esto es inconcebible.

— ¡Nó, pardiez! repuso Colon agitándose impaciente. Mira al cielo, Pedro, y raciocina con seso: contempla el Norte y dime, sin necesidad de consultar el astrolabio, si la altura del polo no es infinitamente menor en esta latitud en que ahora nos hallamos, que lo era en Lisboa, y que lo seria en la remota isla de Tule, donde estuvimos el año pasado.

— Sí, eso claramente se vé.

— Pues bien: ¿por qué ha bajado el polo durante nuestro viaje, y por qué seguirá bajando hasta perderse de vista á nuestros ojos? No es sino porque vamos trazando con nuestra nave un círculo alrededor de la tierra, de Norte á Sur. Y acaso, ¿nos ha sucedido todavía que nuestro buque se tuerza lo de arriba abajo, buscando la gravitacion natural? ¿Hemos visto el mar volcarse en el cielo por falta de equilibrio? Nó: nada de esto hemos visto, ni veremos. El mayor navío sobre el Océano es relativamente como la mosca mas pequeña que anda sobre la superficie de un aro, suspendido en el aire: verás la mosca recorrer toda la circunferencia, sin caerse, ni dejar de tener las patas fijas siempre en el aro. Pues lo mismo sucede al buque, y á los hombres, y á los animales, y á todo cuanto sustenta la tierra, sin que yo alcance á comprender la misteriosa causa de este efecto visible, que mantiene la armonía del universo.

— Para tí será todo eso muy claro: sin embargo, yo no acierto á concebirlo. Y á pesar de esto, te concederé que, navegando hácia Poniente, será posible encontrar alguna tierra desconocida, que no sea la India.

— Yo tambien creo que antes de llegar á la India se han de encontrar otros países: muchos grados mas al Oriente de aquella tierra está el imperio del gran kan de Tartaria, el Catay, admirable region que visitó hará un siglo el famoso Marco Polo; y mas allá, ó si se quiere, mas cerca de nosotros por el Ocaso está la grande isla de Zibango, cuyas riquezas son tantas, que no alcanza nuestra imaginacion á figurárselas: allí abundan las especias mas aromáticas, los árboles mas frondosos y raros, las minas de plata, oro y diamantes mas fe-

cundas: allí hay ciudades que tienen muchas millas de radio, en donde los palacios son de mármol y pórvido brillante, y los techos de oro fino, que reverberan á lo lejos como espejos á los rayos del sol.—¡Dios mio! exclamó Colon arrebatado por su entusiasmo. Y pensar que tan deliciosos países, tan riquísimas comarcas están habitados y poseidos por gente idólatra, ciega, que jamás ha visto la luz de la verdadera fé!... Yo iré allá, Pedro, iré; descorreré para siempre el velo del misterio que oculta esos vastos dominios del error: sacaré de las sombras del olvido y de la ignorancia un mundo nuevo, y llenaré de asombro al mundo antiguo. ¿Tú crees firmemente, como yo, que es fácil encontrar esas desconocidas regiones al otro lado del Océano?

—Creo que hay algunas islas mas allá de las Azores; porque un día, navegando á cien millas de Puerto Santo, mar adentro, encontré un madero labrado de un modo [particular, como no he visto ninguno en nuestras tierras, y que parecia no haber sido trabajado con hierro: la mar venia de Poniente y el palo traia la misma direccion de las olas.

—¡Ya ves que mis cálculos no son infundados! exclamó Colon con alegría.

—¡Oh! repuso Pedro Correa: yo no niego la posibilidad de encontrar alguna isla desconocida. Tú mismo me has contado que en las apuntaciones de nuestro suegro has hallado la noticia de una caña muy gruesa y extraordinaria, que las corrientes trajeron á Puerto Santo.

—Y la descripcion de esa caña corresponde con las que hace Ptolomeo de otras que se crian en la India. ¿Cómo pudo llegar á Puerto Santo, sino flotando por los mares occidentales?

—Siempre vas á parar á tu idea fija.

—¡Oh! ¡Siempre!... ¡Siempre! repitió Colon con un asomo de tristeza.

Los marineros recostados en la jarcia escuchaban á la sazón los relatos estupendos, que les hacia un viejo marino, de las maravillas ocultas del Océano. Colon y Pedro Correa, cesando en su conversacion, pudieron escuchar lo que el veterano referia.

VIII.

«El mar de Poniente es innavegable, decia el viejo marinero. De cuantos han tenido la desgracia de ser arrebatados por los temporales mas allá de Cabo Verde, ninguno ha vuelto; porque Dios no permite que los hombres descubran los grandes misterios de ese Océano infinito; y lo que os he contado de la isla flotante, lo mismo que un barco, que aparece y desaparece en frente de las Canarias, es una prueba de lo que digo.

—¿Qué isla flotante es esa? preguntó Colon, acercándose al veterano.

—Es una maravilla, señor piloto: figuraos una tierra que se vé algunos dias en el canto del mar: yo la he visto con estos ojos, que han de ser pasto de los peces; porque al fin, un marinero no puede esperar otra cosa. Digo que yo la he visto con sus montañas azules, sus valles oscuros, y sus nubecillas blancas pasando por encima. Cualquiera creeria que no habia mas sino coger una barca de pescar y tomar puerto á las cuatro horas. Algunos locos, sin temor de Dios, han intentado ir á esa tierra; pero á medida que avanzaban, ella se iba mar adentro, mar adentro, como si fuera el anzuelo y la carnada de Satanás, que llamase las almas al infierno. ¡Y cuántos, llevados por su imprudente curiosidad, han ido á caer en los abismos, donde se vuelca el mar en una catarata sin fin! Porque, señor, no hay quien no presuma que así acaba el Océano por esa parte.

—Pues yo he oido contar á otros, repuso Colon, que lo que Dios tiene oculto en medio de esos mares dilatados es el Paraíso terrenal. ¿Cómo se aviene lo uno con lo otro?

—¡Ah, señor! contestó el veterano. Yo tambien he oido eso, y nada tendrá de extraño que al cabo de estos mares haya puesto Dios las puertas del Paraíso y las del infierno. Yo recuerdo que, siendo niño, cierto padre cisterciense, que salió de Lisboa para ir á fundar un convento en la isla de Madeira, solia pasar el tiempo leyendo libros y refiriendo prodigios para entretener el viaje. Pues señor, aquel santo varon leyó entonces un libro en que decia, que las almas

de los muertos eran trasladadas al juicio por un barquero llamado Caron.

—Ya sé eso, amigo; pero es una fábula de los gentiles.

—No hay tal fábula, que lo decía el libro: y si las almas van embarcadas, claro está que las llevan por mar. Yo tengo para mí, que allá en lo último del Atlántico estará la entrada del cielo, donde Dios juzga á los muertos: á su derecha, el Paraíso para los justos; y á su izquierda, el infierno para los condenados. Ello es que ningun mortal ha traspasado, ni traspasará los límites de esos horizontes, salvo aquellos que Dios escoge para que vivan hasta el fin de los siglos, como Elías y Henoch y los siete obispos de España.

A pesar de la extraña mezcla de errores, de artículos de fé y de tradiciones religiosas que hacia el veterano en su discurso, como quiera que reproducia simplemente las creencias populares de su tiempo, Colon gustaba mucho de oírle; porque tal vez entre los delirios de la fantasia suelen desprenderse algunas centellas de la verdad conocida y adivinada. Por lo tanto, y como es necesario entretenir el tiempo en una larga y penosa navegacion, le preguntó quiénes eran aquellos siete obispos de España, de los cuales, por ser extranjero, no habia oído hablar nunca.

—Esos obispos, respondió el veterano, son los que, al tiempo de la invasion de los moros, huyeron de España para salvar la santa religion de Jesucristo, como Noé salvó al género humano en un arca. Los siete santos varones se embarcaron y fueron á parar á una isla prodigiosa, donde fundaron siete ciudades, las mas hermosas que hay en el mundo.

—Y dónde está esa isla?

—Supónese que en medio del Océano, al occidente de Madeira: creen algunos que la isla Flotante y esa que llaman de las Siete ciudades son una misma; pero nadie puede afirmarlo, porque nadie ha puesto el pié en ellas. Sucede lo que con la isla de San Brandan; un santo monge de Escocia, que salió de su país en busca de infieles que convertir, y á quien Dios, en premio de su celo, dió una tierra llena de delicias en medio del mar: tampoco ha podido nadie llegar á esta isla; pues aunque algunos lo han intentado, no permite Dios que ojos mortales la vean.

—Y vos, preguntó Colon, ¿no habeis tenido nunca deseos de ir á esas islas tan celebradas?

—Deseos sí; pero ni lo he intentado jamás, ni lo intentaré. Soy demasiado buen cristiano para ofender á Dios de esa manera.

—No se ofende á Dios por conocer sus obras para admirarlas. Decid mas bien que la magnitud de la empresa os infunde pavor.

—Yo no he tenido nunca miedo al mar, señor piloto, replicó el veterano con orgullo. Lo que temo es penetrar en esos misterios que Dios ha querido reservar para sí solo: y una cosa es luchar con los elementos, y otra querer empeñarse en lo imposible.

—¿Pero, si no hay tal imposible!...

—¿Qué me contareis á mí? Vos sabreis, mejor que yo, medir las distancias, calcular las alturas por el curso de los astros, dirigir el gobernalle, aunque en esto soy tan experto como el que mas: pero no me persuadiréis que es navegable un mar, cuyas islas huyen delante de uno, ó bien se disipan á la vista como las nieblas. Mas allá de ese horizonte está la inmensidad, el abismo, lo infinito, y quien trate de pasar de la línea que Dios ha trazado al hombre, no es mas que un temerario, un loco.

—¿Dios mio! murmuró Colon retirándose á su cámara. Este es el juicio que forma de tus obras la generacion presente. ¿Cómo podré arrancar de sus ojos la venda del error?—¿Por qué no han de pensar los hombres que esas islas imaginarias y fugitivas son el llamamiento de tu mano, que les manda ir hácia un país desconocido?—Yo iré, Señor: yo iré, porque siento en mi alma tu voz poderosa que me grita: «Marcha, Colon, y junta los extremos de la tierra bajo mi bandera de paz.»

FIN DEL PRÓLOGO.



CRISTOBAL COLON.

LIBRO PRIMERO.

LA OFERTA DE UN MUNDO.

CAPÍTULO I.

La limosna.



ENTRADO ya el otoño de 1485, subían una mañana la escueta pendiente de un camino escabroso, en el condado de Niebla, un hombre y un niño.

Contaría el primero cuarenta y tres años, á juzgar por su fisonomía entera y llena de vigor, aunque sus cabellos casi habían en- canecido del todo: vestía el traje ordinario de las personas de la clase media, pero muy usado: en la cabeza llevaba una gorra ó caperuza de ala levantada, escepto por delante, que le servía de visera; en la mano derecha, un nudoso palo echado al hombro, del cual pendía sobre su espalda un pequeño fardo, por uno de cuyos extremos asomaba un grueso rollo de papeles. De la otra mano lleva cogido al niño, que ape-

nas habria cumplido siete años, y que por consi guiente iba cansado, pues ambos caminaban á pié, y conocíase que habian hecho una jornada durante la noche.

La pobre criatura se quejaba de los piés, cuyos tiernos dedos asomaban por las rotas suelas de sus viejos borcegués. De vez en cuando miraba á lo largo del camino con la esperanza de llegar á un asilo, y luego levantaba su cabecita rúbia y fijaba sus hermosos ojos llenos de espresion en el hombre, que entonces suspiraba y acortaba el paso.

—Padre, dijo el niño al llegar á la mitad de la cuesta: sentémosnos aquí. No puedo mas.

—Hijo de mi alma, respondió el hombre: ¿qué haremos si nos detenemos aquí? Vamos despacito, vida mia. En llegando á la cumbre de esta montaña, yo creo que descubriremos alguna casa donde podrás descansar. Vamos, querido, vamos.

Alentado por estas palabras, el niño hizo un esfuerzo y echó á correr delante de su padre; poco á poco se detuvo para coger unas cerrajas y lechugas silvestres, que comió con ansia, como si fuesen el manjar mas exquisito, aunque estaban ya floridas y duras.

El hombre se limpió una lágrima con la mano, y registró su fardo; pero no sacó de él mas que unas migas de pan secas, y levantó los ojos al cielo meneando la cabeza.

—¡Pobre hijo mio! murmuró para sí. ¡Todo se ha concluido, y no tengo nada que darte! ¡Paciencia! Dios querrá que algun día seamos mas ricos que ningun soberano de la tierra.

Y siguió su camino apresuradamente, como si esperase una gran fortuna en el término de su viaje.

De allí á poco el niño se quedó rezagado, y comenzó á gritar con voz doliente:

—¡Padre! ¡Padre!... No puedo andar... ¡Tengo sed!...

El padre se detuvo á esperarle, y cuando el niño le hubo alcanzado, le subió sobre sus hombros y siguió andando mas de prisa, mientras le decia:

—No vales nada: los hombres han de ser fuertes. Ya verás en trepando aquella altura, como se acabarán todas las penas. La vida, hijo mio, está llena de cuestas y malos pasos, y es preciso tener

valor para vencerlos, si queremos llegar á terreno llano y florido.

Y al mismo tiempo que así filosofaba, hondos suspiros salían de su pecho acongojado.

Como si la Providencia hubiese querido recompensar su resignación y aliviar sus dolores de padre, apenas el viajero llegó á la vertiente de la montaña, comenzó, en efecto, á descubrir un ameno paisaje, que se desarrollaba ante su vista, rico en variedad y frescura: las auras del mar calmaron el ardor de su frente sudosa; las cimbras de los montes, revestidas de viñedos y pinares, se le mostraron ceñidas en la base por la corriente de un rio; descubrió en la hondonada un pueblo; y mas cerca, sobre un recuesto, la modesta cúpula de una iglesia, medio escondida entre el follaje de unos árboles.

—Ya lo ves, Diego: detrás del trabajo viene la recompensa, dijo el hombre de la cana cabellera á su hijo, mostrándole el bello paisaje y la Iglesia.—Mas cerca de lo que yo pensaba tendremos un asilo: allí te darán agua.

—¿Y comeremos también, padre? preguntó el inocente, sin comprender que hería el corazón del autor de su existencia.

—Sí, hijo mio, ¡Dios proveerá! dijo el hombre ahogando un sollozo.

En aquel momento llegó á sus oídos la trémula vibración de una campana, que resonó en su mente como un recuerdo de tiempos lejanos.

—¿Qué campana es esa? murmuró. No es hoy la primera vez que la oigo. Pero, ¿cuándo y dónde?... No puedo acordarme. Ha de haber ya muchos años.

Aquella campana pertenecía al monasterio de franciscanos, llamado de Santa María de la Rábida, cuya era la iglesia que se divisaba entre el arbolado. Atraído por ella, hacía aquel punto encaminó el viajero sus pasos, bajando del hombro á su hijo, á quien el descanso y la esperanza de un albergue hospitalario habían restituido parte de sus fuerzas: la marcha ya no era tan penosa como antes, facilitada por el suave descenso de la montaña; y el niño comenzó á correr, con el afán de llegar á un punto donde le diesen algo que comer y beber.

—¡Inocente criatura! decía entre tanto su padre. ¡Cuán temprano

empiezas á saber lo que son privaciones y trabajos!... ¡Ay! ¡Quién pudiera darte un centésimo no mas de los tesoros que yo veo y que mis débiles facultades no me permiten tocar!... ¡Oh! mi destino es cruel.

Embebido en estos y otros monólogos semejantes llegó el pobre viajero hasta una calle de árboles, simétricamente plantados, en cuya estremidad se veia la portada sencilla y tosca de una humilde iglesia, y por entre los troncos, los pardos muros del antiguo monasterio. Tomó entonces de la mano á su hijo, que esta vez, impaciente, le superaba en fuerzas, y conducido por él, pudiera decirse, fué á detenerse en la portería del convento; y decimos á detenerse, porque el bochorno de su pobreza no le permitió pasar adelante ni pedir socorro.

Afortunadamente sintió sus pasos el lego portero, y como poco acostumbrado á recibir visitas que no fuesen de mendigos importunos ó de amigos de la casa, asomó la cabeza por la puerta entornada, movido por la curiosidad, y al ver aquel hombre, cuya presencia infundia respeto, á pesar de su estado miserable, no pudo menos de adelantarse preguntándole:

—¿Qué buscáis aquí, hermano? ¿Quereis hablar al reverendo padre guardián?

El viajero no tuvo alientos para responder: en un mismo instante se puso encendido y pálido, levantó los ojos al cielo, pasó la mano por su frente cubierta de sudor frio, y buscó apoyo contra una de las jambas de la puerta.

—¿No respondeis? insistió el lego, incapaz de comprender aquel dolor mudo. Vamos, decidme con franqueza lo que quereis.

—Quiero... dijo por último el pobre caminante haciendo un esfuerzo. ¡Quisiera un poco de pan y agua para este niño..... por el amor de Dios!

Y como si estas palabras hubiesen agotado su vitalidad, se dejó caer en un tosco asiento de piedra que habia junto á la puerta, y se cubrió el rostro con las manos.

—¡Vah!... ¡vah!.. Tranquilícese, hermano, repuso el lego: no es mucho lo que pide. Si fueran gollerías... pero pan y agua tenemos aquí, á Dios gracias: voy á traerlos.

Y se retiró hácia dentro murmurando :

—¡Vaya un pobre raro! Le da verguenza pedir pan y agua: ¡pues aunque fuera un príncipe!... No era yo tan corto de genio cuando iba de cuesta... ¡Oh, tiempos!...

Entre tanto, el niño se acercó á su padre haciéndole caricias: este salió al punto de su actitud abatida, y le atrajo suavemente hácia su pecho, diciendo :

—¡Ah, hijo mio!... ¡Qué caro cuesta el pan que no ganamos con nuestro sudor!

El niño no podia comprender esto: sentíase alegre con la perspectiva de comer y beber, y causábale admiracion el ver afligido á su padre.

Volvió á poco el lego, trayendo una torta de pan moreno y un jarro de estaño lleno de agua; y mientras el hombre cano espresaba su agradecimiento con palabras entrecortadas, el niño tomaba ansioso ambos objetos; puso el jarro en el suelo, se sentó en el primer pedazo de la puerta, y comenzó á morder la torta sin partirla.

—¿Buen apetito, eh? dijo el portero, riéndose de verle comer con tanto afan. No dejaria yo este raton en nuestra despensa. ¡Jeh!... ¡jeh!... ¡jeh!...

A este tiempo apareció por un ángulo del convento un religioso de aspecto grave y casi anciano, el cual venia distraido, al parecer, en profundas meditaciones: por la posicion que respectivamente ocupaban nuestros personajes, el lego fué el primero que pudo verle; y haciendo señal al viajero, le dijo:

—Levantaos, buen hombre: aquel que allí viene es nuestro reverendo padre guardian, Fray Juan Perez de Marchena: un sabio y santo varon: ha sido confesor de S. A. la reina doña Isabel...

Volvió la cabeza con prontitud nuestro caminante al oír estas palabras, y en seguida se puso en pié; pero con tanta dignidad y hasta cortesano porte, que el lego quedó sorprendido, no pudiendo menos, á pesar de sus limitados alcances, de notar en él una extraordinaria transformacion.

Con efecto, aquel abatimiento de la miseria, que poco antes le dejaba postrado, habia desaparecido completamente de todo su ser; y por el contrario, sus ojos brillaban animados, la musculatura de su

rostro resaltaba llena de energía, y hubiérase creído que sus labios iban á moverse para mandar. Quien le viese en aquel momento, no habria podido pensar sino que tenia delante á un rey proscripto, pero alentado por la esperanza cercana de recobrar sus dominios.

Fray Juan Perez, aunque hombre de natural sencillo, tenia un talento despejado y una mirada penetrante: así es que al primer golpe de vista supo apreciar todo lo extraordinario que habia en aquel desconocido, y concibió acerca de él una idea muy favorable cuando vió el modo respetuoso, pero digno, con que dejó su maleta y baston sobre el banco, y se le acercó para besarle la mano, segun la costumbre general que se observaba con los religiosos de alguna gerarquía.

—*Dominus tecum*: el Señor sea con vos, hijo mio; dijo el guardian correspondiendo al ósculo de respeto.

—Bendito sea, repuso el viajero, el que nos enseñó á amar, haciendo que encontremos en todas partes quien nos llame hijos y hermanos. Al pensar en esto, padre mio, añadió mirando significativamente al niño, me avergüenzo de haber tenido vergüenza.

Fray Juan siguió la mirada del hombre cano, cuyo sentido comprendió, confirmándole sus palabras en la idea que su sola presencia le habia hecho concebir.

—¿Es hijo vuestro? le preguntó.

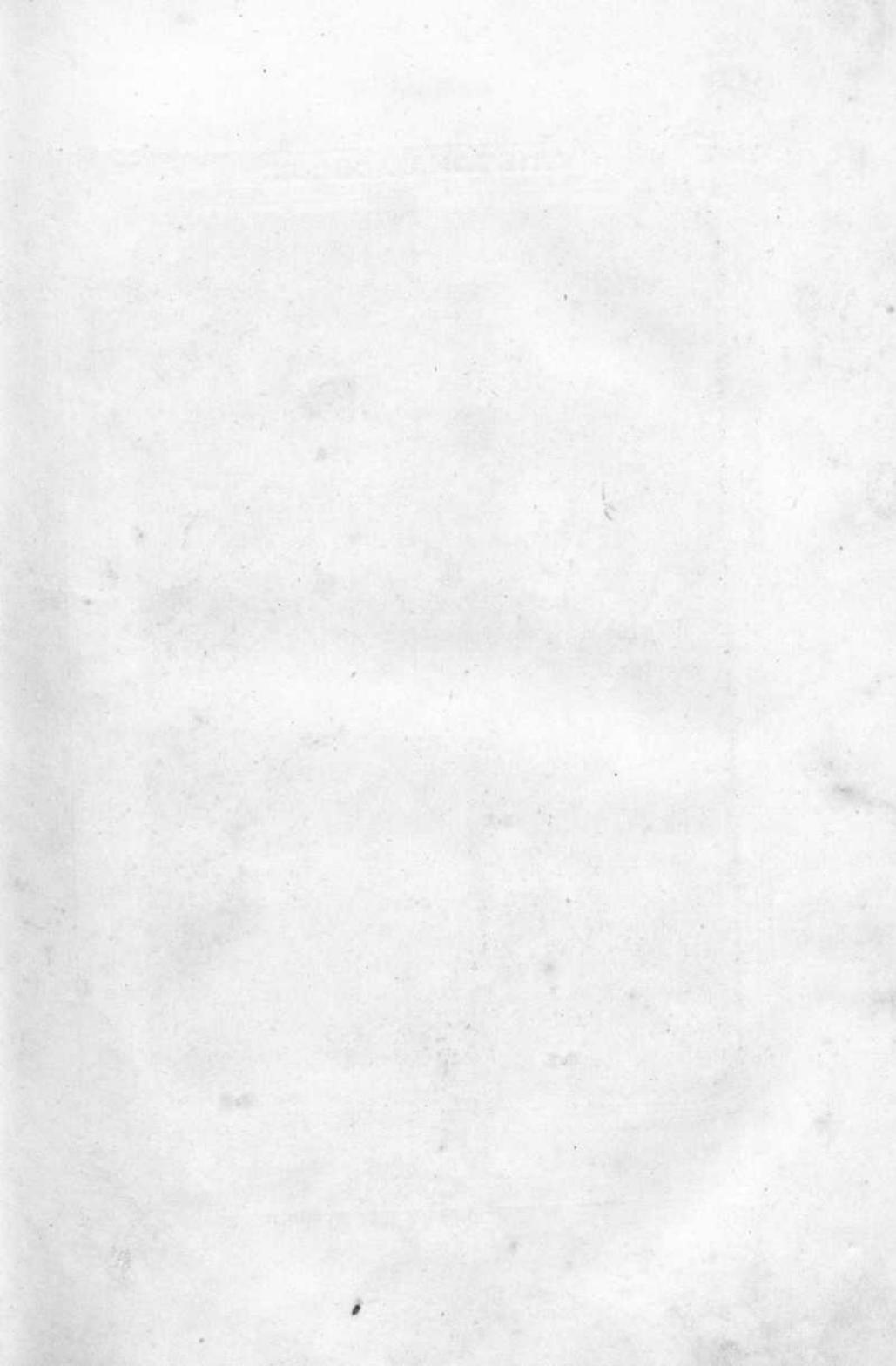
—Y humilde servidor de vuestra reverencia.—Ven acá, Diego: besa la mano al padre guardian.

El niño se acercó, sin soltar el pan de la mano, y besó la del religioso, que le acarició dándole un golpecito en las mejillas y diciéndole:

—Dios te haga bueno..... Pero, ¿qué comes? ¿Pan seco? ¡Pobrecito!... Vamos adentro: puede ser que yo tenga otra cosilla que darte.—Y añadió, volviéndose hácia su padre:—No necesito preguntaros si sois extranjero: bien se os conoce por el acento. ¿Venís de muy lejos?

—Del vecino reino de Portugal, señor, repuso el viajero, recojiendo su pobre equipaje para seguir al religioso.

Este reparó en el rollo de papeles, que aquel acomodaba con es-



CRISTOBAL COLON.



La limosna.

pecial cuidado, lo que aumentó su curiosidad de conocer á fondo á aquel hombre.

—Sin embargo, le dijo, no sois portugués.

—No, señor. Génova es mi patria; mi ingrata patria. No estaria yo aquí hoy, pidiendo un pedazo de pan para acallar el hambre de mi hijo, si ella hubiese sabido comprenderme; pero se ha mofado de mí y me ha despreciado, en pago de la mas grande oferta que hombre alguno ha hecho jamás á ninguna república ó estado.

Al hablar así, el desconocido lo hacia como si discudiese á solas consigo mismo: pero de pronto, dando á sus ideas un giro que sin duda les habia impreso antes la calidad de ex-confesor de la reina de Castilla, atribuida por el lego á Fray Juan Perez, fijó en este su mirada fogosa, y añadió:

—Sin embargo, ¿quién sabe los secretos designios de la Providencia? No me aflijo por lo pasado, ni debo pensar ya en las borrascas de mi vida. Siempre tras las tormentas brilla mas puro el sol. Quizá Dios quiere que mi destino sea cumplido en España.

—En sus manos debemos poner nuestra suerte, amigo, repuso el guardian de Santa María; y haceis bien en resignaros á lo que disponga su santa voluntad.—Pero dejando esto aparte, á lo que entiendo, traeis entre manos algun grave asunto. ¿Qué oferta es la que habeis hecho á Génova, que no ha sabido apreciar?

Sonrióse el extrangero, como si temiese encontrar en el religioso mas incredulidad y desden que en el ilustrado concejo de Génova, y contestó:

—Señor: mi oferta diz que es una locura, un desatino. Sin embargo, me precio de hombre formal y verídico, y nunca he prometido nada que no esté seguro de cumplir. Diez años de un continuo estudio y de profundas meditaciones me han dado la evidencia de que al otro lado del mar Atlántico está la India y existe un mundo que descubrir, vastas regiones á donde es necesario llevar la luz del Evangelio. Pues bien, nada menos que eso es lo que ofrezco á las córtes soberanas, y lo que las mismas desprecian.

Fray Juan Perez se detuvo ya en la puerta de su celda para mirar fijamente al hombre extraordinario que pedia limosna y traia en la cabeza un *mundo nuevo* para regalarlo á quien lo quisiese. No

le tuvo por loco, pues observaba demasiado juicio y seguridad en la coordinacion de sus ideas; pero le causó asombro, y no supo qué pensar de él.

—Entremos aquí, dijo, y almorzareis conmigo. Entre tanto hablaremos de vuestro gran proyecto, pues me place oiros, aunque á la verdad, no os comprendo.

Hablando así entraron en la celda el guardian y el extranjero, á quienes seguia el niño; el cual, mientras su padre acomodaba en un rincon el miserable equipaje, se puso á mirar los libros de que habia lleno un grande armario y otros objetos científicos distribuidos en varios puntos, como quien examina cosas que le son familiares. De pronto lanzó una exclamacion, y con el poco reparo propio de la infancia, gritó:

—¡Mirad, padre, mirad!.. Aquí hay una esfera.

—¡Hola! exclamó el guardian sonriéndose: ¿ya sabes tú lo que es una esfera?

—Es natural, reverendo padre, dijo el extranjero: los niños no aprenden mas que lo que ven, y este se ha criado entre esferas y mapas.

—¿Sois geógrafo?

—La marina es mi profesion; pero soy mas que nada inclinado á la cosmografía, que estudié en Pavía: componiendo cartas geográficas he ganado mi vida mucho tiempo en Lisboa, donde hubiera visto realizado mi proyecto de navegacion trás-atlántica, á no estorbarlo la mala fé de los hombres.

—Quereis decir que ese proyecto ha estado en vias de ejecucion?

—Sentaos, amigo, y hablemos un poco mientras nos disponen el almuerzo.—Primeramente, ¿cuál es vuestro nombre?

—Cristóbal Colombo, en mi patria, ó Colon, como en Portugal me llaman.

—Colon, bien: es mas breve. Deciais, pues, que ya se hubiera realizado vuestro plan...

—Sí, señor. Hace diez años que lo concebí, una tarde al ponerse el sol; y me inclino á creer que fué enfrente de estas costas. Desde entonces, no he dejado de meditarlo un solo dia: durmiendo, soñaba en él; despierto, he creido recibir mil inspiraciones que me di-

cen: «Colombo, tú eres la paloma de que habla Isaias; tú el que has de unir los apartados extremos de la tierra, para que del uno al otro resuenen las alabanzas del Señor.»

—¿Y lo creéis con esa fé? Cuidado, hijo, no sea que os ciegue el orgullo.

—¡Ah! padre, no es orgullo, nó: es una llama ardiente que me fortalece, y á quien dan pábulo y fomento los obstáculos. Yo he meditado friamente mi plan, acudiendo á las luces de las ciencias humanas: las matemáticas, la astronomía; la geografía antigua y moderna me han repetido que es una verdad lo que presiento; pero ni la ciencia ha podido inspirarme esta fuerza de voluntad con que lucho contra las preocupaciones generales, ni los libros, ni los cálculos contienen los hechos que han venido á corroborar mi verdad. Hablo sin pasion: si conociéseis mi historia de algun tiempo á esta parte, pensaríais, como yo, que la mano de Dios me guía.

—Explicaos: nada me interesa tanto como saber esa historia.

—Yo, reverendo padre, llegué á las playas portuguesas arrojado por la tempestad, y de doscientos hombres fui el único que se salvó del naufragio: estaba orando un día, y la oracion me unió con la madre de ese niño, que Dios ha llamado á su seno: por ella recibí noticias de su padre, que confirmaron mi teoría de la redondez de la tierra, y de la proximidad del continente oriental por la parte de occidente: por ella tuve ocasion de viajar al Norte y al Mediodía y de medir la proyeccion de los astros, conforme con mi sistema; fui á vivir en la isla de Puerto Santo, y ví llegar unos árboles arrancados de tierras occidentales, y supe que otros habian visto juncos enormes, como las cañas que se crían en la India, y dos cadáveres de hombres, en nada parecidos á los europeos: oí contar relaciones fabulosas de islas flotantes, como la de las Siete Ciudades, la de San Brandan y otras, y estos cuentos que llenaban de pavor á los demás hombres, parecían decirme á mí solo: «Anda, cruza el Océano: esas voces del pueblo son la voz del cielo que te llama al otro hemisferio.»—¡Ah! Un año hace, me decidí á intentarlo: propuse la empresa al rey de Portugal; en los primeros momentos hubo dudas, vacilaciones, disputas académicas: mi proposicion fué desechada al

parecer. Sin embargo, el rey era favorable á ella, y mandó pedir-me una traza de todo el proyecto.

—Entonces, ¿qué ha impedido realizarlo?

—Creo habérselo dicho todo ya: la mala fé. Quisieron acabar la empresa sin mí: armaron dos carabelas y enviaron de secreto un marino portugués en busca de la tierra prometida. Este no tuvo valor para llegar hasta el fin, y volvió á los tres meses desacreditando mis proyectos para disculpar su impotencia. Resentido y despechado, entonces dejé á Portugal y marché á Génova, donde no fui atendido. Yo era pobre, y lo he quedado mas en la prosecucion de mi empeño. Dios sabe que, sin embargo, no desmayo. Pediré limosna de córte en córte y de reino en reino, hasta que encuentre un soberano capaz de comprenderme y de tratar con la sinceridad que yo trato.

—Colon, dijo Fray Juan con grave pausa: yo no comprendo bien todavía lo que meditais hacer: presumo que vuestro intento es fijar prácticamente la teoría de los antiguos sobre la redondez de la tierra, y descubrir nuevas regiones al occidente de Europa.

—¡Oh! ¡Y unas regiones magnificas, incomparables! El Catay... la isla de Zipango, todo el imperio del gran Kan...

—He oido mencionar alguno de esos países; pero creo que están situados en lo mas remoto de Oriente.

—Sí, sí: por lo mismo, yo he de llegar á ellos en dos meses de navegacion al Ocaso. He consultado al sábio florentino Pablo Toscanelli, y puedo mostraros el planisferio trazado por mí, con notas suyas, que me aseguran la posibilidad de mi teoría.

Y así diciendo, Colon fué al ángulo donde tenía su fardo, tomó los papeles y los desarrolló á la vista del guardian. Este echó una ojeada sobre ellos, movido de viva curiosidad; mas como á la sazón entrasen el almuerzo que habia mandado preparar, dijo:

—Está bien: dejemos ahora esto, pues lo hemos de ver mas despacio. Si quereis, señor Colon, haré venir algunos amigos que entienden mas que yo en achaques de marineria; discutiremos aquí vuestros planes, y si adquirimos la conviccion de su posibilidad, acaso no será menester que vayais mendigando de córte en córte,

para ofrecer á ningun soberano ese mundo incógnito, que teneis tan en la mano. Yo mismo os recomendaré á la reina de Castilla.

—Y doña Isabel apoyará mi empresa: la tomará bajo su proteccion, ¿no es cierto? dijo Colon con aquel entusiasmo de que no habian podido curarle los desengaños. ¡Oh! Si yo consigo que me oiga la gran reina, estoy seguro de que he de visitar el Catay antes de un año.

—Yo no os prometo tanto, señor Colon; replicó el religioso. Primero discutiremos vuestros planes: luego, si son razonables, como creo, os daré mi recomendacion para la corte de Castilla; y despues será lo que Dios tenga decretado en sus altos juicios. De una cosa podeis estar seguro, y es: que voy á escucharos sin prevencion, y que nunca os faltará mi amistad, si llegais á merecerla. Os hablo con franqueza española.

—¡Oh! exclamó Colon, echándose á los piés del religioso y besándole las manos. Si algun dia alcanzo por vos lo que tanto anhelo, no sereis mi amigo: sereis mi segundo padre.

—Alzaos, alzaos, dijo el guardian conmovido. Ahora pensemos en almorzar.

Y nuestros dos personajes se sentaron á la mesa, donde anudaron aquel dia una amistad que debia durar toda la vida de entrambos.



CAPÍTULO II.

Entra Colon en relaciones con nuevos personajes.



DIFÍCILMENTE podrá formarse una idea del asombro y de la incredulidad de cuantos oían hablar por primera vez del gigantesco proyecto de Colon; pues familiarizados hoy con el hecho que él emprendió, nos parece una cosa natural y sencilla. Pero no se pensaba lo mismo entonces; y en realidad, la proposición del grande hombre debia de parecer tan árdua, tan atrevida é irrealizable, como la del aeronauta que, en nuestro siglo, intentase hacer un viaje á la luna, ó á cualquiera de los planetas mas apartados de nuestro globo.

Sin embargo, algunos, aunque pocos, sábios y prácticos habia, que sin admitir de plano el osado proyecto de nuestro marino, lo consideraban posible, ó al menos digno de ser emprendido.

La tarde del mismo dia en que llegó Colon al convento de la Rábida se paseaban por la avenida plantada de árboles que á este con-

ducia, el guardian Fray Juan Perez de Marchena y dos sugetos de buen porte, aunque nada lujosos en su traje; como que ambos pertenecian á la vecindad de Palos de Moguer, pueblo de mediana importancia, situado á media legua escasa de aquel punto, en la falda del monte.

El uno vestia de negro y llevaba en la mano un baston de facultad; el otro, mas jóven que aquel (si bien ya contaria de treinta y cinco á cuarenta años de edad), era un hombre de maneras toscas, complexion dura y tostado semblante: lo encendido de su cutis y la gorra ó birrete de forma redonda que cubria su ensortijado cabello indicaban que era marino.

La conversacion de estos tres personajes no carecerá de interés, si nos tomamos la libertad de referirla.

—Por mas que yo haya estudiado, amigos míos, decia el guardian, hay ciertas materias que no son de mi incumbencia; y por consiguiente, carezco de instruccion para tratarlas con el debido conocimiento. Además, no basta la ciencia de un hombre solo para sostener una polémica con ese extranjero admirable, que, como os he dicho, llegó aquí esta mañana pidiendo limosna. Un par de horas de conversacion con él, si no han bastado para formar mi juicio acerca de sus vastos planes, han sido, sin embargo, mas que suficientes para convencerme de que es un sábio de primer orden y de que posee un don de Dios, que podreis llamar talento, pero es algo mas. Por esto os he llamado; pues quisiera que discurriésemos todos juntos, á fin de sacar en claro la verdad.—Vos, señor García Fernandez, prosiguió el guardian dirigiéndose al que vestia de negro, sois dado á la filosofía, y podeis esclarecer muchos puntos respecto á la naturaleza de las cosas.—Vos, señor Martin Alonso, añadió mirando al otro, teneis la experiencia de la navegacion, y podeis discurrir como hábil marino y conocedor práctico de ese mundo: yo me valdré de mi pobre raciocinio, y así veremos si es posible admitir una teoría tan extraordinaria y nunca oida, como la que ese hombre propone.

—Yo, padre guardian, dijo Martin Alonso Pinzon, no soy un doctor, ni un catedrático de Salamanca para discutir como es debido: pero supuesto que el extranjero es un marino lo mismo que yo,

hablaremos y le haré mis cargos según mis alcances. El negocio, por mas que parezca descabellado, vale la pena de pensarse: yo no lo creo un desatino! ¿Qué os parece, señor físico?

—Necesitaria oír al extranjero para emitir mi opinion, repuso el médico García Fernandez.

—Le hice acostarse despues de comer, dijo el guardian; porque el infeliz estaba muerto de cansancio, y no me atrevo á mandar que le despierten: pero ya le oíreis, señor García, y quedareis prendado como yo de la grandeza de sus planes, y de la seguridad con que habla de ellos.

—A veces, padre guardian, los charlatanes poseen el don de cautivar nuestro entendimiento y avasallar nuestra voluntad.

—¡Oh! Cuidado con eso. Colon no es un charlatan: algo soñador sí es; pero su proyecto ha merecido ya la aprobacion tácita del colegio de ciencias naturales de Lisboa. Yo he visto las cartas que ha trazado, y son de lo mejor que se conoce: posee las matemáticas en alto grado, la geografía y la historia son juguetes de niño para él; en la náutica, por lo poco que yo entiendo, me ha parecido muy sobresaliente; y en fin, amigos, hace diez años que estudia en busca de la verdad de su pensamiento. Nó, no es un charlatan: yo le guardo como un tesoro; porque, á salir cierto lo que medita, quiero que su grande empresa sea para nuestra patria.

—Laudable fin, respondió el médico. Yo me asocio á vuestra paternidad en el caso de que ese hombre me convenza.

—Y yo prometo acompañarle en su primer viaje y ayudarle con mis recursos, dijo Martin Alonso.

—Así me gusta que penseis, amigos, repuso Fray Juan. Qué, ¿os parece que sería poca gloria para España disipar de un golpe las tinieblas que cercan ese Océano; abrir una senda directa al comercio de Europa con la India; determinar con fijeza la forma de la tierra; descubrir acaso inmensas regiones, que pueden estar comprendidas entre nuestras costas y el continente del Asia; llevar á ellas y al imperio del gran Kan la luz de la fé; adquirir incalculables dominios, y estender ilimitadamente la influencia bienhechora de nuestra santa madre la Iglesia? ¡Oh! ¡No hay grandeza comparable á esta, por cualquier lado que se la considere! Ya me parece que lo estoy vien-

do... ¡Diantre de Colon! Me ha pegado su entusiasmo, concluyó el guardian, riéndose del vuelo que había tomado su imaginación. Él podrá ser un loco; pero es un loco sublime.

Nuestros tres personajes daban en esto la vuelta hácia el convento, y vieron á Colon que venia en busca del guardian: al verle, los dos vecinos de Palos recibieron aquella impresion de respeto que infundia naturalmente la presencia grave, sin afectacion, del marino genovés, y el uno al otro se miraron, como diciéndose:—«Tenia razon Fray Juan Perez: no es un hombre vulgar el extrángerо.»

Despues de los saludos que exige la cortesia, el guardian presentó á Colon sus dos amigos, diciéndole:

—No dudo que os alegrareis de conocer y tratar á estos señores; el uno médico, sábio naturalista y filósofo, y el otro hábil marino, que, como vos, ha corrido mucho mundo.

—Ciertamente, nada me place tanto como el trato con los sábios y hombres inteligentes, respondió Colon; y esto mas tengo que agradecer á vuestras bondades, padre guardian.

—Ya les he informado de vuestro proyecto magno, y están dispuestos á servirlos de auxiliares, si llegais á convencerles de la posibilidad de ejecutarlo. Vamos, pues, á mi celda; tomaremos un refrigerio, y luego hablaremos, bien sea allí mismo, ó bien dando un paseo hácia la playa.

Dicho esto, el guardian condujo á sus huéspedes á su celda, donde hizo que les sirviesen frutas con unas tortas de pan candeal; y despues de esto se dió principio á la conferencia científica.

Colon expuso en breves y sencillas palabras su vasto plan, reservándose las pruebas para cuando le fuesen presentadas las objeciones que preveia. En seguida el doctor, sin entrar en discusion, propuso dividir el asunto por materias ó cuestiones: primero, sobre la configuracion y dimensiones de la tierra, segun las teorías mas probables de los antiguos; segundo, sobre el cómputo de los grados; tercero, sobre las ideas de Platon acerca de la existencia de la Atlántida y causas posibles de su desaparicion ó separacion del mundo conocido; cuarto, sobre la discordancia ó conformidad de las ideas de los filósofos y noticias de los viajeros, con las de los libros sagrados; quinto, teoría de los antípodas, y demostracion de su modo de

ser, suponiendo que la tierra fuese esférica; y sexto, juicio crítico de las tradiciones populares, referentes á indicios de tierras occidentales mas ó menos fabulosas.

Resueltas todas estas cuestiones, el pensamiento de Colon, en sentir del médico, no dependia mas que de las dificultades materiales de la navegación, para lo cual suponía en el genovés suficientes conocimientos prácticos, atendidos sus antecedentes.

La discusión comenzó por el primer punto; fué larga y empeñada, y no pudo concluirse aquel día: el guardian, García Fernandez y Martín Alonso hicieron objeciones, demostrando que poseían un caudal de ciencia muy superior á lo que podia esperarse en un rincón de España y en aquellos tiempos; mezclaron, sin embargo, á sus razones los errores y preocupaciones vulgares; pero, como quiera que en su disputa les animaba un espíritu conciliador y ansioso de la verdad, nuestro aventurero pudo rebatir sus argumentos sin acalorarse y ganar por completo las simpatías del pequeño Areopago.

Al día siguiente volvieron al convento el médico y Martín Alonso: este trajo en su compañía un marino septuagenario, llamado Pedro Velasco, antiguo piloto que habia viajado á todos los países conocidos hasta sus dias.

—Antes de proseguir la discusión pendiente, dijo Martín, permítame tocar hoy un punto que ha de venir despues: el de los indicios de tierras al occidente. Nuestro amigo, el señor Pedro Velasco, sabe algo de esto, y él podrá deciros lo que ha observado.

Accedieron todos á la proposición del marino, y el anciano Velasco habló de esta manera:

—Señores, yo tengo alguna experiencia en el mar; y cuando he sabido por mi amigo Pinzon que aquí se trataba de un viaje al Poniente, en busca de nuevos países, me he acordado de un lance que me pasó hace veinte años, el cual puede dar alguna luz: iba yo á Inglaterra, por el mes de octubre, y al pasar el cabo de Finisterre, me cogió una tempestad con viento muy recio de sud-este: por mas que hice, no pude cartear, y fui arrebatado mar adentro de tal modo, que el cabo Clear de Irlanda quedó á muchas millas á mi derecha. Veinte dias duró el temporal, y llegué á perder la esperanza de

volver á puerto, cuando una mañana (el 6 de noviembre fué, que lo tengo bien presente) observé que la mar entraba en calma, sin embargo de que el tiempo seguia borrascoso; y cuanto mas avanzábamos hácia Poniente, mas se declaraba este fenómeno; lo que atribuí, pues no podia ser otra cosa, á que habia alguna tierra cercana por aquella parte.

—¿Y no avanzásteis á reconocerla? preguntó Colon con viva inquietud.

—Nó, señor.

Colon respiró como si le hubiesen quitado un gran peso.

—Mi gente, continuó el viejo marino, se alarmó de aquella calma, suponiendo que habíamos llegado á un punto donde no soplan los vientos, ni el mar se mueve; y como á la sazón cambiase la marea, me volví: pero estoy casi seguro de que aquello era un indicio de tierra.

—Sí, ciertamente, dijo Colon: yo tambien he navegado por esos mares, con el intento de aportar al Norte de la Tartaria; pero sobrevino el invierno y temí quedar encallado por los hielos. De lo contrario, mi problema estaria ya resuelto.

Siguió á este episodio la discusion científica, reforzada con nuevas observaciones del anciano Pedro Velasco, á quien daba mucho peso su larga experiencia en el concepto de sus dos paisanos; y continuó los dias sucesivos, con asistencia de algunos frailes doctos, que solian entorpecer las resoluciones con escrúpulos teológicos: sin embargo, al cabo de poco tiempo, la conviccion fué completa de que el marino genovés calculaba con acierto.

Entre tanto, la impaciencia de Colon no le dejaba vivir con reposo; parecíale que su destino estaba á punto de cumplirse, y que faltaba á un deber sagrado en cada hora que perdía. Fray Juan Perez conoció esta inquietud de su huésped, y una mañana que le vió volver de un paseo solitario, emprendido antes de salir el sol, tomó pretexto de esta madrugada para decirle:

—Advierto, Colon amigo, que dormís poco, y andais desasosegado y como triste: la vida invariable y acompasada del convento, ¿ha llegado á cansaros, ó es que alguna idea os atormenta y os roba la paz del alma?

—No puedo negaros que vivo intranquilo, reverendo padre: pero no es porque me canse la vida del convento, sino porque veo pasar los días perdidos para la realizacion de mi hermoso ensueño.

—No son perdidos, Colon: ya veis que me ocupo constantemente en vuestra obra: es menester que el convencimiento sea completo, para que la recomendacion sea mas eficaz; es menester que tengais creyentes, para que tengais apóstoles. Vais á ir á una corte donde hallareis muchos incrédulos; y aparte de esto, no es ahora la ocasion oportuna para presentaros á los reyes: ocupados como están en la conquista de Ronda y de todo lo mas fragoso y dificil del reino de Granada, mal podrán atender vuestras pretensiones, que piden calma y espacio: es preciso que os resigneis á esperar hasta la entrada de la primavera, cuando Sus Altezas vengan á Córdoba ó Sevilla para disponer la nueva campaña. Entonces será tiempo de planes, y uno mas sobre los otros no podrá ser desatendido.

Estas reflexiones del buen guardian, si no convencieron á Colon, le obligaron á resignarse; y para no manifestar mas su descontento, los días que no se trataba de su empresa en Santa María iba él mismo al vecino pueblo de Palos á visitar á sus amigos, ó emprendia largos paseos por la costa, explayando su imaginacion á la vista del Océano.



CAPITULO III.

El sueño de Colon.

UNA tarde prolongó Colon tanto su paseo, y se dejó absorber de tal manera por sus pensamientos, que le sorprendió la noche muy lejos del convento, y ni siquiera se apercibió de ello.

La luna difundía un resplandor apacible, que se reflejaba en el mar, y era su claridad tan intensa, que podía suplir la del sol para un espíritu profundamente ocupado en brillantes cavilaciones. Colon tomó asiento en una peña, y continuó largo rato soñando despierto, como le aconteció en mil ocasiones de su vida.

Media hora habria pasado en aquella especie de éxtasis, que mentalmente le aislaba de la realidad, cuando sintió como si se meciera su cuerpo, blandamente halagado, zumbándole los oídos con el murmullo de una dulce armonía, en nada semejante á cuantás puede producir ningun instrumento humano: el mar desapareció á su

vista en la forma ordinaria, y le pareció transformarse en un lago de oro líquido y bullente, sobre el cual se levantaba una nube blanquísima y sutil como el humo del incienso: esta nube tomó caprichosas formas, delineándose confusamente en su fondo un palacio árabe arruinado, entre cuyos rotos arcos de afiligranadas labores descollaban palmeras y laureles incoloros. En el dorado mar, que bajo aquellas arcadas se extendía, vió aparecer tres navecillas que cortaban las olas, vueltas al Occidente las proas, y distinguió en la popa de la mayor de ellas una imágen de la Virgen, rodeada de bellos resplandores. La blanca nube se transformó gradualmente hasta tomar los contornos de una hermosa doncella, vestida de flotante ropaje, que parecia ocupar todo el espacio permitido á la vista.

Colon contemplaba esta vision magnífica, sin sentir horror ni asombro; pero se estremeció y tembló, y se le erizaron los cabellos al oír que la doncella, dirigiéndole la palabra en el dulce idioma de su patria, y con una entonacion musical y una prosa parecida á la rima, le decia:

«Prepárate á sufrir amargos sinsabores: prepárate á gozar gloria y honores, que el mundo dá, y el mundo quita.—Gloria y honores son humo y vapor, que el viento desvanece y seca el sol de agosto. La tierra seca está de honor y de virtudes; y el árido suelo pueblan serpientes, que muerden flores, gloria y honores, y emponzoñan la vida con su aliento.»

Colon miraba absorto la prodigiosa aparicion que tenia delante, y no ósaba interrumpir la extraña armonía que sonaba en sus oídos, aun despues que aquella hubo concluido de hablar: mas, como pasados algunos momentos observase que su color menguaba y sus formas se desvanecian, temió perderla; y sacando fuerzas de su corazón, le dijo:

«—Detente y no me abandones, prodigiosa vision: dime quién eres, y si Dios te envia para mi bien, ó para mi mal.»

«Bien y mal juntos van, repuso la doncella recobrando su colorido, como una luz que renace próxima á extinguirse. Bien y mal nutrió en sus ramas el árbol de la ciencia: el bien es el aroma, que al cielo sube, conforta la cabeza y alienta el corazón: el mal en tierra cae.»

—¡Caerá vencido! exclamó Colon con enérgico entusiasmo.

La vision replicó en un tono triste y lánguido:

«¡Ay! Nó, que prospera; y es, en esta baja esfera, señor y rey!...

—¿Quién eres tú, que así me desalientas? preguntó Colon. ¿Eres del cielo amiga, ó espíritu infernal que viste bellas galas? Responde: te lo exijo en nombre de Dios todopoderoso.

«Ni el cielo, ni el abismo son mi morada; ni el hombre tiene nombre que convenirme pueda: yo, espíritu intermedio, pueblo los aires y el mundo hago rodar: yo floto en los suspiros de un pecho enamorado; yo vivo en la semilla que va á nacer; y en el huevo del ave, y en el gérmen del hombre: yo animo el pensamiento del sabio que medita; yo los ensueños doy; yo el pecho del guerrero inflamo en ruda saña; yo consuelo al que pena y aliento al que sonríe: del huracan en las alas cabalgo rugiente; del volcan soplo las llamas; del mar levanto las olas; mézome en la calma; duermo en el placer. Soy reina del ser, y del no ser.»

—¡Oh! Me confunde lo incomprensible de tu contradictoria naturaleza! exclamó Colon suspirando.

«No hay contradiccion en mi esencia: el mal nace del bien; el bien nace del mal: la muerte engendra la vida; la vida se alimenta de sus ruinas: mas allá vive la eterna luz.»

—Dame alguna para conocerte mejor, espíritu sublime. Tu nombre y nada mas.

«No lo comprenderias: los deseosos me llaman *Esperanza*; los poetas, *Ilusion*; los ambiciosos, *Gloria*; el mundo entero, *Amor*: puedo ser todo esto; soy mucho mas: tambien me llaman *Fortuna*, y *Acaso*, y *Alegría*: cuando rio en las tumbas, nadie me vé; cuando lloro en la dicha, nadie me nombra. Feliz quien nunca me olvida; porque tambien me llamo *Fé*, y tambien *Resignacion*.»

—¡Fé... Resignacion! Yo te poseo: tú eres la antorcha que me guia y la columna que me sostiene, dijo Colon. ¡Gloria, Esperanza! tú eres tambien el móvil de mis pensamientos. ¿Qué quieres de mí?

«Lo que tú me órdenes, pues vivo en tí.»

—¡Oh! Muéstrame mi porvenir.

La sombra palideció hasta el punto casi de resolverse en vaporosa niebla, tomó luego un colorido brillante de púrpura y oro, y

volvió por último á su primitiva forma: en cada una de estas tres transformaciones dió una de las respuestas siguientes, dejando transcurrir entre ellas un corto espacio:

«Siete años son de humillaciones y fatigas... Siete años son de triunfos y esplendor... Siete años son de ingratitude y olvido: lo que el mundo es y ha sido, esto será.»

—Nada satisfecho Colon de tan conciso y al parecer contradictorio augurio, y alentado por la condescendencia de la sombra, repuso con energía:

—No basta eso á mi afan impaciente: luz te pido y me ofreces dudas.

«Si no fueses hombre, no dudarias: podrias ver la eterna verdad. No me culpes á mí; culpa á tu limitado entendimiento.»

—Pero tú tendrás poder para mostrarme clara y palpable la verdad de mi destino: de lo contrario, no eres nada, ó eres la ilusion de un sueño.

«¿Quieres conocer tu destino?»

—Sí.

«Tan pronto como lo conozcas, retrocederás y dejará de cumplirse. Tus planes de diez años volverán á la nada.»

—Eso no, jamás. Solo la muerte me obligará á abandonarlos.

«Sígueme.»

Al pronunciar la sombra esta palabra, sintióse Colon envuelto en la flotante falda de su vestidura sutil, y arrebatado por los aires al través de países desconocidos: vió una mujer llorosa con un niño en el regazo, y quiso detenerse junto á ella, pero la sombra le arrastró á otros lugares, pronunciando la palabra *constancia*: vió luego una corte brillante, muchos guerreros, muchos prelados, muchos caballeros y damas, de los cuales unos se burlaban de él, otros le miraban con lástima; todos pasaban y se distraían, ora en sangrientos combates, ora en bailes y festines: vió dos religiosos, uno implorando favor para él á una gran señora, otro instigando para que se le negase; hasta que al cabo, la gran señora tiró un puñado de joyas, que el primer religioso recogió contento.

La sombra dijo: «Son siete años.» Y cambió de rumbo. Mas rápido cien veces que el rayo, vió Colon deslizarse el mar debajo de

él: islas magníficas, pobladas de eterna verdura y siempre floridas, aparecieron ante sus encantados ojos; territorios inmensos, llenos de gentes que pisaban el oro con desprecio, se estendian por ambos lados: aquellas gentes vivian felices en perpétua fiesta, gozando de un claro cielo y de los frutos abundantes que la naturaleza les daba con pródiga mano: al verle, se postraron para adorarle, como si fuese un dios: acudieron de todas partes hombres principales y de todas condiciones, que se disputaban la gloria y la fortuna de seguir sus huellas: el viento se pobló de aplausos y aclamaciones; todo era admiracion, todo alegría, bullicio y conmocion placentera. Y la sombra dijo: «Son siete años.»

Colon no podia respirar de júbilo y de asombro en medio de aquel brillante espectáculo; pero fuéle preciso volver á otro lado la vista, donde oyó lamentos y alaridos; y vió á los caballeros convertirse en codiciosos villanos, hidrópicos de oro y de mando; vió nacer entre ellos la rivalidad, la envidia y la traicion; viólos convertir en charcos de sangre los apacibles valles de aquella tierra virgen semejante al Eden, acuchillar y alancear á sus felices moradores, cargarlos de cadenas, violar sus hijas y esposas, someterlos á penosos é insoportables trabajos hasta acabar con su vida: vió alzarse hogueras y devastadores incendios donde antes habia pensiles y bulliciosas fiestas; y vió aquellos mismos caballeros, asociados con la hez de los criminales, revolverse contra él, mofarle, escarnecerle y preparar pesados hierros para encadenarle, y baldones y oprobios para amontonarlos sobre su nombre.

«¡Son siete años! repitió la sombra con voz solemne. Vé ahí la tierra que anhela tu alma: tuya es; no será por tí gozada: otros cogerán el fruto de tus afanes, despues de regarlo con sangre. Lo que el mundo es y ha sido, esto será. ¿Quiéres ver mas?»

—¡Oh! el hombre es perverso, pero tambien es bueno y leal, repuso Colon, agitándose como bajo la opresion de una pesadilla. Soy fuerte, soy poderoso: los malvados caerán bajo la cuchilla de la ley: los buenos y los débiles prevalecerán al abrigo de mi justicia. Nunca sufriré que ultrajen la virtud y manchen mi nombre.

La vision fué entonces como una catarata de fuego que inundaba toda la tierra; pero de un fuego sin luz: en el aire resplandecia so-

lo un nombre, que la sombra acababa de escribir con su dedo: aquel nombre era el de Cristóbal Colon.

Inmediatamente despues la sombra se desvaneció. Colon quiso asirla para no caer en el abismo de negro fuego; pero estendió inútilmente sus brazos. Dió un ronco grito, y oyó las pisadas de un caballo que marchaba por una senda inmediata, pocos pasos á su espalda.—La luna habia recorrido mas de la mitad de su carrera, y al volverse Colon, pudo ver completamente bañado por sus rayos á un jóven, montado en un hermoso caballo pio, y envuelto en un tabardo guarnecido de ricas pieles.

—Villano, le dijo el jóven parándose al verle: un doblon puedes ganar si me enseñas un asilo donde acabar de pasar esta maldecida noche; y cuatro mas, si mañana quieres servirme de guia hasta el primer pueblo de Portugal.

Colon, subyugado todavía por las estrañas alucinaciones que habian fascinado su espíritu, dejó hablar al desconocido sin pensar en interrumpirle, y pareciéndole que era una nueva vision, un nuevo espíritu etéreo.

—¿Eres de piedra, ó estás dormido, villano? interrogó el jóven caballero con impaciencia.

—¿Quién sois y qué quereis? preguntó Colon con dignidad, y como si nada hubiese oido.

—¡Pardiez! Ya te he dicho lo que quiero: un albergue, aunque sea una mala choza por esta noche, y un guia. Tendrás cinco doblones.

—Guarda tus doblones para quien los quiera, doncel. Si me necesitas, te serviré en lo que pueda; pero no me ofrezcas dinero.

—Me tutea, ¡vive Dios! exclamó el mozo entre dientes. Pero reprimiendo su enojo por esta pequeñez, que debió de parecerle grave descortesía ó desacato, respondió en tono familiar:—Si me sirves sin dinero, tanto mejor: harás lo que debes.

—Lo sé, replicó el genovés prontamente: de cristianos es dar posada al peregrino; pero, como no la tengo, y he de pedirla para tí, si pretendes obligarme, te dejaré al raso.

—No te enfades, villano...

—No soy villano...

—¿Hidalgo?...

—Tampoco...

—¿Caballero?...

—¡Hombre!

—¡Pardiez, y qué humos gastais! No os enfadeis, repito, y hacedme la merced de indicarme un asilo; pues os juro por mi fé de cristiano, que estoy ya molido de rodar por estos vericuetos, sin saber dónde me hallo, ni á dónde voy.

—Con mil amores sereis servido, noble jóven, repuso Colon tocándose la gorra por cortesía. Seguid mis pasos.

Y echó á andar por la vereda que conducia directamente al convento. Durante el camino, observó por los astros que era muy tarde, lo que no pudo explicarse á sí mismo, á pesar de las grandes cosas que le habian entretenido; pues en su sentir, todo esto habia durado solo cortos momentos. No estaba de humor de hablar, ni el jóven viajero tampoco: el uno absorto aun por sus fascinaciones, y el otro fastidiado de la mala noche, ambos continuaron su marcha silenciosos, hasta llegar á la portería.

Colon llamó: el hermano portero estaba entonces en lo mejor de su sueño, y cuando á los repetidos golpes volvió de su letargo y abrió los ojos, necesitó desperezarse y bostezar tres ó cuatro veces antes de resolverse á preguntar quién llamaba; lo que hizo al fin refunfuñando y de mala gana.

«Soy yo, hermano Pascual, tened la bondad de abrir, le respondió Colon.»

—El diablo que te crea, dijo el portero dando un salto. *Vade retro!* Demasiado sé yo que no eres tú el extrangero, que á estas horas está en su cuarto durmiendo como un patriarca.

Y se volvió hacia su habitáculo, decidido á acostarse, y sopándose las puntas de los dedos, porque hacia frio. Mas como Colon repitiese los golpes á la puerta, llamándole al mismo tiempo por su nombre, se puso á escuchar con bastante recelo, y murmuró:

—¡Santa María me valga! Esa es su misma voz. No las tengo todas conmigo de que no sea nigromante. ¿Podrá estar á una misma hora dentro y fuera del convento?

El jóven á quien acompañaba Colon, gritó desde afuera con descompasados bríos :

—Abrid pronto, hermano Pascual, si no quereis ayunar á pan y agua ocho dias.

—¡Calla! Esta es otra voz: aquí hay algo de brujería, murmuró el lego.—Y preguntó:—¿A quién he de abrir?

—¡Pardiez! A quien llama: ¿se acostumbra en este convento dejar al sereno á los pages de la Reina?

—¿Un page de la Reina? ¡Oh! exclamó el hermano Pascual. Voy al punto: perdone usia. Voy á dar aviso al padre guardian.

—Abrid y no incomodeis á nadie, repuso Colon: no es hora de eso, y el señor page solo necesita abrigo y descanso.

—¡Dios me la depare buena! dijo el portero, volviendo á sus quiméricas visiones. Ahora es el otro quien llama.

Y acercándose con una luz al ventanillo de la puerta, miró por él con cautela y preguntó:

—¿Sois page de S. A., ó sois el señor Colon?

—¡Abrid por las llagas de San Francisco! respondió el genovés. Somos dos: el caballero page, y yo que le traigo.

La invocacion de las llagas pudo mas en el obtuso ánimo del lego, que todas las demás consideraciones: un espíritu malo no hubiera pedido albergue por ellas.

Abrió, pues, la puerta, y poco faltó para que le atropellase con su caballo el jóven viajero, que se precipitó dentro como un torbellino; y desembozándose de su tabardo, echó pié á tierra, y puso las riendas sobre el brazo del fraile, diciendo:

—Válgaos el hábito del bienaventurado San Francisco; pues á no ser por él, habiais de llevar mas palos que cibera. ¿Sabreis cuidar de mi caballo?

—Algo entiendo de eso, señor, respondió el lego amedrentado. Pero habré de llamar al hermano repostero y al cocinero, pues necesitareis cena y cama.

—La cena me vendrá bien: cama, el suelo es bastante, y mi tabardo por almohada.

—Llevaos el caballo, hermano Pascual, dijo Colon, y no os in-

quieteis por nada mas: dejadme una luz, que yo cuidaré de este hidalgo.

El lego, muy contento de verse libre del atolondrado mozo, entregó á Colon una lamparilla, y se llevó el caballo á la cuadra. Entre tanto, Colon condujo al desconocido á su propio aposento, donde halló la cena que le habian dejado, y se la ofreció diciéndole:

—A buen hambre no hay pan duro, amigo: eso es todo lo que tengo para vos; comedlo en buen hora, mientras os arreglo media cama. Si hubiéseis venido mas temprano, el padre guardian os habria obsequiado mejor.

Hablando así, observó Colon que su huesped no tenia pelo de barba y era hermoso como una doncella, de tal modo, que le pasó por la imaginacion la idea de que fuese realmente una mujer disfrazada; si era varon, podia contar todo lo mas quince años.

Pero Colon no se detuvo á pensar en lo que pudiera ser, puesto que otras ideas de mas entidad ocupaban su espíritu; y dejando al jóven cenar á sus anchas, solamente se distrajo lo necesario en partir su lecho, de manera que pudiese servir para los dos.

Luego que el jóven acabó de cenar, se acostó vestido sobre la parte de cama que le correspondia, y á los pocos momentos se quedó dormido. Colon se retiró tambien á descansar; pero no pudo pegar los ojos en toda la noche.



CAPITULO IV.

De como Colon adquirió fama de nigromante.



n cuanto amaneció, salió Colon de su cuarto, en el cual quedaba todavía durmiendo su extraño huésped, y fué á ver si estaba ya levantado el padre guardian, no solo para comunicarle la hospitalidad que habia dado, sin su permiso, al viajero extraviado, sino tambien para pedirle que le oyese en confesion, á fin de tranquilizar su conciencia, revelándole su extraordinaria vision de la noche precedente.

Fray Juan estaba paseándose en su celda y rezando las primeras horas: por conducto del portero sabia ya la llegada al convento de un page de la Reina, segun él mismo se nombraba; y luego que Colon le informó de cómo le habia encontrado perdido en el camino, junto á la costa, con todo lo demás que referido queda, aprobó cuanto habia hecho, y le dijo, que pues aquel seguia durmiendo, lo único que se podia hacer era aguardar que despertase para obsequiarle

debidamente; y que entre tanto le comunicase Colon aquellas cosas que turbaban su conciencia.

El genovés se arrodilló delante de Fray Juan, luego que este hubo tomado asiento, y con la candidez de un niño, le refirió cuanto había visto, y la conversacion que había tenido con el espíritu incomprendible, rogándole por último que iluminase su entendimiento, indigno de recibir revelaciones superiores, é incapaz de comprender cómo habían pasado ante sus sentidos unos hechos, de cuya realidad no podía abrigar la menor duda.

Precisamente vino á dar con un hombre que, siendo un sabio, era no obstante ciego en la fé y niño de corazon, como él: escuchóle Fray Juan, por consiguiente, con atencion religiosa y mudo asombro, y luego que Colon hubo concluido, le dijo:

—Yo no dudo, hijo mio, que Dios se vale de medios extraordinarios para sus altos fines: la revelacion es uno de esos medios en que creo como buen cristiano; pero nunca ha sido prodigada, ni debeis envaneceros admitiendo como tal vuestra prodigiosa vision. Los sueños tambien han sido, aunque raras veces, testimonios de la voluntad divina, como consta de las sagradas Escrituras. Sueño ó fascinacion, lo que me habeis contado es ciertamente maravilloso, por lo bien que concuerda con el objeto de vuestra vida y con la índole mixta de la especie humana: lo es tambien por las cualidades impenetrables y no preconcebidas de ese espíritu etéreo, que yo llamaria el alma del mundo, si supiese que el mundo tiene una. De todo ello infiero que debeis perseverar en vuestro firme propósito de buscar lo que Dios tiene oculto detrás de esos mares, pues ciertamente os considero como á un elegido. No permita, sin embargo, la Majestad Divina, que mis palabras llenen de vanidad vuestro corazon, hijo mio: yo no soy mas que un pecador, y no puedo leer en el libro de la Providencia.

—No me envanezco, no, padre, respondió Colon; pero me asaltan dudas y temores. Ese pais de delicias y de bienandanza, que yo he de sacar de la sombras y del caos, será teatro de sangre y de horrores.

—Mundo es, hijo mio, repuso el sabio religioso; y el mundo siempre fué así: no ha dicho la vision que vuestras manos verterán esa sangre: ha dicho que el bien y el mal juntos van, y que pade-

cereis por los malos. Eso es decir que vuestro descubrimiento traerá bienes, aunque mezclados con los males que son inherentes á la flaca naturaleza humana, y que vos mismo sereis víctima del desenfreno de algunos hombres: pero, ¿no padecieron los santos mártires por confesar la verdad? La vida que perdais, será bien perdida, si conseguís con vuestros afanes ganar un alma para el cielo, de tantas como sucumbirán en esos países paganos.

Ninguna razon podia ser mas convincente que esta para el buen guardian, ni mas conforme con el espíritu de su época. Por lo demás, pensaba con justicia, que los males y calamidades pronosticados no podian considerarse como efectos del descubrimiento que Colon meditaba, sino como consecuencias de la perversidad de los hombres; perversidad de que el mismo Colon habia de ser la primera víctima, y que en todo el mundo y en todos tiempos ha producido estragos y miserias.

Reconciliado así nuestro aventurero con su conciencia, vino á quedar, despues de la consulta, mas animoso y firmemente decidido á llevar á cabo su empresa: tenia el apoyo de un padre de la Iglesia, modelo de ciencia y virtudes, que le consideraba como instrumento de la voluntad divina. ¿Cómo era posible que retrocediese? Presentia que iba á padecer, y acaso mucho; pero esto mismo le servia de estímulo; pues recordando los grandes hombres, que habian hecho cosas extraordinarias en bien de la humanidad, encontraba que los mas de ellos tuvieron que sufrir inmensas penalidades. Acordóse tambien del voto que habia hecho durante su vision, de amparar al débil y sostener los fueros de la justicia y el lustre de su nombre; y entonces formó propósito firme de no aventurarse en su temeraria resolusion, si no revestido de una autoridad suprema que le hiciese acatar y obedecer de cuantos estuviesen bajo su mano.

Mientras Colon se entregaba á estas reflexiones encaminadas al porvenir, el guardian fué á decir misa, y de paso dió las instrucciones convenientes, á fin de que se prestasen al page de la Reina los servicios necesarios, y mandó preparar un desayuno decente para servirselo en su celda. Cuando volvió á esta, preguntó por el jóven.

—No sabemos que se haya levantado todavía, le contestó el lego destinado al inmediato servicio de su persona.

—Id á verlo, hermano, repuso Fray Juan.

La mesa estaba ya puesta en la celda del guardian y todo preparado, esperando al page, cuando entró el hermano Pascual muy azorado y sin alientos para hablar.

—¿Qué os pasa, hermano? ¿Qué teneis? le preguntó fray Juan.

A tiempo volvió el otro lego para dejarle respirar, el cual dijo:

—Reverendo padre, no está allí el page de S. A.

—Estará en otra parte: buscadle, hermano, y hacedle presente que le aguardamos para darle la bienvenida.

—No se canse vuestra Paternidad, rompió á decir, por último, el hermano Pascual. No hay tal page de S. A. Era el diablo.

—¡Jesus nos valga! exclamó el guardian. ¿Habeis perdido el juicio, hermano Pascual?

—No las tengo todas conmigo, reverendo padre... ¡Uf!... Ha dejado un pestazo de azufre, que no se puede aguantar.

—Por el amor de Dios, no digais necedades, hermano, repuso fray Juan. Hablad con pulso, y sepamos lo que ha sucedido.

—¡Ay, señor! ¿Quién es capaz de saberlo? Preguntadlo al señor Colon: yo, por mí, no sé nada, sino que ese page no es cosa buena.

El guardian se volvió hácia Colon, que se encogió de hombros.

—Ese page, dijo por último, se conoce que es bastante atolondrado: si se le ha hecho tarde, puesto que yo le dejé dormir, al despertar se habrá ido sin despedirse de nadie. No sé que pueda ser otra cosa.

—Mejor direis que se ha desaparecido con su caballo, que era un verdadero demonio, repuso el portero. Y no es lo peor esto, sino que se ha llevado en volandas á nuestro mozo de huerta. ¡Pobrecillo! ¡Dios tenga compasion de su alma!

—Todo está esplicado, reverendo padre, dijo Colon al guardian en voz baja. No es mas de lo que os he dicho: nuestro page necesitaba un guia, y ha tomado el primero que le ha venido á mano.

—Pero es extraño, contestó fray Juan, que nuestro mozo se haya ido sin mi licencia, y que nadie los haya visto salir.

En esto intervino un grave religioso, y dijo que él habia visto un jóven á caballo en la huerta y al mozo de labranza hablando con él; que los dos habian salido juntos al campo, desapareciendo luego

en el pinar cercano: que en todo esto no encontraba nada sobrenatural ni extraño, sino el efecto de algunas monedas de oro que habia visto caer en la mano del mozo; y que por lo tocante al caballero, le parecia un muchacho de buena familia, muy galan y muy despierto.

A pesar de estas esplicaciones, dadas por un reverendo, á quien el hermano Pascual debia crédito y respeto, no se dió este por convencido: guardó silencio, como era debido; pero meneó la cabeza en señal de incredulidad, y salió de la celda muy persuadido de que Colon era nigromante, y dispuesto á sostener esta opinion contra cualquiera que no fuese un superior suyo. El buen lego tenia sus razones poderosas en que fundarse: en su sentir, no era posible dudar que el genovés se hallaba dentro del convento y durmiendo, cuando la noche antes llamó á la puerta; el jóven á quien acompañaba no habia dicho su nombre, y habia mostrado poco respeto á la santa casa donde le daban asilo: su tabardo de pieles le daba el aspecto de una fantasma, y su caballo se habia rebelado contra él, hijo, aunque indigno, de San Francisco, tirándole un cruel bocado en el morrillo, mientras le conducia de las riendas á la cuadra: un animal tan irreverente y maligno era preciso que fuese un espiritu malo en forma caballar; por lo cual le habia soltado lleno de espanto acordándose de la tradicion del duende en figura de cabrito, que mordió (precisamente en el pescuezo) á un tal Pedro Muñoz, cuya historia corria entre el pueblo muy válida y acreditada. Por la mañana, su primer cuidado habia sido ir á la cuadra, donde no encontró el caballo; pero en cambio halló suelta la mula del guardian, todos los arreos tirados por el suelo, un pesebre roto y otras muchas averías: en su asombro, no reparó que la puerta de la cuadra por la cual se salia á la huerta estaba abierta, y solo tuvo aliento para ir á la capilla á encomendarse á Dios.

Al cabo de una hora, el pobre portero volvió á echar una ojeada á la cuadra, y creció su pasmo encontrando todas las cosas arregladas y en su puesto, la mula atada y comiendo su pienso; pero ni sombra del caballo. Esta vez salió á la huerta en busca del mozo de labranza, que tenia tambien el cargo de cuidar la mula; pero no le halló en su casilla, ni en ninguna parte, y pudo observar que

habia muchas hortalizas pisoteadas y algunos árboles tiernos roídos. Para él no quedó ya la menor duda de que el diablo habia pasado por allí, y de que Colon lo habia traído al convento.

Preocupado por esta idea, difícil de arrancar de su duro cerebro, cuando aquella tarde vió llegar al señor Martin Alonso Pinzon, le salió al encuentro y le dijo:

—Señor Martin, yo os quiero bien, como á toda vuestra honrada familia, porque siempre habeis sido buenos para esta santa casa, y no he olvidado las buenas limosnas de trigo, de garbanzos, de tocino, de...

—No hablemos de eso, contestó el marino, cortando el inventario que parecia querer hacer el bueno del lego.

—No lo digo á humo de paja, señor Martin, repuso Fray Pascual. Yo soy agradecido, y por lo mismo quiero daros un buen consejo.

—¿Un consejo? Eso es otra cosa.

—Y además, pidiros un favor.

—Hablad, hermano Pascual. Si puedo hacéroslo, contad con él.

—Yo quisiera que persuadiéseis á nuestro reverendo padre guardian, á fin de que haga salir de esta casa al extranjero.

—¿A Colon?

—Al mismo: y por lo mucho que os debemos, me apresuro á decir os que no tengais trato con él: es nigromante, ó brujo... ¿qué sé yo? Un hombre que llegó aquí pidiendo limosna, y que á la media hora ya estaba comiendo á la mesa del padre guardian... eso no es natural; bien lo comprendereis.

—Colon es un sábio desgraciado, y por eso...

—Noniles, replicó á toda prisa el lego. El diablo sabe mucho, señor Martin, y esta noche pasada le hemos tenido en el convento.

El marino se sonrió; pero quedó perplejo, no sabiendo qué pensar de esta extraña confidencia. Fray Pascual le refirió entonces, del modo que él la habia comprendido, la aventura de la noche anterior, y lo que habia visto por la mañana, sin olvidar la desaparicion del supuesto page de la Reina y de Sancho de la Barca, el mōzo hortelano, así llamado, porque recién nacido, le encontraron en el puerto de Lepe, debajo de una barca. No omitió el lego hacer

referencia de las esplicaciones dadas por el grave religioso, que habia visto al jovencillo y á Sancho hablar en la huerta; pero, sin atreverse á desmentir á su paternidad, sostuvo que bien podia haber sido aquello una alucinacion del demonio.

Martin creyó otra cosa: pero no le pareció fácil desengañar al portero, el cual concluyó diciendo:

—Mi esplicacion es mas natural: ese Sancho era un hombre mundano, que no estaba gustoso en esta santa casa de Dios, y por las noches solia irse de aventuras: desde que llegó aquí el extranjero, se hizo muy amigo de él, y le respetaba mas que á los padres... mas que á mí, no hay que decir: algunas veces se entretenian los dos en conversacion debajo del peral grande, y Sancho escuchaba á ese señor con tanta boca abierta, como si estuviera oyendo leer un libro. Algo habia entre ellos, y Dios quiera que fuese bueno.

El rico marino de Palos se rió interiormente de la sandez de fray Pascual, y fué á contar á Colon y al guardian lo que aquel le habia dicho: con lo cual y con los antecedentes que él mismo tenia de Sancho de la Barca, dió una esplicacion sencilla á su fuga con el jóven desconocido.

—Ese Sancho, dijo, es una cabeza algo ligera: mozo dispuesto para todo, aunque sin ninguna instruccion; pero muy inquieto: conmigo ha navegado mas de una vez, y hasta me ha servido de piloto en un trance apurado: con igual destreza maneja la ballesta ó el arcabuz, que la podadera ó el remo: no tiene mas de malo, sino que no puede parar en ninguna parte un mes seguido: el reposo le impaciente y le desespera. Dias atrás me habló de su estancia en el convento, y me dijo que estaba cansado de escardar hortalizas, suplicándome que le busease colocacion en algun barco, ó en alguna casa principal. Si esta mañana se ha encontrado con ese jóven aventurero, que al parecer es otro calavera como él, no ha necesitado mas para irse en su compañía.

—Es muy posible que así sea, repuso Colon: Dios los cria y ellos se juntan.

—Es tan posible, insistió Martin Alonso, como que, aparte de su sangre caliente, Sancho tiene ambicion, y mas de una vez le he visto con ánimo de ir á la guerra contra los moros. Cuando la toma

de Alhama, le oí decir que daría él cuanto tuviese, por servir á las órdenes de un tan gallardo caballero como el marqués de Cádiz; pero no le gustaba lanzarse á la guerra como simple soldado aventurero: queria depender de algun grande, que le hiciese mercedes.

—No es tonto el mozo, dijo el guardian. Vaya con Dios, si ha de pasarlo mejor que en nuestra casa. Lo que ahora interesa es quitarle de la cabeza su manía al hermano Pascual, ó al menos taponarle la boca, para que no escandalice con sus desvarios; pero esto queda á mi cuidado.

Fray Juan Perez cuidó efectivamente de cortar las habladurías del sándio portero, lo que fácilmente consiguió imponiéndole silencio bajo santa obediencia, y un ayuno de tres dias en penitencia de su exceso; mas no por esto pudo evitar que la llegada y la desaparicion del extraño page sirviesen de pasto á las conversaciones de otros legos, ni que la acusacion de nigromancia fulminada contra su amigo el genovés se extendiese hasta fuera de los muros del convento. En aquel siglo y los que le precedieron, todo lo que estaba fuera de los alcances del vulgo ignorante se atribuia al influjo de las ciencias ocultas; y algo despues, por motivos mas frívolos, se formaron graves procesos, que podian concluir en el quemadero.

Fácil hubiera sido descubrir toda la verdad de lo que habia pasado, con solo seguir aquella mañana el camino del bosque donde se habian internado el page y Sancho de la Barca: iban los dos muy satisfechos uno de otro, el primero á caballo y el segundo á pié, guiando y previniendo con especial esmero los malos pasos: congeniaban de tal manera, que hubiéraseles creido amigos de toda la vida, y se hablaban con tanta franqueza como si fuesen iguales. Verdad es que á esto se prestaba mucho el genio abierto, aunque respetuoso, de Sancho, cuya edad no era tanta que pudiese inspirar despego al jovencillo; y este, por su parte, salvo el orgullo de raza, que le daba ciertos humos de superioridad, era muy poco aprensivo y se conocia que estaba acostumbrado á rodar por los campamentos.

—Conque, ¿tu nombre es Sancho? iba diciendo el caballerito: Sancho de la Barca; ¿y te llaman así porque eres hijo de una barca? ¿Tu padre seria algun tiburon? ¡Jah! ¡jah! ¡jah!... Mira, yo te lla-

maré Sancho Abarca; es el nombre de un rey antiguo, segun nos contaba el otro día el maestro de los pages de S. A.

—Como gustéis, señor, le respondió Sancho: lo mismo da Barca que Abarca; y no por eso renegaré de mi madre. Pero bueno sería que yo supiese también el nombre de mi amo, por si fuere menester hacerlo respetar en cualquiera ocasion.

—Nada mas justo: yo me llamo don Juan de la Torre, y soy sobrino de doña Juana de la Torre, que es dama de la Reina y fué nodriza del príncipe don Juan: mi madre, que en gloria esté, pertenecía á la muy ilustre familia de los Henriquez; por consiguiente, soy pariente, aunque lejano, del Almirante de Castilla y del Rey.

Sancho creyó volverse loco de contento al oír las relaciones de parentesco de su nuevo amo, y bendijo la buena suerte que le habia puesto á su servicio cuando menos podia esperarlo.

—Yo confio, señor, dijo, que no seré vuestro criado solo por los días que dure este viaje, y que me llevareis á la corte y á la guerra cuando lo tengais á bien.

—Eso dependerá de tí, Sancho Abarca: si no eres torpe y me das gusto en todo, cuenta conmigo.

—¡Buen muchacho! pensó el futuro escudero.

—Pero si eres torpe, haré contigo lo que con el bárbaro de Martin Redondo.

—Bueno sería, señor, que yo supiese en qué os faltó ese Martin, y lo que habeis hecho con él.

—Has de saber, Sancho, que yo quiero á mi pio sobre las niñas de mis ojos: por eso no mas te tomé cariño cuando te ví acariciarlo y limpiarlo esta mañana, y dije para mí: «Ese mozo me conviene.»

—Y yo le aseguro á vuestra merced, señor, que así anduviésemos juntos toda la vida, no tendreis motivo de arrepentiros. No sucederá que el caballo se quede suelto, como lo dejó sin duda el inocentón del hermano Pascual, para que se hubiese rozado algun cabo ó roto la cabeza retozando entre los árboles: ¡y que hay allí granados con cada pua tan largá como un dedo!

—Buen susto llevé, temiendo que se me hubiese lisiado el caballo. Por esto y por ser tan tarde, pues nadie habia pensado en despertarme, bajé con tanta prisa á la huerta, y me he venido sin despedir-

me siquiera de los buenos padres, que serán unos santos, pero son muy remolones.

—Eso si tienen: por lo demás son unos benditos de Dios.

—Pues volviendo al cuento de Martin: ayer paramos en una venta, que estará á seis leguas de este convento; despues de comer me acosté á dormir una hora, porque venia muy cansado, y encargué á Martin que pensase al pio y lo trabase, para que no hiciera de las suyas; cuando al cabo de un rato, despierto y oigo un ruido de mil diablos: salgo corriendo, y lo primero que veo es á Martin roncando á pierna suelta, y al caballo entendiéndose á coces y bocados con otro: doy un grito al pio y un puntapié á Martin: el bárbaro se levanta medio borracho de sueño y no ayuno de vino, y en vez de llamar al animal, me lo espanta: sale el caballo á escape, Martin trás del caballo y yo tras de Martin; se rompen las cinchas, y esta mantilla bordada por uñas manos de ángel, va á caer en un lodazal. Fortuna fué que á mis voces obedeció el pio, y se vino manso como un cordero. Dí tres latigazos y tres doblones á Martin y le despedí. Por eso anduve anoche perdido, pues no conozco esta tierra y venia solo.

—Y ved ahí, repuso con habilidad Sancho, que esa desgraciada aventura me ha procurado la suerte de acompañar á vuestra señoría, y de contribuir al buen suceso de la importante comision que os habrá encargado la señora Reina.

—Óyeme, Sancho, contestó D. Juan en tono confidencial: voy á decirte una cosa, que al cabo has de saber; pero conviene que seas discreto y reservado. El encargo que yo llevo no es de S. A., sino mio propio: sirvo ahora por mi cuenta y riesgo á otra reina, que lo es de mis pensamientos.

Sancho miró con asombro al jovencillo como dudando de lo que le decia:

—¿Tú ignorarás que, años pasados, hubo cierta pendencia entre Don Ramiro de Guzmán, señor de Toral, y el hijo del Almirante?

—No lo sabia.

—Pues fué una cosa muy sonada, segun me han contado. D. Ramiro y su contrario estuvieron á punto de batirse dentro del palacio real: la Reina intervino; mas á pesar de esto, el hijo del Almirante

apostó unos hombres pagados en las calles de Valladolid, los cuales apalearon á D. Ramiro: de sus resultas, la Reina envió desterrado al agresor á Sicilia: pero D. Ramiro y sus parientes no se dieron por satisfechos: se juntaron y entraron en tierras del Almirante quemando y talando, y apaleando á los deudos del mismo. Entonces la Reina persiguió á D. Ramiro, el cual tuvo que refugiarse en Portugal, donde ahora se encuentra, y de donde voy yo á sacarle.

—¿Pero vos teneis bastante autoridad para eso?

—Tengo el perdon de la Reina, y creo que es bastante.

—¡Ah!

—Mi tia doña Juana, deseando reconciliar á las dos familias rivales, lo ha alcanzado de S. A.: me mandó á mí llevarlo á doña Sol de Guzman, hermana menor del señor Toral, que está en Sevilla, bajo el amparo de su pariente el duque de Medinasidonia; y yo me he tomado la libertad de servir á doña Sol, trayendo el mensaje de perdon á su hermano D. Ramiro. Ya sabes á lo que vamos á Portugal.

—Noble y generosa empresa, dijo Sancho, que estaba maravillado del carácter animoso y despejado de su jóven amo, y se prometia un brillante porvenir y notables aventuras si conseguia fijarse á su lado. Comparaba este porvenir con su vida sedentaria del convento, y no podia menos de felicitarse del cambio.

Hablando de cosas diferentes continuaron la marcha por el áspero y embarazado camino del bosque, y la conversacion fué á recaer sobre Colon, cuya majestuosa presencia y genio indomable habian chocado al page. Quiso este saber quién era y qué destino tenia en el convento: Sancho le respondió:

—Yo no sé bien á buenas quién es, ni de dónde ha salido, sino que se llama Cristóbal Colon ó Colombo; pero es hombre que ha viajado mucho por mar, y con quien yo viviría de buena gana, si no hubiese en el mundo un D. Juan de la Torre.

El jovencito pagó con una sonrisa este cortés cumplimiento de su despierto criado, y repuso:

—¿Es decir que ese Colon es hombre de valía?

—Yo no sé explicar lo que es, respondió Sancho: pero él ha logrado cautivar al padre guardian de Santa María y á las personas

mas principales de Palos. Cuando habla, se queda uno como embo-
bado; y eso que no lo hace muy bien, porque es italiano.

—Lo mismo que el preceptor del príncipe y de los pages de la
Reina, el señor Geraldini, dijo á esto D. Juan.

—Yo no sabia eso, replicó Sancho. Pero el señor Colon es un
prodigio: trae un proyecto en la cabeza, que no tiene su igual en
el mundo: quiere descubrir las Indias navegando hácia Poniente,
por donde nadie ha ido, ni se atreve á ir, y afirma que ha de en-
contrar unas islas riquísimas y mas grandes que España.

—¡Es posible! exclamó el jóven, abriendo los ojos llenos de ad-
miracion.

—Cuando él lo dice, posible ha de ser. ¡Oh! ¡Qué hazaña, se-
ñor! ¡Atravesar mas de mil leguas de mar, como quien no dice nada;
tocar de paso en la isla de las Siete Ciudades, que tienen todas las
murallas de oro macizo, y en la de San Brandan, habitada por unos
gigantes cristianos, tan altos como la Giralda de Sevilla; reclutar un
ejército de ellos, y entrar luego por las grandes tierras, conquis-
tándolo todo!... Y como aquello es tan grande, cada caballero que
vaya será un rey, y sus escuderos almirantes, ó por lo menos go-
bernadores.

—Sancho Abarca, repuso D. Juan, chispeándole los ojos: si fue-
ra verdad todo eso que dices, yo iria de buena gana con ese italia-
no, aunque fuese hasta el fin del mundo.

—Y yo con vueseñoría.

La ciudad de Moguer apareció á la vista de los viajeros, que de-
terminaron parar allí á desayunarse y á proveerse de una mula para
Sancho: este, como perfecto conocedor del país, habia tomado un
largo rodeo para encontrar los pasos del rio Tinto y del Odiel, que
probablemente habian desviado tambien los de Colon cuando, viniendo
de Portugal, fué á parar á un punto tan estraviado de toda di-
reccion, como el convento de la Rábida.

Y como nuestro atolondrado page está en manos de un guia tan
inteligente, haremos bien dejándole ir su camino adelante, y volve-
remos á donde nos llama el principal interés de nuestra historia.

CAPITULO V.

Lo que estaba de Dios.



o detendremos al lector en el convento de la Rábida todo el invierno de 1485 á 86, pues fuera cansarle con la monotonía de la vida que allí se pasaba: Colon mismo, á pesar de la distraccion grande que tenia oyendo discutir y discutiendo su inmenso proyecto, se consumia de impaciencia, y encontraba los dias largos como siglos.

Durante aquel invierno, sin embargo, fuéle imposible dar un paso: los reyes de Castilla y Aragon, doña Isabel y D. Fernando, que años adelante recibieron el dictado de *Católicos*, despues de haber asegurado la importante conquista de Ronda y su Serranía, muro y defensa del reino moro de Granada por la parte de Poniente, se ocuparon en poner orden en las cosas de la paz concernientes á sus dominios del Norte y Levante, y en prepararse para la nueva campaña que debia abrirse la próxima primavera.

Los aprestos de guerra eran formidables aquel año, el quinto de la conquista de Granada: mucho tiempo hacia no se habian visto ejércitos tan numerosos ni pertrechados como los que organizaban con su actividad incansable los inclitos reyes de España: tratábase de invadir la Vega, tomar á Málaga, dilatar la dominacion cristiana por las fragosas comarcas de la costa; y el rumor de estos bélicos preparativos llegaba hasta el pacífico asilo de Santa Maria.

Súpose allí que Córdoba era el punto designado para cuartel general; y como era de suponer que la corte fijase en el mismo su residencia, Colon instó á su amigo el Padre Marchena para que le diese la recomendacion prometida, á fin de ganar tiempo y poder obtener una audiencia de los reyes en los primeros dias de su llegada á dicha ciudad.

El bondadoso guardian no solo dió á Colon una carta para el Padre fray Hernando de Talavera, obispo entonces de Avila y confesor de la Reina, sino tambien le proveyó de algun dinero, vestidos y una mula para viaje, facultándole para venderla y utilizar su producto; y por último le dió además algunos consejos y le marcó el itinerario que debia seguir por los lugares mas seguros y apartados del peligro de moros; pues á pesar de las grandes ventajas obtenidas por las armas cristianas durante los cuatro últimos años, no dejaban aquellos de traspasar las nuevas fronteras, y recientemente habian osado estender sus correrías hasta el campo de Gibraltar.

A principios de marzo, una mañana se despidió Colon de sus amigos, recibió la bendicion y los brazos del guardian, y dejando á su hijo Diego bajo el amparo de la comunidad, partió para Córdoba. Solo y extrangero en un pais desconocido, fácilmente hubiera podido extraviarse sin el ayuda de la ruta que llevaba trazada en una especie de libro de memorias, y á no atravesar una tierra cuyos habitantes, francos y comunicativos por naturaleza, podian aclararle cuantas dudas le ocurriesen. Así es que, al quinto dia de su viaje, llegó sin el menor obstáculo á Écija, y al siguiente pudo emprender su última jornada, lleno de confianza en el término de sus afanes.

Habia caminado toda la mañana sin encontrar alma viviente, y serian las tres de la tarde, cuando al entrar en un vallecito solitario y casi todo él cubierto de bosque, por el cual bajaba un riachuelo

tributario del ameno Genil, vió aparecer á lo lejos una brillante cabalgata, compuesta de unas quince á veinte personas: no tardó en distinguir hasta siete caballeros bien armados y una dama ricamente compuesta, que con el mas jóven y bizarro de ellos en conversacion venia delante de todos: otras tres damas, al parecer menos principales la seguian, y tres ó cuatro criados marchaban detrás de la comitiva, conduciendo en acémilas los equipajes y la recámara de aquella señora.

Parecióle á Colon que era objeto de una particular atencion de parte de la dama; y aunque apartó respetuosamente su mula á un lado del camino, y saludó al pasar quitándose la gorra, sus ojos chispearon de curiosidad, y toda su persona mostró una actitud grave y llena de grandeza, que contrastaba notablemente con la sencillez de su traje y modo de viajar. La dama contestó á su saludo cortesmente, y el caballero no tanto; á quien aquella, continuando luego la conversacion que ambos traian, le dijo:

—No os burleis de mi simplicidad, señor D. Beltran: es que con efecto, ese hombre parece un príncipe proscrito; y si no me acompañáseis vos, creo que habria tenido miedo de encontrarme con él.

—Pero afortunadamente os acompaña el que pronto será vuestro marido, respondió el caballero sonriéndose; y nada teneis que temer de ese rey desterrado, que viaja en mula y sin escolta.

—No he dicho yo que sea un rey, señor burlon; sino que lo parece por su porte grave y severo. Demasiado veo que es un simple particular, y á lo que puedo juzgar, no muy favorecido por la fortuna. ¿Quién sabe, sin embargo, si será un gran personaje bajo una apariencia modesta? ¿No habeis reparado en su fisonomía? Es agradable y majestuosa, y revela mucha inteligencia.

—Tanto me direis de él, que si no fuese yo quien soy, ni os llamáseis vos doña Beatriz Henriquez, me hariais tener celos. Mucho os ha impresionado el extranjero.

—Hareis bien en tomar celos, señor don Beltran, repuso la dama un tanto picada; pues no podríais inventar mejor remedio para curarme de aprensiones. Mas decidme: ¿continúa todavía en el palacio

de vuestro hermano aquella Celima que cautivó vuestro valor en la fortaleza de Halama?

—La hija de Ibrahim Zafarjal, gobernador de Alhama, no es ya Celima, señora mia: llámase Isabel, y antes de un año será monja profesa.

—Mucho habrá de sentirlo cierto moro principal que, según me han contado, estaba de ella muy enamorado: dicen que es un hijo del famoso Ali-Atar, y por consiguiente, cuñado del Rey Chiquito; de suerte que la conversión de la mora Celima y su resolución de meterse monja son en verdad muy meritorias.

Decía la dama estas palabras con un tono, que descubría la inquietud de los celos. Su caballero procuró tranquilizarla como mejor pudo y supo, aunque á la verdad su conciencia no le permitía espresarse con absoluta sinceridad; y esta conversacion presagiaba un matrimonio poco venturoso. Con efecto, el noble D. Beltran Ponce de Leon se casaba con doña Beatriz Henriquez, dama muy principal, sobrina del adelantado de Andalucía D. Pedro Henriquez, por razones de conveniencia, y por complacer á su hermano el marqués de Cádiz: ella por su parte obedecía á su tío, al someterse á este enlace, y si mostraba celos, mas bien era por orgullo que por amor.

Hablando así, habrían andado unos dos mil pasos, desde que se encontraron con el genovés, cuando súbitamente se vieron sorprendidos por un tropel de treinta moros á caballo, que salieron con ímpetu del inmediato bosque y les cortaron el paso: capitaneábalos un jóven arrogante, de blanco y pálido rostro, poblada barba y ojos negros, los cuales chispeaban de concentrado rencor: traía sobre la armadura marlota y capellar morados y amarillos, penacho azul y redonda adarga, en la que aparecían pintados y sobredorados un tigre y un leon luchando por una flor con un mote en caracteres arábigos, que decía: «Hasta morir.»

La sorpresa de este inesperado encuentro no privó á D. Beltran de la serenidad necesaria para salvar ante todo del peligro á su señora: dispuso que esta con sus criadas y recámara se retirase inmediatamente detrás de unas peñas que á un lado del camino habia; y ordenando su poca gente, aguardó al gallardo moro, que á su en-

cuentro venia, y el cual, luego que estuvo cerca, mirándole con ceño altivo y fiero, le dijo:

—Cristiano, vengo á matarte.

—Zair-ben-Atar, le contestó D. Beltran; conociéndote y sabiendo que eres caballero, veo lo que haces, y lo dudo. Si enemistad personal tienes conmigo, pudieras haberme retado á combatir cuerpo á cuerpo y con armas iguales; pero no has debido asaltarme en despoblado como un malhechor, y trayendo fuerzas muy superiores á las mías.

—Don Beltran, pues me conoces, repuso el soberbio moro, debes creer que traigo estos guerreros para mi seguridad en tierra extranjería, porque vengo en tu busca para quitarte la vida. Pero ya que te encuentro desprevenido, no abusaré de tu flaqueza: prepárate á luchar conmigo solo, y que cada uno de tus caballeros escoja un campeón entre los míos. Así no podrás quejarte si te venzo; la partida será igual, y el premio de la victoria, esa dama que venias acompañando.

—A pesar de tu generosidad, Zair, replicó D. Beltran, no quedamos iguales: si tú fueres vencido, no tienes qué darme.

—¿No está en tu poder Celima? Cóbrate, cristiano, y mira que aun te doy ventaja.

—Valeroso Zair, dijo D. Beltran, acercándose al moro: no rehuso el combate que me propones, y si quieres pelear contra mí con toda tu gente, lo aceptaré tambien. Pero advierte que tu rencor es injusto: yo cautivé á Celima para librarla de los ultrajes de la soldadesca: la llevé al castillo de Arcos y supe respetarla: si me la hubieses pedido, yo te la hubiera devuelto sin rescate; y hoy mismo, si ella quiere seguirte, puedes recobrarla.

—¡Calla, falso enemigo! esclamó Zair. Yo desprecio á la renegada Celima, y no quiero recibirla de tu mano. Vengarme es lo que anhelo, y á esto solo he venido.

Así diciendo, tomó campo y enristró la lanza: D. Beltran se apercebíó para el encuentro, y sus caballeros le imitaron: otros tantos moros salieron al frente, buscando cada cual un enemigo, y los restantes se colocaron á larga distancia como espectadores.

No describiremos la lucha, tantas veces referida, de los antiguos

campeones, á quienes además de la ferocidad guerrera de la época, impulsaba el ódio de la religion, y en el caso presente la animosidad personal: baste saber que el choque fué sangriento y representaba un duelo á muerte de catorce hombres poderosamente armados de lanzas, espadas ó cimitarras, puñales ó gumias y mazas acerdas; que los escudos y las armaduras no eran parte á defender los cuerpos de los rudos golpes; que si los caballos caian muertos á lanzadas, los combatientes se arremetian con espada y puñal, para desguarnecerse á fuertes tajos y asestarse mortíferas heridas.

Desde que comenzó la refriega, Colon, que desde lejos habia oido el tumulto de la sorpresa, retrocedió por fuera de camino, y fué á colocarse al lado de las damas para prestarles auxilio en caso de necesitarlo. Doña Beatriz estaba angustiada y temblando; pues vista la superioridad numérica de los sarracenos, era de temer la muerte de D. Beltran y de los suyos, aun suponiendo que este venciese á su fiero enemigo: y en tal caso, ¿qué podia ella esperar sino el cautiverio? á cada golpe favorable ó contrario, daba gritos de esperanza ó de terror: Colon, vivamente interesado por ella, procuraba sostener sus alientos y consolarla, mientras que con la vista enagenada seguia las peripecias de la lucha.

—Valor, noble señora, le decia: no querrá Dios que el bárbaro infiel alcance la victoria; pero si esta desgracia os acaeciese, yo prometo ayudaros á salir ilesa de sus manos.

El lugar de la lid quedó largo rato oscurecido bajo una densa nube de polvo: se oian los diferentes gritos de los guerreros, el crujir de los aceros, algunas maldiciones y ayes. Al descubrirse por algunos momentos aquella escena sangrienta, vióse á don Beltran desmontado, rota la armadura y abrazado, luchando cuerpo á cuerpo con su formidable contrario: los dos cayeron al suelo con estruendo, pugnando para herirse á puñaladas; el moro cayó debajo y recibió dos heridas profundas en el cuello; pero el caballero cristiano dejó escapar la daga de la mano, impotente para sostenerla: los dos estaban muertos.

Un grito salvaje de venganza se alzó del grupo de los moros, que hasta este momento habian permanecido como espectadores pasivos, los cuales se precipitaron furiosos contra los cristianos que

quedaban vivos. Doña Beatriz y sus damas, llenas de espanto, volvieron los ojos hácia el extrangero, como el único amparo que les quedaba en su situacion angustiosa; pero la primera estaba casi desfallecida bajo el peso de su desgracia, y aunque Colon quiso reanimarla para que huyese, no lo pudo conseguir, y pronto conoció que no estaba en disposicion de guiar ella misma su hacanea; por lo que, asiéndola con fuerza, la arrancó de la silla y la trasladó á su propia mula, encargando á las otras mujeres que le siguiesen.

Hiciéronlo ellas de buen grado, aprovechando el tiempo que les daba la débil resistencia de los caballeros de D. Beltran; pero como se detuviésen algun tanto para salvar la recámara en que iban la joyas y los vestidos de boda de su señora, unas fueron alcanzadas y cautivadas por algunos moros, y otras se desbandaron huyendo por el bosque, donde aturdidas cayeron tambien despues en poder de sus enemigos. Solamente doña Beatriz logró escapar de aquel peligro, mercéd á la serenidad de Colon, el cual, guareciéndose con la espesura, continuó marchando largo tiempo en la direccion que le parecia mas probable para llegar á Córdoba: ninguno de los criados acertó á seguirles en el trastorno de su temor y sobresalto; de modo que, cuando pasado algun tiempo, se reanimó la noble dama, con ayuda de la fresca y perfumada brisa de los campos, miró con extrañeza y no sin algun recelo, que se encontraba sola entre los brazos de un extrangero, y quiso arrojarle de la mula dando tristes ayes y lamentando su infortunio.

—Calmaos, señora, le dijo Colon dominando el resentimiento, aunque injusto, natural en su carácter, que le inspiraba aquel proceder. Calmaos, y nada temais; pues de todos los que con vos iban, sois la menos desdichada. Habeis perdido vuestros amigos y servidores; pero estais bajo el amparo de un hombre de honor.

—Doña Beatriz prorumpió en llanto, y conociendo su debilidad y su abandono, se dejó conducir, sin replicar al extrangero, cuyas palabras y digna actitud le inspiraban confianza. Pero al cabo de un rato, no conociendo los parajes por donde caminaban, le dijo.

—Generoso extrangero, bien veis mi posicion: ella me autoriza quizás para desear saber con quién voy y á dónde me llevais.

—Nada mas justo, noble señora. Soy un marino genovés: me lla-

mo Cristóbal Colon, y voy á Córdoba, que, segun mis cálculos, no debe de estar muy distante de estos lugares. Iré, sin embargo, á donde vos me mandeis, luego que encontremos alguna casa ó pueblo donde os pueda dar asilo, que es lo que deseo encontrar en estos momentos.

—De vuestras palabras infiero que caminais á la ventura sin conocer el pais, repuso la dama. ¡Dios mio! ¿qué va á ser de mí, sola y desamparada?

—¡Pardiez! No digais tal estando con vos Cristóbal Colon, replicó este vivamente picado.

—¡Ah! Perdonad, señor Cristóbal; no he querido ofenderos: mas como sois extrangero y no conoceis esta tierra...

Colon, arrepentido de aquel arranque de su genio, que le costaba mucho dominar, contestó al punto con dulzura:

—Yo solo necesito perdon, noble señora: pues no sé hacerme cargo de vuestra desventura, ni menos consolaros: extrangero soy; además de extranjero, pobre: pero, no obstante, podeis considerar mi corazon como el mejor escudo de vuestra flaqueza. Para tranquilizar vuestro ánimo, baste deciros que á Córdoba me llevan altos pensamientos, que voy á solicitar una audiencia de los reyes de España, y mal serviria yo á mis propios intentos é intereses, si faltase ahora á los miramientos debidos á una dama de calidad, como vos me pareceis.

—No dudo de vuestro honor, señor Colon, dijo ella; si tal hiciese, desconoceria las bondades que usais conmigo y la generosidad con que os habeis prestado á librarne de las manos de mis enemigos.

Así continuaron hablando estos dos séres, que por tan extraños é imprevistos medios habia juntado la suerte, y de tal manera encontraron acordes los ecos de sus respectivos sentimientos, que al cabo de una hora ó dos de caminar juntos por aquellos bosques desiertos, sus almas se entendian como las de dos amigos de infancia, ó como las de dos amantes satisfechos uno de otro.

La noche se acercaba, entre tanto, y ni remotamente descubrian nuestros viajeros pueblo, casa, ni otro asilo alguno donde refugiarse. Doña Beatriz, á quien el desvelo propio de su aventurada situa-

cion impidió ceder al cansancio del camino y á la reaccion de sus fuertes emociones, acabó por sentirse rendida de sueño; y aunque hizo cuantos esfuerzos pudo para permanecer despierta, últimamente se reclinó sin querer en el pecho de Colon y se quedó dormida. Nuestro héroe la cubrió con su capa, á fin de preservarla del frio, que comenzaba á ser penetrante, y siguió su caminata incierta por medio del bosque, mas que nunca inquieto por la suerte de la dama y por el reposo de su espíritu: sentia latir sobre su corazon el de aquella mujer, abandonada por el destino á su probidad y á su proteccion, y parecia que aquellas oleadas de sangre venian á fundirse insensiblemente con la suya, regenerándola con el calor tumultuoso de la juventud.

—Todo es guerra en la vida, murmuró alguna vez; y el hombre suele encontrar dentro de sí mismo enemigos más formidables que los que le impugnan de fuera.—¡Oh! ¡Cuándo podré dejar esta dulce carga, que me oprime el pecho!...

Hacia ya una hora que el astro del dia habia sido relevado por la luna en el firmamento: Colon caminaba cada vez mas impaciente, pero con lentitud, no atreviéndose á hostigar á su mula por no abrumarla de cansancio bajo su doble carga, y por temor de turbar el apacible sueño de la dama, cuando esta despertó suspirando con sobresalto, y exclamó:

—¡Dios mio! ¡Todavía no llegamos! Debe de ser muy tarde.

—¡Oh! suspiró Colon á su vez. No es temprano, en verdad.

—¿Y qué haremos? ¡Si al menos pudiésemos saber dónde estamos!...

—Señora, no lo sabré decir; porque el hombre se engaña en todo: conozco bien el curso de los astros; por él me voy guiando, y á creer mis cálculos, deberíamos estar ahora mismo en Córdoba, ó muy cerca de ella; pero sin duda el ardor de mi deseo me ha hecho incurrir en error. En tierra soy poco ducho, lo confieso: por mar os marcaria las distancias á palmoš, y os conduciria sin titubear hasta las remotas playas del Catay, hasta donde ninguno ha llegado.

—Sí, lo creo: pero aquí no sabeis hácia donde caminamos, y sin duda nos hemos perdido.

—Tened confianza en Dios, señora. Yo me he visto mas de una

véz arrebatado por los huracanes en medio de un Océano desconocido, y al parecer sin límites: el viento había despedazado las velas y jarcias de mi nave; la mar ronca y bravía la agitaba, empujándola de abismo en abismo; y sin embargo, nunca perdí la esperanza de llegar á feliz puerto: Dios despejaba luego el puro fanal del cielo; á la tormenta seguía la bonanza, y la nave perdida encontraba su derrotero. Las sombras de la noche abultan las fantasmas del terror: dejad que venga el día, si antes no tenemos la suerte de encontrar asilo, y vereis renacer vuestros alientos.

Colon dejó escapar esta idea con maña, previendo la necesidad de que la dama se habituase á ella; pues cuanto mas andaban, el bosque mas espeso aparecía.

—¡Aguardar á mañana! exclamó doña Beatriz. ¿Sabeis lo que decís, Colon?

—Señora, temo que nada sea mas prudente; pues no veo la salida de estas espesuras.

En aquel momento descubrió á un lado del rumbo que seguían un trecho blanquecino de tierra, donde los rayos de la luna reflejaban en la corriente de un arroyuelo y prestaban forma de ruinas á unas amontonadas rocas. Guió la mula hácia aquel sitio, y no tardó en reconocer los restos de una antigua ermita pegados á las peñas, que podían ofrecer, aunque mal, algun abrigo.

—Ved aquí, señora, continuó diciendo, lo que nosotros los marinos llamamos una cala: á falta de seguro puerto, Dios nos ofrece un punto de reposo. Estais rendida de cansancio, y mi pobre bestezuela camina con trabajo: descansenos aquí, hasta que la luz del sol nos muestre el mejor camino.

Doña Beatriz conoció que le era preciso resignarse á pasar la noche en aquel despoblado, á solas con el extranjero: sin embargo, á pesar de la repugnancia instintiva de la mujer á toda comunicacion íntima y repentina con las personas del otro sexo, la dulzura y franqueza de Colon la habían cautivado de tal modo, que casi no sentía ya el menor recelo ni desconfianza.

Nuestro héroe bajó de la mula y ayudó á bajar á la dama: amontonó las hojas secas que había esparcidas por el suelo, para formar con ellas un lecho á doña Beatriz y proporcionar algun alimento á

su bestia; encendió fuego, y habiendo sacado algunas provisiones que traía en su alforja, tendió en el suelo su capa y las ofreció á su compañera.

—Quejaos todavía, le dijo con sencilla ingenuidad, sonriéndose: ya teneis hogar, cena y lecho: ¿no es verdad que os trato como á una princesa real?

—Haceis por mí lo que nunca podré olvidar, generoso amigo, contestó doña Beatriz: me dais todo cuanto teneis, y no pudiera exigir mas una reina.

—Pues bien, señora, repuso Colon: tomemos de la fortuna lo que nos quiere dejar, y aguardemos mejores dias: cenad, cenad esta miseria con ánimo tranquilo, y haced cuenta que la buena voluntad con que os la ofrezco no cede en mérito á los mas esquisitos manjares.

—La dama disfrutó de aquella pobre cena, con tanto mas gusto, cuanto que su amigo no cesó de sazónarla con su afable conversacion; y luego que hubo concluido, á instancias del mismo se acostó en el rústico lecho que aquel habia preparado; y aunque formó propósito de no dormir, pudo en ella mas la naturaleza que la voluntad, acaeciendo lo que sabrá el lector, si se digna leer el capítulo siguiente.



CAPÍTULO VI.

Amor y genio.



os hombres graves que han perdido el corazón en la guerra de la vida, ó que nunca lo han tenido, consideran el amor como pasión bastarda ó como frívolo pasatiempo, indigno de ocupar los días de los grandes seres. Cosa de novela y desvarío de poeta reputarán esos hombres la materia del presente capítulo; mas, por mucho que sea nuestro deseo de complacerles, no podemos, á fuer de histo-

riadores fieles, dejar de referir un hecho, sin el cual es muy probable que no hubiese cabido á España la suerte de unir su nombre al descubrimiento del Nuevo Mundo.

Reposaba doña Beatriz Henriquez en su lecho de hojas, y no dormía: pensaba en el extranjero Colon, que á pocos pasos de ella estaba sentado en una piedra, calentándose al fuego que habia encendido, y fantásticamente iluminado por el resplandor oscilante de la llama. La quietud y el silencio prestaban alas á la imaginacion de entram-

bos, comprimida por los acontecimientos del precedente dia: Colon dejaba correr la suya por los floridos campos de sus magnificas esperanzas, y esto prestaba á su fisonomia enjuta y vigorosamente rasgueada una animacion extraordinaria: doña Beatriz, rindiendo tributo á la debilidad entusiasta de su sexo y á las preocupaciones de su siglo, sentia como asombro de la situacion en que se hallaba y del influjo que aquel desconocido ejercia sobre su ánimo: contemplábale con la complacencia que se mira á un amigo superior y de toda la vida, en quien estamos acostumbrados á apoyarnos desde la niñez, y este mismo sentimiento, al pasar por el tamiz de la reflexion, le infundia cierto pavor supersticioso. ¿Era posible semejante afecto nacido en tan pocas horas, aunque la gratitud le diese una explicacion satisfactoria?

Observando la dama al marino genovés á la luz de la pequeña hoguera, con sus cabellos plateados, que el resplandor de la llama hacia parecer rubios como el oro, con su apacible semblante, de vez en cuando animado por la luz interior del genio; percibiendo el movimiento espresivo que á sus labios imprimia el pensamiento inquieto, ya se figuraba ver en él á uno de aquellos magos ó encantadores temibles de que pobló la fantasía la Edad-media, ya un ser mas prodigioso aun, que á su placer se transformaba en jóven amable, ó en hombre adusto y severo.

Hubo un momento en que doña Beatriz tuvo miedo y cerró los ojos: sintió en esto que andaban junto á ella, y vió á Colon, que, creyéndola dormida, le cubria los piés con su capa, sin tocárselos, y que, retirándose luego, se arrodillaba, y dirigia fervorosas preces al cielo.

—¡Dios mio! exclamó ella para sí: ¿es acaso un ángel ó un santo este que has enviado para protegerme?

De allí á poco se quedó dormida; su espíritu habia recobrado la mas completa confianza.

Pero al cabo de dos horas comenzó á respirar agitada, exhalando angustiosos gemidos: Colon, que no dormia, creyó que soñaba en la sangrienta lucha del dia anterior, y quiso despertarla, á tiempo que ella, dando un fuerte grito, se incorporó; y viéndole delante, se sonrió y le dijo:

—¡Ah! ¡Gracias á Dios, que era un sueño! ¡Pero qué sueño tan horrible! Parecíame que ibais á perecer.

Estas sencillas palabras, que espresaban un tierno interés, conmovieron el alma de Colon, el cual repuso:

—Muy generoso es vuestro corazon, señora, pues tanto os habeis conmovido por tan pequeña causa.

—Pequeña no, replicó la dama. ¡Si supiéseis lo que he soñado! Es una cosa magnífica y terrible á la vez, y un espectáculo de que no tengo idea ninguna. Jamás he visto el mar; y sin embargo, he soñado en él, y os he visto sobre las olas, sostenido por vuestra capa, que flotaba á la manera de una barca.

—¡Extraña fascinacion! Contadme, señora, vuestro sueño: tendré placer en oirlo.

—He soñado primero, que volábais sobre el mar, como una paloma: yo estaba sentada en la orilla, con un niño en los brazos, y aunque os alejábais infinitamente, nunca os perdía de vista: era para mí un espectáculo nuevo y grandioso el de aquel piélago inconmensurable, que parecia tocar al cielo y llenar el universo; pero yo estaba triste. Os vi luego estender la mano, como Moisés al dividir las aguas, y aparecieron montañas, árboles y pueblos diversos en la opuesta rivera del Océano; y vos los atrajísteis y acercásteis á las otras tierras, dejándolos frente á frente, como están las contrapuestas orillas del Guadalquivir. Entonces acudieron multitud de gentes que os aclamaban, y os llevaron en triunfo por los campos y las ciudades, y os sentásteis en presencia de los reyes, y comisteis á su mesa: todo el mundo se afanaba por festejaros: yo lo veia, y sin embargo, no estaba allí, ni podia comprender cómo lo veia. Pero de pronto cambió la escena: el horizonte se oscureció: tronaba y salian rayos del cielo y del abismo: las olas del mar eran altas montañas, y sobre ellas estábais vos, embarcado en vuestra capa y encadenado: aquello era horrible; ibais á perecer irremisiblemente, y ni siquiera libertad teniais para luchar contra la borrasca: yo os miraba desde muy lejos, y no podia salvaros, aunque lo deseaba: queria moverme, y dar gritos, mas tampoco podia; y en esto des-
perté... Pero, ¿qué teneis? Os veo conmovido, como si os hubiese

afectado mi relacion: ¿acaso he dicho algo que os pueda causar disgusto?

—Nó, señora, nó: de ninguna manera, respondió Colon vivamente agitado. No es disgusto; es admiracion y júbilo: es un inmenso placer lo que siento al escucharos: vuestro sueño es una revelacion divina: el destino de mi vida se os ha representado en imaginacion, y al oiros, me ha parecido que un ángel del cielo hablaba por vuestra boca para fortalecer mi convencimiento.

—No os entiendo, señor Colon, repuso la dama: esplicadme, si lo teneis á bien, eso que llamais el destino de vuestra vida. Yo he creído que mi sueño era un desatino, un delirio.

—Delirio pudo ser; pero no desatino: delirando con la fiebre de la inspiracion descubre el alma los recónditos arcanos de la naturaleza; delirando arranca el espíritu por intuicion el velo del misterio á lo que está por venir. ¿Qué son las profecias, sino delirios divinos? ¿Cómo, sin el ardor de un delirio poético, pudo Séneca, lo mismo que Isaías, predecir el descubrimiento de un nuevo mundo que vos acabais de ver, y que tambien yo he visto?

—¿Un nuevo mundo, decís? ¿Luego existen esas tierras magnificas que yo he soñado?

—Existen, señora: son el blanco de mis esperanzas, el objeto de mi ambicion: para buscarlas, voy á la corte de Castilla. ¿Y no es maravilloso que, sin saber vos mi pensamiento, hayais soñado lo que yo anhelo ver realizado? ¿No es digno de atencion que vuestras visiones concuerden con las del profeta y con las mias?—¡Palomas, dice aquel, irán á través de los mares desconocidos, á unas tierras lejanas, mas allá de Etiopia, y juntarán los extremos del mundo bajo las banderas del Redentor!—Y mi nombre es Paloma, *Columbus* en latin.—No há mucho tiempo, yo vi en las fantasmas de mi deseo una mujer bella con un niño en el regazo: llamábase, ó al menos representaba para mí *Constancia*. ¿Sereis vos esa mujer?

Doña Beatriz no acertaba á comprender al entusiasta marino; pero le oía con admiracion, y fijaba en él sus ojos como fascinada por el prestigio de su elocuencia. La vivacidad del genio hacia desaparecer las huellas de los años en el semblante de Colon; de tal

suerte, que su amiga sentia en su presencia la vaga inquietud que inspira la aproximacion de una persona amable, dotada de belleza y lozania. Cuando le oyó concluir su discurso con aquel apóstrofe dirigido á ella, bajó los ojos ruborizada y poseida de una grata confusion. Únicamente pudo balbucear:

—Yo me llamo Constanca.

—Lo sé: pero no obstante, acaso Dios ha querido poneros en mi camino para servir de apoyo á mi constancia. No extrañeis, señora, que os hable así: hay en el curso de mi vida una serie de acontecimientos, que parecen providenciales, y que sin duda concurren á un solo fin. ¿No puede ser que vuestra proteccion me valga en la empresa que intento acometer?

—Yo poco valgo, amigo Colon, repuso la dama; pero tened por cierto que mis relaciones de familia, mis amistades en la corte, y en una palabra, todo cuanto en mis manos se halle, será empleado con el mayor gusto en obsequio vuestro. No hacerlo así, fuera ingratitud de mi parte, y el tiempo os demostrará que Beatriz Henriquez no es ingrata. Mas, decidme, ¿cuáles son vuestras aspiraciones, y en qué puedo valeros? Ó mas bien: contadme, si os place, los motivos que os traen á Castilla, para que yo comprenda ese destino providencial de que me hablais, y que efectivamente creo leer en vuestros ojos.

—Contaros mi historia será daros á conocer esos motivos, respondió Colon; porque desde niño he sido impulsado por una voz interior á lo que considero como el fin de mi vida. Pero, señora, necesitais descanso, y mi relato pudiera seros molesto.

—De ningun modo, Colon; el sueño ha huido de mis ojos: oyéndoos, serán para mí mas cortas las horas: veo que vos tambien estais desvelado; ¿y en qué cosa mejor podremos emplear el tiempo hasta que venga el día? Referidme esa historia: os lo ruego; porque habeis despertado en mi alma una curiosidad y un interés, que no me ha inspirado jamás hombre alguno.

Dijo la dama estas palabras con una inflexion de voz tan dulce, aunque involuntaria, que Colon se estremeció al escucharlas: tomó asiento junto á ella, y contó su historia. Refirió como, desde muy niño, dos inclinaciones arrebataron su ánimo con poderosa energía: la aficion al mar y el deseo de distinguirse por la ciencia y por los

hechos estraordinarios: que siendo hijo de padres pobres, no hubiera nunca podido satisfacer ninguna de sus aspiraciones, á no ser por la proteccion de su pariente Colombo el mayor, almirante de la república de Génova: recordó que un dia, viendo llegar á este afamado marino con su flota vencedora de los turcos y moros, y oyendo al pueblo que le aclamaba, fué tal su arrobamiento, que le pareció estar oyendo su propio nombre aplaudido por la multitud: que en aquellos instantes, yendo á desembarcar una pobre esclava, le cayó al mar un niño de pecho: que él se arrojó á salvarle, y habiéndolo conseguido, esto motivó que el almirante genovés le tomase desde quel dia bajo sus auspicios, y le hiciese educar é instruir en la universidad de Pavía, donde conoció á su amigo Pablo Toscanelli el mas sábio cosmógrafo de Italia. Que de aquel colegio sailó para entrar en la carrera marítima, en la cual tuvo ocasiones de distinguirse; hasta que un combate, un incendio y una tempestad le arrojaron á las costas portuguesas.

Refirió en seguida los acontecimientos que habian concurrido á fijarle en esta parte avanzada de Europa, y á robustecer de dia en dia su pensamiento de encontrar el paso á las Indias por los ignotos mares de Occidente; y al esplicar su plan y sus presentimientos con sencillez adecuada á la inteligencia de una mujer, habló con tal efusion é inspirado fuego, que doña Beatriz no pudo menos de exclamar:

—Ciertamente, Colon; el Señor os ha elegido para una grande empresa, y ¡ojalá pueda yo asociar al vuestro mi nombre para llevarla á cabo!

Amanecía en aquel momento: la luz del alba, inundando el cielo y los campos, despertaba á las aves que siempre cantan en aquellos oasis de Andalucía: Colon y doña Beatriz se contemplaron en aquellas soledades con la dulce confianza de dos hermanos, ó como Adán y Eva en el Paraíso: muchos dias habian pasado para ellos en una noche; pues al salir el sol, no eran ya el uno para el otro dos desconocidos que la casualidad ha juntado: parecíales conocerse desde la infancia, y cuando sus miradas se encontraban retrocedian tímidas, cediendo el puesto á una placentera sonrisa.

Doña Beatriz admiraba á Colon, cuyo génio la habia hechizado, y

creia poder entregarse sin reserva ninguna á la amistad de un hombre, que podia ser su padre: Colon era atraido hácia la noble dama por aquella fé con que la amistad habia recibido sus revelaciones; y aunque, mas cauto, recelaba del poder fascinador de la belleza, creia tener virtud bastante para vencerse, ó bien no se consideraba en edad de concebir una pasion peligrosa. No obstante, se estremecia cada vez que veia brillar aquellos ojos francamente admiradores, y bajaba los suyos como un adulto á quien halaga una diestra coqueta.

Al salir el sol, continuaron nuestros dos amigos su incierto viaje; pero no fué larga su jornada; pues al trasmontar un ribazo poblado de encinas, á cuyo abrigo habian pasado la noche, se desarrolló á su vista en gracioso panorama el curso del Guadalquivir, y doña Beatriz, señalando con la mano á una casa blanca, que se descubria en la orilla del rio, entre frondosos árboles, y en el centro de unas tierras bien cultivadas, exclamó con alegre sorpresa:

—¡Dios mio! ¡Quién lo hubiera sabido! Hemos pasado la noche á dos pasos de mi casa.—Ved, Colon: aquella hacienda es de mi señor tío el Adelantado. Nos hallamos á una legua corta de Córdoba.

—¡Gracias á Dios! respondió Colon, como quien descansa de un gran peso.

De allí á poco llegaron á la casa, donde fueron recibidos con grandes muestras de regocijo por los criados, que creian perdida á la dama: dos ó tres de los que la acompañaban el día anterior en su viaje á Sevilla, habian vuelto y dado la noticia del desastre ocurrido á D. Beltran y á sus caballeros: toda la gente de la granja estaba inquieta y apesadumbrada con tan tristes nuevas, y hallándose ausente D. Pedro Henriquez, se habia enviado un emisario á participarle la ocurrencia, y otro á Córdoba para pedir auxilios, á fin de alcanzar, si aun era tiempo, á los moros, que suponian se llevaban á doña Beatriz. Por esto fué tan grande el contento, al verla llegar en compañía de Colon: ella escribió al instante una carta á su tío, para tranquilizarle respecto á su suerte, y expidió un mensajero con este pliego. En seguida dió órdenes para aposentar á su libertador, y se retiró á solas á tributar un homenaje de lágrimas y de oraciones á la memoria del malogrado D. Beltran y de sus compañeros.

CAPITULO VII.

Crescendo.

ABIENDO descansado Colon un día en la granja del Adelantado, pidió permiso á doña Beatriz para marchar á Córdoba; pero la dama, tomando en sus asuntos un interés directo, le manifestó que era inútil su ida á la ciudad hasta tanto que llegasen de Vizcaya los reyes; que mientras, podia residir en aquella casa, teniéndola por suya; y que á su tiempo le daría una carta de recomendación para su prima doña Juana de la Torre, y otra para su amiga la marquesa de Moya, damas muy estimadas de la reina, en particular la segunda, que gozaba de su mayor intimidad y favor.

Dudaba Colon si debería quedarse ó partir, á pesar de los ofrecimientos espontáneos de doña Beatriz: sin embargo, confiado en la fuerza de su voluntad para separarse de la amable señora cuando lo creyese conveniente, determinó aceptar su hospitalidad. Un mes pasó en aquella quinta, perfectamente asistido y regalado; un mes harto

peligroso para la paz de todo corazón impresionable como el suyo: el mes en que la naturaleza despierta de su letargo, y en que reverdece la vida. En la soledad del campo, á orillas del poético río, cuya mansa corriente fecundiza la tierra mas fértil de España, convirtiéndola en un perpétuo Eden; allí, entre las nuevas flores del año y los cantares vírgenes de las aves enamoradas, Colon rejuvenecía su sangre y pasaba los días enteros en compañía de doña Beatriz, única persona capaz de comprenderle, y que á su vez tampoco tenia otra persona con quien poder comunicarse.

Habitados el uno al otro, pronto sintieron la necesidad de estar juntos: la aurora los sorprendia en la ya florida rivera del Guadalquivir, admirando las bellezas de la creacion: sus almas, como dos instrumentos acordes, exhalaban armonías idénticas, respondiendo á los variados matices de la luz matutina, á los murmullos del aura y de las aguas, á los tiernos acentos del ruiseñor.

En aquel apartado retiro, las horas habrian sido siglos para un ocioso falto de instruccion ó de inteligencia. Pero Colon, como todos los grandes genios, era gran poeta: doña Beatriz, como la mayoría de las mujeres, lo era tambien por el sentimiento: así las horas se deslizaban para ellos fugaces, como las rosadas ilusiones de un sueño. Colon era para doña Beatriz un libro abierto y lleno de brillantes imágenes: y si es verdad que la mujer, en todos los períodos de su vida, necesita un juguete, ninguno mas agradable podia ser para la dama solitaria, que aquel hombre con alma de niño y con corazón de héroe.

Los momentos en que podia introducirse el hastío en el trato de estos dos seres, los empleaba Colon enseñando á doña Beatriz el arte mágica de la pintura, en que era sobresaliente, y para la cual mostraba ella brillantes disposiciones.

Pero este continuo roce de dos personas nacidas para comprenderse y estimarse, á pesar de las desigualdades de edad y de clase, habia de producir necesariamente un afecto mas profundo. A los quince días, Colon y doña Beatriz se amaban; y se amaban con tanta mas vehemencia, cuanto que uno y otro hacian esfuerzos interiores para negarse á sí mismos la pasión que sentian.

Por aquel mismo tiempo se recibieron nuevas de D. Pedro Hen-

riquez, el tío de doña Beatriz, y por ellas se supo que este caballero, junto con los principales de las familias de Ponce de Leon y de Aguilar, acababa de emprender una expedición contra los moros, con ánimo de vengar la muerte de D. Beltrán y otros recientes ultrajes. Aquellos guerreros, no teniendo paciencia para aguardar la apertura de la nueva campaña, iban por su cuenta y riesgo á saquear algunos pueblos del reino de Granada, y á tomar, si podían, algunas fortalezas. Su denuedo les llevaba tal vez demasiado lejos; pues según noticias reservadas, intentaban correrse por el Mediodía hasta las inmediaciones de Málaga, y apoderarse de la Ajarquía, región fragosa y rica por el cultivo de la seda.

Quince días más pasaron, al cabo de los cuales, una tarde, paseándose por el campo Colón y su amiga, se alejaron hasta una casita rústica, fundada en los límites de la hacienda y sombreada por frondosos árboles, á la margen misma del Guadalquivir. La dama tomó asiento en un banco de piedra que allí había, y quedó como absorta por algunos momentos, contemplando la esplendente aureola del sol, que acababa de hundirse en el Ocaso: Colón seguía con la vista la dirección de sus miradas, y sin duda alguna el pensamiento de ambos se mecía lejos, muy lejos, sobre las incógnitas regiones que iba á visitar el rey de los astros; pero los ojos del entusiasta marino expresaban audacia y deseo: los de su amiga, por el contrario, un vago temor, una concentrada pena. Colón se volvió hacia ella, y notando la expresión de su rostro, le dijo con sentida inquietud:

—¿Qué os aflige, señora mía? ¿Merezco saberlo?

Doña Beatriz se estremeció, como volviendo en sí de un letargo, y repuso:

—¡Ah! No lo sé... No tengo nada, amigo mío: estoy triste sin causa.

—Causa bastante para vuestra tristeza es la soledad en que vivís, respondió Colón. Yo, pobre de mí, no sirvo para divertirlos.

—¿Qué estais diciendo? replicó la dama vivamente resentida. No me comprendéis, Colón: si estuviese más sola, estaría menos triste.

—Señora, fácil es de remediar vuestra pena, dijo el genovés ha-

ciendo un esfuerzo; y no hay sacrificio que yo por vos no haga; decidme cuándo debo partir.

—¡Partir! repitió doña Beatriz disimulando su turbacion. Si lo deseais, yo no os detengo: y bien considerado, hice mal en guardaros tanto tiempo en mi compañía... Ese tiempo hubiérais podido emplearlo mejor ganando amigos para llevar á cabo vuestra grande empresa. Veo que teneis razon: debeis partir.

Por una contradiccion del espíritu, Colon, que habia provocado esta amarga réplica, deseando arrancarse al dulce lazo que le detenia, se resintió al oirla en boca de la dama, y contestó con tono ceremonioso, aunque conmovido:

—Mañana mismo, señora, pues lo deseais, dejaré de recibir favores que no merezco, y de que guardaré memoria toda mi vida.

—¡Mañana!... Está bien, señor Colon, dijo ella vivamente picada. Pero nada teneis que agradecer: yo sí debo procurar pagaros lo que habeis hecho por mí: estad seguro de que no lo he olvidado.

Iba Colon á responder, pero fué interrumpido por un criado, que anunció á doña Beatriz la llegada repentina de su tio: esta noticia la sorprendió y le hizo palidecer, como si le hubiese infundido el presentimiento de una desgracia: inmediatamente se levantó y corrió hácia la casa, á donde la siguió su amigo, á pesar de que ella no le dió la menor muestra de desear su compañía.

En la estancia particular de la dama estaba el Adelantado, con la armadura puesta, sentado junto á la mesa en que solia dibujar su sobrina, el codo apoyado en aquella, y en la mano el rostro contraído por el pesar y la ira: solo se habia descéñido el casco, el cual se veia tirado sobre los revueltos dibujos.

Era D. Pedro Henriquez naturalmente áspero é irritable, y en esta ocasion tenia poderosos motivos para mostrarse descontento: volvía de aquella funesta espedicion, tristemente memorable en los anales de la conquista de Granada, en que la flor de la caballería andaluza quedó espantosamente destrozada: sus amigos yacian muertos ó cautivos: el marqués de Cádiz, á quien quisieron vengar, habia visto perecer en los desfiladeros de la Ajarquía casi todos los miembros de su familia, y milagrosamente se habia él salvado con la señera ó pendon de su casa: entre los cautivos, quedaba el ilustre conde de

Cifuentes con doscientos hidalgos; entre los muertos, la mitad del escuadrón de Santiago. Tenía el Adelantado otro motivo reciente de enojo: al llegar á la quinta, le dijeron que su sobrina estaba paseando por el campo con un extranjero; ella, que era la Helena inocente de esta nueva Troya, en quien el mismo Adelantado fundara esperanzas ambiciosas por su enlace con los Ponce de Leon, y que debiera estar llorando su viudez anticipada. Por esto, cuando el áspero caballero la vió llegar, le dirigió una aterradora mirada y se apercibió á recibirla como el juez al reo.

—¡Mi amado tío y señor! exclamó doña Beatriz al entrar en el aposento. ¿Qué debo pensar de vuestra inesperada venida? Os veo triste, señor: ¿acaso no venís triunfante?

—Sin duda vuestras oraciones han sido muy eficaces para alcanzar de Dios el triunfo de los que por vuestra causa combatían, respondió con voz ronca D. Pedro.

—Señor, yo he rogado á Dios por vuestra vida, y debo darle gracias por haberla conservado. Si no ha tenido á bien concederos la victoria...

—Callad, señora; porque me irrita el oírlo, prorumpió diciendo D. Pedro. No habléis de victoria á quien vuelve horrible y vergonzosamente derrotado.

—¡Derrotado!...

—Sí, horriblemente derrotado: nunca se vertió mas sangre cristiana, ni con menos honra, sabedlo; cogido el brillante ejército andaluz, como un lobo con trampa, ni aun el placer de la defensa, ni la gloria del combate ha tenido: sabed que los mejores caballeros y soldados de las casas de Arcos y de Cifuentes han perecido á pedradas, acorralados como miserables fieras: esto es lo que han alcanzado del cielo vuestras oraciones.

—Pero, señor, ¿es culpa mia?...

—Es culpa del infierno, que se ha desatado contra mí, replicó el Adelantado interrumpiéndola: y cambiando súbitamente de posición, señaló con la mano los dibujos esparcidos sobre la mesa, y añadió:—Sí, señora: el desastre ha sido espantoso: y entre tanto, ¿cuáles eran las honestas ocupaciones de la noble viuda de un Ponce de Leon?

Doña Beatriz palideció al oír las palabras y mas al notar la acción de su tío: entre aquellos dibujos habia algunos ensayos del retrato de Colon, intentado por ella de memoria; y aunque su inexperiencia no la habia permitido acertar con la semejanza, su conciencia la hizo temer que hubiese sido descubierto este pecado venial. Bajó los ojos turbada, y D. Pedro, sin dejarle tiempo para responder, le dijo señalando á Colon, que se habia quedado entre puertas:

—¿Qué busca aquí ese hombre? ¿Quién es? ¿Algun criado vuestro?

La dama respondió esta vez con dignidad:

—No es mi criado, señor: es nuestro amigo Cristóbal Colon, á quien debo la libertad y la vida.

—Ya, comprendo, repuso el Adelantado midiendo de alto á bajo con la mirada al genovés. Aquel aventurero de quien me hablábais en vuestra carta. Bien está, añadió dirigiéndose á Colon: retiraos, buen hombre; se os pagará vuestro trabajo.

Toda la sangre del marino afluyó á su rostro. Lejos de retirarse, Colon dió dos ó tres pasos dentro de la estancia, y contestó:

—No he venido á cobrar en la moneda que vos podeis pagarme, señor Adelantado: mi trabajo no tiene precio de oro, y sin que os arruineis, he sido ya satisfecho.

—¡Hola! exclamó D. Pedro apretando los puños y haciendo crujir las articulaciones de su armadura. Sois audaz.

—Lo bastante para no sufrir de nadie insultos inmerecidos, contestó el marino.

El orgulloso caballero se levantó como movido por un resorte, y dijo con un tono de voz, que era la antítesis de su brusco movimiento:

—Perdonad: quien así habla delante de mí, debe de ser grande ó título.

—A serlo aspiro, le respondió Colon.

—¿Sois noble?

—Nobleza tengo.

—¿De raza?

—Hijo de Dios, y heredero de mis obras.

—Poco es, repuso el Adelantado volviéndose á sentar. Id en paz, buen hombre, y no provoquéis al leon hasta que os hayan crecido las garras; aunque veo que sois ya poco mozo para crecer.

—Creceré, sin embargo, tanto, replicó Colon, que puede llegar un dia en que necesiteis alzaros para mirarme á la cara. De aquí á entonces, ya sé que media gran distancia entre el que ampara á una dama y el que le paga con menosprecios.

Y sin aguardar respuesta, volvió la espalda y salió del aposento, decidido á marcharse inmediatamente de aquella casa.

Doña Beatriz habia quedado profundamente abatida bajo el peso de esta inesperada escena; pero cuando vió salir á Colon tan ofendido, alzó la cabeza con energía y reconvino á su tio diciéndole:

—Señor, no merecia tan mal tratamiento el libertador de vuestra sobrina.

—Con mucho calor tomáis la defensa de vuestro amigo, contestó D. Pedro. ¿No hice bastante sufriendole, sin arrojarle por una ventana? ¿Quién es él para levantarme la voz?

—Es un hombre á quien debemos gratitud; y es un sabio, á quien se debe consideracion. Si vos no habeis contraido con él deuda ninguna, yo sí: no puedo pagársela de otro modo que dispensándole mi amistad.

—Pagadle, si le debeis, dijo por último el Adelantado: pero advertid, señora, que yo debo velar por el lustre de mi sangre, y que no estoy dispuesto á sufrir amistades indecorosas.

—Está bien, señor, repuso la dama con voz entorpecida por los sollozos: y se retiró á otra estancia para desahogar la pena que la oprimia.

Colon hacia entre tanto sus preparativos de marcha, entregándose á sus solas á la violencia de enérgicos sentimientos: la indignacion le dominaba en términos de no dar lugar á la ternura que batallaba en el fondo de su corazon: parecíale increíble que se hubiese pagado su generosidad con el desprecio, y mas ofensivo aun el que su amiga no hubiese tenido una sola palabra para protestar contra la injusticia de tan inmerecidos ultrajes: en medio de esto, le asaltaba el temor de que sus propios arrebatos pudieran perjudicarle para el logro de sus pretensiones en la corte, y no podia menos de recor-

dar con amargura, que poco antes le había lisonjeado la esperanza de tener el mas eficaz apoyo en la poderosa familia de doña Beatriz.

No se detenía, sin embargo, en esta consideracion, que hubiera demostrado flaqueza de ánimo, sino por lo que había en ella de doloroso con relacion á sus sentimientos hácia la noble dama.

—Hé aquí, decía para sí mismo, de qué manera corresponde á un buen servicio la vanidad insolente. ¿Quién eres tú, Colon, para reclamar una deuda de gratitud? ¡Ni siquiera tienes títulos de hidalguía! ¿Cómo pude olvidarlo? No siento que me desprecie un hombre á quien puedo humillar: sí, yo haré que se avergüence de sus timbres heredados, al compararlos con los míos: yo te cumpliré mi palabra, orgulloso Henriquez. Pero, ¿quién sanará la herida que ha abierto en mi alma la indiferencia de esa mujer? ¡Ella, en quién yo creía ver un instrumento de mi destino providencial!... ¡Ella, que ha poblado de ilusiones juveniles mi cana cabeza!... Ella, también mira con ojos desdeñosos al pobre aventurero. ¡Ah! Esto es inconcebible, absurdo. Mi corazón rechaza semejante idea... Y sin embargo, claramente me ha dicho: «puedes ya irte, Colon, porque tu presencia me basta.»

Este juicio desventajoso respecto á sí mismo, é injusto respecto á doña Beatriz, era, sin embargo, el mas natural, atendido el carácter irritable y enojadizo de Colon: su sensibilidad escésiva le llevaba á mayores extremos, haciéndole pensar que la dama, creyéndole interesado, se había vuelto ingrata por su culpa. Y en medio de estos combates del corazón y del orgullo, no podía ocultársele que le profesaba una estimacion mayor que la de una inocente amistad; y había momentos en que se oprimía el pecho y la frente, como si de ellos quisiese arrancar el afecto y la memoria de aquella mujer.

—Huyamos, decía: huyamos de este peligroso deleite, donde solo conseguiré que se enerve mi vigor: hice un bien, y se me paga con desdenes... Tanto mejor: así quedo libre; así mi alma recobra sus antiguos bríos, y se arma de fortaleza contra mayores contratiempos. Huyamos: que mis ojos no vean otra vez los de esa dulce sirena, que me hechizaba con su dulzura... ¡Oh! Y acaso la culpo injustamente. ¿No ha sido ella misma ultrajada por el hombre brutal que me ha insultado? Al cabo, es una débil mujer, desdichada y

sola... Sí; pero no debo ablandarme, nó: es menester que el nuevo día no me encuentre en estos lugares, donde se adormece mi espíritu.

A pesar de este firme propósito, el cielo, que velaba sobre nuestro héroe, parecía disponer las cosas de otra manera. Mientras Colon hacía sus preparativos de marcha, estalló una tempestad, que se desató en lluvia y granizo por todo el resto de la noche: partir en aquellas circunstancias, era dar á conocer hasta á los mas ínfimos criados el motivo de tan precipitada resolución: y aunque así no fuese, Colon se figuraba que su dignidad ofendida iba á ser pasto de las murmuraciones de escuderos y dueñas, si abandonaba la casa como forzado y fugitivo; y aun cuando valiesè poco la opinion de aquellas gentes, pudo en él esta idea lo bastante para obligarle á esperar.

Sentado junto á una mesa, con la ceñuda frente apoyada en la palma de la mano, permaneció algunas horas sumido en sus cavilaciones, y ageno al parecer al trastorno exterior de la naturaleza. De vez en cuando se agitaba impaciente, al oír los zumbidos lúgubres del viento y el estrépito del agua, que azotaba los vidrios de la ventana de su habitación; pero luego volvía á quedar inmóvil y pensativo, repasando con la imaginacion los azares de su pasada vida, y buscando en su alma fuerzas para resistir á los contratiempos futuros.

En tal estado habria seguido toda la noche, sin un accidente que vino á cambiar por completo la disposicion de su ánimo: sintió un ligerísimo rumor hácia la puerta del aposento, apenas perceptible entre el estruendo de la lluvia y del huracan; y alzando la cabeza maquinalmente, vió como una figura ideal á doña Beatriz, que indecisa y tímida le contemplaba: levantóse Colon á recibirla, con el semblante repentinamente animado por la luz de un júbilo interior inesplicable, y lanzó una exclamacion de sorpresa, que alentó á la dama para decidirse á entrar é imponerle silencio con un dedo puesto en los labios.

—¡ Vos aquí, señora mia! dijo Colon.

—¿Habeis sido bastante injusto para no esperar mi venida? interrogó doña Beatriz con tono de dulce reconvencion. Despues de lo que ha pasado, no podía yo dejaros partir sin deciros, al menos, que

Beatriz Henriquez no olvida los beneficios, ni es ingrata con su bienhechor.

—Señora, repuso Colon ruborizado como un niño, quizá he podido desconfiar de vuestra amistad. ¿Qué no temerá un desdichado? Pero siempre he creído que os alienta un corazón noble y generoso, aunque no esperase una recompensa excesiva en pago de lo que llamo mis beneficios.

—¡Excesiva!..... repitió la dama. Quizá teneis razón: hay un exceso de atrevimiento en lo que hago; pero, amigo mío, no de otro modo hubiera yo podido rehabilitarme á vuestros ojos.

—¡Rehabilitaros! ¡Atrevimiento! ¿Quién os culpará, mi adorable amiga? Yo hablo del exceso de vuestra bondad con este pobre aventurero, que solo merece el desprecio de los poderosos.

—No prosigais así, Colon: sienta mal la ironía en vuestros labios: mi tío ha sido injusto con vos: yo, que soy de su misma sangre, vengo á corresponder como debo á vuestras bondades. ¿Aun no estais satisfecho?

—¿Eso me preguntais, señora? ¡Oh! ¡Si mi corazón pudiera hablar sin ofenderos!..... No merezco, no, tanto como haceis por mí en este momento.

Doña Beatriz había tenido que vencer todos los obstáculos que oponen las consideraciones sociales y un espíritu recto para presentarse á tal hora y de tal modo en el cuarto de Colon, y estaba como rendida por los esfuerzos de su lucha: en aquel momento sostenía otra más terrible para resistir á la tempestad que se desencadenaba en su alma; pero estaba dado el primer paso, y todo depende de él en las grandes acciones de la vida.

—Colon, dijo, encendida la color del rostro de solo pronunciar este nombre, no he venido solo á pagar con palabras lo mucho que os debo. Al despedirme de vos, he querido que lleveis de mí un grato recuerdo, y además algo que pueda favorecer vuestros elevados pensamientos. Aquí teneis, añadió sacando dos objetos de su limonero, las cartas que os prometí: quizá no os aprovechen gran cosa; porque hace bastante tiempo que vivo retirada, y en la corte se olvidan las amistades. Aceptadlas, sin embargo, como un testimonio

de la mía, y juntamente dispensadme el favor de no rehusar esta memoria.

Y así diciendo, presentaba á Colon las cartas y un bolsillo con oro. Él tomó con una mano las cartas, y con la otra rechazó suavemente el bolsillo, diciendo:

—Nunca mi gratitud será bastante á pagar vuestros favores. Acepto las recomendaciones, pero no otra cosa.

—Ved lo que haceis, repuso la dama. No confundais mi donativo con la paga de un servicio.

—Señora, me obligais á deciros, contestó Colon tornándose pálido, que repetis de hecho la ofensa que vuestro tío me ha inferido de palabra.

Doña Beatriz rompió en llanto al oír este severo cargo. Colon se enterneció, y tomándole una mano, le dijo:

—Calmaos, señora: mi resentimiento no puede llegar hasta vos; y si llegase, moriría ahogado en esas lágrimas.

—¿Aceptareis mi pobre oferta? repuso ella balbuciente.

—No, señora: yo no puedo aceptar de vos lo que os ofenderá á vos misma, si yo lo recibo.

—¿Por qué, Colon? dijo la dama con acento cariñoso.

—He jurado no tomar nada que pertenezca á vuestra casa, y hago demasiado recibiendo vuestras cartas.

—Pero esto no pertenece á mi familia; sino á mí sola.

—Dejadme besar vuestra mano generosa: es bastante.

—No, porque yo sé que sois pobre, Colon; y este dinero que os doy es un débil apoyo que quiero prestar al hombre emprendedor, que va en busca de un mundo ignorado. ¿Creeis que yo no tengo tambien ambicion? Cuando vuestro nombre resuene coronado de gloria, quiero que suene juntamente con el mio.

—¡Beatriz! ¡Mujer admirable! exclamó Colon tartamudeando. Pero añadió en seguida:—Es inútil; no me venceis.

—Cruel sois, é ingrato, dijo la dama retirando su mano de entre las de Colon.

—Señora, repuso él casi turbado. No puedo consentir que se diga que D. Pedro Henriquez juzgó bien á Cristóbal Colon, cuando le ofreció pagarle su trabajo.

—Sois inflexible. ¿Cómo os diré que esto no pertenece á D. Pedro Henriquez? No es él, Colon, quien os lo da: es vuestra buena amiga.

—La buena amistad no paga así.

—La buena amistad, repuso la dama con esfuerzo, lo acepta todo de quien daría su corazón... digo mal: de quien lo tiene dado.

—¡Señora! exclamó Colon poseído de amor.

Pero ella continuó sin escucharle:

—Nada me importa perder ya vuestra buena opinión. He sido imprudente, y lo seré hasta el fin. ¡No queréis este donativo de vuestra amiga! ¿Lo rehusaríais también de vuestra esposa?

—¡Beatriz! ¡Oh! ¡Dios lo quiere! prorumpió diciendo Colon.

Y sin ser ya dueño de sus acciones, ciñó con sus brazos á la dama, que ocultó en su pecho el rostro encendido de rubor é inundado de lágrimas.

El hielo de las consideraciones sociales quedaba deshecho por el fuego del amor: la naturaleza triunfaba de la educación y del temor: aquellos dos seres simpáticos, nacidos para comprenderse, perdieron por largo rato el conocimiento de su situación: absortos, confundidos el uno en el otro, gozaron, sin verlos pasar, muchos siglos de felicidad en pocos momentos: habria podido sorprenderlos la muerte sin llegar á ser sentida; pero la alborada vino pronto á sacarlos de aquel éxtasis pasajero, para mostrarles á la luz del día la realidad de su destino.

Doña Beatriz cayó de pronto del mayor exceso de placer en la mas profunda tristeza.

—¿Cristóbal, qué hemos hecho? dijo cruzando las manos y mirando al cielo. Seremos desdichados. El mundo ha puesto entre nosotros un muro de hierro que no podremos derribar.

—¿Qué no puede una voluntad firme y constante, amada mía? repuso Colon. Tú eres noble de ilustre prosapia; yo, si tuve ascendientes de alta gerarquía, lo he olvidado: pero los títulos se adquieren, y nunca fué mas ilustre la última rama que el tronco de donde nace. Pronto, muy pronto verás realizado tu sueño, y el humilde aventurero, el pobre Colon tendrá una silla entre los grandes de la tierra. ¿Quién le preguntará entonces los grados de su nobleza?

¿Quién le disputará el derecho de marchar de par con los almirantes de Castilla?

—Nadie, sin duda, nadie, repuso doña Beatriz participando de la noble ambicion de su amigo. Pero entre tanto, Colon, ¿quién sabe cuál será la suerte de esta pobre huérfana!

—Valor y confianza en Dios: él vé nuestros corazones, Beatriz.

—No me falta valor, amigo mio: la confianza me la inspiran tu talento y tus elevadas miras. Sí; vé á conquistar al caos ese mundo que oculta desde el principio de los siglos: y así como los caballeros llevan á la guerra un trofeo de sus amores para que les infunda valor en las batallas, sea el tuyo mi nombre cuando combatas con los elementos. Entonces, yo pasaré las noches en vela orando por tí, y el Señor escuchará mis plegarias y te dará el triunfo.

—Sí, me lo dará, Beatriz adorada; porque Dios escucha los ruegos de sus ángeles.

El dia avanzaba, y los dos amantes conocieron que era forzoso separarse. Pero doña Beatriz no quiso consentir que su amigo partiese, y entre ambos concertaron que Colon fingiria marchar aquella misma mañana, y quedaria oculto en la casita rústica situada en el extremo de la posesion de D. Pedro Henriquez. En aquel asilo, y merced á la complacencia de un criado fiel, á quien no se descubrió la verdadera causa de este misterio, continuaron viéndose por espacio de algun tiempo.

Colon permanecia encerrado desde la mañana á la noche, y cuando el sol iba á vivificar con sus rayos los países que él veia con su imaginacion delirante, comenzaba á lucir el astro de su ventura.



CAPÍTULO VIII.

La despedida.



MAñana de mayo entró doña Beatriz Hen-
 riquez en el apartado retiro de Colon, el cual,
 extrañando la hora desusada de esta visita,
 preguntó sorprendido á la dama:

—¿Qué ocurre, amiga mia?

Ella le tomó las manos con espresion de
 ternura, y le dijo:

—Dios nos protege, Colon: no temas nada.

—Colon nunca teme por sí, repuso el ma-
 rino: mis inquietudes y mis ansias son por tí, vida mia. ¿Puedo sa-
 ber á qué debo la dicha de verte en este momento?

—Sí, querido amigo: mi tio ha marchado á la frontera. La cam-
 paña de este año se ha empezado con un magnífico triunfo: los se-
 ñores de la casa de Aguilar y Córdoba han tenido un venturoso
 encuentro con los moros en los campos de Lucena: el general mas

experto y valiente de los enemigos, el veterano Alí-Atar, ha muerto en la batalla; el rey Chico de Granada está cautivo, y los reyes don Fernando y doña Isabel vienen ya de camino, y estarán en Córdoba dentro de pocos días. Ya ves, amado mio, que las circunstancias nos favorecen.

—¿De qué modo? Explicáte.

—Claro está, continuó la dama con entusiasmo. Los momentos son propicios para alcanzar de sus Altezas la gracia mas difícil: el gran triunfo recientemente alcanzado y las fiestas con que habrá de celebrarse disponen los ánimos á la generosidad, y los abren para recibir con gusto pensamientos tan atrevidos como el tuyo: la guerra, por otra parte, no puede prolongarse mucho, estando cautivo el rey moro: ya ves, todo nos favorece. Corre, no te detengas, Colon: sé tú de los primeros que feliciten á nuestros reyes por la victoria de las armas cristianas, y pídeles en albricias su autorizacion para agregar un mundo á su corona.

—¡Bendita seas, Beatriz! exclamó Colon estrechándola entre sus brazos, y no sabiendo expresar de otro modo su gratitud por el interés que tomaba en su empresa.—Y despues de algunos momentos añadió:—Voy á la corte, sí: ofreceré un mundo á Castilla y Aragón, y en cambio les pediré un nombre ilustre que poder dar á la amada de mi alma. Pero, dime, Beatriz: ¿en quién tienes mas fé para la realizacion de mis planes; en el Rey, ó en la Reina?

—En la Reina: si ella te escucha, te ayudará; y teniendo su apoyo, nada temas. Pero es preciso dirigir tu pretension á los dos indistintamente.

—Lo comprendo así. ¿Cuándo podré partir?

—Esta noche.

—¿Te volveré á ver antes?

—Sí.

Los dos amantes se separaron hasta la noche, y llegada esta, se encontraron en el mismo sitio, donde se despidieron uno de otro con lágrimas de ternura.

Pero las de doña Beatriz emanaban en aquel momento de una profunda tristeza y de una viva inquietud por su porvenir: habia en el seno de su corazon un secreto, que ni al mismo Colon osaba re-

velar, y este secreto era, sin embargo, el móvil mas poderoso por que le habia instado á partir: apremiábale á desear con ansia la pronta elevacion de su amigo, en la cual fundaba las esperanzas mas dulces y aun las mas indispensables para conservar ilesa la dignidad de una mujer.

Colon no pudo menos de conmoverse al notar la excesiva afliccion de la dama, y atribuyéndola, como era natural, á la pena de su ausencia, intentó consolarla diciendo:

—Cálmate, y ten valor, amada mia: nuestra separacion es necesaria hasta para tu felicidad; y alegrarte debieras de mi partida en vez de sentirla.

—Nó, Colon, alegrarme no es posible, respondió ella; pero debo desearla. He sido quizás demasiado imprudente, amigo mio; y mi corazon no estará tranquilo hasta que pueda oir pronunciar tu nombre con orgullo.

—¡Es verdad! repuso el genovés con amargura. Nunca debí olvidarlo, señora: vuestro nombre y el mio no caben juntos en una línea.

—¡Oh! No es eso, Colon: aunque yo fuese una reina y tú un mendigo, serias digno de mí, porque te amo. ¿Necesito acaso repetirte-lo? Pero este mismo amor que el mundo reprobria, si lo supiese, merecerá el aplauso de las gentes, cuando puedan apreciar lo que vales: yo anhele verte enaltecido por tí mismo, por mi vida que aca-so pelagra, y por la de otro á quien no conoces.

—¿Otro? ¿Quién puede ser ese otro, Beatriz?

—No es tiempo aun de que lo sepas, repuso la dama bajando los ojos. Vé, Colon; sigue tu empresa y apresúrate, si quieres que yo viva.—Y como si mudase de pensamiento, le preguntó con interés: —¿Dices que dos meses te bastarán para descubrir esos países desconocidos?

—Sí, dos meses de navegacion, respondió el marino con seguridad.

—Dos meses para disponer la partida, continuó doña Beatriz contando; otros dos en el viaje y tres para volver, son siete: sí, vendrás á tiempo. No te descuides, amado mio.

—¡Beatriz! exclamó Colon adivinando el secreto de su amada:

¿qué ansiedad es la tuya? ¿por qué cuentas el tiempo?..... ¿Acaso pende de él?....

—Mi vida, y mi honra, Colon: no me preguntes nada mas, pues todo lo sabes. Date prisa, y cuando estés lejos, en esas remotas y maravillosas regiones, no te entretengas, añadió la dama bajando mucho la voz: acuérdate de que te llama tu hijo.

Colon no pudo responder á estas palabras salidas del fondo del alma, sino cogiendo las manos de su amada y estrechándolas con frenesí contra sus labios: la emocion le arrancaba sollozos: sabia que por segunda vez iba á ser padre, y que de su perseverancia y fortuna dependia serlo de una criatura feliz, ó de la mas desdichada del mundo. Contradictorios afectos agitaban su corazon, privándole hasta del uso del raciocinio; y sobre ellos dominaban sus magnificas esperanzas, empujándole con nuevo ardor hácia el fin de su glorioso destino.

—Sí, Beatriz, dijo al cabo de un rato con frases entrecortadas. Me acordaré... volaré desde los opuestos confines del mundo á salvar tu honra y á llamarte mia á la faz de las gentes. No me detengo ya... nó. ¡Adios! Protéjame su mano poderosa... y en breve no será Colon menos ilustre por su fama, que lo son por su cuna los almirantes de Castilla.

—Será, sí, respondió la dama: lo leo en el cielo... en tus ojos... en tu noble frente. ¡Adios, Colon! Trae un nuevo mundo á España. Te lo pide tu Beatriz.

Y sin detenerse un momento mas, se desprendió de sus manos, y fué á perderse de vista, como una sílfide de los bosques, entre los árboles de la ribera.

Colon partió en seguida, llevando en el alma profundamente grabada la imágen de aquella mujer, que parecia haber puesto el cielo á su paso para infundirle un nuevo aliento. Durante su corto viaje á Córdoba nada vió, nada pudo distraerle del recuerdo de ella; y este recuerdo unas veces era dulce y apacible como las sonrisas de la inocencia, y otras punzante y desconsolador como un remordimiento.

Porque, pensando en Beatriz, el noble aventurero la consideraba como un ángel de bondad que vertia en su corazon el bálsamo del consuelo, el espíritu de la resignacion y de la constancia; y volvien-

do este pensamiento hácia sí mismo, se reconocia incurso en una grave responsabilidad hácia ella; pero esta consideracion justa y severa le llevaba en último término á espolear su voluntad, por decirlo así, convirtiendo en un deber de conciencia lo que antes solo era un deseo de ambicion y gloria.

Hemos dicho que Colon, al meditar en su plan de descubrimiento, creia obedecer á un secreto impulso de la Providencia: su imaginacion le elevaba siempre sobre el nivel de la vida material, dando á los hechos vulgares un colorido sobrehumano, hijo de su ardiente fé: así es que hasta los efectos de sus pasiones mundanas, al rozarse con su pensamiento capital, confluian para dárle fuerza, y se divinizaban en cierto modo. Hé aqui una muestra de sus reflexiones mientras caminaba hacia Córdoba:

«Soy juguete del destino, se decia: nave lanzada sin timon en el mar de este mundo; pero guiada por invisible piloto á puerto seguro, á través de las tempestades. Vengo á Castilla en busca de un apoyo soberano para mis proyectos, y encuentro una mujer que cree en mis palabras y un magnate que me insulta: de aquí nacen nuevas necesidades en mi alma: siento amor hácia la mujer, amor inconcebible á mi edad, que me ciega, me enloquece y me hace olvidar mis deberes, hasta que un ser nuevo me grita con voz de ángel desde las entrañas de la mujer: «Colon, ¿qué has hecho? ¡necesitas conquistar pronto un nombre que te iguale á mi madre!» — ¡Oh! ¡infeliz mujer!... Y al mismo tiempo, el orgullo de un hombre subleva mi dignidad, y me inspira ambicion de títulos y de grandeza que oponer á los suyos. ¡Qué prodigioso enlace de sentimientos! ¡Qué arcanos de la Providencia! Todo marcha unido: todo conspira al mismo fin. Porque claro está, que para llegar á mi grande objeto, necesito salir antes de mi esfera humilde; y el aguijon del orgullo, y la fuerza del amor, y hasta una deuda de honra se conjuran para señalarme el camino que he de seguir. ¡Oh! sí, Dios me guía, y se vale hasta de mi flaqueza para conducirme al término dichoso; y emplea estos medios para que no olvide que soy hombre, pecador y frágil.—Pecador, sí: ¡pobre Beatriz!... ¡Angel mio!... Y acaso, ¿no es ella la que se me apareció en mi vision misteriosa? Una mujer bella con un niño en el regazo, y su divisa era *Constan-*

cia. ¡Oh! No hay duda, no. Beatriz amada, tú eres mi constancia: tú la que ha de sostener mi valor á través de los ignotos mares.

Y así diciendo, espoleaba su mula, como si le comiese la impaciencia de llegar pronto á los piés de los reyes de España.

Las campanas de la catedral saludaban al alba, cuando nuestro solitario viajero dió vista á la morisca ciudad de Córdoba: en aquel punto no aparecian ya desiertos los caminos que á la misma guiaban; sino, por el contrario, veíanse concurridos por gentes de diversas condiciones, que acudian como atraídas por alguna fiesta ó solemnidad extraordinaria; y ya eran simples villanos de los pueblos de la comarca, ya hidalgos aventureros, ya señores de apartados lugares, seguidos de sus hombres de armas, escuderos y soldados.

Colón entró en la ciudad, y vió en todas partes preparativos en armonía con aquel movimiento de gentes: aquí encontraba multitud de operarios, trabajando en levantar un arco de triunfo; allí otros engalanando con trofeos guerreros la fachada de un edificio; y mas allá otros enarenando las calles, ó conduciendo carros de flores; y por do quiera que pasaba, cuadrillas de bizarros pages, gallardos caballeros y donceles, y multitud de pueblo embarazaban el tránsito.

Perdido entre el gentío, que de fuera llegaba y de las casas salía, y no sabiendo á dónde ir en busca de posada, anduvo algunas horas nuestro aventurero, hasta que acertó á encontrarse por casualidad con un mozo de fisonomía franca y algun tanto picaresca, el cual, segun sus trazas, era escudero ó palafrenero de algun señor principal, y llevaba del diestro un hermoso caballo pio: el brillante traje que vestia no permitió á Colón reconocerle á primera vista, y cuando se le puso delante y detuvo su mula, creyó que fuese algun criado de la familia de Henriquez, juzgando por el blason que llevaba al pecho, y que, si no totalmente igual, tenia la mitad de sus cuartel semejantes á los de aquella casa.

El desconocido habló y dijo:

—¿A dónde bueno se encamina el *signor Cristóforo Colombo*? ¿Parece que no me habeis conocido? Apuesto mis mejores calzas amarillas y rojas, á que tiene mas memoria de mi esa mulita del padre y guardian de Santa María.

—¡Sancho de la Barca! Transformado estáis, amigo; pero ya os conozco, respondió Colon.

—Es que no es lo mismo, señor genovés, aporear acelgas en la huerta de un convento, que servir de page de espuela al señor don Juan de la Torre y Henriquez de Lara, primo de los primos del muy alto y poderoso señor rey de Aragon y Sicilia: ni es todo uno llamarse Sancho de la Barca ó Sancho Abarca, como quiere mi amo.

—¿Es decir, que ahora estáis al servicio de un gran señor?

—Cabal: y vos le conocéis.

—¿Yo, Sancho? No tengo presente el nombre de ese caballero, aunque sí el de una señora doña Juana de la Torre, que podrá ser de su familia.

—Esa es su tía: dama de la Reina, y nodriza que fué del príncipe D. Juan.—Pero, y vos, señor Colon, ¿cómo andais de fortuna? ¿Cuándo vais á las Indias?

—¡Ay, amigo! Todavía he de correr mucho para llegar allá, repuso Colon eludiendo la pregunta. Otras Indias quisiera yo encontrar en este momento.

—¿Cuáles?

—Una posada: Vedme aquí hace dos horas corriendo calles que no conozco, y sin saber á dónde me llevará mi buena ó mala fortuna.

—Buena es que me hayais encontrado, replicó Sancho; pues á no ser por esto, dudó que halláseis en Córdoba un albergue por un ojo de la cara. Pero venid conmigo, que os haré colocar en la posada de la *Gracia de Dios*, á donde voy á dejar *el pio*, porque no hay sitio para él en las cuadras de la casa de Aguilar; el posadero es amigo, y os tratará como cuerpo de rey.

—Acepto el favor, buen Sancho; porque á la verdad lo necesito. La posada de la *Gracia de Dios* se llamaba así, no por espíritu religioso de su dueño, aunque á veces sabia explotarlo en este sentido, segun las circunstancias de sus huéspedes, sino por significar que allí se encontraba todo lo mejor del mundo y mas que fuese menester: era, en suma, este título un rasgo de jactancia andaluza, que no dejaba de acreditar en lo posible el buen trato del establecimiento.

Colon entró en él acompañado de su amigo Sancho, quien, en efecto,

y merced al influjo de su jóven amo, tenia vara alta con el posadero; y fué de gran provecho la recomendacion de aquel mozo, pues la casa estaba atestada de gente, y no hubiera sido albergado en ella yendo solo. Pero Sancho, con su genial desembarazo, allanó las dificultades, manifestando al dueño que Colon era un sugeto muy estimado del señor don Juan de la Torre, y que no se habia de quedar en la calle, aunque fuera preciso desalojar á cuantos estaban dentro.

Nuestro héroe se avino á colocarse provisionalmente en el cuarto que ya ocupaba un mercader toledano, el cual habia ido á Córdoba, como otros muchos, en seguimiento de la corte, atraído por el aliciente de la ganancia en un punto donde habian de reunirse muchas gentes de guerra, lo principal de España en nobleza y clero y multitud de curiosos.

Sancho manifestó á Colon la causa de todo aquel extraordinario concurso, y de los preparativos de fiesta que se hacian. Se esperaba á los reyes de un momento á otro, y se trataba de festejarles con el doble motivo de su llegada y del gran triunfo alcanzado últimamente por los señores de la casa de Aguilar y Córdoba. Las gentes de muchos pueblos de Andalucía y hasta de Castilla y Extremadura llegaban en tropel, ansiosas de ver á la jóven reina, que en diez años habia transformado sus reinos, y al príncipe Boabdil cautivo.

Por otra parte, como estaban convocados para la guerra todos los grandes y señores de Castilla y Aragon, y la reciente victoria estimulaba el entusiasmo público, eran innumerables los guerreros de todas clases y condiciones que acudian; y la ciudad de Córdoba se convertia por momentos en un inmenso vivac.

Estas esplicaciones hicieron temer á Colon que sus pretensiones no tendrían el pronto despacho que anhelaba, pues serian postergadas por la premura de otros negocios mas urgentes; y no se equivocaba en sus recelos. Sin embargo, queriendo aprovechar todos los cabos que la suerte ponía en su mano, habló á Sancho de las cartas que traía para el padre Talavera y para la marquesa de Moya y doña Juana de la Torre, y le dijo que, si su señor pudiera introducirle con esta señora, le quedaria por ello sumamente agradecido.

Sancho le prometió hablar del asunto al jóven D. Juan, y de este modo se separaron.

CAPITULO IX.

Entrada en la corte.

Córdoba es concilio y corte,
Almacén, campo de armas,
Tribunal, mercado, lonja,
Escuela, taller y sala.
El duque de Rivas.



ÓRDÓBA, la ciudad de los califas de Occidente, la sultana del Guadalquivir, hierve en fiestas y regocijos, en honra de los jóvenes monarcas cristianos, que han jurado acabar la obra de restauracion comenzada por el héroe de Covadonga. Los nombres de Isabel y Fernando llenan el aire, victoreados por un pueblo agradecido, que siente renacer á impulso de ellos sus tradicionales alientos y virtudes.

El momento se acerca en que han de entrar los dos egregios príncipes que el mundo admira: las campanas anuncian su llegada con algazara inmensa; retumban las lombardas; cruzan calles y plazas enjambres de guerreros, que al sol deslumbran con el brillo de sus armaduras, los maestros de las Ordenes con sus trages magníficos y sus esplendorosos cortejos, los grandes y ricos-hombres, los graves magistrados, los obispos y clero.

Allí se ven los héroes que ha coronado la Victoria en recientes lides: allí D. Alonso de Aguilar, con su jóven y bizarro hermano Gonzalo de Córdoba; allí sus primos el Alcaide de los donceles y el señor de Baena, que se disputan la gloria de haber aprisionado á Boabdil: allí el marqués de Cádiz, el vencedor de Alhama; allí los condes de Tendilla y Benavente, y otros mil caballeros, cuyos nombres pregonan la Fama: con ellos va tambien el Adelantado de Andalucía, D. Pedro Henriquez, guerrero de gran valor personal en los combates: pero duro de corazon y de tan indomable orgullo, que se le considera capaz de verter su propia sangre, si lo creyese necesario, para mantener ileso el blason de su familia.

Todo este ejército de ilustres personajes precede á la municipalidad y al alto clero, que salen á recibir á los reyes, á quienes acompaña un séquito no menos brillante y numeroso de grandes de ambos reinos, prelados, consejeros y damas.

Entre estas, como el sol en medio del cielo, aparece la magnánima Isabel en el apogeo de la juventud y de la belleza; su rostro por demás agraciado es modelo de bondad y de modestia; la magestad que la rodea, y mas aun el prestigio que le dan su talento y sus virtudes, no la envanecen, ni le impiden mirar al pueblo, que la victorea, con la dulce sonrisa de una verdadera madre; ha cifrado su felicidad en el bienestar de sus vasallos, y goza con toda el alma, porque los ve contentos: monta un caballo blanco, que su pureza le hizo amar este color en cuantos objetos le pertenecen, y diríase al verla, que es el ángel de guarda de los guerreros cristianos.

A su derecha viene el Rey; ginete de un soberbio alazan, cuyas gualdrapas de grana recamada de oro arrastran por el suelo: treinta veces ha vestido la naturaleza su manto de esmeralda desde que el jóven monarca vió la primera luz del día. Sin embargo, en tan pocos años, no muestra su semblante la gracia expansiva, ni sus ojos brillan con el fuego generoso que los de su esposa: vislúmbrase en ellos el carácter frio y calculador del hombre político; y en sus labios delgados, y en su mirada penetrante se adivina una sagacidad que hiela la sangre: los que se le acercan no olvidan nunca que es hijo de D. Juan II de Aragon y de doña Juana Henriquez: le temen y respetan; pero no le aman.

Sin embargo, nadie desconoce los talentos del jóven rey, nadie ignora que, unido con su esposa, forman los dos un sér perfecto, siendo él la cabeza que piensa y medita, ella el espíritu que anima y el corazón que enardece, y ambos á una los brazos que ejecutan: saben todos, que aunque sus coronas son mas bien aliadas que mancomunadas, sus proyectos llevan siempre el sello de la unidad de miras, y que los bienes que resultan á España son el producto de aquel feliz consorcio de cualidades diferentes.

Por esto el nombre de Fernando va siempre unido al de Isabel en los aplausos y bendiciones del pueblo, y el respeto y el amor no se reparten, sino se tributan por igual á los que juntos forman un solo sér grande y benéfico.

La muchedumbre corre desalada por todas partes, y se apiña para saludarlos: ancha franja de púrpura recamada de oro y pedrería parece la régia comitiva, que deslumbra los ojos con su espléndida magnificencia. Colon la mira desfilar, mezclado con los espectadores, y lejos de apocar su ánimo aquella grandeza, le hace exclamar interiormente:

—¡Oh! ¡En verdad que mi proyecto es digno de tales monarcas!

Pero entre tanto, pasan los caballeros, pasan los grandes y ricos-hombres, pasan los consejeros, los prelados, las damas; pasan los reyes mismos, y la muchedumbre se agita como el cuerpo humano á los impulsos del corazón en los grandes accesos de alegría; todo conmueve, todo llama la atención general; solo el audaz aventurero, que lleva un mundo en su cabeza, queda ignorado y desapercibido entre la gente.

Nuestro héroe siguió á los reyes hasta el palacio de Aguilar, donde tenían dispuesta su morada, y donde entraron despues de haber ido á la catedral á postrarse ante el Altísimo. Ni la muchedumbre bulliciosa, ni el esplendor de la corte, ni el estruendo de la fiesta pública distraían su ánimo concentrado en una sola idea. Meditabundo permaneció horas enteras delante de aquel palacio, cuyas puertas francas para tantos personajes de todas clases, para él estaban cerradas. Como el piloto que navega entre encontradas corrientes, así luchaba su espíritu para acertar con el mejor derrotero, al ir á entrar en el golfo de la corte. ¿A quién debería dirigirse primero, á fin de no

crearse enemigos, al comenzar sus pretensiones? ¿Le sería conveniente buscar ante todo el apoyo de las damas de la Reina, ó sería lo mejor presentarse á fray Hernando de Talavera? Para esto era necesario conocer antes el carácter personal de aquel prelado; saber si llevaría á bien que se le pidiese audiencia sin otra recomendacion que la del modesto padre Marchena, ó si, por el contrario, esta llaneza sería el mejor modo de obligarle.

Pequeñeces eran estas; pero tales cosas deciden á veces de la suerte de los grandes proyectos, y Colon temia ver naufragar el suyo en tan ínfimos escollos. Mayores se los preparaba su destino; pero mayores los necesitaba para triunfar; que los talentos de primer órden con las dificultades crecen y se acreditan.

En aquellos momentos, sin embargo, las únicas que se presentaban al espíritu de Colon eran su introduccion en la corte y la eleccion acertada de medios. Largas horas habia pasado meditando enfrente del, por entonces, palacio Real, cuando vió salir de este dos personajes bien diferentes en las apariencias, pero de los cuales uno le interesó vivamente; pues era el mismo atolondrado page que le pidió hospitalidad en la costa de Palos de Moguer; el otro era un grave eclesiástico de mediana edad, muy pulcro en el vestir, y hasta elegante en el andar, cuyas facciones correctas descubrian á un conocedor fisonomista su origen italiano.

Al verlos, Colon dió algunos pasos hácia ellos, como deseoso de llamar la atencion del jóven: pero este, aunque le vió y conoció, hizo un gesto significativo, encogiéndose de hombros á la manera de un colegial que desea irse con su compañero, á quien encuentra, pero que no puede sustraerse á la voluntad de su preceptor, y continuó su camino, sin atreverse á mas que á saludarle con los ojos.

—Hoy no me necesita, pensó Colon, y le soy indiferente.

Pero reparando entonces en el eclesiástico, y pareciéndole, tanto por los rasgos de su fisonomía, cuanto por las inflexiones de su voz, que era un compatriota suyo, marchó sin detenerse hácia ellos, hasta ponérseles delante, y les dijo:

—Perdonad que os interrumpa: os he visto salir de la morada Real, y presumo que podreis favorecerme con algunas indicaciones que necesito.

El jóven D. Juan de la Torre aprovechó la ocasión para saludar á nuestro genovés, diciéndole:

—Puede contar el señor Colon ó Colomho con lo que de mí dependa.

—¡Colombo! repitió el eclesiástico, mirando de alto á bajo á nuestro héroe.—Y volviéndose al jóven:—¿Conoceis á este hombre? le preguntó.

—Le conozco de una noche, que me dió su cena y partió conmigo su cama: es paisano vuestro, señor Geraldini.

—¡Geraldini! repitió Colon á su turno.

—Preceptor del príncipe y de los pages de S. A., dijo D. Juan.

Colon hizo al eclesiástico una cortesía respetuosa y digna, mientras aquel decia:

—He conocido á un Colombo, almirante de la república de Génova. ¿Sereis, por ventura, pariente suyo?

—De su familia soy: pero esto nada importa para el objeto de la pretension que á Córdoba me ha traído. Sois mi compatriota, y este título bastará, sin duda, para que me presteis vuestra ayuda.

—Sepamos antes de qué se trata.

—Se trata primeramente de obtener una entrevista con el señor obispo de Ávila; y despues una audiencia privada de sus Altezas los señores reyes.

Geraldini volvió á mirar atentamente á Colon, como queriendo penetrarle los pensamientos, y repuso:

—Bien: supongo que os moverá á dar esos pasos algun asunto de importancia.

—Sin duda alguna, respondió Colon; pues, sin esto, no vendria yo á molestar á tan altos príncipes.

—Pero.... prosiguió Geraldini con tacto cortesano: de importancia para vos, seguramente.

—No se mueven los hombres, por lo comun, sin un interés personal, repuso Colon: pero, con la ayuda de Dios, mis pretensiones importan, mas que á mí, á España y al mundo entero.

—¡Es verdad!... ¡Es verdad! dijo con viveza D. Juan. Se trata nada menos que...

Pero Geraldini le cortó la palabra con una mirada severa, y continuó hablando á Colon:

—De ese modo, traéis algun proyecto entre manos... algun plan de sitio para rendir pronto á Granada... ó tal vez alguna invencion nueva... algun ingenio de guerra desconocido...

—No es nada de eso, respondió Colon sonriéndose: la mia es una invencion peregrina: mi intento no es de conquistar ciudades á los moros, sino secretos á la naturaleza, y arrancar al Océano un profundo arcano que tiene oculto desde el principio de los siglos: pretendo encontrar la India por el mar de Occidente, y otras vastas regiones, para unirlas á los reinos de Aragon y Castilla: tal es mi proyecto, que aprueban ya hombres doctos, y para el cual necesito el apoyo de vuestros reyes.

Geraldini era un sabio; pero oyó con asombro la proposicion de su compatriota.

—Vuestro proyecto es grande, le dijo: pero, ¿lo habeis meditado bien?

—Diez años hace que no pienso en otra cosa, le respondió Colon. En mar y en tierra; en el silencio del gabinete y entre el bullicio de las calles; durante el dia, y hasta en sueños, mi alma ha estado fija en esa idea; y á nadie la he comunicado, hasta haberme convencido de su posible realizacion.

—Temo, sin embargo, que no os atienda el padre Talavera.

Traigo cartas para doña Juana de la Torre y la señora marquesa de Moya.

—Mas os valdrán, quizás, que el padre confesor de la Reina; pero no es asunto de damas el vuestro. Esperad un momento, y yo mismo os conduciré á la presencia de fray Hernando.

—Dichas estas palabras, Geraldini se apartó á un lado con su discípulo, con quien habló en particular, continuando la conversacion que traían comenzada.

—Voy á dejaros, D. Juan, le dijo, y espero que no habeis olvidado mis consejos: mas, por si acaso, no estará de sobra repetíroslos.—Vivís en una corte, donde no os pueden valer las influencias de familia, ni servir de disculpa la ligereza de vuestro carácter, ni la imprevisión de los pocos años. Acordáos de D. Fadrique

primo hermano del rey: cometió un desacato, y de los brazos de su mismo padre lo arrancó la Reina para castigarlo como merecia: quiso D. Ramiro de Guzman tomarse la justicia por su mano, y tuvo que huir á Portugal para librarse del castigo. A vos se os han disimulado ya bastantes locuras; pero no se os perdonaria un choque escandaloso con ese atrevido Alonso de Ojeda, á quien protegen, como sabeis, el arzobispo de Sevilla, su pariente, y el duque de Medina-sidonia. Tened tambien presente que la ley contra los desafios no excluye ni aun á los grandes de Castilla; pues la Reina quiere que la sangre de sus vasallos no se prodigue en luchas de vanidad personal, sino que se guarde para verterla, si es necesario, en defensa de la fé y de la patria.

El atolondrado mozo escuchaba esta prudente arenga bostezando de fastidio; y cuando acabó de hablar su preceptor, le dijo:

—Todo esto es muy santo y bueno: pero si Alonso me busca la cara, os juro que la encontrará.

—¿Es ese vuestro propósito de enmienda?

—¿Quereis que me deje denostar? Eso no lo sufre ningun noble.

—No quiero eso, D. Juan: si Alonso os ofendiere, quejaos á la Reina por conducto de vuestro alcaide.

—Hay cosas que no son para dichas á la Reina, y que... se enfrian, si se dejan pasar. Estoy cansado de que me traten de niño.

—Y lo sois.

—Por eso quiero probar que soy hombre.

—Los hombres se prueban por la sensatez y la prudencia: y ya que os veo tan incorregible, os diré que vuestra animosidad contra Ojeda proviene de una causa injusta. Ese mozo es incapaz de amar á otra dama que á su espada; y por lo mismo que os vé celoso sin razon, os trata de niño.

Don Juan oyó esta esplicacion con los ojos bajos y las mejillas encendidas de rubor: no habia podido creer que Geraldini estuviese enterado de sus tempranos amores, ni que hubiese penetrado en el fondo de su alma, para conocer la verdadera causa de su odio al protegido del duque de Medina-sidonia. Era, en efecto, un niño que apenas habria cumplido diez y seis años; y aunque Alonso de Ojeda contaba poca mas edad que él, podia considerársele ya como á un

hombre formado por el desarrollo precoz de su constitucion y por la gravedad de su carácter: no habia entre los donceles de la corte ninguno que pudiese competir con él en fuerzas y destreza, ni que gozase mayor reputacion de formalidad: preciábase de dos cosas; de no haber sido herido nunca, aunque habia entrado en combate muchas veces, y de ser insensible á los atractivos de la belleza.

Sin embargo, asistiendo este jóven á la casa de Medina-sidonia, donde se habia criado tambien doña Sol de Guzman, nuestro don Juan de la Torre le miraba como á un temible competidor, y habia llegado á provocarle, á consecuencia de haber aquel ridiculizado sus galanteos; pero sin obtener otra satisfaccion que la desdeñosa piedad de un gigante que tiene á menos castigar á un niño.

Don Juan estaba vivamente resentido de este comportamiento, y queria á todo trance medir sus fuerzas con las del jóven Hércules, para satisfacer su amor propio y no aparecer humillado á los ojos de doña Sol, niña tambien como él; y aquel mismo dia, gracias á la feliz intervencion de Geraldini, los dos pages no habian venido á las manos en el patio de armas del palacio de Aguilar, lo que hubiera promovido tal vez un conflicto entre la casa real y su aliada, aunque súbdita, la poderosa de Medina-sidonia.

Esta era la causa de los consejos que, segun hemos visto, venia dando el preceptor á su discípulo; pero ninguna razon le hizo callar, hasta que aquel le mostró que conocia el secreto de sus amores y de su resentimiento. Entonces D. Juan bajó la cabeza, y prometió á Geraldini abstenerse de buscar querella con Alonso de Ojeda, salvo siempre el caso en que este le provocase.

Geraldini, tranquilizado con esta palabra, despidió á su revoltoso discípulo, y fué á reunirse con Colon, que le aguardaba: condújole al palacio mismo donde se hospedaban los reyes, y al aposento que habia sido destinado al obispo de Ávila.

Todas las puertas se abrieron ante los pasos del maestro del príncipe, quien al llegar á la antesala del obispo, se hizo anunciar; y dejando á Colon fuera, entró él solo á prepararle el camino. A poco reapareció en la puerta, y haciéndole una seña, le introdujo á la presencia del prelado.

Estaba este sentado en una poltrona de tallado respaldo al estilo

gótico, y se ocupaba en dictar á un secretario algunas enmiendas á una oracion que debia pronunciar en una de las fiestas religiosas preparadas para solemnizar el triunfo de las armas cristianas, cuando le interrumpió Geraldini. Era fray Hernando un profundo teólogo y hombre piadoso; pero severo por carácter y por hábito, político algo frio, y harto amigo de su comodidad, mientras no se tratase de asuntos relativos al desempeño de su sagrado ministerio: así es que nuestro genovés llegó en mala ocasion á su presencia. Sin embargo, introducido por Geraldini, tuvo una acogida cortés, aunque nada cordial.

—Háme dicho el señor preceptor, le dijo el obispo, que teneis cierto plan importante que comunicarme; y si no es cosa larga, podeis hacerlo ahora mismo: pero si requiere espacio, escogeremos una hora en que lo permitan mis ocupaciones.

—No es mi ánimo distraeros de vuestras elevadas tareas, reverendísimo padre, le contestó Colon: y para ser lo mas breve posible, me limitaré por hoy á presentaros esta carta del reverendo fray Juan Perez de Marchena, en la cual están sucintamente esplicadas mis aspiraciones.

—¡Hola! ¡Una carta de Marchena! exclamó el prelado con tono mas afectuoso. Venga, hombre, venga. ¿Y qué tal, el bueno de fray Juan? Es un excelente religioso.

Diciendo así, tomó la carta, que Colon se apresuró á poner en sus manos respetuosamente, la abrió y comenzó á leerla sonriéndose: pero á medida que adelantaba en la lectura, su rostro fué adquiriendo la seriedad impasible del hombre político, hasta degenerar en ceño desdeñoso.

Colon observaba con ansia aquellas transiciones, queriendo adivinar por ellas los sentimientos del prelado, y se estremeció al ver que este, volviendo la carta hácia abajo sin acabar de leerla, y dejándola sobre la mesa, se encogia de hombros y murmuraba la palabra «desatinos».

Hubo unos momentos de silencio, al cabo de los cuales dijo fray Hernando:

—No deben de estar muy ocupados los padres del monasterio de la Rábida.

Colon recibió con mansedumbre este dardo, pero acudió al reparo de sus bienhechores diciendo:

—La paz del claustro da tiempo para todo, reverendísimo padre, sin que por ello descuiden las obras meritorias ni de caridad los religiosos de Santa María.

—¡Oh! bien lo sé, repuso el obispo previniendo su derrota. Fray Juan Perez no es hombre que descuide sus deberes. Pero, en suma, yo siento no poder quizá complacerle en lo que solicita. Sus Altezas los señores reyes de España tienen demasiadas cosas en que entender para ocuparse en descubrimientos de esta magnitud, señor Colon, ¿No es Colon vuestro nombre?

—Así es, para el servicio de Dios y de vuestra reverencia ilustrísima, respondió el marino. Pero el padre fray Juan ha creído que tanta empresa debía reservarse, precisamente por su magnitud, para gloria de Dios y honra de España por la mediación de sus altos y poderosos reyes.

—Sí, sí: la intencion del padre Marchena es intachable; solo que él, allá en la quietud de su monasterio, no puede formarse una idea de lo que aquí pasa. Esto, amigo, es un continuo bullir: los negocios de la guerra solamente se llevan dos partes del dia: las audiencias otra parte: á las funciones de iglesia siguen los consejos, á estos las justas y los saraos: ya recepciones de grandes, ya embajadores que vienen: quejas que oír, dudas que resolver, descontentos que avenir, arbitrios que imaginar: esto es una barahunda interminable, de suerte que sus Altezas no tienen hora suya.

—Sin embargo, dijo á esto Geraldini abogando por su compatriota; me parece que el proyecto del señor Colon vale la pena de someterlo á la consideracion de sus Altezas, si es como yo lo comprendo; y uno mas entre tantos otros, ocupa poco lugar.

—Cierto, repuso el prelado afirmando para evadirse del compromiso por el momento. Cierto que es así: pero la ocasion no es oportuna, y os aconsejo que lo dejes para cuando haya mas vagar.

—Acaso tiene razon su reverencia, dijo el preceptor.

—Sí, no lo dudeis, repuso Fray Hernando. Cualquier paso en estos dias seria perdido.

—¿Y hasta cuándo debo esperar? preguntó Colon.

—Eso dependerá de las circunstancias. Pero haced una cosa: traedme vuestra pretension esplanada por escrito, y se procurará aprovechar la primera ocasion. Me parece lo mas acertado.

—Así lo haré, dijo Colon: y si entre tanto puedo alcanzar una audiencia de sus Altezas, vuestra reverencia no llevará á mal que dé este paso.

—Lo creo algo difícil, contestó el prelado: pero, si podeis, hacedlo: eso no quita lo otro.

Colon saludó á Fray Hernando y se despidió bien convencido de que no debia esperar nada de él, y Geraldini le confirmó despues en esta idea. Para mayor seguridad, al salir se encontró con don Pedro Henriquez, á quien tuvo que ceder el paso para dejarle entrar.

El orgulloso Adelantado aparentó no haberle visto siquiera; pero luego que hubo saludado al obispo, le dijo:

—Dios me perdone la mala voluntad que he tenido á ese hombre que acaba de salir: quizá sea un santo varon.

—No os lo sabré decir, respondió Fray Hernando; pero sí que aspira á la inmortalidad como Ícaro: solo que este quiso subir al sol, y el otro pretende bajar á los abismos. Leed esta carta y os divertireis.

Hízolo D. Pedro, y cuando hubo concluido exclamó:

—¡No comprendo cómo el padre Marchena apadrina estos desvaríos! Pero ahora me esplico la arrogancia de ese pobre hombre y me arrepiento de haber hecho caso de él: está demente.

CAPITULO X.

Conferencia.



ESAROSO y nada satisfecho salió Colon de la morada real; pero decidido interiormente á poner en planta los medios mas eficaces para obtener una audiencia particular de la Reina, en quien tenia su mayor confianza, ó del Rey, si lo primero no era posible.

Geraldini tampoco estaba contento de la conducta observada por Talavera; mas, como hombre de corte, se hizo cargo de que la politica aconseja cierta cautela, y de que el obispo necesitaba por prudencia no aventurarse á dar su palabra, y menos tratándose de un asunto muy problemático.

Hizo presente á su paisano esta reflexion, y aunque ambos convinieron en que el confesor de la Reina desaprobaba el proyecto, determinaron no desechar la vaga promesa que les habia hecho, sin perjuicio de dar otros pasos mas eficaces.

Sin embargo, el sabio preceptor quiso conocer á fondo los planes del marino y sondear su capacidad y su ciencia; y al efecto le propuso tener algunas entrevistas preliminares, con el pretexto de enterarse bien de todo, para poder apoyarle en caso necesario.

Colon aceptó la proposicion, sin desconocer su objeto, y se resignó á sufrir un nuevo exámen, á pesar de la grande impaciencia que tenia de llegar pronto á una solucion definitiva: era Geraldini la primera persona de la corte que se habia interesado por él, y ganar su aprobacion no era perder el tiempo.

Entre tanto, puso por escrito su plan, espresando solo en términos generales los recursos que necesitaria para llevarlo á cabo, y lo entregó al padre Talavera.

En tres ó cuatro entrevistas, Geraldini llegó á considerar el pensamiento de Colon como acertado, aun cuando le parecia de muy difícil si no imposible realizacion: solamente tuvo por muy dudoso que los reyes se empeñasen en acometer la aventura, sin la seguridad del éxito, no por lo que pudiera costar, sino por el descrédito que el mal resultado acarrearía á su prevision y cordura, mayormente siendo tan general la opinion contraria á la del piloto genovés. Sin embargo, este venció su objecion diciéndole:

—Concedo que los reyes no deben exponer su crédito en aventuras disparatadas; pero la que yo deseo emprender se apoya en la ciencia y en la razon. Prescindiendo de esto, diariamente se acometen acciones dudosas y hasta se juega la vida de un ejército en el albur de una batalla, y suele bastar el honor de haberlas emprendido. ¿Acaso, todo lo que se intenta se alcanza? ¿Ni se desacreditan los príncipes que, llevados de su noble ardimiento, aspiran á cosas grandes, aunque no las logren? Por cierto que nadie creará envilecida la corona de Portugal por sus reiteradas expediciones en busca de países desconocidos: y cuidado que de allí han partido ejércitos y armadas á visitar al Preste Juan de las Indias, que es un verdadero delirio; pero tambien de allí han salido las naves que nos revelaron cuán fácil es cruzar la tan temida region de los trópicos. El que á nada se aventura, no pretenda conquistar la gloria.

Como el padre Marchena y como todos los sabios que no tienen vanidad, Geraldini pudo escuchar sin prevencion á nuestro aventurero

y la luz de la verdad penetró en su entendimiento. Desde entonces se declaró protector decidido de la empresa. Pero las disculpas de Talavera para evadirse de todo compromiso eran, por desgracia, una verdad. Los reyes no vagaban un momento; lo avanzado de la estacion exigia un esceso de actividad para hacer fructuosa la campaña, con tan buenos auspicios comenzada: fuera de esto, era preciso, por conveniencia politica, distraer á la fogosa juventud guerrera aglomerada en Córdoba, con torneos y fiestas, mientras se completaban los inmensos preparativos de campaña. Embajadores moros habian llegado para tratar del rescate de su principe cautivo, sobre lo cual andaban divididos los pareceres de los magnates y consejeros; y entre estas y otras cosas, no habia hora ociosa, ni momento hábil para insinuar siquiera ningun asunto que no fuese recomendado por la necesidad ó la urgencia.

Conociólo así Colon; y mal de su grado, tuvo que resignarse á esperar: ¡siempre esperar! Mas, ¿cómo podia ver tranquilo el curso de los dias, cuando el tiempo habia llegado á serle tan precioso como el honor? ¿Qué pensaria de su quietud la noble dama que, al entregarle su corazon, habia hecho depender de él su honra y su vida? ¿Era posible que olvidase un instante los deberes que una fiebre de amor habia impuesto á su conducta futura? Obrar, y obrar aprisa era su anhelo y su obligacion: elevarse á la altura de los primeros entre los grandes, su mas imperiosa necesidad.

Aquella inaccion del cuerpo, mientras su espíritu se agitaba impotente, le quitaba el sueño, y le hacia vagar de unas á otras partes, sin encontrar en ninguna reposo: revolvía en su mente mil planes atrevidos para llegar de un golpe á la consecucion de su objeto; pero las consecuencias finales no eran nunca las que él apetecia. Ver á la Reina hubiera sido su mayor victoria: tenia gran fé en aquella heroica señora; pero la tenia mayor en el acierto de los primeros pasos: presentarse á ella, como un pretendiente vulgar, sin previo acuerdo, sin haber antes preparado su ánimo, era exponerse á perder hasta la esperanza del triunfo.

No echaba en olvido que tenia cartas para dos damas allegadas á doña Isabel; pero era menester que estas dos damas mirasen su pretension con el mismo interés que la que las habia escrito. Determi-

nó, sin embargo, presentarlas, y al efecto pensó valerse del jóven page D. Juan de la Torre.

Sancho iba todos los dias á la posada de la *Gracia de Dios*, á cuidar del pio: un domingo de mañana, le vió Colon muy afanado, limpiando el caballo y guarneciéndolo con magníficos arreos: llegóse á él y le preguntó por su amo.

—Así Dios me ayude, respondió el mozo, como creo que mi señor no está muy seguro de la cabeza.

—¿Que tal digais de quien os da de comer, amigo Sancho? repuso el marino.

—Digolo, señor Colon, porque le quiero bien; que no hay en la corte ningún doncel mas galan, ni mas campechano, y será una lástima que se pierda por su genio vivo y pundonoroso.

—Esplicadme eso, amigo, dijo Colon mostrando interés: ¿el señor D. Juan corre algun peligro?

—No tengo licencia para hablar, repuso Sancho. Pero si vos pudiéseis ver á mi señor, y quitarle de la cabeza lo que intenta hacer, mostrando que lo habeis adivinado y que yo nada os he dicho, quizá le prestaríais un buen servicio, y evitaríais muchos males.

—¿Qué piensa hacer? Sepámoslo.

—Esta tarde hay torneo y juegos de cañas, y mi señor se ha propuesto romper algunas lanzas: ¿con quién direis?... con el diablo en persona.

—Me parece, amigo Sancho, que es vuestra cabeza la que flaquea: ¿cómo entendeis eso?

—Llamo el diablo en persona al señor Alonso de Ojeda; el paladin mas atroz que viste arnés. Mi señor es valiente y hábil campeonador; pero es una criatura: y luego, no creo que tenga la vénia de sus Altezas para entrar en la lid; pues me ha mandado aparejar el caballo con reserva, y se ha provisto de armas negras y veladas para no ser conocido: al medio dia debo ir á buscarle á casa de un armero de la ciudad, de donde saldrá para ir al palenque á guisa de aventurero: todo esto unido á ciertos antecedentes, que me callo, me hace sospechar que su intento es el de realizar en campo abierto lo que en particular le veda la ley: quiero decir, un duelo á muerte con su competidor.

—¿Y decís que ese Ojeda?...

—Es terrible: tiene mas fuerza que un toro: el año pasado, según cuentan, derribó uno al suelo de una puñada que le dió en medio del testuz; y su serenidad es cosa que pasma: baste deciros que, estando los reyes en Sevilla, se subió á lo mas alto de la Giraldá, puso un madero de modo que saliese muchas varas fuera de una ventana y se estuvo paseando por él, como por una sala: no contento con esto, se mantuvo largo rato en un pié, y en esta forma arrojó una naranja, haciéndola pasar por encima de la cúpula de la torre. Añadid á esto que es mozo de mala intencion, y está dicho todo.

—Y á vos, que sois ingenioso, dijo Colon, ¿no se os ha ocurrido ningun medio de impedir el encuentro de vuestro jóven amo con ese terrible jayan?

—No hay medios que valgan, cuando á D. Juan se le pone una cosa en la cabeza: él tiene sus motivos para querer escarmentar á su contrario, y son motivos en que se interesa el honor.

—¡Mal negocio, amigo Sancho! Cuando media el honor, hay que sacrificarlo todo, hasta la vida. Sin embargo, conducidme á donde está vuestro amo, y allá veremos.

—¿Qué pensais hacer?

—Nada temais: os guardaré el secreto. He de hablarle de un asunto mio, y aprovecharé la ocasion para sorprender el suyo y aconsejarle lo que mas le convenga.

Sancho condujo á Colon á la mansion real, donde tenia D. Juan su aposento, y habiéndose adelantado, le anunció en estos términos:

—Señor: ahí está el marino de Santa María, empeñado en veros: como sé que le quereis bien, no he podido negarle vuestra complacencia á recibirle. ¿Qué le digo?

—Dile lo que quieras, le respondió D. Juan: que entre.

Colon no se hizo esperar: se presentó al jóven, que le recibió tan afablemente como permitia el estado de su ánimo, pues no podia ocultar que le agitaban interiormente las mas violentas emociones.

—En mala ocasion llego, quizás, á solicitar de vos la correspondencia de una buena amistad, le dijo nuestro aventurero. Parece que no estais tranquilo.

—¿Por qué lo decís? preguntó el jóven mirando fijamente á Colon.

—Lo digo, repuso este, porque os veo pálido, y observo en vuestros ojos una imaginacion que no es natural.

D. Juan se esforzó á sonreír y contestó:

—Aprension vuestra, señor Colombo: si estoy pálido, no es de miedo; y si mis ojos se agitan, es del placer de veros.

—No, D. Juan; á mi no se me esconde nada de lo que pasa en el fondo de las almas, y la vuestra padece en este momento.

—¡Algo os ha dicho ese traidor de Sancho! exclamó el impetuoso jóven, dando una puñada en el brazo del sillón donde estaba sentado.

—No culpeis á Sancho, que me consta es fiel y os quiere bien: vuestros ojos dicen bastante, y vuestras palabras lo confirman.

—Señor Colon, repuso D. Juan con entereza: la amistad que os concedo no os autoriza para sondear mis secretos. Habladme del asunto que aquí os ha traído, y no os cuideis de mis cosas.

—Señor D. Juan, replicó el marino levantándose: yo no tengo mas que un asunto y vos lo sabeis: mucho me interesa, y confiaba en vos para conseguir algo en él; pero me abstengo de utilizar una amistad tan quebradiza como la vuestra, y que no admite correspondencia. Quedad con Dios.

—¡Nó, pardiez! exclamó el jóven deteniendo á Colon. No os ireis sin decirme lo que quereis de mí.

—Quiero, ante todo, que aprendais á conocerme: yo no acepto la amistad de nadie por favor; necesito merecerla, y que esté basada en una recíproca confianza. Me intereso por vos, y me rechazais: así no es posible que nos entendamos.

—Lo que os he dicho no es motivo para que dudeis de mi estimacion: sentaos y hablemos, replicó el page. Conozco que valeis mas que otros muchos que blasonan de grandes, y os he de confesar que teneis para conmigo una especie de hechizo que me domina.

—Os lo explicaré, D. Juan: ese hechizo está en mi corazón. Sois jóven, simpático, y careceis de padres; yo os quiero, como si fuérais hijo mio. Ved ahí el secreto.

La sencillez de estas palabras conmovió á D. Juan de tal modo, que se le saltaron las lágrimas. Sin poderse contener, cogió una mano á Colon, y se la estrecho en silencio.

—Ahora, continuó el marino aprovechando aquel momento, no sereis conmigo tan reservado: así lo espero. Aunque sea nula mi influencia, os quiero bien, y tengo años; podré daros un buen consejo.

—Lo aceptó, señor Colon. Creo que sois un hombre de honor.

—Contadme vuestras cuitas, amigo: al menos, sentireis el alivio de haberos desahogado en un pecho leal.

—Mis cuitas, dijo el jóven titubeando, son de las que hacen reir: tengo diez y seis años, y estoy locamente enamorado.

—Yo tengo cincuenta, ó cerca de ellos, y tambien lo estoy, repuso Colon: ved quién hará reir mas; vos ó yo.

Esta confianza fué por demás oportuna para alentar á D. Juan disponiéndole á franquearse.

—¿Conqué vos tambien amais? dijo.

—Sí, tambien; y el dia que deje de amar, creeré que he muerto.

—Lo mismo pienso yo, continuó el jóven; y no temo que llegue para mí ese dia: yo amo con el alma, y el alma es eterna. Por esta parte soy feliz y estoy tranquilo; pues creo ser correspondido: pero así como hay sucios javalies, que gozan enturbiando las aguas de un lago limpio y sereno, así tambien hay hombres que se complacen en turbar la felicidad ajena, cuyo placer ni siquiera comprenden. Uno existe en la corte, que se precia de ser incapaz de amar, y este tal ha tomado mi dicha por juguete. ¿Qué hariais vos con él?

—Le tendria lástima, respondió Colon.

—¿Y si ese hombre se propasase á insultaros?

—En tal caso, siendo él mi igual, le daria una lección de cortesia.

—Es cabalmente lo que yo pienso hacer.

—Decidme de qué modo, y cuál es la ofensa que habeis recibido.

—Os lo contaré todo. Hace algun tiempo que ese hombre se burla de mis amores: me llama entre sus amigos el Caballero andante, porque hice un viaje á Portugal en obsequio de la dama á quien sirvo, y el Caballero del Sol, para divulgar el nombre de ella.

—Todo eso vale muy poco, y solo merece desprecio, dijo Colon.

—Hay algo mas, prosiguió el jóven: yo sé que él es incapaz de amar; y sin embargo, en las últimas fiestas ha hecho público alarde de servir á la dama que yo quiero.

—¿Y ella?...

—No le aborrece, porque no sabe aborrecer; pero desprecia sus favores.

—En ese caso, estáis satisfecho, D. Juan: faltas de esa clase, las castigan las damas por nosotros.

—No he concluido: su conducta me inspiró celos al principio: no le oculté que me estorbaba, y me trató de niño.

—Hicisteis mal: los celos se callan; son una comida agria para el que los tiene y dulce para el que los da.

—¡Pero me trató de niño!...

—¿Y qué? Debísteis contestarle, que por lo mismo jugábais con él, ya que no sabia tener entretenimientos de hombre. Creedme, don Juan: os habeis criado en la corte, y no teneis nada de cortesano: una palabra, bien dicha y á tiempo, corta mas que una espada de dos filos y no derrama sangre.

—Yo no tengo esa serenidad, señor Colon: se me trató de niño, y romperé una lanza para probar que soy hombre. Ayer mismo, la provocacion llegó á su colmo: entraban sus Altezas en palacio, y delante habia llegado la duquesa de Medina-sidonia, á quien acompañaba la jóven de que he hablado: naturalmente acudí á ofrecerle mi apoyo para subir la escalera; pero se me adelantó ese mozo, y apartándome con la mano, me dijo: «Esto es cosa de hombres.»—¡Ira de Dios!—Ella vió llegar á la Reina y aceptó aquel apoyo por no dar escándalo.

—Y vos, ¿qué hicisteis?

—Aguardé al hombre en el vestibulo, y cuando salió, le arrojé un guante á la cara.

—¿Y él?

—El, entonces, me apretó la mano con una fuerza brutal, y me dijo: «Mañana en el palenque podré daros satisfaccion.»—Mañana es hoy: ya supondreis que no faltaré á la cita.

—¿Podreis asistir?

—¡Ah! Demasiado sabia él que no, y su reto era un nuevo insulto: era como decirme: «cuando seas bastante hombre para lidiar en campo cerrado, haré caso de tu desafio.»—Pero iré, aun cuando se me ha negado la licencia: iré con armas veladas, y prestando

el juramento de nobleza, no se me negará la lid. ¿Qué opináis de esto? ¿No es verdad que debó hacerlo?

—Nó, porque os exponeis á incurrir en pena por falta de obediencia.

—No temo eso, replicó el jóven: para vencerme, mi contrario habrá de matarme; y si triunfo, todo se le perdona al vencedor: aparte de que, si no quiero darme á conocer, no podrán obligarme.

—En ese caso, observó Colon, nada habreis conseguido: aventurais mucho, y no obtendreis la satisfaccion que deseais.

—Sí la obtendré, repuso D. Juan; porque la empresa de mi escudo es un sol en campo azul; y como todos saben que se me ha señalado con el título de Caballero del Sol, mi satisfaccion será pública.

—Entonces, de nada os sirve el incógnito, dijo Colon sonriéndose; iréis diciendo á voces vuestro secreto. Desengañaos, D. Juan: yo creo justo vuestro resentimiento, y os concedo que estais ya empeñado en una deuda de honor; pero nada pierde el vuestro con faltar esta tarde al desafio de ese caballero, puesto que se os ha negado la licencia para tomar parte en la lid. Aguardad otra ocasion, y entonces podreis satisfaceros cumplidamente.

D. Juan meneó la cabeza como queriendo rechazar este consejo, y al cabo de algunos momentos respondió:

—Casi teneis razon: sí, dejemos esto, y hablemos de vuestros asuntos. ¿Qué deseais de mí?

Colon le manifestó los entorpecimientos que sufría su pretension por falta de amigos en la corte, su necesidad de obtener una audiencia de la Reina ó del Rey antes que estos partiesen de Córdoba, y las recomendaciones que traía para doña Juana de la Torre y la marquesa de Moya.

—Yo quisiera, le dijo por último, que vos me presentáseis á vuestra señora tia y á esa otra dama de S. A. para conseguir, por su mediacion, un pronto y favorable despacho. Yo creo que si he de aguardar que mi asunto siga los trámites oficiales, se hará eterno; al paso que, si logro interesar en él á la señora Reina, fácilmente se allanarán todos los obstáculos.

—Pensais bien, contestó D. Juan; todo estriba en que la Reina llegue á penetrarse de la grandeza de un proyecto; y si el vuestro

commueve su espíritu, dadlo por hecho; no habrá dificultades que la detengan.

—Pues bien, ¿me ayudareis?

—Sí; dadme esas cartas: precisamente son de mi prima Beatriz, á quien quiero mucho: ella era ya una mujer, cuando yo jugaba todavía en su falda. No creo que mi tia la desaire; y en cuanto á la marquesa de Moya, es una excelente señora, y alcanzará de la Reina todo cuanto quiera.

—En esa confianza doy este paso, dijo Colon, aun á riesgo de incurrir en el desagrado del padre Hernando de Talavera, que tiene ya mi solicitud.

—No importa: el padre confesor toma las cosas con mucha calma. Vengan las cartas, y yo os avisaré el resultado.

Colon las entregó al jóven page, y se retiró á su posada encomendando á Dios sus esperanzas. D. Juan, entre tanto, se encaminaba sin perder tiempo á la estancia de su tia.



CAPITULO XI.

El torneo.



La plaza Mayor de Córdoba ofrecía uno de aquellos espectáculos brillantes que, prescindiendo de la barbarie de las costumbres, constituían en compendio todo el vigor de la Edad-media. Lo mas florido de la nobleza española ocupaba una gradería cuadrangular, entapizada con ricos paños, que se levantaba alrededor de una valla puesta en el piso de la plaza. En el centro de los costados de esta valla se alzaban dos entarimados altos, y sobre ellos dos tiendas, la una de tres cuerpos ó pabellones de magnífico brocado, sobre los cuales ondeaban gallardetes con las armas reales de Castilla y de Aragon; la otra mas pequeña y modesta, pero adornada tambien con paños de púrpura. En los testeros extremos de la valla habia una puerta guardada por perseverantes y hombres de armas, con una tribuna sobrepuesta para los músicos, y enfrente una espaciosa tienda de

campana destinada para los caballeros mantenedores de aquel palenque. Otras tiendas mas pequeñas estaban convenientemente distribuidas por todo el ámbito para uso de los escuderos, pages y demás servidores de los paladines: tratábase de celebrar un torneo con asistencia de los reyes.

En el pabellon de púrpura se hallaban ya sentados los jueces de la lid, que eran los maestros de las órdenes de Santiago y Calatrava y don Enrique de Guzman, duque de Medina-sidonia: habia delante de ellos una mesa con recado de escribir, y sobre ella el baston de autoridad inapelable, cuya intervencion bastaba á detener á los combatientes en lo mas ardoroso de la pelea. Un notario tenia tambien asiento á un lado de aquel tribunal, y leia la lista de los paladines inscritos. Cuatro heraldos, ricamente vestidos con sus dalmáticas de ceremonia y con sus mazas de armas al hombro, se mantenian en pié como estátuas, dos en los extremos del tablado, y los otros dos al pié de las gradas.

Uno de los persevantes de la puerta hizo una señal, y al momento sonaron trompetas, y la música saludó con acordes armonías marciales á los reyes, que llegaban: los tres caballeros mantenedores salieron de sus tiendas, armados y montados, cada uno con su acompañamiento de seis suplentes y el necesario séquito de escuderos, y formaron en ala enfrente de la puerta: los jueces del palenque se pusieron en pié y avanzaron hasta la estremidad de la estrada, y todo el brillante y numeroso concurso de caballeros y damas se agitó en sus asientos.

Pronto se echó de ver que aquella fiesta no habia sido preparada por mero pasatiempo, sino para hacer ostencion y público alarde del poder y bríos de la caballería cristiana. D. Fernando y doña Isabel entraron en el palenque ricamente ataviados y montados en hermosos caballos, cuyas gualdrapas, recamadas de oro y plata, barrían la arena: su comitiva deslumbraba la vista con la magnificencia de los trajes; su guardia de honor se componia de jóvenes guerreros, todos imberbes aun, pero vigorosos y arrogantes: mas nada de esto llamó tanto la atencion como dos personajes, que entraron llevando la izquierda de los reyes, y el acompañamiento que les seguia: eran el príncipe cautivo Boabdil, ya conocido con el

nombre de *Rey Chico*, y su madre la reina Aixa, que habia ido á Córdoba á negociar su libertad: los que les seguian eran embajadores moros y otras personas de su servidumbre.

La regia comitiva se abrió en dos alas para dejar paso á los reyes, que atravesaron el palenque respondiendo afables á los saludos de los jueces, mantenedores y personas notables de la concurrencia, y subieron al trono que les estaba preparado en su pabellon: dos prelados se colocaron á sus espaldas; D. Pedro Gonzalez de Mendoza, su primer ministro y arzobispo de Toledo, y D. Fray Hernando de Talavera: junto á este y detrás de la Reina tomó asiento la marquesa de Moya, jóven matrona de notable belleza y casi varonil apostura: en gradines mas bajos que el trono se sentaron el príncipe D. Juan y la infanta doña Isabel, y á la izquierda del Rey, pero en puestos tambien algo mas bajos, Boabdil y su madre: las damas y meninas de la Reina ocuparon las gradas, estendiéndose hasta abajo como una alfombra de flores, y un número escogido de caballeros continuos, donceles y pages, unos á pié sobre la estrada, otros á caballo en la arena, formaron la guardia de honor. Los demás, despues de una concertada evolucion, salieron en buen orden del palenque, y se esparcieron como vigilantes fuera de la valla.

Un page presentó á la Reina una corona de flores de filigrana en una bandeja de oro, y se retiró despues de recibir órdenes de S. A. Momentos despues, volvió trayendo de la mano á una jóven de quince años, que habia ido á buscar en una estradilla inmediata, ocupada por la duquesa de Medina-sidonia. Pasma de belleza era la jóven elegida para ser proclamada reina de la hermosura, y era la suya realzada en aquel momento por el casto rubor que velaba su semblante. Cuando llegó á los piés del trono, se arrodilló turbada, y oyó, sin entenderlas, estas palabras de doña Isabel:

—¡Bien venida, doña Sol de Guzman! Para alentar el valor de nuestros buenos caballeros y premiar sus hazañas, mi voluntad os ha elegido. Sed como el astro, cuyo nombre llevais, para todos igual, con todos benéfica, y haced por merecer el título que os confiero: levantaos, Reina del amor y de la hermosura.

Y diciendo así, ciñó á sus sienes la corona de filigrana. Doña Sol contestó balbuciente con las palabras de fórmula:

—¡Quiera Dios darme acierto para su mejor servicio y el de vuestras Altezas!

Acto continuó, la Reina misma nombró la corte de aquella soberana de un día, compuesta de doce meninas casi niñas; y doña Sol, hecho el acatamiento debido, fué á ocupar con su séquito la tribuna avanzada sobre el palenque, donde estaba su puesto.

Hizo entonces el Rey una señal, sonaron al punto los clarines y trompetas, y siguió á este marcial estruendo un solemne silencio. El notario se adelantó sobre la estrada de los jueces, y dictó á un heraldo, que los repitió en alta voz, los estatutos ú ordenanzas del torneo, segun la fórmula establecida, y despues los nombres de los mantenedores. Eran estos el nunca vencido caballero D. Manuel Ponce de Leon, que en Paris retó á un francés á pelear, desnudos ambos de medio arriba, sobre el Puente Nuevo; el hábil y valiente Gonzalo de Córdoba, vencedor en la batalla de Lucena; y don Rodrigo Tellez Giron, hermano gemelo del maestre de Calatrava: entre los suplentes del primero se contaban el continuo de la Reina, Hernan Perez del Pulgar, y el bizarro doncel de Medina-sidonia, Alonso de Ojeda.

Hecha la señal de comenzar, partieron estos caballeros al trote de sus caballos; y dividiéndose en dos alas, figuraron una vistosa escaramuza, cruzando sus armas, enlazándose y desenlazándose con maravilloso arte y gran destreza; y esto duró sobre medio cuarto de hora, despues de lo cual, agrupáronse los tres principales mantenedores haciendo frente á tres lados, y los demás les acometieron fingiendo pelear á la usanza morisca, ya en rápidos giros alrededor, ya en simultáneos ataques y en retiradas falsas; y despues que hubieron recreado bastante al concurso, se fueron todos retirando por delante de la estrada real, donde obligaban á sus caballos á doblar las rodillas.

Despejado el campo, solo quedó en él D. Manuel Ponce de Leon, como primer mantenedor, y al punto se hicieron anunciar algunos caballeros, que á la puerta del palenque aguardaban, provistos de lucidas armas, ricas divisas y fastuoso acompañamiento.

Seria larga tarea si hubiésemos de referir todos los lances del torneo; y bastará saber que los mantenedores sostuvieron con glo-

ria su fama de esforzados y hazañeros; que de sus contrarios, algunos rompieron las tres lanzas con grandes brios y general aplauso; otros rompieron dos y á la tercera perdieron la silla, y otros menos afortunados cayeron al primer bote, sufriendo las risas y la rechifla de los espectadores.

A los tres primeros campeones sucedieron por turno sus suplentes, y habiendo tocado el suyo á Alonso de Ojeda, se adelantó un faraute anunciando que un caballero aventurero, á quien placia no declarar su nombre, solicitaba la venia de los jueces para justar con todas armas contra el mantenedor, á quien retaba, declarando que él y no este merecia mantener que doña Sol de Guzman era la reina del amor y de la hermosura.

Incidentes como este no eran nuevos en los fastos de los pasos de armas; pero siempre escitaban la curiosidad y eran la parte mas interesante de tales espectáculos. Consultáronse brevemente los jueces, y opinaron de comun acuerdo que, si el caballero aventurero juraba ser tan noble por lo menos como el mantenedor y observar lealmente los estatutos y reglas del torneo, sometiéndose á las penas consiguientes en caso de falsedad ó alevosia, era justo concederle su demanda, prévio sin embargo el beneplácito de los reyes; y en virtud de este acuerdo, le mandaron entrar.

Entonces apareció en la arena un paladin armado de punta en blanco, echada la visera y montando en un magnifico caballo pio: embrazaba un escudo, cuya empresa era un sol en campo azul, y debajo un niño desnudo desquijarando á un leon, con este mote:

*Por mi sol juro,
que el niño es duro!*

La singularidad del reto y lo nuevo é ingenioso de la empresa fijaron la atencion general en el paladin aventurero, cuyo nombre comenzó á circular de boca en boca; pues no faltaba entre los espectadores quien supiese las rencillas de D. Juan de la Torre con Alonso de Ojeda; y no sabian qué admirar mas, si la gallardía, ó la arrogancia del jóven page. No se le despintó á D.^a Sol; pues se puso pálida y dirigió hácia la Reina una mirada suplicante; y D.^a Isabel, que no ignoraba la última querrela de los dos mozos, y por esto

habia ya negado á D. Juan el permiso para justar, hizo al punto una seña á los jueces confirmando su anterior resolucion.

El duque de Medina-sidonia, en nombre del tribunal, declaró al paladin que, sin menoscabo de su honra, podia retirarse, bastando lo intentado para satisfacerle, pues no placia á los señores reyes concederle otra cosa.

D. Juan no pudo ocultar su despecho; agitó la cabeza, y hechas las debidas cortesias, se retiró dirigiendo á su enemigo una mirada amenazadora, segun se conoció por el ademan: siguiéronle seis escuderos desconocidos que habia traído, y un murmullo que, si bien reprimido por el respeto, espresaba el descontento de los que habian esperado divertirse con el imprevisto episodio.

En los espectáculos, aunque sean gratuitos, el público no puede sufrir que le falte algo de lo que espera, así vaya en ello la vida de un hombre: si se trata de la ejecucion de un reo famoso, y le llega el indulto, el sentimiento de no haber visto si moria con valor neutralizará los efectos de la compasion satisfecha, quedando solo viva la curiosidad del desenlace.

Despues que hubo salido el paladin aventurero, continuó el torneo en la forma ordinaria; pero ninguno de sus lances pudo ya reavivar el interés de los espectadores, hasta que llegó el momento de organizar la lucha por cuadrillas. Entonces acaeció un hecho extraordinario: el caballo pio del aventurero saltó la valla con su ginete, que lanza en ristre fué á mezclarse con los combatientes. Fué aquello tan rápido, que apenas pudo notarse por algunos, siendo como era grande el número de los paladines de ambos bandos y considerable el desórden del primer encuentro. Pero no tardó en correr la voz que denunciaba la presencia en la lid del *Caballero del Sol*. Este y Alonso de Ojeda se habian ya encontrado en medio de la refriega, y la lanza del aventurero arrojaba al gallardo mantenedor por las ancas de su caballo, cuando sonaron las trompetas tocando «alto» y se oyó la voz de uno de los jueces que gritaba:

—¡Guardias! ¡Prended al intruso!

Corrieron los mas cercanos á ejecutar esta órden; pero D. Juan, ciego de ira y ébrio de su triunfo, no estaba dispuesto á dejarse prender; metió espuelas á su caballo, que rápido como el pensa-

miénto cruzó el palenque, y de una cabriola le puso fuera de la valla: perseguido allí el jóven temerario por los guardias exteriores, arrojó la lanza, sacó la espada, y sin abandonar la fuga, hirió á tres ó cuatro con sus terribles fendientes, contuvo á los demás, y al fin logró escaparse, gracias á la gran velocidad del pio.

Sin embargo, se le habia conocido; sus escuderos cayeron además en las manos de la justicia real y declararon su nombre, con lo que no podia menos de ser condenado por su desacato y desobediencia.

El escándalo habia sido grande, y las circunstancias especiales de la fiesta, ó por mejor decir, su objeto le aumentaba la gravedad. Es cierto que la inmensa mayoría de las gentes que lo presenciaron, y acaso tambien los graves jueces, sentíanse arrastrados en favor del atrevido mozo; porque los actos de valor ganan siempre las simpatías; pero la política y la conveniencia pública le condenaban; y la Reina estaba doblemente irritada contra él, por haberla ofendido públicamente y por el mal uso que habia hecho de un arrojo, que revelaba un soberbio corazón.

D. Juan estaba seguro de que la Reina le perdonaria el bote de lanza; pero no el desacato: conocia tambien que el duque de Medina-sidonia miraría como ofensa propia el atropello de su doncel favorito: por lo tanto, consideró prudente alejarse, no solo de la plaza, sino de la ciudad, llevando la satisfaccion interior de estar completamente desagraviado.

Y en efecto, lo estaba: en algunos dias no se habló mas que de él, de su atrevida hazaña: las damas celebraban en voz baja la bizarría del *Caballero del Sol*, y los jóvenes repetian su mote:

«Por el sol juro,
Que el niño es duro.»

Pero las personas graves de aquella severa corte, sin exceptuar á doña Juana de la Torre, condenaban la conducta ligera del considerado mozo, y habia quien le reputaba incapaz de tener juicio en toda su vida.

La nueva de lo ocurrido en el torneo llegó á la posada de Colon, como á todos los rincones de Córdoba. Nuestro marino se afli-

gió profundamente, deplorando su imprevision y poco acierto, y dió por perdidas sus cartas y las esperanzas que fundara en ellas.

Durábale aun el disgusto el día siguiente, cuando al anocheecer vió entrar en su cuarto á Sancho de la Barca; el cual, poniéndose un dedo en los labios, le dijo :

—Escuchadme, y no me nombres.

—¿Qué es esto? ¿de dónde salís? ¿Y vuestro amo? preguntó Colon atropelladamente.

—Mi amo está en salvo, le respondió Sancho. Al fin se salió con la suya: y ¡vos que me prometisteis!...

—Hice cuanto pude, y no es mía la culpa de lo que ha pasado, repuso el genovés. Pero decidme: ¿dónde queda? ¿qué os trae á esta casa?

—Esta carta os lo dirá todo, contestó Sancho, poniendo una en manos de Colon.

Abrióla este con el ansia que era natural, y encontró dentro otra para doña Juana de la Torre. La suya decia así :

«Señor Colon: Ayer cometí un acto de locura, que hoy mismo »no recuerdo sino como una pesadilla: confio en que me perdonareis el no haber escuchado vuestros consejos. Lo demás que pasó »no acierto á comprender cómo fué. Una gracia espero de vuestra »amistad: que lleveis la adjunta carta á mi señora tia, y le digais »en mi descargo todo lo que habeis sabido por mi boca. Sé que la »Reina no me perdonará; pero obtenga yo, al menos, un juicio benévolo de parte de las personas que amo, y pueda S. A. saber algundía que, si he faltado, ha sido á impulsos del honor.

»Tambien os agradeceré que veais á D. Ramiro de Guzman, y »le pidais en mi nombre algunas cartas de recomendacion para »Portugal. Sancho se encargará de traérmelas con vuestra respuesta. En tanto, queda rogando á Dios por vuestra salud y fortuna— »D. Juan.»

Despues de la firma, habia una línea que decia:

«Mi prima doña Beatriz os saluda y desea un feliz suceso: ya »quedaron entregadas sus cartas.»

Colon, cuya fé ardiente le mostraba en todo la mano de la Providencia, miró al cielo con espresion de gratitud al acabar de leer

esta inesperada misiva; pues ella le abría por extraños y desusados caminos la entrada al favor de una poderosa dama: en aquel momento le llenaba de asombro este desenlace de unos hechos, que parecían destinados á privarle de sus mejores apoyos, y que por un encadenamiento incomprendible venían, por el contrario, á serle favorables: bien considerado todo, la travesura de D. Juan iba á conquistarle sin duda la intimidación y el mayor aprecio de su tía; le colocaba en el lugar de mediador, y le daba á conocer como á un buen amigo que, después de aconsejar sábiamente al jóven aturdido, venía á solicitar su perdón de la persona que mas le amaba. Esto solo no podia menos de recomendarle altamente á la consideración de doña Juana, y mas tarde á la de la Reina.

—¿Segun creo, dijo por último á Sancho, vuestro amo está en la quinta del Adelantado?

—Sí, señor: allí está; pero no lo digais á nadie. Vos no lo sabéis, contestó el fiel criado.

—Es verdad: nó lo sé, porque él no me lo dice, repuso Colon. Pero aquí me habla de un D. Ramiro de Guzman. ¿Le conocéis vos?

—Yo lo creo, dijo Sancho. Es otro botarate como mi amo, con perdón sea dicho.—Es el hermano de su novia.

—Está bien, amigo, replicó el marino: ya me esplicareis cómo he de hacer para encontrarle. ¿Vos teneis ya posada?

—Esta: el posadero es mi amigo.

—Corriente. Hoy mismo, si es posible, quedarán hechos los encargos de vuestro amo.

Esto dijo Colon, y acto continuo se vistió sus mejores ropas, y marchó decidido al palacio de Aguilar.

CAPÍTULO XII.

Escenas nocturnas.



OLON se fué derecho á buscar á su paisano Geraldini: contóle sumariamente lo que habia hecho aquellos dias, sus relaciones con el jóven page y lo que este solicitaba de él, y le suplicó que le presentase á doña Juana de la Torre.

Geraldini desaprobó la entrega de las cartas de doña Beatriz; pero fiel á su amigo y compatriota, le acompañó al aposento de la nodriza del Príncipe.

Contaba esta señora la misma edad que la Reina, es decir, unos treinta y dos años: no se la podia llamar hermosa; pero era una de esas mujeres que siempre agradan por la lozanía y gracia de su semblante, donde rebosaba la salud, y era una persona leal y honradísima, como todas aquellas que alcanzaban el íntimo aprecio de doña Isabel.

Descubriábase en su rostro las huellas del pesar ocasionado por la conducta de su sobrino, á quien ella protegía y amparaba, sirviéndole en lugar de madre. Cuando vió aparecer á Geraldini, las lágrimas le asomaron á los ojos, y su mirada pareció decirle como Jacob á sus hijos: «¿Dónde está mi predilecto, que os entregué?»

—Señora, le dijo el sabio preceptor: leo en vuestros ojos un pesar, que aunque grande, no escede al mio; y me felicito de traer algun alivio á vuestro corazon. Os presento un amigo de D. Juan...

—No me le nombres, señor preceptor, interrumpió la dama.— Y vos, añadió mirando á Colon, perdonadme este justo desahogo de mi resentimiento. Ese niño,—¡quién lo creyera!—me quitará la vida.

—Le juzgais acaso con demasiada severidad, noble señora, dijo Colon.

—Toda severidad es poca, repuso la dama: él, á quien yo he criado en el santo temor de Dios; él, por quien he hecho mas que pudiera hacer su madre; á quien he abierto el camino de una carrera brillante; á quien he amado tanto, cometer una tropelia indigna de un caballero y atraerse la justa indignacion de una reina, que ha darramado sobre nosotros los tesoros de sus bondades!... Lo estoy viendo y no lo creo.

—Señora, si os dignáseis oirme, repuso Colon, acaso no le juzgaríais tan culpable como parece... Y advertid que yo, que le defendiendo, he agotado los recursos de mi ingenio para impedir que hiciese lo que ha hecho.

No se habla sin efecto en favor de una persona amada, por grande que sea el resentimiento contra ella. Doña Juana miró á Colon con viva expresion de gratitud por sus palabras y como pidiéndole la justificacion de su sobrino. El genovés sacó las cartas de D. Juan, y se las presentó diciendo:

—Mucho puedo decir en descargo de mi ilustre amigo; pero, ante todo, tened á bien leer lo que me escribe y esta carta que me manda entregaros.

Leyó doña Juana la carta dirigida á Colon, y se detuvo en aquella frase que decia: «Y pueda S. A. saber algun dia que, si he faltado, ha sido á impulsos del honor.»

—Sí, lo creo, necesito creerlo, dijo la noble dama visiblemente conmovida. Pero, ¿cómo se explica esto? ¿Qué ha pasado entre mi sobrino y ese matón de Alonso de Ojeda?

Colon le explicó entonces todo lo que sabía, refiriendo muy por menor su última entrevista con D. Juan, lo que acabó de ganarle las simpatías de la dama. Geraldini confirmó la veracidad de aquel relato, aunque hubo de confesar que él no estaba tan bien enterado de los hechos.

Doña Juana, favorablemente prevenida ya en descargo de su sobrino, abrió la carta que á ella venia dirigida, y no pudo contener el torrente de las lágrimas que le arrancó su lectura:

—¡Hijo de mi alma! exclamó: ¡no duda de mi cariño, pero sí de mi perdon! ¡Ay! ¡Ojalá todos pudiesen perdonarle como yo!

—No olvidaré, señora esas consoladoras palabras, dijo Colon; y tendré la dicha de transcribirlas fielmente á mi noble amigo.

—Guardaos de hacerlo, contestó gravemente la dama. Una cosa es que yo aquí, en el seno de la confianza, dé rienda suelta á mis sentimientos, y otra que ese loquillo querido sepa mi debilidad. Podéis decirle que me habeis visto amante como siempre; mas por lo mismo cruelmente ofendida: que nunca le retiraré mi proteccion, porque me lo manda la sangre; pero que seré inexorable con él hasta que purgue su falta. Esto habeis de decirle, y no hablemos mas del asunto. Vengamos á otra cosa: ¿vos sois, á lo que entiendo, el navegante que me ha recomendado mi prima doña Beatriz Henriquez?

—Servidor vuestro, señora, respondió Colon inclinándose.

—Teneis en mi sobrino un decidido admirador, continuó la dama; y es lástima que no podais cultivar su amistad: pero la culpa es suya... Me habló ayer largamente de vos y de cierto proyecto que traeis; pero sin duda él no supo explicármelo bien, ó yo no atiné á comprenderlo, pues me pareció un delirio de su cabeza caliente. Ni siquiera leí la carta de mi prima, que allí está, añadió doña Juana, señalando á un bufete; mas ahora que os conozco, y veo que sois un hombre formal, pensaré seriamente en ello. Díjome mi sobrino, que meditábais descubrir unas islas vastísimas, donde hay gigantes y tesoros inmensos, y que venís á ofrecer todo esto á sus Altezas.

—Señora, respondió Colon, yo sé que hay todo un mundo que descubrir; pero no lo que hay en él. Tengo datos ciertos para asegurar que navegando sin torcerme hácia el Occidente, hallaré países conocidos y desconocidos, tierras fecundas en ricos frutos y en metales preciosos: las que yo busco son el Catay, la isla de Zipango, mayores cada una en estension que España entera, la India y otras regiones populosas, que los portugueses ambicionan y buscan por distinto camino. Esto es lo que ofrezco agregar á las coronas de Castilla y Aragon, bastándome para ello muy medianos recursos y el término de dos meses.

Era destino de Colon que las mujeres, al revés de los hombres, aceptasen sin vacilar su pensamiento apenas enunciado: quizá en esto influia la pronta concepcion de la inteligencia femenil, ó el poder mas en ellas el sentimiento de lo maravilloso que la fuerza reguladora del raciocinio. Doña Juana se volvió hácia Geraldini, á quien dijo:

—¿Qué pensais de esto, señor preceptor? La empresa me parece digna de que la acometan nuestros reyes.

—Yo, señora, respondió Geraldini, creo que, al menos, debe ser sometida á su alta consideracion.

Habló Colon, despues de esto, de sus gestiones en Portugal, de los motivos porque no se habian realizado ya sus pronósticos, de la aprobacion que habian merecido del padre Marchena y de otras personas entendidas, y por último, del memorial que tenia presentado al confesor de la Reina.

Doña Juana le prometió dar los pasos mas eficaces para hacer que le oyesen los reyes, y le dijo que no se moviese hasta que ella le avisara. Volviendo luego al asunto de su sobrino, le manifestó el deseo de que él mismo se encargase de llevarle la contestacion á su carta, juntamente con algun dinero y recomendaciones para pasar á Portugal.

Ningun encargo podia ser mas grato que éste para Colon: con un pretexto plausible, iba á ver á su amada Beatriz, y á llevarle esperanzas de un pronto y feliz éxito en su pretension.

Al dia siguiente, ya tuvo en su poder la carta y el dinero de doña Juana, y las recomendaciones de D. Ramiro de Guzman y otras per-

sonas; con lo cual, apenas se acercó la noche, tomó el camino de la quinta del Adelantado, en compañía de Sancho, con las precauciones necesarias para ocultar el objeto y término de su viaje.

A este fin salieron de la ciudad dando un largo rodeo, y hubieron de pasar cerca del palacio que ocupaban los duques de Medinaceli, cuyas ventanas daban al campo por aquella parte: habia cerrado completamente la noche, cuando oyeron preludiar en una guitarra ó bandolina, que pulsaba diestra mano. La música pareció á Sancho no serle desconocida, por lo que se detuvo un momento á escucharla; pero habiéndole llamado Colon, continuó su marcha diciendo para sí:

—Muy loco es: pero no creo que lo fuese tanto.

Indudablemente aludía en estas palabras á su jóven amo, y así lo confirmó declarando al gonovés que aquella música solia tocarla D. Juan, y que por esto se habia parado á escucharla.

Llegó en esto á sus oídos la voz del músico, que cantaba:

«Ciego camino en noche tenebrosa;
Ciego de amor, que tal es mi destino.
Dame tu luz, mi sin igual hermosa,
Mi Sol divino!»

—¡Por los cuernos de Lucifer, que no es sino él mismo! exclamó Sancho. Hásele metido ese sol en la cabeza, y le ha vuelto loco.

—¿Es posible que sea él? repuso Colon. Sin duda os equivocais, amigo Sancho.

—¡Equivocarme! Le conozco mas que si le hubiese parido, contestó el criado. Es capaz de eso y de mucho mas.

—Oigamos; pues parece que sigue la trova.

Con efecto, el músico seguia cantando:

«Sol de alegría y fuente de dulzura,
De tí me aparta la desdicha mia:
Dame tu luz, pues marchó á la ventura.
Sin Sol, ni guia.»

«Llevo grabada, y en el alma queda,
 Tu imágen pura y celestial mirada:
 Dame tu luz para que verla pueda,
 Sol adorada.»

Al concluir esta estrofa, se interrumpió repentinamente la música, y se oyó la voz tosca de un hombre que decía:

—¡Alúmbrale, Pedro!

Y acto continuo sonó ruido de armas.

—¡Ira de Dios! ¡Una espada! ¡Un arma cualquiera! exclamó Colon arrojándose de su mula.

Y antes que Sancho pudiese prevenirse, ya el genovés le había arrancado la espada que llevaba, y corría presuroso hácia el lugar de la extraordinaria ocurrencia.

Lo que allí pasaba no era difícil de comprender: el galán de la trova había sido asaltado por algunos hombres, y se defendía solo contra ellos. Sancho siguió á Colon, aunque nada podía hacer en su ayuda, desarmado como estaba y teniendo que atender á la mula: tampoco el marino hizo cosa de provecho; pues antes que llegase al sitio de la pelea, oyó carreras, un grito de agonía, y otro de dolor proferido por una mujer, que acaso estaba en alguna de las ventanas del inmediato palacio.

Aparecieron en aquel momento varios hombres con armas y antorchas en las manos, y al frente de ellos un caballero jóven y arrogante de mediana estatura, pero membrudo como un Hércules.

—Por aquí, por aquí, señor Alonso, gritaban á este los que le acompañaban. Allí se vé un bulto.

Y señalaban á Colon, que con la espada desnuda recorría el campo en busca de su amigo.

Pero este había desaparecido, como también sus agresores, de los cuales uno estaba tendido en el suelo, y tan mal herido, que parecía muerto.

Alonso de Ojeda,—pues no era otro el caballero á quien seguían los de las antorchas,—se dirigió hácia Colon y mandó detenerle por pendenciero, preguntándole al mismo tiempo dónde se hallaba el galán que había promovido la querrela con sus cantares.

—Ignoro quién ha promovido la pëndencia, le contestó el genovés; pues yo aquí no he venido, sino como vos, atraído por el rumor de las armas: al llegar, no he visto á nadie, ni al galan, ni á sus agresores.

—Pues qué, ¿no sois criado de ese importuno cantor? dijo el caballero.

—No soy criado de nadie, repuso Colon; y así, os ruego, señor caballero, me permitais seguir mi camino.

Alonso no tenia otro interés que el de apresar á D. Juan, para lo cual habia encontrado una ocasion y un pretexto en aquel alboroto movidos por hombres echadizos suyos. Así es que, en su impaciencia por encontrar al jóven page, que se le escapaba de entre las manos, dejó libre á Colon, y siguió con su gente explorando todo el campo.

Nuestro marino se reunió con Sancho, que, habiendo conocido á Ojeda, estaba retraído y apartado, el cual le dijo:

—Apretemos el paso, señor Colon, pues nada bueno puede sucedernos aquí. Ese á quien habeis hablado es el enemigo personal de mi amo, y quiera Dios que no le encuentre.

—Pero dejarle en ese apuro, sin saber siquiera en qué vendrá á parar, no me parece bien, Sancho, repuso nuestro genovés.

—Perded cuidado, replicó Sancho; pues lo que no haga él por sí, no lo haremos nosotros. Cuando no le habeis hallado, es señal de que ha sabido conocer lo que le conviene. Sigamos nuestro camino, y Dios dirá.

Este incidente dió pábulo sobrado á la conversacion de nuestros dos viandantes, quienes, de allí á una hora, llegaron á las inmediaciones de la quinta del Adelantado, en la cual esperaban encontrar ya á D. Juan, libre de sus perseguidores.

Sancho guió hácia una puerta escusada de los jardines, que conducia á una escalera de la casa, por la cual, sin comunicarse con sus habitantes, se podia ir á los aposentos particulares de D.^a Beatriz: hallóla entornada, lo que le hizo pensar que su amo aun no habia vuelto; entró en el jardin, y dijo á Colon que le aguardase allí, mientras iba á tantear el terreno, pues D. Juan no habia querido descubrirse á nadie mas que á su prima, y debia ignorarse su es-

tancia en la quinta. Pero Colon le respondió, que él conocia tambien todos los pasos, y que iria solo: que se quedase en el jardin aguardando á su amo, y que avisase cuando llegara. Dicho esto, se encaminó á la escalera reservada, y subió á la habitacion de su amiga.

La puerta estaba cerrada por dentro: Colon dió en ella un golpecito con cautela, y doña Beatriz vino á abrirle. Grande fué la sorpresa de la dama, que no esperaba ver en aquel momento al ser que tanto amaba; pero reprimió un grito, pronto á salir de su garganta, y estrechando á Colon en sus brazos, le dijo solamente:

—¡Calla!... calla!...

—¿Estás sola? preguntó el genovés en voz baja.

—Sí; pero me espian, contestó ella.

—¿Quién?

—Mi tio: ven, ocultemos la luz: que no sospechen que estás aquí...

—Pero, ¿saben ya?...

—Lo ignoro: solo puedo decirte que mi tio ha llegado aqui esta noche de oculto, y ha encargado que no se me avise. Dias há que sospecha alguna cosa, y es posible que la estancia de mi primo en este aposento haya motivado su venida, no sabiendo quién es el que aquí se esconde; pero, si en lugar de él te hallase á tí... ¡Dios mio!... ¡Te mataria!

—Depon ese temor, mi vida. Yo vengo por D. Juan: traigo cartas para él. ¿Dónde está?

—Salió al anochecer, y aun no ha vuelto.

—Era sin duda él mismo. Quiera Dios que no le haya sucedido alguna desgracia.

Los dos amantes siguieron hablando de sus penas y de sus esperanzas, y comunicándose los sentimientos íntimos de su corazon.

Al cabo de algun tiempo, decia doña Beatriz:

—Mis presentimientos salen demasiado ciertos, amigo mio; y tiemblo al pensar que llegue un dia, no muy lejano, en que no pueda ocultar mi desgracia. ¡Oh! ¿Qué haré entonces? ¿Dónde me esconderé? Sin embargo, no me desaliento, y confio en Dios que me salvará. Si para ese dia no hubieses alcanzado lo que tanto anhelas, un

convento será mi refugio. Pero, ¡y mi hijo!... ¡Qué será del hijo de mis entrañas!...

Parecióle á Colon haber sentido un leve rumor hácia la escalera: tapó la boca á su amada, y se puso á escuchar.

—No era nada, dijo despues de algunos momentos. Sigue, sigue.

—¡Cuánto tarda mi primo! exclamó la dama. La dicha de que gozo teniéndote á mi lado, la acibara el temor de que puedan sorprenderte á solas conmigo. ¡Ah! Cuán cruel y duro es el no poder decir á la faz del mundo:—Vedle aquí: este es el elegido de mi corazon.

Acabando de pronunciar estas palabras, doña Beatriz lanzó un grito ahogado, y señaló á una puerta interior, donde se sintió al mismo tiempo el empuje de una fuerte mano.

—¡Huye, sal, que no te vea: es mi tio!... dijo la dama á media voz, pero con desusada energia, impeliendo á Colon hácia la puerta de la escalera.

Y no bien habia este salido, cediendo maquinalmente á la voluntad de su amada, cuando estalló la cerradura de la puerta interior, y apareció la terrible figura de D. Pedro Henriquez, trayendo la cólera pintada en el semblante, la espada desnuda en una mano, y en la otra una bujía.

—¡Deshonra de mi sangre! ¡Mujer sin honor! exclamó con voz ronca el iracundo caballero. ¡Prepárate á morir! Pero antes dime el nombre del villano que ocultas en esta cámara.

Doña Beatriz no tuvo alientos mas que para caer de rodillas al pié del sitio donde estaba sentada y cruzar las manos, elevando su corazon al cielo.

—Culpada estás, puesto que no te defiendes, prosiguió con furor el Adelantado.

—Señor, aquí no hay nadie, balbuceó la dama.

—¡Mientes! ¡Mientes! Le he visto yo entrar, y vas á morir. Si es caballero, ¿cómo no sale á defenderte?

Al proferir esta amenaza, D. Pedro, con los ojos chispeantes de ira y la boca brotando espuma, dió un paso hácia doña Beatriz, la

cual exhaló un gemido. Pero en el mismo instante cayeron al suelo un tabardo, una gorra y una bandolina, y el jóven D. Juan, entrando por la puerta de la escalera, saltó, como un león, en medio del aposento.

—¡Deteneos, señor! dijo: No hirais á una mujer. Yo soy el hombre que ella oculta en vuestra casa; y si mi presencia la deshonra, ved aquí mi pecho indefenso: ¡herid!

Confuso quedó el Adelantado con la inesperada aparicion de su sobrino, y sin que la espresion de la ira hubiera podido borrarse aun de su semblante, le dijo:

—¡Tú!... ¡Aquí tú!... Razon tienes, que no es posible permanezcas escondido en mi casa. Pero me alegro de encontrarte; porque así podré satisfacer á nuestros reyes de la ofensa que les has hecho, entregándote á su justicia.

—No creo, señor, repuso el jóven, que seais vos quien entregue al que está aquí por no haber sufrido una mancha en el honor. Y si lo intentais, os juro por la memoria de mis padres que primero me haré matar, que consentir en seguiros.

—No en vano tenia yo empeño en ocultarlo, dijo doña Beatriz algun tanto tranquilizada.

Mediante algunas esplicaciones entre el tío y el sobrino, consintió aquel en dejarle usar de su libertad; pero le previno que no pensaba consentir mas de un dia la permanencia en aquella casa.

Una hora despues, Colon y D. Juan hablaban en el jardin: el jóven decia á su amigo:

—Señor Colon: poseo vuestro secreto, y lo guardaré hasta la muerte; porque es un secreto que atañe á mi familia. Os debo favores, y os los pago. Pero tened una cosa presente: necesitais elevaros hasta la altura de la persona que habeis ofendido.

—Lo sé, jóven, lo sé, y no necesito que se me recuerde, contestó el marino.

—Difícil es que subais tanto. Sin embargo, continuó el paje, algo podeis hacer; y os prevengo que, cuando emprendais vuestra espedicion, no lo hagais sin mí; porque, si saliesen fallidas vuestras

CRISTOBAL COLON.



Deteneos, señor, no hirais á una muger.

magníficas promesas, por los ojos de doña Sol os juro, que habreis de habéroselas con este niño.

—D. Juan, repuso Colon, tomando una mano al jóven y apretándosela: me acabais de dar la mejor prueba de amistad. Al partir, os avisaré; y cuento con vos.

Dicho esto, los dos se separaron.



CAPITULO XIII.

Una audiencia.



ENSATIVO y triste volvió Colon á la ciudad: una fatal combinacion de circunstancias habia venido á poner su secreto en manos de un jóven aturdido, que, si bien era cierto se portaba con generosidad y nobleza, como acaba de verse, tenia contra sí, no obstante, la ligereza de su carácter y de sus pocos años.

Hé aquí de qué suerte D. Juan se habia enterado de todo. Al llegar á la quinta, poco despues que Colon, informóle su criado de la venida de este con el objeto de entregarle cierto encargo de su tia, y de lo que habia hecho intentando defenderle á la salida de Córdoba; y le dijo además, que hacia ya rato estaba en la habitacion de doña Beatriz: estrañó el jóven esta muestra de intimidad entre el genovés y su prima, y subió con mucho tiento la escalera, no solo para sustraerse á la ob-

servacion de los habitantes de la casa, sino tambien para satisfacer su curiosidad en aquel punto. Ni él ni Sancho advirtieron que sus pasos eran espiados al mismo tiempo desde una ventana, por el suspicaz Adelantado; el cual, en efecto, habia tenido aviso de que su sobrina recibia secretamente á un jóven en su habitacion.

La puerta de la escalera estaba entornada, y D. Juan pudo oír el diálogo de su prima con nuestro navegante, y comprender toda la estension de sus íntimas relaciones. Aconteció entonces la violenta llegada de D. Pedro; y al ocultarse Colon, se encontró con su amigo, el cual supo acallar en aquel instante su resentimiento, para salvarle á él y á doña Beatriz del peligro que les amenazaba.

Pasado este, buscó á Colon, y le declaró cuanto sabia, y que tomaba á su cargo el desagravio de la honra de su prima; como queda espresado en el capítulo anterior.

El comportamiento del jóven era digno, é inspiraba cierto grado de confianza; pero no obstante, nuestro marino temia que la fatal intervencion de aquel en este delicado asunto, pudiese con el tiempo echar por tierra sus gestiones en la corte. Por otra parte, la terrible escena de que habia sido testigo y casi autor, ¿no era un espantoso presagio de lo que sucederia cuando se descubriese el estado de doña Beatriz?

Estas consideraciones angustiaban su corazon, sin quitarle los alientos, que antes tomaban creces, á impulsos de la imperiosa necesidad. Pero le habian mandado esperar sin moverse, y érale forzoso obedecer. ¡Dolorosa quietud en medio de la mas cruel agitacion!

Por fin llegó el dia tan deseado, en que brilló para Colon el astro de la esperanza. Un criado de doña Juana de la Torre se presentó en la posada de la *Gracia de Dios* y entregó á nuestro marino un billete, que contenia estas palabras:

«SS. AA. se dignarán dar audiencia á Cristóbal Colon, piloto genovés de nacion, mañana viérnes, á las tres de la tarde.»

Los viérnes eran los dias en que los reyes solian dar audiencia pública á todos sus súbditos que la solicitaban: pero la hora señalada era aquella en que, por lo regular, se habia ya concluido el despacho de los pretendientes.

Colon pasó la noche sin dormir, y aunque acostumbrado á medir sus discursos por la fisonomía y disposicion de sus oyentes, preparó tantos mentalmente, que al otro dia no estaba decidido por ninguno.

Llegado el momento de la audiencia, toda su agitacion de aquellas veinticuatro horas habia cedido el puesto á la mas completa calma; la poderosa idea que llenaba su espiritu le hacia superior á los demás hombres, por elevados que se hallasen: así, se le vió presentarse en palacio con grave dignidad, pero sin afectacion, como se presentaria un príncipe á conversar con su igual. La antesala donde entró estaba llena de cortesanos, que le miraron con estrañeza, no acertando á comprender cómo un hombre tan modestamente vestido permanecia, sin embargo, derecho delante de ellos.

Pero, entre tanto, en los círculos mas íntimos de aquella corte soberana, el genovés era objeto de curiosidad y hasta de cierto interés. Habíase hablado mucho de él en aquellos dias: doña Juana de la Torre, de acuerdo con doña Beatriz de Bobadilla, marquesa de Moya, habia recomendado á la Reina el gran proyecto de nuestro aventurero, y aunque llamado el padre Talavera á informar, como mas enterado del asunto, lo calificó de gran desacierto; el haber venido apoyado por el guardian de la Rábida, hizo que doña Isabel no permitiese que fuese absolutamente desatendido.

—*Charitas patients est*, dijo la Reina, que aprendia entonces el latin. Nuestro penoso cargo nos obliga á escuchar con paciencia, todos los dias, aciertos y desaciertos; y cuando á ningun vasallo rehusamos nuestros oidos, fuera falta de bondad no escuchar á ese hombre, que nos envia el que ha sido nuestro padre espiritual.

Y ella misma invitó al Rey para que le diese audiencia.

Hubo con este motivo alguna discusion, en que tomaron parte el cardenal Mendoza y otros consejeros, entre los cuales, por interesar á nuestra historia, citaremos dos de muy elevada categoria, y dos menos importantes, pero que influyeron despues poderosamente en el éxito favorable de la grande empresa: eran los primeros los duques de Medina-sidonia y de Medinaceli, potentados que juntos mantenian en el mar mas bajeles que las dos coronas de Aragon y Castilla; y los segundos, el director del consejo de Hacienda castellano, Alon-

so de Quintanilla y el receptor de las rentas eclesiásticas de Aragón, Luis de Santángel.

Todos estos personajes y algunos mas rodeaban al rey Fernando en el momento en que el uger de servicio, abriendo la puerta de la cámara real, dijo:

—¡El piloto genovés Cristóbal Colon!

Este avanzó con paso mesurado y grave, y habiendo entrado en la vasta pieza, donde le aguardaba el Rey sentado sin ostentacion junto á una mesa llena de diversos papeles, llegó hasta el centro, hizo una cortesía y aguardó. El Rey dirigió al cardenal Mendoza y á los otros grandes una mirada apenas perceptible, como diciendo en su interior:

—«¡No se presenta mal!» Y en seguida dijo á Colon:

—Acercaos.

El genovés lo hizo con la misma serenidad que habia entrado, y supo detenerse á una conveniente distancia, donde repitió su cortesía con mucha gala y despejo, y con no poca satisfaccion de alguno de los presentes; pues sin él saberlo, tenia en aquel escogido concurso un adepto, si no convencido de la verdad de su propuesta, deseoso, al menos, de verla demostrada. Era este el mismo don Pedro Gonzalez de Mendoza, cardenal y arzobispo de Toledo, gran canciller de Castilla, y tan influyente en los consejos de ambas coronas, que se le llamaba vulgarmente *el tercer Rey de España*. Este prelado no poseia una erudicion profunda; pero sí una penetracion viva y pronta, y era hombre de un carácter aventurero, á quien arrebatava el hechizo misterioso de las cosas que el vulgo califica de imposibles: era además grande amigo de Geraldini, el cual le habia hecho un elogio de Colon y de la magnitud de su pensamiento, y una reseña de lo pasado en su entrevista con fray Hernando de Talavera; lo que hubiera bastado por sí solo para estimularle á proteger á nuestro piloto, pues don Pedro se complacia en llevar siempre la opinion contraria á la de todos los espíritus apáticos ó siquiera estacionarios.

El Rey fué el primero que habló, diciendo á Colon:

—Me ha sido presentado un memorial, en el que, segun comprendo, solicitais el apoyo de nuestras coronas y los recursos necesarios para abrir un nuevo derrotero á las Indias, y descubrir unas

tierras, que suponeis están al Occidente de Europa. Nadie hasta hoy ha tenido una idea tan peregrina y estraña, y tenemos necesidad de saber cómo la esplicais.

—Señor, contestó Colon: mis esplicaciones sobre un problema tan complicado, aunque para mí sea sencillo, tendrían que ser demasiado prolijas, si hubiesen de llevar el convencimiento á todos los ánimos. Sin embargo, la gran penetracion de V. A. podrá escusarme de entrar en una demostracion científica y fatigosa. Mi pensamiento es nuevo, y no es nuevo: ya de muy antiguo, los sabios vienen figurando este mundo que habitamos en forma de un globo, y científicamente no es posible concebirlo de otro modo. Vemos sobre nuestras cabezas el cielo estendido á manera de hemisferio: recorramos en cualquiera direccion el mundo conocido, y siempre y constantemente hallaremos no interrumpida la misma forma: es, pues, consecuencia lógica, que ese cielo continúe unido en toda su estension. Demuéstralo el curso del sol y de los demás astros; pues trazando sobre nuestro horizonte medio círculo mas ó menos perfecto á la vista, segun su mayor ó menor declinacion ó apogeo, nos enseñan que siguen describiendo el otro medio desde su Ocaso hasta su Oriente: demuéstranlo aun con mayor evidencia las estrellas cercanas al polo, cuyo círculo diario es perfecto y visible; y deduciendo lo probable de lo conocido, es de inferir que nuestro mundo es un globo rodeado de cielo por todas partes, como la yema de un huevo lo está por el cascaron.

El Rey se sonrió al oír este simil tan trivial; propio, sin embargo, del carácter sencillo de Colon. Este se desconcertó algun tanto; pero vino en su ayuda el cardenal, que dijo á D. Fernando.

—La comparacion es algo ordinaria, pero demuestra la idea con bastante exactitud.

El padre Talavera meneó la cabeza con desden. El Rey dijo á Colon:

—Continuad.

—Una vez admitido que la tierra es un globo, lo cual para mí tiene toda la fuerza de la evidencia, héme dicho á mí mismo:—Si quiero ir á un punto dado de la tierra, y este punto está á mi derecha, no hallo inconveniente ninguno en poder llegar á él por la

izquierda; y debo tomar este rumbo con preferencia al otro, si me ofrece menos dificultades para el tránsito.

—¿Y por eso queréis ir á las Indias navegando por el mar Atlántico? dijo el padre Talavera con la vénia tácita del Rey.

—Tal es mi pensamiento, reverendísimo señor, repuso Colon.

—A pesar de tantas esplicaciones, dijo el rey con un tono de voz algo irónico, no acabo de comprender cómo se puede ir á un punto volviéndole la espalda.

—Esa es la idea general, señor, repuso Colon; y ruego á V. A. me disimule el empleo de otro símil sencillo. Si tomo una naranja, podré recorrer con el dedo toda su superficie y trazar un círculo completo: partiendo de un punto cualquiera y alejándome de él sin torcerme hácia los lados, vendré á parar al mismo, cuando haya trazado el círculo. Ahora bien: el punto dado es el Catay, que dista de aquí hácia Oriente unas tres mil leguas, segun los mejores cosmógrafos; es decir, las dos terceras partes del globo: queda una parte que no es conocida, y está por el lado de Occidente. Luego si yo marcho al Catay por este lado, en vez de ir por el otro, no le vuelvo la espalda, sino que voy derecho á él y por el camino mas corto.

—¡Tiene razon! ¡Dice bien! murmuraron á un tiempo el cardenal Mendoza y el duque de Medinaceli.

Pero el Rey, algo picado de la superioridad con que le arguia el piloto, dijo:

—No es ocasion esta de discutir. Sabemos ya lo que significa el proyecto del señor Colon, y nos parece, á pesar de su demostracion, que el Catay, ó la India, está algo mas lejos que Granada: ¿Qué os parece, señores?

Los nobles á quienes se dirigió esta pregunta se indicaron en señal de asentimiento.

—Y sin embargo, continuó el Rey, creo que tardaremos aun algunos años para subir á las torres de la Alhambra. ¿Cuántos necesitará el señor Colon para llegar á las Indias?

—Solo dos meses, contestó el genovés.

En aquel tiempo el viaje desde Sevilla á Paris, con los medios ordinarios de locomocion, costaba mas de un mes: así es que la

respuesta concisa de Colon le enagenó mucho las voluntades de su auditorio, y el rey le calificó en su interior de loco rematado.

Acertó á entrar á la sazón un secretario, el cual puso un pliego en manos de S. A., y este incidente dió al traste con la audiencia.

—¡Conque dos meses! dijo el Rey con distraccion abriendo el pliego, y enterándose de su contenido.—Es una lástima, añadió luego hablando al cardenal, que no hayamos sabido antes ese modo fácil de hacernos ricos; porque ved aquí que nuestro ingeniero Ramirez de Madrid nos pide la friolera de cien mil ducados para la construcción de unas máquinas de batir.

—Señor, repuso en voz baja el cardenal. No conviene tratar con ligereza el asunto de Colon. Portugal se está haciendo poderoso por medio de los descubrimientos.

—¡Ah! ¿Es que vos creéis en las promesas del genovés?

—Creo, señor, que hay algo de verdad en lo que dice.

—Pues en ese caso, entendéos con él: por mi parte, veo su negocio muy oscuro, y no me prometo resultados positivos.

—¿Me autoriza V. A?.. preguntó el Cardenal.

—Sí, sí, divertíos en eso, respondió el Rey abriendo un libro de asientos y poniéndose á ajustar una cuenta.

—Colon, dijo el cardenal en alta voz: S. A. quiere que os entendais conmigo para el arreglo de ese negocio.

Y con la mano hizo un ademan, como diciéndole: Podeis ya salir.

Colon saludó y salió de la estancia real con el corazon oprimido: la frialdad de D. Fernando le habia hecho daño; y á no estar ya comprometido, hubiera renunciado á sus pretensiones en España desde aquel momento, para ir á buscar en otra parte almas menos estrechas que las que, por su desgracia, habia encontrado en Talavera y el Rey. Pero entablada ya su negociacion, no podia retroceder sin acreditarse de inconsecuente; y por otra parte, conservaba inalterable la fé en la bondad de su causa, y la confianza en que la verdad acabaria de abrirse paso á través de las tinieblas y de la indiferencia.

No habia salido aun del palacio, cuando llegó á reunírsele Geraldini, el cual le dijo:

—No vais contento, amigo. Sin embargo, podeis estarlo.

—¿Pues qué hay de nuevo? ¿Sabeis lo que ha pasado?

—Mejor que vos mismo. La Reina ha presenciado vuestra audiencia detrás de una cortina.

—¿Y qué?... preguntó Colon trémulo de ansiedad.

—Os apoya.

—Pero el Rey...

—No hagais caso de eso: es genio suyo: como no vea muy palpables los resultados, y que estos han de producirle ventajas inmediatas, rara vez se decide. Pero vuestro negocio está en buenas manos: el cardenal Mendoza es el reverso de la medalla del obispo de Avila y se interesa por vos.

—Dios lo quiera, señor de Geraldini.

—Tened confianza en él.

—No la pierdo nunca, repuso Colon; porque ello ha de ser. Me inquieta la tardanza; porque no soy joven.

Un rato permanecieron los dos hablando en el vestibulo del palacio, y durante aquel tiempo salieron varios cortesanos, que miraban á Colon con la misma curiosidad que se mira á una bestia rara, sonriéndose al pasar, y unos á otros se hacian señales burlescas, aunque bien disimuladas.

Por último aparecieron dos, que manifestaban á la simple vista sus contrapuestos caracteres, y que sin embargo parecian ser íntimos amigos: sus trages casi iguales revelaban identidad de oficios y de fortuna; pero fuera de esto, el uno era corpulento, grave en el andar, y, en una palabra, flemático: el otro pequeño de cuerpo, moreno y vivo como una ardilla. Geraldini les saludó por el orden mismo que le hemos presentado, diciendo al primero:

—¡Bien venido, señor Alonso de Quintanilla!—Y al segundo:—¡Que os guarde Dios, señor Luis de Santángel!

—Que nos guarde á todos, respondió con desenfado aragonés este último. Y presentando su mano á Colon, añadió:

—Señor piloto, apretad. Contadme desde hoy en el número de vuestros amigos.

—Gracias os doy, señor caballero, por la merced tan singular que me haceis, le respondió Colon.

—No hay aquí merced que valga, repuso el mismo. Yo soy

Luis de Santángel, conocido en la corte por el Discolo de palácio: el Rey me quiere; porque riñe conmigo lo menos tres veces al día. Por la verdad me dejaré ahorcar, y á nadie se la callo. Así que podeis creerme cuando os digo que os he tomado aficion.

—Yo, por mi parte, dijo Quintanilla con pausa, os advierto únicamente que soy uña y carne con el señor de Santángel.

—Os agradezco, señores, tanto favor, contestó Colon; pues en verdad lo necesito.

Desde aquel dia en adelante, aquellos dos hombres no desmintieron nunca la amistad que habian ofrecido al piloto aventurero.

CAPÍTULO XIV.

Lances imprevistos.



ABIA comenzado la campaña, aunque la corte permanecía en Córdoba; don Fernando solo aguardaba que se formalizase el sitio de Loja, para ir él mismo á ponerse al frente del ejército.

Colon preveía que, si dejaba pasar el tiempo, los intereses de la guerra absorberían toda la atención, sobreponiéndose á cualquier otro negocio, por importante que fuese. Activó, en consecuencia, sus gestiones, procurando tener algunas entrevistas privadas con el cardenal Mendoza, y pronto conoció que sus pasos no eran perdidos, si bien tampoco se le ocultó que había contra él una oposicion poderosa. El Rey, aconsejado por el padre Talavera y otros personajes importantes, rechazaba el proyecto de Colon, como ensueño de un visionario, y si alguien se lo indicaba, solia contestar que era una cosa demasiado grande pa-

ra quien tantas empresas tenia sobre sus hombros; y con su habilidad política, mudaba de conversacion.

Sin embargo, nuestro piloto sabia que por otras partes ganaba terreno; la Reina, juntamente con la marquesa de Moya y doña Juana de la Torre, habia presenciado su primera audiencia, y habia dicho al cardenal:

—Mi augusto esposo no desaprueba en el fondo la proposicion de ese marino, aunque le parece muy árdua para aceptarla á ciegas, y sobre todo ahora que tantos negocios pesan sobre nosotros. Que no se desanime Colon; hagamos que se examine su proyecto por personas competentes, y acaso muy pronto no habrá dificultad en realizarlo.

Y el cardenal, conociendo bien lo que esta prudente indicacion significaba, habia dicho al genovés:

—Tened un poco de paciencia, y pedid á Dios que la Reina persevere en sus intenciones hácia vos: hay quien os hace la contra, y por lo mismo convendrá dilucidar vuestras teorías ante un consejo de sabios; pero no desmayeis, que todo irá bien.

Colon tuvo paciencia y esperó dos meses sobre los ya transcurridos: entre tanto, el Rey marchó á la guerra y tomó á Loja: la Reina y toda la corte se trasladaron á la nueva ciudad cristiana, para celebrar, segun la costumbre observada en aquella conquista, el triunfo de la Cruz con grande ostentacion de ceremonias religiosas; y nuestro héroe quedó abandonado con su proyecto, pobre en tierra extraña, consumidos todos sus recursos, y sin mas tabla de salvacion que su constancia y su ingenio.

Su cuestion del momento era vivir: la necesidad de sustentarse y la falta de medios para viajar, como no lo hiciese implorando la caridad pública, le detuvieron en Córdoba; otra consideracion aun mas afflictiva para su alma le obligaba á no separarse de aquellos lugares: el tiempo no pasaba en vano, y doña Beatriz habia de ser madre en una época no muy lejana. Erale, pues, forzoso estar cerca de ella, y ya que no pudiese reparar su honra, salvar á su hijo del destino cruel á que le condenaria sin duda la barbarie del orgullo.

Con sus escasas relaciones, Colon buscó libros que copiar, (industria bastante Incrativa durante la Edad-media, y aun no entera-

mente restringida por la invencion de la imprenta): en los conventos y en las casas de algunos grandes encontró quien le diese trabajo por caridad; mas, como él hacia una letra clara, y no solo conservaba inalterable el texto de los originales, sino que ademas corregia los errores de las malas copias, pronto adquirió cierto crédito entre los inteligentes, y pudo vivir con algun desahogo: dió tambien algunas muestras de sus vastos conocimientos en la ciencia geográfica y en el trazado de mapas, y acudieron á él muchas personas, que en aquel tiempo no podian poseer esta clase de objetos científicos, sino hechos á la pluma.

Pero estos trabajos eran para él la ocupacion del forzado: al emplearse en ellos, suspiraba por lo que dejaba de hacer, y por el tiempo que perdía, amarrado á la dura cadena de la necesidad. Sin embargo, trabajaba con ahinco, y pasaba la mitad de las noches en vela, estudiando los libros sagrados, para aprender á comentar, de conformidad con sus teorías, los pasajes que aparecian en contradiccion con ellas, y para buscar otros que las confirmasen, á fin de poder contestar victoriosamente á las objeciones que le hacian los teólogos y expositores.

Nunca desmayaba en su proyecto aquel espíritu inalterable: si acaso, rendido por las fatigas del trabajo y del estudio, se entristecia contemplando los débiles fundamentos de sus esperanzas, la estrechez de su fortuna y el cúmulo de los años que iban minando su vida, las imágenes risueñas de un glorioso porvenir acudian en tropel bullicioso á espantar aquellas fantasmas sombrías, sus ojos brillaban de repente iluminados por el fuego latente del genio, y sus labios repetían la palabra *Constancia*, como un eco de su corazón.

De tiempo en tiempo hacia visitas misteriosas á doña Beatriz, á quien la guerra dejaba libre de la vigilancia de su tío; y esta noble mujer, nacida como tantas otras para aliviar los pesares del alma, sostenia vivos su valor y su perseverancia.

—Colon, le dijo un dia; estoy satisfecha de tus esfuerzos, aunque no hayan dado los frutos que nos prometíamos; veo que esto no depende de tí, que has hecho cuanto has podido, y que seguirás firme en tu propósito. Pero, dime, si yo muriese antes de realizarse tus proyectos, ¿los abandonarías?

—Nunca, Beatriz, como no me falte la vida. Mas, ¿á qué pensar en la muerte?

—Porque puede ser: y en este caso, ¿tampoco irás á plantearlos fuera de España?

—Si España los rechazase, ¿qué habria de hacer?

—¡Oh! no los rechazará, Colon. Mira, ese pensamiento me aflige: pronto nos nacerá un hijo; si le falta su madre, que pueda su padre rehabilitarlo, haciéndose respetable en esta misma tierra. Yo nada espero para mí: nada pido, nada deseo, sino saber que el fruto de mis entrañas llevará con honor el apellido de su padre. Si me amas como yo á tí, júrame no abandonar á España, mientras no llegue á ser absolutamente imposible llevar á cabo aquí tu pensamiento.

—Lo juro, Beatriz, respondió solemnemente Colon: como juro tambien, en nombre de Dios, no descansar hasta poder llamarte esposa mía.

Doña Beatriz meneó la cabeza con lánguida expresion de tristeza y repuso:

—No tendré tanta dicha. Un día se acerca en que habré de ocultarme de las gentes, y aunque el dolor respete mi vida, estaré muerta para el mundo.

—¡Pero no para mí, Beatriz!

—Para tí creo que viviré hasta en el sepulcro. ¡Ah, Colon, Colon! No abandones nunca esta tierra; pues si lo hicieses, me parecé que la muerte no me impediria venir á reclamarte el amor que me has jurado. Yo amo á Génova, por ser tu patria; tu debes amar á España, porque lo es mía y del que nacerá.

—Beatriz, yo no tengo patria, respondió Colon con una energía melancólica: seré de la que me adopte por hijo, y quiera Dios que sea la tuya. Por mas que ahora te asalten ideas lúgubres y presentimientos de muerte, lo que está en el orden natural de las cosas es que me sobrevivas muchos años; y cuando llegue mi hora postrera, será mi mejor consuelo el de reposar donde tú alientes. Pero no debemos pensar ahora en unas contingencias tan lejanas: tu seguridad y el velo que cubra tu reputacion deben ser los objetos de nuestra solicitud: dentro de pocos dias podrá ser tarde, y esto me inquieta y me desespera.

—No te aflijas por mí, repuso la dama: yo sé lo que he de hacer: piensa tú en realzar lo ilustre de tu nombre, á fin de que algun día España se glorie de haberte poseído; á mí me toca velar por la seguridad de tu hijo, y no me faltará valor para cumplir hasta el fin mis obligaciones de madre. Solo un temor me asalta; el de perder la vida en el duro trance y comparecer ante Dios sin haber subsanado mi falta.

Colon quedó algunos momentos pensativo, y luego dijo:

—Beatriz, las diferencias de clase, aunque son obra de la naturaleza, si desentrañamos su origen, no establecen una separacion insuperable ante Dios, de quien todos somos hijos. El tiempo las sanciona y las destruye, segun los vaivenes de la fortuna: hombres nacidos en la esclavitud han llegado á vestir, por sus talentos, la púrpura de los Césares; y otros, descendientes de reyes, han bajado hasta la condicion mas abyecta y miserable. Digo esto, porque la diferencia de nuestras actuales condiciones, aunque parezca grande á los ojos del vulgo, quizá no es tanta que deba sobreponerse al cumplimiento de un deber religioso. Podemos unirnos por la mediacion de un sacerdote, aunque sea necesario por ahora respetar las preocupaciones del mundo.

—Colon, Dios nos vé, respondió doña Beatriz; yo te considero igual á mí ó acaso mas grande; pero no aceptaré el remedio que me propones, sino en un caso de extrema necesidad. Mi falta podrá saberse, mas nadie oirá de mi boca el nombre del padre de mi hijo, hasta que pueda pronunciarlo con orgullo.

—Alguien lo sabe ya.

—¡Quién!

—Tu primo D. Juan.

—¡Dios mio! ¡Un niño! exclamó la dama con desconsuelo. ¿Y tú se lo has dicho?

—No: una fatal casualidad le reveló nuestro secreto; pero me ha jurado guardarlo, y creo que cumplirá su palabra.

Colon refirió entonces á su amada lo que pasó la noche que los sorprendió juntos el Adelantado. Pero, á pesar de esto, doña Beatriz persistió en su determinacion de no revelar á otra persona alguna el nombre del genovés.

El tiempo marchitó la verdura lozana de los árboles; el cierzo acabó de despojarlos, y las primeras nieves cubrieron con su manto de armiño la espalda de las montañas. La corte volvió á Córdoba por pocos días; pues los reyes tenían proyectada una incursión á Castilla la Vieja, León y Galicia durante las treguas del invierno: importaba mucho su presencia, especialmente en el último de estos países, donde querían destruir algunos focos turbulentos de la anarquía feudal.

Colon se apresuró á renovar sus cortas relaciones con todos los que se le habian mostrado amigos, y para dar fuerza á sus pretensiones les hizo presente el estado precario de su fortuna, su estremada pobreza, que no le permitia dilatar indefinidamente el plazo de una resolución en su negocio, ni perder el tiempo en antecámaras; que estando, como estaba, seguro del éxito de su proposición, necesitaba que se determinase pronto lo que hubiera de ser, para en caso negativo poder acudir á la protección de otra corte soberana.

La respuesta del cardenal Mendoza á estas insinuaciones apremiantes no se hizo esperar mucho: aquel prelado envió á Colon una orden de pago, espedita en nombre de la Reina, para que su director de Hacienda le entregase cien ducados para su mantenimiento y demás necesidades, y al mismo tiempo le notificó que estuviese dispuesto á seguir á la corte en su viaje á Galicia; pues tendria que comparecer ante un consejo de sabios, congregados en Salamanca, para oír su proposición y discutirla.

Era el mes de diciembre, y doña Beatriz habia entrado en el octavo de su preñez. Colon temió abandonarla en tan crítico estado: fué á verla y le dijo lo que se habia resuelto en su negocio.

—Vé sin temor á Salamanca, le respondió la dama. Dios velará por mí. Nadie sabe hasta ahora la situación en que me encuentro, excepto doña Leonor. (Llamábase así una dueña que la habia criado desde niña y encubria su desgracia.) Mi tío no puede volver, porque los grandes adelantos hechos en la última campaña exigen su presencia en la frontera. Vé tranquilo, Colon, y Dios te traiga con fortuna.

—Esta vez la espero, amiga mía, le respondió el piloto: pues aunque haya de disputar con teólogos, como me aconteció en Por-

tugal, voy preparado y los convenceré. Al cabo, mi verdad se abrirá paso.—;Dios mio! ;Que sea menester luchar tanto para desvanecer los errores! ;Oh! Sin duda alguna son obra del infierno.

La despedida de los dos amantes fué esta vez tan sentida como lo reclamaba su situacion. El duro marino vertió lágrimas al separarse de aquella mujer, infeliz por su causa, y que tan profundamente se habia identificado con su destino.

Dejémosle partir: pronto le veremos volver defraudado en sus esperanzas. ¿Con quién iba á luchar? Con un consejo de hombres muy doctos, sin duda, en las ciencias sagradas: con prelados eminentes en su carrera; con catedráticos muy apegados á las teorías consuetudinarias; con sabios hebraistas, latinos y disputadores aristotélicos; con religiosos dominicos del convento de San Estevan, los mas instruidos que habia en España; pero tambien los mas infatuados de su sabiduria. Y difícil es arrancar las preocupaciones del vulgo ignorante; pero es punto menos que imposible desvanecer los errores de un doctor.

Dejémosle partir: en aquel consejo á donde le lleva su anhelo por demostrar una verdad, hoy trivial, solo hallará media docena de hombres ilustrados que den peso á su razon: todos los demás harán inclinar la balanza hácia el lado de las tinieblas; y momentáneamente, al menos, el error triunfará por mayoria de votos. Sin embargo, entre aquellos pocos está un fray Diego de Deza con otros sabios, á quienes todo el mundo acata, y aunque el fallo será adverso, la opinion de los prudentes quedará indecisa.

Y no importará que unos oigan con despreciativa sonrisa las teorías racionales de Colon, otros las califiquen de disparatadas, otros las condenen por heréticas y perturbadoras como contrarias al texto de las sagradas Escrituras; á pesar de tan ruda oposicion, habrá quien oiga al grande hombre con profundo respeto, y quien, creyéndole inspirado por el espiritu de Dios, le mire como enviado para dar cumplimiento á las profecías, y compadezca la obcecacion de sus contrarios.

Entre tanto, ¿qué sucede en el modesto albergue donde ha dejado su corazon?

Una mujer todavía jóven se pasea á lo largo de una vasta sala,

en cuyo centro hay una ancha copa de bronce llena de fuego, el cual no basta á templar el aire frio de tan espacioso recinto: en su rostro pálido se pintan el dolor y la ansiedad: de vez en cuando se para, cruza las manos, aprieta las fauces obedeciendo á una violenta contraccion de todo su cuerpo, y ahoga los gritos que sus padecimientos le arrancan. Otra mujer, casi anciana, sigue todos sus pasos, y la consuela ó la anima, instándole con repetidos ruegos para que guarde quietud.

Pero el reposo ha huido de la jóven dolorida: es de noche; los vidrios de las ventanas de su aposento no dan paso á ningun rayo de luz, y solo de cuando en cuando se pinta en sus negros cuadros la mancha blanca de los copos de nieve, que se desprenden abundantemente de las nubes. Ningun rumor se siente fuera: los criados duermen y acaso sueñan que su señora está encantada: pues hace ya dos meses que ninguno la ha visto, y forman mil juicios extravagantes sobre su retraimiento y voluntaria clausura.

— ¡Que noche, Dios mio! ¡Qué noche! exclama la jóven cuando el dolor dá treguas á su pensamiento: ¡y don Juan no viene! ¿Qué haremos, Leonor? Si él no viene, ¿quién nos ayudará? Aconseja á tu pobre Beatriz.

— No penseis ahora en nada, mi querida señora, le contesta la dueña. Dios abrirá camino.

— ¡Ah! suspira doña Beatriz. Será preciso poner el secreto de mi honra en manos de un criado. No: eso no puedo consentirlo, despues de tantos afanes empleados en ocultar mi triste situacion.— ¡Yo, que había considerado la venida inesperada de mi primo como un socorro del cielo!

Para comprender bien este diálogo, debemos dar algunas esplicaciones.

A poco de marchar Colon á Salamanca, una noche se presentó de improviso D. Juan de la Torre en la quinta del Adelantado, vió á su prima, y tuvieron los dos una larga conferencia. El inquieto mozo, despues de haber hecho un viaje á las costas de Guinea, llevado por su aficion á las aventuras, y por curiosidad de saber las opiniones de los marinos acerca del proyecto de Colon, había vuelto á Castilla impaciente por ver á doña Sol de Guzman: sabia que la

corte estaba en camino de Galicia, que con ella iban sus capitales enemigos, y que doña Sol habia quedado en Córdoba: la ocasion le era propicia para satisfacer su deseo, con tal que procediese con prudencia y cautela.

El estado de doña Beatriz era por demás visible para que el jóven, sabiéndolo ya todo, dejase de mostrarle interés: ella misma, invocando el cariño que se profesaban uno á otro, habia implorado su compasion, rogándole que le guardase el secreto; y él, cediendo á su generosidad natural, le prometió guardárselo de tal modo, que no hubiese de necesitar la mediacion de una tercera persona para salir de sus apuros.

Y con efecto, él mismo, á riesgo de que le achacasen culpas ajenas, habia ido á buscar una nodriza en un lugarejo vecino, la tenia ya contratada y dispuesta á recibir y criar con sigilo una criatura próxima á nacer, y estaba dispuesto á ser el portador de ella cuando llegase el crítico momento.

Pero dilatándose este mas de lo que se podia esperar, D. Juan habia dado otros pasos que le interesaban personalmente, y todas las noches iba á Córdoba para ver á doña Sol; pero volvia temprano, y solo esta, en que tanta falta hacia, tardaba indefinidamente á pesar del mal tiempo.

Serian las dos de la madrugada, cuando se oyó no muy lejos de la casa el relincho de un caballo. Doña Beatriz se abalanzó á una ventana, y antes que la dueña pudiese impedirselo, la abrió de par en par y se asomó á ella: un torbellino de nieve cayó sobre su cuerpo, envolviéndolo por un momento como con un velo de blanca gasa. El jardin estaba desierto, y el ruido de algunos caballos, que en efecto llegaban, se sentia hacia la entrada principal de la quinta.

—No es él quien viene, Leonor, dijo doña Beatriz retirándose yerta. ¿Quién puede ser á estas horas?

Un dolor nervioso y mas terrible que los anteriores la obligó á interrumpir sus palabras con un grito de agonía. Doña Leonor la sostuvo en sus brazos y la condujo hasta la alcoba, diciéndole:

—Vamos, hija mia, que os quitareis la vida. Sea quien quiera: poneos en las manos de Dios.

De allí á pocos momentos el rumor de la gente de la casa, que estaba levantada, impedía oír fuera de aquella estancia los vagidos de un niño recién nacido, á quien doña Beatriz, medio desfallecida, procuraba acallar con el dulce jugo de sus pechos.

La dueña salió á enterarse de lo que pasaba fuera, y poco tardó en saber que don Pedro Henriquez era el que acababa de llegar: la causa de esta visita intempestiva era un misterio; pero atendiendo al carácter receloso del caballero y á la conducta retraída de su sobrina, podía temerse que aquel viniese incitado por alguna sospecha.

Doña Leonor, en aquel trance, hizo cuanto pudo para encubrir á su jóven señora: sin dar conocimiento á esta, que tampoco se hallaba en estado de informarse de nada, preparó un lamedor con miel y adormideras y lo dió al recién nacido, que al punto cayó en un profundo sueño: envolviólo en seguida con mucho abrigo, y cubriéndose ella misma bien para preservarse del frío, lo tomó en sus brazos y bajó al jardín. Su intento era llevarlo á la casita rústica, situada en un extremo de la posesion, y cuando viniese D. Juan, decirle dónde se hallaba, para que él lo recogiese.

Miedo y delito son compañeros inseparables: la pobre dueña temblaba, mas que de frío, de terror; y en cada tronco de árbol, en cada planta creía ver la sombra de D. Pedro Henriquez ó alguno de sus servidores: al llegar á la puerta exterior, se presentó á su vista un bulio negro, que con voz ronca, vinosá y algo trémula le gritó:

—¡Quién vá!

Fuese efecto del miedo ó de la bebida, la dueña no reconoció aquella voz y retrocedió sin chistar: atravesó de nuevo el jardín, y puso al niño bajo techado, en un peldaño de la escalera, retirándose en seguida á la habitacion de su señora. Desde allí estuvo espionando un rato, sintió abajo algun rumor como de personas que hablaban en voz baja, y luego que se hubo restablecido el silencio, volvió al sitio donde habia dejado la criatura; pero ya no la encontró.

Entonces fué á sentarse junto al lecho de su señora, y rompió á llorar. Doña Beatriz se incorporó sobresaltada, y le preguntó por su hijo. La dueña procuró tranquilizarla, pero fué en vano, pues no

podia dar una contestacion definitiva, y la emocion denunciaba su propio sobresalto. La desolada madre exhaló un grito de dolor diciendo:

—¡Ah! ¡Mi hijo! ¡Mi hijo! ¡Me lo han robado!

Y quiso arrojarse de la cama; pero en aquel momento le faltaron las fuerzas y cayó desmayada.

El peligro de la jóven dama reanimó el valor de la dueña, quien solo pensó ya en prodigarle los auxilios que su situacion reclamaba, y en ocultar todas las huellas del acontecimiento de aquella noche. Al amanecer, doña Beatriz recobró el sentido, pero estaba delirando de fiebre: doña Leonor creyó que debía avisar á su tio, mintiendo para salvarla. Dijo que, hacia algun tiempo, su señora padecia una indisposicion acompañada de tristeza, que la inclinaba á estar siempre sola; y que durante la noche habia tenido un cólico y un ataque de fiebre; por lo cual consideraba indispensablemente necesaria la asistencia de un médico.

Al hacer esta relacion, la dueña procuró adivinar los pensamientos de D. Pedro en sus miradas; pero solo notó el ceño duro que le era habitual, aunque le pareció que la contraccion de sus ojos era mayor que otras veces.

Una hora despues, entraba un médico de Córdoba á visitar á la enferma: doña Leonor acertó á cogerle la mano, y se la apretó con disimulo; y el doctor fué bastante hábil para comprender que allí no solo se necesitaba su ciencia, sino tambien su prudencia.

El Adelantado entró en el cuarto de su sobrina detras de él, pero á una insinuacion suya se quedó fuera de la alcoba. Sin embargo, no pudo contenerse oyendo á la dama, que al ver al médico, empezó á gritar:

—¡Mi hijo! ¡Quiero mi hijo!

—¡Qué dice esa loca! exclamó D. Pedro lanzándose dentro y atropellando á la dueña, que intentó detenerle.

—¡Mi hijo! gritó con mas fuerza la infeliz, incorporándose cuando vió á su tio.—¡Qué habeis hecho de mi hijo! ¡Dádmelo! ¡Dádmelo!

El médico se volvió para contener con una mano al Adelantado, que se dirigia furioso á la cama, y con la otra hizo seña á doña Leonor para que calmase á la enferma.

—Salgamos de aquí, dijo á D. Pedro, ahora os explicaré lo que esto significa.

—Doctor, respondió el caballero: las palabras de esa desdichada no necesitan explicacion. ¡Su hijo pide! ¿Acaso tengo trastornado el entendimiento ó los oidos?

—Salgamos, repitió el doctor decidido á salvar á todo trance á su infeliz paciente. Vuestros oidos os engañan, y vuestro entendimiento, sin estar trastornado, puede recibir impresiones muy distantes de la verdad. ¡Medrados estaríamos, si hubiésemos de dar crédito á las palabras de un delirante!

Y luego que le hubo sacado fuera de la alcoba, continuó diciendo:

—Lo que padece vuestra sobrina es un desarreglo cerebral, una escitacion de la membrana piamater, que en las doncellas tiene mucha correlacion con los órganos de la maternidad: ese trastorno de la cabeza proviene del aislamiento y de la soledad: en prueba de ello...

—¡Qué me explicais á mí! prorumpió impaciente el Adelantado, encogiéndose de hombros.

—Eso es decir, que sabeis en este caso mas que yo, repuso asustadamente el médico. Veamos; yo debo enterarme de todo. ¿Qué hay aquí de particular?

—Yo no sé nada, contestó don Pedro.

—Pues entonces, dignaos escucharme y os pasmareis. El extraño delirio que tanto os alarma, es conocido de muy antiguo en la medicina, sin que á nadie le haya ocurrido interpretarlo como vos lo haceis; y en la actualidad son tan frecuentes los casos, que no puedo menos de atribuirlo á la constelacion reinante. ¿Quereis decirme cómo se explica esto?

Pon Pedro bajó la cabeza, no sabiendo qué contestar á un argumento tan decisivo: seguro de su victoria, el doctor continuó:

—No tengais duda, señor Adelantado. El influjo de los astros puede eso y mucho mas: la luna está en Géminis, y cuando la luna está en Géminis, el tiempo anda revuelto, y las mujeres padecen de la cabeza: por consiguiente, no hay que hacer caso de sus desvaríos. Figuraos, si vuestra sobrina tuviese un hijo que ocultar, ¿os

lo pediría á voces, y menos á mí, estando en su cabal juicio? Ya veis que no puede ser, y que no hay mas que lo dicho. Esta es mi opinion, *salvo meliori*.

El Adelantado pareció quedar algo tranquilo con estas esplicaciones del doctor; quien, despues de recetar algunos calmantes y de entregar á la dueña un elixir que sacó de su botiquin portátil, se despidió hasta otro dia, encargando que por espacio de ocho ó diez lo menos, la enferma no viese á ningun hombre, ni sintiese ruido cerca de su habitacion, sin lo cual peligraba su vida.



lo político, y como á tal estado en su capital. La
 vez que no puede ser, y que no hay más que lo dicho, es en
 opinión de los autores, el estado de la vida.

El Abogado parece poder alegar con estas espresio-
 nes del doctor, quien, después de recetar algunas estancias y de
 entrar á la quinta en el día que está de su habitación, se
 despidió hasta otro día, alegando que por el estado de la vida
 la casa, la estancia no tiene á ningún hombre, ni ningún niño
 en su habitación, sino que solo está en ella, y que el estado
 de la vida es el que está en el estado de la vida.

Los autores, como el doctor, dicen que el estado de la vida
 es el estado de la vida.

Los autores, como el doctor, dicen que el estado de la vida
 es el estado de la vida.

Los autores, como el doctor, dicen que el estado de la vida
 es el estado de la vida.

Los autores, como el doctor, dicen que el estado de la vida
 es el estado de la vida.

Los autores, como el doctor, dicen que el estado de la vida
 es el estado de la vida.

Los autores, como el doctor, dicen que el estado de la vida
 es el estado de la vida.

Los autores, como el doctor, dicen que el estado de la vida
 es el estado de la vida.

Los autores, como el doctor, dicen que el estado de la vida
 es el estado de la vida.

Los autores, como el doctor, dicen que el estado de la vida
 es el estado de la vida.

Los autores, como el doctor, dicen que el estado de la vida
 es el estado de la vida.



LIBRO SEGUNDO.

LOS ALFILERES DE LA REINA.

CAPITULO I.

El laurel de los siete siglos.



rande acontecimientos esperaban los pueblos españoles el año de gracia de 1491, décimo de la guerra de Granada y sexto de nuestra historia. Las innumerables proezas de los guerreros cristianos, y los esfuerzos verdaderamente titánicos de la primera Isabel en las últimas campañas, prometían el inmediato desenlace de aquella lucha, sostenida por el heroico pueblo español con una constancia de siete siglos.

La generacion que aguardaba este suceso habia visto sucumbir á Málaga despues de un sitio porfiado de muchos meses y de combates horrosos; las llanuras y los montes que rodean aquella ciudad convertidos en campamento, en inmenso taller, palenque, corte y

mercado; habia visto allanar las cordilleras de montañas y fragosas sierras, abrir ancho camino donde antes solo se posaban las águilas, para llevar socorro y víveres al ejército acampado delante de Baza, y á la Reina con sus damas, paseando á caballo junto á los muros enemigos, rendir á los sarracenos por las leyes de la galantería: esto fuera de Granada. En el recinto de aquel postrer baluarte de la morisma, las discordias civiles habian hecho dos reinos de una sola ciudad, levantando dos tronos donde no cabia uno, y dividido para siempre las voluntades y los intereses de un padre y su hijo, de un tío y su sobrino. Este, que era el mas débil por su carácter, y á quien los granadinos apellidaban el *Desventuradillo* (1), habia encontrado apoyo en las armas cristianas, y gracias á la política mañosa de Gonzalo de Córdoba, se hallaba convertido en esclavo de sus aliados. Granada luchaba todavía con valor; pero sus esfuerzos eran impotentes como la brega de un moribundo.

Establecíase el sitio de aquella ciudad, y como á una nueva Palestina, acudían los guerreros á millares: unos llegaban atraídos por la fama de románticas hazañas, otros por alcanzar las indulgencias de la Iglesia, otros ganosos de renombre ó de botín.

La fértil Vega de Granada, muy diferente en lo accesorio de como ahora la conocemos, estaba en gran parte arrasada: los mil fuertes avanzados que poblaban su feraz llanura existían en pié, unos guarnecidos por tropas españolas; otros por los vasallos del príncipe moro Cid-Yhaya, declarado súbdito de los reyes conquistadores; otros, en fin, por los defensores de la plaza.

Las faldas de la volcánica Sierra Elvira, desde el pueblo de Pinos hasta el lugar que hoy ocupa Santa Fé, parecían una vasta ciudad flotante: las tiendas de campaña, muchas de ellas grandes como palacios y construidas de riquísimas telas, poblaban aquel espacio; y en el contorno de la dilatada Vega, Yllora, Moclín, el Salar, Alhendín y hasta Dilar en los primeros recuestos de Sierra Nevada, ofrecían otros tantos puntos de apoyo á los ejércitos de España.

Sonreía tristemente la primavera, esforzándose por sembrar flo-

(1) Abu-Abd-Alí el Zogobí, por otro nombre Boabdil.

res, que al día siguiente hollaba y talaba el genio de la guerra; y el Genil, despojado de su corona, se deslizaba mansamente sobre su lecho de plata, renegando de su origen árabe, para ir á recobrarla mas allá de los montes, en tierra cristiana.

Era una noche serena y apacible, noche de Andalucía, bella y armoniosa, como la felicidad tranquila. Brillaban algunas luces diseminadas por todo el ámbito del campamento, y la luna llena difundía su resplandor azulado sobre la ciudad y la Vega, rielando en las aguas del Genil y en la túnica blanca de la Sierra-Nevada, que en el término del horizonte alzaba su frente orgullosa, medio ceñida por un turbante de nubes.

Velaban los centinelas del campo y los de la nueva Solima, y únicamente sus voces de «vela» turbaban de tiempo en tiempo el silencio y la calma de la naturaleza. Velaba también el amor, que incitado por su nodriza, la primavera, quería desagruarla llevando su aliento vivificador á los pechos juveniles, y poblando las almas, ya que no era posible los campos, de flores y también de espinas.

Junto á un ribazo de la Sierra Elvira, bajo un copudo pino y á la orilla de una fuente, reposaban dos hombres de muy diferentes edades y condiciones, segun su apariencia: el uno, enteramente cano, alto y vigoroso, vestía un traje modesto y un tabardo forrado de deslucidas pieles: el otro, jóven de veinte y dos años, hermoso y arrogante, llevaba unas magnificas ropas bajo la media armadura que ceñía su pecho; y en la cimera del casco, en lugar de penacho, la toca del turbante de un moro principal hecho dobleces, como trofeo de un triunfo singular.

A corta distancia de ellos se divisaba el bulto de otro hombre con dos caballos del diestro, el cual divertía su inaccion silbando la tonada de una trova, que cierta noche fué cantada junto á los muros de Córdoba, y que si mal no recordamos, comenzaba así:

«Ciego camino en noche tenebrosa;

«Ciego de amor, que tal es mi destino.»

Los dos primeros hablaban, y el jóven decía:

—No teneis que darme satisfacciones por lo que es efecto de

una fatalidad, que bien comprendo: vuestra suerte y la mia son semejantes en el eterno esperar, luchando siempre para merecer. Pero he llegado á recelar, señor Colon, que si en seis años no habeis conseguido un mal buque para ir á vuestro Catay, ni tampoco una seguridad de que esto se efectúe, no lo conseguireis nunca. ¡Y por Dios santo, que la desgracia de aquella mujer que sabeis, pesa sobre mi conciencia!

—Don Juan, no me habeis de eso, respondió Colon, que era el otro personaje: si toda la sangre de mis venas pudiese rescatar la felicidad de la noble dama, por mi fé de cristiano os juro, que la daria gustoso. Vos, mejor que nadie, sois capaz de comprenderlo: vos, que conoceis á fondo mis rectas intenciones, y que hace cinco años expiais una falta de irreflexion, sin que hayan bastado á rehabilitaros las penalidades del destierro, ni las proezas que os señalan entre los valientes con el nombre de el *Intrépido Encubierto*. ¡Ah! si, como á vos, me ayudasen los años y la calidad, otra seria mi suerte hoy dia. Yo tambien he peleado en esta guerra: en Málaga y en Baza, mas de una vez mi pecho se ha presentado al enemigo en primera fila. Pero yo no buscaba allí las distinciones que elevan al guerrero: sabia que estas no eran para mí, y peleaba solo con el ánimo de ayudar á la pronta terminacion de esta conquista, que es la rémora de mi fortuna y de mi triunfo.

—Pero, en suma, repuso el jóven, ¿conservais esperanzas de algun buen resultado?

—Si no las tuviese, ¿me veriais aquí? preguntó Colon á su vez. ¡Oh! Solo vos podeis oír lo que mis labios no pronuncian, ni mi rostro espresa jamás. Estos últimos seis años valen por veinte de mi vida: las humillaciones, los desprecios, las burlas de los ignorantes, hé aquí mis adelantos y honores; las fatigas continuas, el incesante rogar sin ser oído, hé aquí mi ocupacion, mientras arrosaba la escasez y acaso la miseria. Todo esto he sufrido, y mucho mas que callo, porque no se esplica, ni puede comprenderse: y sin embargo, espero y confio. ¡Qué no aguantaré, si tuve paciencia para escuchar á los sabios de Salamanca!—Un ángel vela por mí, la Reina; y esto me fortalece. Pero digo mal: tengo muchos ángeles que me sostienen: *ella...* mis hijos... vos mismo...

—¡Yo! exclamó el jóven, descubriendo su genio vivaz. ¡Buen ángel nos dé Dios!

—Sí, don Juan, repuso el marino: vos lo habeis sido para mí. Jamás olvidaré los favores que me habeis hecho, y sobre todo aquel que, estando yo ausente, dispensásteis á vuestra prima. Sin vos, ¿qué seria de ella, y de mi querido Fernando?

—Es verdad que algo hice; pero me tocaba de obligacion. Sin embargo, lo de aquella noche fué un milagro: caia mas nieve que hay en el picacho de Veleta: yo me habia entretenido al pié de unas rejas mas de lo regular, por echarla de valiente; y Sancho, por no ser menos, pasó el tiempo cortejando á una cuba en un figon vecino. Tal se puso, que cuando vino á recordarme que era muy tarde, no conocí su voz enronquecida: otro tanto le sucedió á la buena de doña Leonor, que al oírle, huyó espantada, y dejó la criatura en la escalera: y estuvo en nada que yo no le pusiese un pié encima. ¡Pobre angelito! Estaba tan dormido, que se hubiera ido á ver á Dios sin sentirlo; y por mas que troté, con él á caballo, no chistó en todo el camino.

Estos recuerdos arrancaron lágrimas á Colon, quien, despues que el jóven hubo concluido de hablar, volvió la vista hácia Granada y dijo:

—Dios le protegió: Dios, que me ha dado perseverancia para no desmayar en medio de tantas contrariedades y penas: Dios, que tan visiblemente favorece la causa de sus campeones. Ved allí aquella perla de los islamitas; no es ya mas que una fortaleza que se desmorona: pronto caerán sus muros, y el estandarte de la Fé ondeará sobre sus altas torres: ese tiempo me queda que esperar; y no dudeis, D. Juan, que está proximo á cumplirse mi destino. Este año que corre es el séptimo de mis ansias, y al concluirse, comienza para mí una nueva era.

—Ese año os concedo de plazo, señor Colon, repuso D. Juan esta vez con gravedad solemne: si al terminarse no se cumplen vuestras promesas, os declararé impostor.

—¡Jóven! exclamó Colon, como si se sintiese herido. No es, ni puede ser impostor el hombre que sostiene siete años sus palabras

contra la opinion general: será, si quereis, desventurado: pero no falaz.

Entretenidos en su conversacion, estos dos hombres dejaron pasar las horas, y oyeron el concierto marcial de las trompetas, que anunciaban el nuevo dia. Entonces don Juan se dispuso á partir.

—¿Nos volveremos á ver dentro de poco? le preguntó el marino.

—Muchas veces me vereis si os encontráis acaso donde arrece el peligro, le contestó el jóven. La Reina sabe que estoy aquí; no ignora ya quién es el Encubierto; pero se mantiene inflexible, y yo tambien lo seré hasta que S. A. me llame: sin duda no he hecho todavía lo bastante para merecer su perdon, y no quiero mostrar que lo imploro: lucharé hasta alcanzarlo por mis obras.

—Noble y digno proceder es el vuestro, don Juan. Id con Dios, y él os proteja.

—¡Vamos, Sancho! gritó el jóven á su escudero, al mismo tiempo que estrechaba la mano á Colon.

—¿Y á dónde vais ahora? le preguntó este.

—A la fortaleza de Alhendin: su alcaide es amigo mio.

Sancho acercó los caballos: tuvo el estribo y entregó la lanza á su amo, que se cubrió el rostro con la celada, y momentos despues marcharon ambos, uno en pos del otro, cruzando á galope por mitad de la Vega.

Colon permaneció un rato mirándolos, y se volvió al campamento, donde se preparaba una incursion aventurada. Pocos dias antes, el Rey habia hecho plantar un altar á tiro de ballesta de la ciudad mora, y habia ido con los principales jefes de su ejército á celebrar allí la ceremonia de armar caballero al príncipe D. Juan. La Reina deseaba ir tambien á contemplar de cerca á Granada, y habia elegido para ello el pueblo de La Zubia.

La preferencia de este lugar consistia en el influjo de una tradicion árabe referente al mismo.

A la entrada del pueblo, y sobre un pequeño ribazo, se alzaba un antiguo edificio moruno, ya varias veces reedificado, al cual daba sombra un corpulento laurel.

Contaba la tradicion que este árbol habia sido plantado por un Genio, el dia mismo que los árabes invadieron á España, y que á él estaba estrictamente ligada la suerte del imperio muzlime en nuestra patria: los moros granadinos le tenian mucha veneracion, y cuando lo perdieron, fué aquel un dia de luto y desconsuelo para ellos. Conservaban en sus archivos el augurio misterioso de un santón de las primeras edades, el cual decia poco mas ó menos lo siguiente:

«Las raices del árbol sagrado que respetan las nubes nutren las gloriosas ramas, que llegan hasta donde puede la luna llena, cuando el cáncer la muerde. Ningun árbol de su especie fué jamás herido por el rayo; pero este lo será siete veces por la ira de Dios, que mira desde lo alto los pecados de los malos creyentes: y el primer rayo le quitará una rama, y el segundo otra rama, y así el tercero y cuarto, hasta el sétimo, que será la señal del juicio y de la consumacion de todas las desventuras. ¡Ay de aquellos que lo vieren! Sin patria ni hogar, sin amigos ni conocidos, vagarán por la tierra; y los que queden serán como pasto de lobos. Así está escrito. Rogad, fieles, rogad á Dios misericordioso y á Mahoma que es su profeta.»

Y referian los ancianos á sus hijos, y estos á los suyos, que el laurel de La Zubia habia sido despojado ya seis veces de sus mejores ramas, en el trancurso de muchos siglos; y estos acontecimientos coincidian con las fechas de los desastres mas memorables de los moros españoles: fué el primer rayo cuando acació la batalla de Covadonga; fué el segundo al tiempo de la rota y muerte de Almanzor; fué el tercero pocos dias antes de la batalla de las Navas de Tolosa; fué el cuarto cuando la conquista de Sevilla por el rey San Fernando; fué el quinto mientras el rey de Granada, auxiliando á los moros de Marruecos, sufría la espantosa derrota del Salado; y el sexto, en fatal hora, el dia que nació Boabdil.

La proximidad de esta última señal infundia confianza á los granadinos de que tardaria mucho aun el cumplimiento del augurio: sin embargo, algunos santones habian recorrido las calles y plazas de la ciudad, anunciando su inmediata ruina con lamentables ayes.

Otras particularidades se contaban del fatídico laurel, siendo pública voz, que de su tronco carcomido y horadado hasta debajo de

tierra se desprendían unos vapores luminosos, cuando la vecina Sierra Elvira, de formación volcánica, temblaba y hacía temblar toda la comarca; lo cual se consideraba como presagio de calamidades: y decían los más fanáticos que, al caer el sétimo rayo, se trasladaría el árbol á Granada, y esta ciudad quedaría destruida por un terremoto.

Bastaban tales presagios para que la reina doña Isabel tuviese deseos de contemplar el objeto de sus desvelos cobijada por la sombra del laurel, que los infieles consideraban tan ligado á su destino. Y con efecto, aquella mañana, después de haber oído la misa que se celebró en el campamento para todo el ejército, cubrió sus delicados miembros con una brillante armadura, montó á caballo, y acompañada del Rey, de sus principales damas y de una escolta numerosa, marchó á La Zubia. Un destacamento mandado por el marqués de Cádiz se adelantó para cubrir la línea fronterera á la plaza sitiada.

Largo rato hacia que doña Isabel miraba á Granada, que desde aquel paraje ofrecía á la vista, en escalonado panorama, sus muros torreados, sus palacios y sitios de recreo, elevándose gradualmente y como un continuo vergel hasta el cerro del Sol, que domina la Alhambra y el Generalife, cuando se oyó á lo lejos grande algazara, y se vió aparecer multitud de moros, de los cuales unos coronaban las murallas, otros salían al campo en ordenado escuadrón, apoyados por numerosa infantería y alguna artillería.

No les dejó tiempo el marqués de Cádiz para llevar á cabo la sorpresa que sin duda meditaban; pues cambiando el frente de sus guerreros escogidos, se interpuso entre los enemigos y la posición que ocupaba la Reina con su corte. Al punto se trabó un reñido combate, donde los moros luchaban por alcanzar un triunfo decisivo, y los cristianos por defender sus más caros objetos.

Dos horas duraba ya aquella desesperada refriega, sin que doña Isabel consintiese en retirarse del lugar del peligro, atenta solo á sostener con su presencia el valor de sus guerreros: únicamente había mandado retirarse á las damas que no mostraban suficiente serenidad en aquel trance; pero permanecían á su lado la varonil marquesa de Moya, doña Juana de la Torre y una bellísima joven,

que habia entrado á su servicio, como menina de la infanta Isabel. Era esta jóven doña Sol de Guzman, hermana del señor de Toral.

—Retírate también tú, hija mia, si tienes miedo, le decia la Reina con aquel tono afable, que solo ella sabia dar á sus palabras: no es en nosotras obligatorio el valor, aunque descendamos de héroes: basta que sepamos inspirarlo.

El rostro de doña Sol se encendió de rubor al oír esta observación, que para ella tenia un significado directo: las proezas de don Juan, ¿no eran debidas á su amor? Timida y pudorosa, la bella niña bajó los ojos y contestó:

—Si V. A. me lo permite, permaneceré aquí: mi obligación es imitar á V. A.

—No me opongo á que te quedes, repuso la Reina; pero tampoco te obligo. ¿Crees tú necesario imitar lo que hago ahora? Dí sin temor tu pensamiento.

—Señora, respondió la jóven mas encendida aun: siendo un deber nuestro inspirar el valor, yo creo que no debo mostrarme cobarde en esta ocasion.

Doña Isabel miró á la marquesa de Moya sonriéndose, y cambió con ella un gesto de aprobacion.

La jóven menina no pudo verlo: sus ojos distraidos acababan de fijarse en un guerrero encubierto, que cruzaba el campo á todo escape, dirigiendo espresamente su carrera hácia el sitio donde ella estaba. La Reina reparó en él, y se inclinó al oído de doña Juana de la Torre, en cuyo rostro brilló un destello de satisfaccion.

El Encubierto llegó hasta unos diez pasos de distancia, hizo parar de pronto á su caballo, y le obligó á humillarse: iba á retroceder, despues de hecho este acatamiento, cuando zumbó en el aire una bala de falconete, la cual fué á dar en el antiguo laurel, y le cortó una rama, que cayó á los piés de la Reina.

—¡Feliz agüero! exclamó esta sin perder su pasmosa serenidad. El rayo ha herido por sétima vez el laurel de los siete siglos. ¿No habrá un caballero que se encargue de llevar esta nueva á los moros de Granada?

El Encubierto echó pié á tierra, y se acercó mas á doña Isabel;

la cual, viéndole indeciso en recoger la rama, por temor de no interpretar fielmente su pensamiento, le dijo:

—Podeis tomarla, y despues que hayais hecho buen uso de ella, volved á verme.

El caballero se inclinó precipitadamente, cogió la rama, hizo un saludo, y recobrando su caballo de un salto, partió veloz hácia donde mas arreciaba el combate, agitando en alto aquel trofeo, como si fuese una bandera.—La Reina miró á doña Sol, que está vez estaba pálida como la cera: y siguiendo el consejo de su esposo, determinó retirarse de aquel sitio, enfilado ya por los tiros de la artillería sarracena.

Entre tanto, el Encubierto llegaba casi al pié de los muros de la ciudad, agrupando en torno suyo á muchos soldados, que andaban dispersos por la pérdida de sus jefes, y alentándolos con estas palabras:

—¡Ánimo, valientes, que á vencer vamos! ¡Si os falta una bandera, ved aquí esta, que anuncia triunfos á los defensores de la fé. Dios la ha puesto á los piés de la Reina en señal de victoria: seguidme á plantarla sobre los muros de Granada!

Con menos, con un simple pañuelo habia enardecido Pulgar los pechos de aquellos valientes, alcanzando un señalado triunfo en los campos de Guadix. Todos siguieron al Encubierto, cuyo valor ya conocido les inspiraba confianza; y este movimiento fué de grande ayuda para el destacamento cristiano, pues su jefe, el marqués de Cádiz, acababa de ser gravemente herido: y solo así se consiguió que los moros, temiendo verse cortados por la espalda, retrocediesen para no perder el apoyo de la ciudad.

Pero habian avanzado mucho, y no pudieron recobrar á tiempo sus naturales defensas: acorralados en medio de las fuerzas cristianas, pronto conocieron que, solo abriéndose un paso podian librarse de la muerte; pues la caballería del marqués, acaudillada por su hermano don Manuel, habia conocido la ventaja que acababa de darle el Encubierto, y se arrojaba sobre ellos con extraordinario denuedo.

En pocos momentos, la dudosa refriega se convirtió en derrota para los musulmanes, que abandonando las piezas de artillería, cor-

rieron en desordenada fuga hácia la ciudad: su número, no su valor, atropelló las escasas fuerzas que mandaba el Encubierto; el cual, rehaciendo su pequeña hueste, y ocupando la primera línea de los vencedores, siguió al alcance de los vencidos, acuchillándolos y tremolando su estraña bandera.

—¡Temblad! Temblad, perros moros, les gritaba al mismo tiempo en algarabía. Ved aquí el laurel de la Zubia, que se traslada á Granada. ¡El rayo de vuestras armas lo ha herido por sétima vez!

Y estas palabras aterraban mas á los muzlines que las lanzadas y los fendientes; y en proporecion de su pavor, crecian el aliento y la bravura de los cristianos.

Pocos de aquellos escaparon de la matanza, y estos pocos llegaron huyendo hasta la plaza de Bib-Rambla, gritando alarma, y diciendo que la ciudad era entrada.

Y no mentian, aunque era exagerado su temor: el Encubierto, seguido de algunos pocos guerreros temerarios, habia traspasado las puertas de Bib-Taubin, y sosteniendo allí una desesperada lucha, acababa de arrancar una bandera de un baluarte avanzado, plantando en su lugar la rama de laurel.

Pasar mas adelante no hubiera sido ya temeridad, sino locura. Los moros rehacian sus fuerzas, y acudian en mayor número para defender sus reparos; y el Encubierto, satisfecho de su hazaña, corrió á juntarse con los suyos, tremolando la bandera granadina.

Las tropas del marqués de Cádiz se retiraron en buen orden, escoltando á su jefe, que iba tendido en una camilla de lanzas: llevaba una pierna rota; pero el dolor no asomaba á su rostro, antes veíasele animado por el placer de la victoria.

Cerca de él, lo bastante para que llegase á verle, iba á caballo un hombre cano, cubierto con un simple peto y un ligero casco, y lleno de sudor y polvo: conocíase que no habia estado ocioso durante la pelea; mas ahora caminaba cabizbajo y con modesta compostura. El marqués dirigia palabras amistosas á cuantos le rodeaban, y no le faltaron algunas para nuestro hombre.

—Acercaos, Colon, le dijo: ¿vos tambien habeis trabajado esta mañana?

—También, señor, contestó el marino. La señora Reina se digna mantenerme, y de algun modo he de ganar mi soldada.

La hueste vencedora llegó en breve á La Zubia, donde los reyes la esperaban, rodeados de su corte, bajo el laurel de los siete siglos. La Reina prodigó sus consuelos al marqués, disponiendo que al punto se le administrasen los auxilios que su estado reclamaba, y dispensó en el acto gracias á los que las habian merecido. Colon no apareció allí: estaba retirado en las últimas filas.

El Encubierto se presentó, segun se le habia mandado; rindió su bandera á los piés de la Reina, y dobló una rodilla.

—No es esa la bandera que os entregué, le dijo doña Isabel. ¿Qué hicisteis de ella?

—Señora, contestó el guerrero; la he cambiado por esta, y en Granada queda. Si V. A. me lo manda, volveré por ella.

—No; ya iremos á recogerla otro dia, para que la pongais en el escudo de vuestras armas. Creo que no estará mal, sobre una torre, un brazo armado con un ramo de laurel.

—Gracias os doy, señora, por tan señalado favor, contestó el caballero alzándose la visera, y mostrando á los espectadores atónitos el rostro juvenil y bello de D. Juan de la Torre.

Doña Sol estaba tan turbada, que necesitó para sostenerse el apoyo de una de sus amigas: doña Juana vertia lágrimas de contento y gratitud.

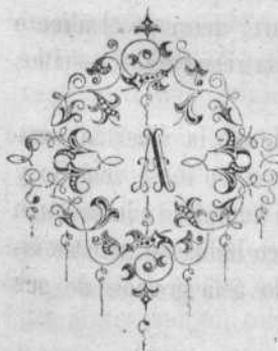
Pero la Reina, recobrando su severidad, añadió sin dar la mano á besar á D. Juan.

—Jóven, teneis ya un lugar en nuestros ejércitos: lo habeis conquistado, y os pertenece. Haced algo mas para merecer nuestra entera benevolencia; y recordad siempre, que os quiero valiente, pero no temerario.

Don Juan se inclinó profundamente y se retiró. Sabia que se le otorgaba la facultad de alternar con los guerreros; pero que se le prohibia la entrada en la corte.

CAPITULO II.

Granada cristiana.



dos leguas escasas de Granada, y en medio de la fecunda Vega que se extiende á sus plantas como una alfombra persa, existe una pequeña ciudad, mas notable por los recuerdos históricos de su origen, que por su importancia real: llámase Santa-Fé, y debe su existencia y su nombre al celo ardiente y á la inalterable firmeza de la reina Isabel en su propósito de acabar la reconquista de España.

Despues de la batalla de La Zubia, los moros granadinos hicieron desesperados esfuerzos para resistir al poder de los ejércitos cristianos; mientras estos, seguros de su triunfo, se limitaban á ganar tiempo, á fin de ahorrar la inútil efusion de sangre. Poseian la Vega y dominaban todas las entradas de la ciudad; por lo cual, considerándose ya como dueños de todo, pasaban los días en fiestas y torneos; y el rechazar los ataques colectivos ó

personales del enemigo era para ellos ocasion de entretenimiento y solaz.

A tal punto de flaqueza habia llegado aquel soberbio pueblo de invasores y fanáticos, que en solo una batalla hundió para siempre la monarquía goda, y que en una correría pudo estenderse desde el Estrecho hasta mucho mas allá de los Pirineos.

Confiaban los moros en la venida del invierno, que suele ser por demás lluvioso en aquel país, para verse libres temporalmente de sus contrarios, y recobrar algunas de sus ventajas perdidas; y esta confianza les hacia dilatar los tratos de la capitulacion ya propuesta. Pero doña Isabel, para mostrarles cuán fútiles eran sus esperanzas, hizo construir en dos meses una ciudad murada en el lugar del campamento, para dar abrigo y seguridad á su ejército. Esta ciudad, que los jefes y prelados quisieron denominar *Isabela*, fué bautizada por la Reina con el nombre mas expresivo de Santa-Fé, como testimonio del objeto de su fundadora.

¿Qué podian esperar los descendientes de Alhamar, cuando, al abrir los ojos á la luz del dia, viesen aquella ciudad cristiana levantada enfrente de la suya? Nada podia espresarles con mas elocuencia la irrevocable decision de los reyes de España: y con efecto, aquella ciudad construida en forma de cruz, descuajó el aliento de sus ánimos, y les hizo exclamar con dolorosa resignacion:—¡Dios lo quiere!

Desde que Boabdil, cautivo en Córdoba, obtuvo la libertad, estaba obligado á entregar su reino, tan luego como fuese vencido y espulsado de él su tio el Zagal: esto se habia cumplido con la toma de Baza, Guadix y Almería; y si el Rey Chico habia opuesto resistencia, quebrantando sus pactos, era cediendo á la presion de sus mismos vasallos.

Pero desde el momento en que no quedó lugar á la esperanza, fué forzoso capitular: el tratado de rendicion se firmó secretamente en la Alhambra por el último rey de Granada, y durante algunas semanas permaneció reservado, mientras se preparaba el espíritu público á recibirlo sin escándalo.

Al fin amaneció el dia 2 de enero de 1492: era el señalado para la entrada triunfal de los vencedores, y apenas el sol se mostró bri-

llando sobre las perpétuas nieves de la Sierra, todos los moradores de la pequeña ciudad de Santa-Fé se pusieron en movimiento, radiantes de alegría: la corte y el ejército, vestidos de gala, se encaminaron á Granada, y los nuevos pobladores de los lugares comarcanos acudieron en tropel á presenciar la gran fiesta, que iba á poner término á un drama de siete siglos de lucha.

Delante de todos marchó el Gran Cardenal de España con una escolta de los principales caballeros, el cual subió la colina llamada entonces de Abul y hoy de los Mártires, llevando la cruz de plata, que debia enarbolar, como estandarte de la Fé, en la mas alta torre de la Alhambra. A la mitad de su camino encontró un fuerte escuadron de caballeros moros, al frente de los cuales venia el desventurado Boabdil ó Abd-Alí, seguido de su madre, la indomable reina Aixa.

El cardenal le indicó el parage donde habia quedado el rey don Fernando, quien haciendo política de la religion, no habia querido entrar en la ciudad hasta que el signo de la Redencion hubiese reemplazado á los estandartes de Mahoma; y permanecia con el grueso del ejército en la llanura y á corta distancia de la puerta de Bib-Taubin. La Reina, mas piadosa de corazon, y compasiva con los vencidos, estaba en Santa-Fé todavía, aguardando que el Rey Chico y su familia y corte se alejasen de aquellos lugares de su desventura. Temia quizás enternecerse en presencia de tan inmenso infortunio.

Boabdil llegó hasta donde estaba el Rey de Aragon, que tuvo con él todas las consideraciones debidas á su clase y estado, le saludó y le entregó las llaves de la ciudad; y sin detenerse un punto mas de lo necesario, partió lentamente con su comitiva, y no paró hasta llegar al desfiladero, célebre hoy dia, donde por última vez se volvió á contemplar su querida ciudad y sus palacios, y que desde entonces tomó el poético nombre de *Suspiro del moro*.

Sus ojos empañados por las lágrimas pudieron ver los reflejos de la cruz de plata que brillaba sobre la torre del homenaje, y sus oídos percibir el estruendo de las lombardas, mezclado con los gritos del ejército y el pueblo alborozado, y con las armonías del *Te-Deum* que se cantaba en la márgen izquierda del Genil.

La solemnidad de aquel día sobrepujaba á cuantas se habian celebrado en la toma de posesion de las demás ciudades: la muchedumbre miraba con asombro, y como si no diese crédito á sus sentidos, la consumacion de una obra por tantos años deseada, y prorumpió en aclamaciones frenéticas cuando se vió tremolar los estandartes real y de Santiago á los lados de la cruz de Toledo: el alborozo escedió á toda comparacion, cuando resonaron las vibraciones de una campana bendita sobre la torre de la Vela.

Los mas poseidos de sentimientos religiosos se agrupaban en torno de la reina Isabel, que acababa de llegar con su brillante séquito de hermosas damas, como si allí hubiese una atmósfera moral que les atrajese; y entre ellos estaban Cristóbal Colon y su amigo don Juan de la Torre, cuyos semblantes, acordes en parte con el contento general, no espresaban, sin embargo, toda la satisfaccion de que los demás se mostraban poseidos.

La Reina pasó á juntarse con el Rey para la entrada triunfal; don Juan siguió con la vista ó doña Sol, que habiéndole reparado en él, bajó los ojos; y se apartó á un lado, mientras desfilaba el numeroso ejército, testigo de sus hazañas. Sentíase disgustado por su escasa fortuna; pues á pesar de sus esfuerzos, no habia conseguido el favor de alternar en la corte, y hacia un año que, viendo diariamente á su amada, no habia tenido el placer de hablarle una sola vez.

Él y Colon se encontraron en medio de la multitud curiosa, y el segundo, extrañando verle en traje ordinario y separado del ejército triunfante, le detuvo, y le dijo:

—¿Cómo es, señor don Juan, que en este día, verdaderamente solemne, os miro lejos del puesto que habeis sabido ganar con vuestra espada?

—¿Cómo es, señor Colon, preguntó á su vez el joven caballero, que os hallo lejos del lugar que debiérais haber ocupado ya con vuestra constancia?

—No estoy demasiado lejos, repuso Colon, si las palabras reales son algo mas que palabras. ¿Pero vos?...

—Yo, contestó el joven, soy desdichado... Pero hablemos de vuestro asunto: el plazo está cumplido: Granada es ya cristiana. ¿Qué esperais?

—Una nueva audiencia en que se decida mi suerte.

—Y si la decision fuese adversa, ¿qué pensais hacer?

—Acudir sin demora al amparo de otro reino. Mi hermano Bartolomé está ya en Inglaterra, y solo aguarda mis órdenes para hacer la proposicion al rey Enrique.

—No os precipiteis, señor Colon, dijo D. Juan con gravedad superior á sus años: si la corte de Castilla y Aragon os niega su apoyo, medios habrá para llevar á cabo vuestra empresa, sin salir de España.

—¿Cuáles? preguntó Colon meneando la cabeza.

—Yo soy rico, respondió el jóven; soy ya mayor de edad y puedo disponer de mis bienes. Creo que con ellos sobraré para armar un par de carabelas y mantener la gente necesaria. Iremos en busca de esos paises prodigiosos que anhelaís encontrar, y será nuestra toda la gloria.

—Cierto, repuso el marino con calma; y trabajaremos para otros y acaso se nos hará un crimen de la invencion. Jóven, mi empresa no se puede acometer sino bajo el amparo de una testa coronada: es preciso que lleve la sancion de un poder soberano, para que merezca la aprobacion del Santo Padre, y el respeto de todo el mundo. Yo agradezco vuestra oferta generosa; pero sabed que algunos potentados de España me han querido ayudar, y han retrocedido ante esa consideracion.

—¿Quiénes son esos potentados que tienen miedo? preguntó el jóven con su natural desenfado.

—Son los poderosos duques de Medinaceli y de Medina-Sidonia. Creo que, sabiendo sus nombres, respetareis los motivos que les han impedido acometer por su cuenta y riesgo la empresa.

—Verdaderamente, si ellos no lo han hecho, nadie lo puede hacer, contestó D. Juan. Mas ahora, ¿en quién confiais?

—En la Providencia divina, repuso Colon. No sé si sabeis que el Padre Marchena vino al campo á dar impulso á mis gestiones. Pues bien, se le prometió ocuparse con preferencia de mi negocio, tan pronto como los Reyes entrasen en Granada, y esto ya es hecho. Ahora, mi resolucion está tomada: si en el término de una semana no se acuerdan de mí, dejaré esta corte para siempre.

—¡Dejar á España! repitió el jóven con actitud pensativa. ¿Y vuestro hijo? ¿Quién cuidará de él?

—¿De cuál habláis? Tengo dos, respondió el marino.

—Bien sabeis cuál de los dos me interesa.

—Sí, Fernando: no os inquiete su suerte; irá á juntarse con su hermano Diego en el convento de la Rábida.

—¿Y revelareis el nombre de su madre?

—No, D. Juan: y extraño que me hagais estas preguntas conociéndome. Fernando no tiene padre ni madre, hasta que plegue á Dios dárselos. El superior de aquel convento es la única persona que sabe de quién es hijo; pero lo sabe bajo el secreto de la confesion; y en este delicado asunto nada me inquieta, nada me aflige, mas que las penas de la pobre madre.

—De todos modos, concluyó el jóven, lo mejor será que no vayais á país extranjero. Yo sé que el rey de Portugal os recibiria con los brazos abiertos, si quisiérais volver allá; pero no creo que seais capaz de abandonar esta tierra, que debeis considerar como vuestra segunda patria.

—Me haceis justicia, D. Juan: yo no dejaré este suelo, porque lo tengo jurado, sino cuando no me quede un átomo de esperanza; y si hubiese de hacerlo, estad seguro de que no iria á Portugal. Sé mejor que vos que allí me desean; y en prueba de ello, añadió Colon sacando un papel, ved aquí donde me solicitan en nombre de don Juan II; pero yo no trato jamás con el que una vez me ha engañado, aunque ciña sus sienes una corona.

—¡Esa carta!... exclamó el jóven como inspirado por una idea repentina. ¿Podeis confiármela? Creo que puede servir de grande estímulo para dar cima á vuestra pretension.

—Lo sé, y por lo mismo la guardo.

—Dejádmela.

—No puedo; se la he prometido al señor de Santángel y tengo que dársela hoy mismo.

—¿Esperais algo de aquel aragonés incivil?

—Sí, mucho, señor D. Juan; y hacedme la merced de no hablar mal delante de mí de ninguno que se llame mi amigo.

—Si no os escudara nuestra antigua amistad, seria cosa de estar

siempre riñendo con vos, dijo el jóven algo picado del tono impo-
nente de Colón. Por la menor cosa os alteráis.

—No me altero, amigo, repuso nuestro piloto: soy siempre el
mismo: fiel á los que me aprecian; tanto á vos, como á los demás.

Hablando así, Colón y D. Juan siguieron los pasos del ejército y
del pueblo, que tomaban posesion de la ciudad conquistada, y su-
bieron hasta las fértiles colinas sobre que está fundada la Alham-
bra, donde la naturaleza parece haberse complacido en conservar
perennes el verdor y las flores.

La corte divagaba ya por los fantásticos y risueños aposentos del
palacio árabe, perfumados aun por los aromas orientales; y las be-
llas damas castellanas tomaban asiento en los cojines, que acaso
conservaban el calor de alguna princesa mora.

En aquellos primeros momentos, la embriaguez del triunfo ape-
nas dejaba lugar á la curiosidad, que naturalmente debia escitar la
mas bella mansion de los príncipes mahometanos españoles; pero á
medida que se iba calmando la efervescencia del entusiasmo cívico
y religioso, los caballeros recorrían aquel recinto encantado, admi-
rando las maravillas del arte contenidas en el gran salon de Comá-
resh, en la sala de los Abencerrages ó en el patio de los Leones; y
las jóvenes corrían en grupos, como bandadas de mariposas, á con-
templar otras maravillas; las flores rozagantes y olorosas, en medio
del invierno, y las vistas pintorescas que se gozan desde la galería
y el mirador de Lindaraja.

Desde este punto, pudo llamar su atencion el gracioso pensil lla-
mado *Generalife*, cuyos pabellones de calado encaje (que tal
parecen) asomaban medio escondidos entre bosques de laureles,
arrayan y otras plantas de verdor perpétuo, y aparentemente fun-
dados sobre zócalos de rosas. Aquello era en verdad un prodigio,
en que la naturaleza y el arte competían: en una altura tal, que las
aguas del rio que corre por la base del monte casi se pierden de
vista; encontrar jardines floridos en la estacion de los hielos, debió
de parecer á las imaginaciones juveniles obra de magia ó de encan-
tamiento.

Las puertas de aquel bello sitio, como las de todos los demás lu-
gares de recreo, estaban aquel día abiertas para los cristianos, en

celebridad del feliz suceso. Don Juan y Colon entraron en él, y le hallaron á la sazón desierto; de modo que las jóvenes asomadas al mirador de Lindaraja pudieron notar su presencia y recrear mas su vista; pues el mas hermoso paisaje carece de alegría si el hombre no lo anima. Entre ellas estaba doña Sol: vióla don Juan, y desde aquel momento perdió la ilacion de sus discursos, y quedó como petrificado al pié de un cedro, que cubria el cielo con su pomposo ramage. A las palabras de Colon solo supo ya contestar frases incoherentes.

«Conoció el marino la causa de su distraccion, y así le dijo:

—Este jardín es bello, y su atmósfera os embarga los sentidos; si quereis gozar de él, yo no os lo estorbo, don Juan; y con vuestro permiso vóime á ver si encuentro al señor de Santángel.

—Sí, bien hareis en no descuidaros, respondió el jóven. Yo aquí me quedo: esto es muy delicioso.

«Colon salió del Generalife y se encaminó á la Alhambra. Don Juan permaneció arrimado al tronco del cedro, sin reparar en las bellezas materiales que le rodeaban. Sus ojos estaban fijos en el Mirador, donde doña Sol habia quedado sola y aparentaba no mirarle; pero estaba como pensativa y distraida.



CAPITULO III.

Como la Reina, cosiendo, se acordó de Colon.



nes ó cuatro días después, el trastorno consiguiente á un cambio tan radical en la suerte de Granada parecia no haber existido: los moros de la ciudad, tratados con benevolencia, segun las políticas órdenes del rey Fernando, estaban tranquilos sin echar de menos la pérdida de sus antiguos dueños; y los cristianos se sentian á susanchas en la segura posesion de su mas codiciada conquista.

El peso de los negocios graves recaia ya todo sobre el Rey: su ilustre esposa, en quien la piedad y la dulzura no cedian el puesto sino á las necesidades públicas de gran monta, se habia sustraído al tumulto de aquella corte guerrera, y buscaba en los tiernos afectos de la familia y en los solaces de la amistad ocupaciones mas adecuadas á su delicadeza de mujer.

Si con los ojos de la imaginacion nos trasladamos al magnífico salon de Comáresh, lo encontraremos en gran manera transformado:

allí veremos los altos muros, coronados por atrevidos cupulinos, que parece suben á sorber la luz del cielo, cubiertos de afiligranadas labores, entre las cuales serpentean las inscripciones árabes, tomadas de versículos del Coran; veremos los balcones entallados de la misma labor, y contruidos en forma de moriscos agimeces; encontraremos aun las pilas de cogines de púrpura y oro, que tal vez sirvieron de trono al feroz Muley-Hazen ó á su hermano el indomable Abdalah. Pero, formando extraño contraste con estos objetos, veremos tambien sillas doradas de forma gótica; mesas con tapetes bordados, en que campean las iniciales I. F. sobrelazadas con el yugo y las flechas; una imágen de Jesus crucificado y trofeos de armas nunca usadas por los secuaces del falso Profeta.

En un ángulo de esta régia estancia estaba el Rey escribiendo en una mesa, y nadie osaba acercarse á él, escepto el Padre Talavera, que acababa de ser elevado á la dignidad de arzobispo de Granada.

La reina ocupaba el extremo opuesto de la sala, y cosia una camisa para su esposo: rodeábanla unas cuantas personas de su íntima confianza, entre las cuales se contaban, como ya hemos tenido ocasion de indicarlo, doña Beatriz de Bobadilla, marquesa de Moya, doña Juana de la Torre y doña Sol de Guzman.

Esta jóven habia perdido á su tutora la duquesa de Medina-Sidonia, y aunque tenia su hermano el señor de Toral, vivia bajo la proteccion de la Reina, y estaba al cuidado de la nodriza del príncipe, que se interesaba por ella en consideracion á su doble carácter de ilustre huérfana y de pretendida de su sobrino don Juan.

Este podia decir que no tenia en la corte persona mas amiga, ni mas enemiga que su tia: dispensándole en todo un verdadero afecto de madre, la noble dama era inflexible con él en la cuestion de conducta y el mayor obstáculo á la satisfaccion de sus amores. No ocultaba á nadie que su mayor placer seria verle unido á una jóven de bellas cualidades, y manifiestamente hacia el elogio de doña Sol; pero aseguraba al mismo tiempo que se opondria con todas sus fuerzas á semejante union, y hasta á las relaciones íntimas de ambos, mientras él no diese pruebas de haber sentado la cabeza; lo que, en su sentir, seria cuando alcanzase á merecer la completa confianza de la Reina.

Hemos dicho que doña Isabel cosía una camisa, lo cual parecerá inverosímil á los que no sepan que aquella gran señora tenia el sistema de enseñar con el ejemplo, y daba á las modestas ocupaciones de la mujer una importancia considerable sobre el influjo moral que el sexo débil está llamado á ejercer en la sociedad. Con la aguja y la rueca habia transformado la corte licenciosa de Enrique IV en una escuela modelo de matronas dignas y sábias y de virtuosas doncellas. Pero aparte de estas consideraciones del buen ejemplo, que desde el palacio Real descendia hasta la casa mas humilde, doña Isabel obraba así por gusto, sintiendo un verdadero placer en trabajar para su marido, á quien tiernamente amaba, sin desconocer sus faltas.

Las damas que la acompañaban todas tenian entre manos alguna labor, y solo de vez en cuando la suspendian para responder á las palabras que les dirigia la Reina, en voz baja, para no turbar las meditaciones de D. Fernando.

—Hace algun tiempo que no he visto al piloto genovés, por quien tanto te interesabas, marquesa, dijo á la de Moya. ¿Sabes algo de él, hija mia?

—No há mucho, contestó la marquesa, corrieron voces, señora, de que el pobre Colon, solicitado por D. Juan II, trataba de volver á Portugal; y seria una lástima que lo hiciese, y que fueran perdidos para Castilla sus vastos proyectos.

—No creo que haya partido, repuso doña Isabel. Cuando vino á vernos el Padre Marchena, me indicó algo de eso, y me dijo que Colon no marcharía sin mi consentimiento. ¿Ninguna de vosotras le ha visto estos dias?

Doña Sol levantó la vista de su labor, y sus ojos se encontraron con los de la Reina, que la estaba mirando.

—Sí, señora, contestó la jóven con una precipitacion de que se arrepiñtió en seguida. Yo le ví el dia de la toma de la ciudad.

—Yo tambien le ví, dijo doña Juana; por cierto que no estaba solo.

—¿Con quién estaba, Sol? preguntó la Reina.

La jóven se ruborizó para contestar; pero su ingenuidad no le permitia mentir.

—Con D. Juan de la Torre, dijo: son muy amigos.

—Y á lo que parece, añadió la Reina, nuestro caballero *Encubierto* es un decidido partidario del proyecto de Colon. Mas, á pesar de eso, y de su afición á correr aventuras, dudo mucho que se determinase á tomar parte activa en la expedición del genovés.

—Sin embargo, señora, dijo doña Juana: yo tengo motivos para creer que mi sobrino abriga el mas ardiente deseo de ver á Colon en camino, y de acompañarle, si sabe que de este modo ha de emplearse en el servicio de Dios y dar gusto á V. A. De lo primero estoy casi segura; pues las miras del sábio navegante son elevadas, y conducirán, si no me engaño, á dilatar los dominios de la fé cristiana. Mi sobrino, aunque inquieto y revoltoso,—V. A. sabe que yo no disimulo sus faltas,—es en el fondo noble, caballero y buen católico, y me consta que no le detendrá ningun riesgo, con tal que conduzca á borrar la memoria de sus antiguos extravíos.

—Así lo creo, repuso la Reina, mirando con disimulo é insistencia á doña Sol; la cual, permaneciendo con la vista fija en su labor, no podia ocultar el interés que tomaba en esta conversacion.—Así lo creo; pero lo que importa saber es, si el pensamiento de Colon merece nuestro decidido apoyo, y si en efecto habrá caballeros dispuestos á seguirle espontáneamente en su arriesgada empresa. ¿Qué opinas de esto, hija mia? preguntó á la marquesa de Moya, á quien siempre daba esta calificación afectuosa.

—Mi opinion, señora, contestó la marquesa, ha sido siempre favorable al proyecto del genovés; y la inalterable constancia de ese hombre corrobora hoy mi fé en sus brillantes promesas, que creo deberian aceptarse, aunque solo sea en consideración á la grande idea que las promueve.

—Y tú, Sol, ¿eres de parecer que habrá aquí algun caballero dispuesto á seguir á Colon, sin que yo se lo mande?

—Yo, señora, respondió tímidamente la jóven, no puedo hacer en esto mas que referirme á lo que afirma mi señora tutora doña Juana.

—¿Tienes tú tambien fé en las promesas de Colon? insistió la Reina.

—Cuando veo que otras personas de mas entendimiento y expe-

riencia que yo las admiten, repuso doña Sol, no puedo menos de pensar que seria una lástima que no saliesen ciertas.

La Reina dejó reposar la labor en su falda, y permaneció algunos momentos absorta en profundas meditaciones: al cabo de un rato se levantó, y atravesando la sala sin hacer ruido, fué á colocarse junto á la mesa donde el Rey continuaba escribiendo: allí se detuvo como temerosa de distraer á su esposo; pero al cabo le puso con familiaridad una mano en el hombro, dando á su rostro la expresion del deseo.

El Rey se levantó por política deferencia á su augusta compañera, y dijo:

—Perdonad, Isabel: estaba muy distraido con el cuidado que me dan estos moros. Creo que hemos dejado á Boabdil demasiado poder en las Alpujarras, y que llegará dia en que habremos de arrepentirnos. Seria conveniente obligarle á marchar al África.

—Doloroso será, contestó la Reina con dulzura, que el mejor servicio de Dios y la paz de nuestros reinos lleguen á exigir de nosotros la violacion de la fé de los tratados. Si lo teneis á bien, hablaremos de eso en otra ocasion. Ahora quisiera recordaros que la gravedad y multitud de nuestros negocios nos han hecho descuidar el cumplimiento de la promesa hecha al navegante Cristóbal Colon.

—¡Siempre afanada en trabajar para mí! dijo el Rey cogiendo un extremo de la camisa, que doña Isabel habia conservado impensadamente entre sus manos. Pocos súbditos tendrán una mujer tan hacendosa y buena como vos.

—Nada es para mí mas grato que servirte, Fernando, despues de servir á Dios, respondió la Reina, sin dejar de comprender que el objeto de su esposo era dar otro giro á la conversacion. Por lo mismo no he querido determinar nada en ese grave asunto sin tu aprobacion, aunque creo que no debemos diferir por mas tiempo el cumplimiento de nuestra palabra empeñada. Van ya transcurridos siete años, señor, desde que el piloto genovés nos hizo su proposicion; y una prueba tan larga de paciencia es cruel.

—Tienes razon, Isabel; no es justo dilatar mas este negocio, y desde luego voy á encargar al Padre Talavera que se ocupe en él sin levantar mano.—Señor Arzobispo, dijo D. Fernando, volvién-

dose hácia el prelado, que estaba detrás á pocos pasos: nuestra real esposa desea que se haga una informacion inmediata del asunto de Cristóbal Colon: es menester que la mediteis bien, y que la tengamos en el término de veinticuatro horas: hoy mismo nombraremos los vocales que han de componer la junta, para que podais deliberar con ellos.

Y mientras pronunciaba estas palabras, tenia fijos los ojos en el sagaz prelado, el cual no cesó de mirar el rostro impassible del monarca, para interpretar sus intenciones. Seguro de haberlas comprendido, prometió cumplir con toda diligencia el encargo que se le daba.

En el acto mismo el Rey comenzó á nombrar de memoria algunos de los asesores que debian acompañar al Arzobispo; este indicó otros, y doña Isabel propuso á Fray Diego de Deza y dos personas mas de su confianza. D. Fernando dijo en seguida:

—Por supuesto, ¿ese Colon será un buen cristiano?... Los extranjeros suelen estar inficionados de la heregía de Wiclef, y por todo lo del mundo no quisiera yo proteger á un sectario.

—Creo sinceramente, repuso la Reina, que nuestro genovés no tiene esa tacha. En prueba de ello, que se propone, segun he sabido, si Dios permite que su empresa prospere, organizar una expedicion para recobrar el Santo Sepulcro.

—No dejan de tener cierto mérito semejantes propósitos, respondió D. Fernando; pero creo que hemos emprendido el camino mas seguro para llegar á la exaltacion de la Fé, y los resultados acreditan nuestra prevision. Granada era ayer mora, y hoy es cristiana: menester es conservar en ella nuestros altares. ¿Qué opinais de esto, señor Arzobispo?

—V. A. piensa con sabiduría y acierto, dijo el padre Talavera. Es mas cuerdo esforzarse en conservar lo que ya se ha adquirido, que empeñarse en alcanzar cosas que la Providencia divina ha puesto demasiado lejos de nosotros para que puedan ser provechosamente sometidas á nuestras leyes.

—Señor Arzobispo, dijo á esto la Reina: vuestra autoridad pudiera servir para rechazar toda tentativa encaminada á librar el Santo Sepulcro del dominio de los infieles.

—Eso seria interpretar mal mis pensamientos, repuso con pron-

titud fray Hernando. Yo no niego que importe á la cristiandad la adquisicion del Santo Sepulcro: solo digo que importa mas á Castilla la posesion de Granada.

—¡Importa mas á Castilla!... repitió doña Isabel: sí, á su poderío mundano puede ser; pero no á la gloria de Dios.

—;Señora! exclamó el prelado inclinándose.

—Cierto, cierto, dijo el Rey con aparente humildad. Mi querida Isabel tiene siempre razon.

La Reina se retiró sin contestar, y se puso á pasear por la sala, meditando quizá sobre la estrechez de miras de los hombres que de politicos se precian, mientras que D. Fernando y el Arzobispo se entendian recíprocamente por medio de signos, que pudiéramos llamar cabalísticos.

Al cabo de un rato, doña Isabel que, durante su silencioso paseo, había mirado repetidas veces á doña Sol, le mandó por último seguirla, y entró en un retrete inmediato, convertido ya en oratorio. La jóven se apresuró á obedecer, temblando de inquietud y respeto, á pesar del amor que sabia inspirar la bondadosa soberana.

—Ven acá, hija mia, le dijo esta, cogiéndola de la mano para darle aliento. Vas á hablarme como á tu confesor, como á tu madre, si viviese. Me ha parecido que apruebas los planes de Colon: ¿de qué ha nacido en tí este convencimiento?

—Señora, respondió tímidamente la jóven: mi propio juicio no ha podido alcanzar toda la estension de esos vastos planes; pero los apruebo por un sentimiento natural, habiendo visto casi desde niña, que las personas de mi mayor aprecio se adhieren á ellos, y que V. A. misma no los desecha por vanos.

La Reina se sonrió y repuso:

—¿Lo cierto es que te parecen vastos y que tienes fé en ellos?

—Creo, señora, que tienen esa grandeza que la Providencia favorece siempre, para bien de los hombres y gloria de Dios.

—¿Y crees tambien que habrá caballeros dispuestos á seguir á ese oscuro genovés?

—Ya he dicho, señora...

—Sí; no he olvidado tus palabras; pero deseo que me hables con mas confianza; como se habla á una amiga.

Doña Isabel sintió temblar la mano que afectuosamente estrechaba entre las suyas; y la noble jóven, conociendo que era llegado el momento decisivo, reunió todas sus fuerzas para responder con firmeza:

—Sí, señora. Creo que D. Juan de la Torre se embarcará con el genovés. Desde que se habló por primera vez de este asunto, ha sido quizás el mas firme partidario de esa empresa; y en otro tiempo le oí decir que sentia no poder disponer de sus bienes para emplearlos en los medios de llevarla á cabo, y volver luego contento á ofrecer á V. A. esos mundos desconocidos, como testimonio de su lealtad. No pienso que despues haya mudado de parecer.

—Haría mal en gastar su dinero aventurándolo así. Nosotros podemos hacerlo; pero prohibimos á los demás exponer de ese modo su hacienda. Yo deseo que D. Juan persevere en su noble propósito de acometer hazaña tan señalada, como lo es la de embarcarse para una expedición arriesgadísima, y me contentaré con que le dé el apoyo de su persona. Sin embargo, necesito no descuidar otra consideracion. ¿Serás tú gustosa en ello?

—Yo, señora, lo soy en todo lo que es del agrado de V. A.

—Pues bien, hija mia; yo hablaré con doña Juana sobre el particular; y si persevera su sobrino en lo dicho, no tendré contra él la prevencion que hasta aquí.

—¡Ah! ¡Señora! exclamó doña Sol con voz balbuciente.

—Y tú, añadió la Reina, no olvides la promesa que me has hecho, como tampoco los titulos á que debes mi estimacion. La virtud es una joya tan delicada, que se quebranta con un soplo; y la prudencia que es la madre de todas, la conserva íntegra. Cuida bien lo que haces, que Dios te mira, y mi vista no te pierde. Adios, hija mia, que el Consejo me espera.

Diciendo así, doña Isabel estampó un beso en la pálida mejilla de la jóven, y salió del oratorio. Doña Sol permaneció algunos momentos inmóvil, sin poder comprender si era terror ó gozo lo que sentia: mas luego se dejó caer de rodillas en el reclinitorio del altar, y alzando sus bellos ojos hácia la imágen de la Virgen que allí se veneraba, exclamó:

—¡Santa madre de Dios! ¡Sé tú mi guia!

CAPÍTULO IV.

Al pié del cedro.



Al anochecer de aquel día, varias jóvenes meninas se divertían en los jardines del Generalife; las más niñas, corriendo y saltando por las calles de bojés, ó escondiéndose unas y burlando las pesquisas de otras en los sotillos de laureles y en los laberintos de arrayán; y las mayores, paseando como personas graves por sitios más despejados.

Entre estas últimas andaba doña Sol de Guzmán, cuya linda cabeza, ya se inclinaba con ademán pensador, ya tomaba una actitud distraída, mirando unas veces hácia el centenario cedro, rey de aquellos jardines, otras hácia los montes de Loja, sobre los que aparecía el cielo magníficamente coloreado con las tornasoladas tintas del crepúsculo.

¿En qué pensaba la hermosa niña? Nadie podía saberlo; porque

la charla de sus amigas la dejaba en libertad de no proferir una palabra.

Cansada ó molestada por el bullicio, se apartó á un lado, y fué á sentarse en un banco de piedra, que habia al pié del robusto cedro. ¿Fué casualidad?

Allí permaneció alejada y pensativa; tanto, que no reparó en sus compañeras, que se retiraban á medida que entraba la noche.

Ningun ruido turbaba la dulce calma de aquel poético recinto, excepto el solemne rumor de las fuentes que se derramaban en sus pilas de alabastro, y el mas solemne aun de los cipreses que, movidos por un ligero viento, gemian, como si llorasen la ausencia de sus antiguos dueños.

Doña Sol estaba como adormecida; pero de pronto la sacó de su profunda distraccion el chasquido de unos pasos en la menuda arena, y alzando la cabeza, vió á D. Juan, que se presentó de improviso.

—¡Ah! ¡Vos aquí! exclamó levantándose y mirando con temor á todas partes, mientras irreflexivamente abandonaba una mano entre las del ardiente galan.

—Aquí, á tus plantas, Sol adorada, respondió D. Juan, doblando una rodilla sin afectacion; porque era uso en la corte hablar así á las damas.

—Siempre os perdereis por imprudente, le dijo la jóven, haciendo un esfuerzo para parecer severa. En ninguna ocasion peor que ahora debiérais haber venido á sorprenderme.—Y añadió con voz algo trémula:—Si os han visto, estamos perdidos.

—Goce yo un momento la dicha de hablaros, aunque sea para oír reconvencciones inmerecidas, y venga despues la muerte, repuso con vehemencia mezclada de tristeza el fogoso caballero. ¿Hé de vivir condenado á un eterno penar?

Doña Sol volvió á mirar con ahinco alrededor, y segura de que no habia nadie en el jardin, dijo con mucha calma:

—Don Juan: quiero daros una prueba escesiva de mi condescendencia. Podeis hablar; pero sed breve, porque conviene á vuestro propio interés, si es verdad que merezco vuestra estimacion.

—¡Mi estimacion! No, Sol: no es esa la palabra que cuadra al

CRISTOBAL COLON.



Doña Sol y don Juan en el Generalife.

sentimiento que me inspiras, y á que,—bien lo sabes,—he consagrado mi vida desde niño; como tampoco es tu lenguaje de hoy el mismo que, en otro tiempo, me alentaba para ser hombre ó tener ambicion de parecerlo.

—Entonces, como ahora, repuso la jóven, Sol de Guzman no tenía otra aspiración que tu dicha, ingrato. Pero entonces yo confiaba ciegamente en tu deseo de agradarme.

—¿Y ahora, Sol?... ¿Puedes, sin ser injusta, negarme esa confianza?

—Ahora me reconvienes, porque te pido que seas breve, cuando ni el momento, ni el lugar, ni el modo, son oportunos para entretenernos en quejas vanas. Óyeme, D. Juan, pues debes saberlo: ningún motivo te he dado para que dudes de mi amistad.....—No te ofendas, y califica tú como quieras el sentimiento que yo tampoco he disimulado desde niña.—Ningun motivo tienes para dudar. Sin embargo, nunca seré tuya sin el consentimiento de la Reina; y ahora mismo me afflige tu presencia, porque puede acarrear tu desgracia.

—Ese dulce interés me recompensa de todos los males que me puedan sobrevenir.

—Siempre vehemente, nunca juicioso, dijo doña Sol con una entonacion de voz indefinible.

—;Tambien tú me culpas de lo que no es culpa mia! respondió el jóven con amargura. Nací así; encontré obstáculos á mi dicha, tropiezos á mi honor, y salté por encima de ellos; ¡y por esto soy loco, insensato, indigno de alternar con los caballeros! Hasta se me ha hecho un cargo por mis viajes á países lejanos, mientras el hastio del destierro me devoraba. ¿Qué era aquello? ¡Claro está! Falta de juicio. No podia esperarse otra cosa de un corredor de mundo, de un aventurero.

—Los que conocen á fondo el carácter de D. Juan de la Torre, contestó la jóven, hacen completa justicia á sus nobles intenciones y al móvil de todos sus actos.

—Sin embargo, mi tia, que puede conocerme bien, me aparta de quien es mi vida, por temor quizá de que mi contacto la profane; y la Reina, tan buena con todos, conmigo solo es severa. ¿Qué debo

hacer para merecerte, Sol? ¿Qué hazaña debo emprender, que no haya emprendido jamás otro hombre? ¿No basta la mayor que yo concibo, la que mas escede á mis fuerzas, cual es la de haber sufrido, con mi genio, seis años de paciencia y resignacion?

—Con efecto, amigo mio; dura es la prueba, respondió doña Sol conmovida, pero aun falta otra. Es menester que el aventurero, el corredor de mundo, sufra la pena del Talion, y gane la opinion perdida corriendo una nueva aventura.

—No te comprendo, Sol. ¿Tú me aconsejas seguir ese camino, que ha sido siempre el de mi desdicha? Pero no importa; espílicate: dime lo que deseas; no hay nada en el mundo que yo no haga por merecerte.

Doña Sol quedó un momento suspensa, y haciendo un esfuerzo sobre sí misma, dijo:

—El mar debe de ser una cosa terrible. Tú que has navegado, debes saberlo mejor que yo.

—¿Á qué hacerme esa pregunta? He navegado, sí; una vez en los tumultuosos mares del Trópico, y otra entre los hielos del Polo. Si para complacerte necesito dar la vuelta al mundo, como se puede, segun dice Cristóbal Colon, di una palabra; que estoy pronto á obedecerte.

—No se trata de complacerme á mí, D. Juan: yo estoy satisfecha de tu condescendencia: se trata de rehabilitarte en el concepto de ciertas gentes. Un dia me dijiste que gustoso acompañarias á Colon en su proyectado viaje por mares desconocidos: yo entonces consideré tus palabras nacidas de la desesperacion. ¿Qué debo creer que piensas hoy, despues del tiempo transcurrido?

—¿Qué pensarias tú misma de mí, si yo acometiera esa empresa?

—Nada puede modificar la opinion en que te tengo de valiente y caballero, D. Juan. En cuanto á la empresa, me parece digna de tu arrojo y de tu espada: y como tengo confianza en su buen éxito, aunque los peligros me aterroran, creo que venciéndolos borrarás muchos errores, ocasionados por el ardor y la inconsecuencia de los pocos años.

A pesar de las protestas de ciega obediencia hechas anteriormente, y de su propósito de acompañar á Colon, D. Juan no pudo menos

de extrañar que su amada le impulsase á emprender aquel viaje tan arriesgado. En una palabra, el áspid de los celos entró en su corazón, haciéndole dudar de la ingénuu ternura que la hermosa niña le habia mostrado siempre.

—Sol, dijo despues de mirarla fijamente y en silencio un breve rato; yo quisiera poder leer en el fondo de tu alma; pero esto no es dado á los que sabemos lidiar con armas duras, y de ningun modo con las sutiles del disimulo. Mi palabra está empeñada, y seguramente la cumpliré: si Colon llega á partir, le acompañaré en esa espedicion que casi todos los hombres, y entre ellos el prudente rey Fernando, consideran desesperada: iré, sí, aunque solo sea con la esperanza de hacerte feliz, privándote de mi odiosa presencia.

—¡Odiosa, D. Juan! repuso la jóven mostrándose ofendida. No me conocéis, caballero, si me considerais capaz de aborrecer á nadie, hasta el punto de desear su muerte.—Y añadió reprimiendo las lágrimas que á su pesar brotaban de sus ojos:—D. Juan de la Torre sabe muy bien que, ausente ó presente, no ha sido odioso para Sol de Guzman en ningun tiempo; sabe ó debe saber que la misma tiene para con él mas condescendencia que otras personas, cuyo cariño no puede poner en duda.

—Perdóname, ¡Sol adorada! ¡la idea de perderte me vuelve loco! ¡Y pensar que tu lo deseas!...

—Y ¿cómo puedes pensar que yo abrigo tales sentimientos? dijo la jóven con las mejillas encendidas de rubor. ¿Es preciso, para que me comprendas, que yo abandone toda la reserva que me impone el decoro de mi sexo? Pues bien, si de otro modo no he de ganar tu confianza, lo haré, D. Juan. Lo que tú dudas, sin que yo lo haya dicho, lo saben otras personas; y no es de ahora, nó: el día que atropellaste los fueros del palenque por mí, todos sabian cuáles eran tus sentimientos, y yo creia que nadie hubiese penetrado los míos. Sin embargo, una gran señora me demostró entonces que los habia leido en el fondo de mi corazón, y de ella partió la negativa á dejarte lidiar con Alonso de Ojeda.

—¡La Reina!

—Sí, la Reina: su perspicacia hizo que adivinase antes que nadie lo que tal vez yo misma ignoraba: dos dias despues del torneo, S. A.

me mandó entrar en su aposento reservado, y me habló de nuestros deberes como cristianas y como mujeres; de las obligaciones que contraen las jóvenes, sin mirar á lo porvenir, y de las mas sagradas que nos impone el matrimonio: me hizo presentes las dificultades de una buena eleccion y la facilidad de equivocarnos labrando nosotras mismas nuestra desgracia para toda la vida: y cuando me hubo enternecido hasta el punto de hacerme llorar con sus consejos maternos, me exigió el juramento de no comprometer nunca mi mano sin su consentimiento.

—¿Es decir que la Reina trató de indisponerte conmigo?

—Ni una sola vez pronunció tu nombre, pero yo no cesé de pensar en tí durante la conversacion. Otra vez insistió S. A. sobre el mismo punto, cuando me acogió bajo su amparo; y creo que de intento me puso bajo la direccion de tu señora tia. Por último, D. Juan, ayer me habló espresamente de tí.

—Reprobando nuestra union, ¿no es cierto?

—Nó, ayer no me recordó mis deberes, sino solo mis juramentos y el deseo de verte digno de sus favores. La Reina te aprecia, y cometerás una injusticia si piensas mal de ella; pero tus antecedentes la previnieron contra tí; y aunque tu valor en la última guerra ha podido modificar sus sentimientos, sin embargo, no basta á la mujer el brillo de las hazañas que seduce su imaginacion; necesita que su corazon halle las virtudes mas dulces y duraderas del hogar doméstico. Esto es lo que S. A. desea para mí, y ciertamente merece por ello mi gratitud.

—¿Y acaso no seré yo capaz de darte esa felicidad tranquila y duradera?

—Lo creo, amigo mio; pero es necesaria una prueba mas de tu constancia, y de que tus pasos en la carrera de la gloria no son relámpagos fugaces de un genio atropellado, sino efectos de un maduro juicio. La empresa de Colon te ofrece la ocasion de acreditarte de previsor, y de probar que no te lleva á las aventuras un vano deseo de señalarte. No serás el único caballero que ambicione ser de la partida.

—No sé cómo apreciar tu solicitud; porque me envias á donde puedo no volver.

—Dios te protegerá: esta empresa se acomete para su gloria.

—Y además, tú le rogarás por mí, ¡Sol querida! Enhorabuena sea. Pero hablas de este asunto como si ya fuese cosa resuelta...

—Lo será muy pronto. La Reina lo ha tomado con empeño. Mañana se va á discutir el proyecto de Colon, y no es posible que se retarde.

—Y dime: si volviésemos chasqueados, si es que volvemos, de esa expedicion, ¿qué concepto mereceremos á S. A. los que vayamos con el genovés?

—El mejor del mundo. La Reina entra en el plan de Colon en honor de Dios, y considerará á los que le sigan como á otros tantos cruzados dignos de su aprecio. Tú volverás, D. Juan, no lo dudes: volverás rodeado de una gloria que envañecerá á tu esposa de llamarse tuya.

—¡Oh! ¡Que no pudieses venir tú conmigo! repuso D. Juan. Me embarcaria solo sin nadie mas.

—Deja esas frases livianas, dijo por último la jóven, y piensa que todas nuestras esperanzas se frustrarian en un momento si nos vieses solos aquí. Véte, D. Juan; véte, y no vuelvas á ofender á tu Sol con dudas que no merece.

A tiempo se decidió la juiciosa niña á despedir á su amante; pues en aquel momento llegaba buscándola una dueña de doña Juana de la Torre.

—Adios, Sol de mi vida, murmuró D. Juan, besándole respetuosamente una mano. Si no tenemos otra ocasion como esta, ¿no mereceré llevar un recuerdo de tí?

La jóven se quitó presurosa una cadena, de la cual pendia una cruz de brillantes, y le respondió:

—Sí; toma y véte.

Don Juan desapareció entre las plantas, oprimiendo contra su pecho la cadena.

—Doña Sol se dejó caer en el asiento de piedra, al pié del cedro, y ocultó el rostro entre sus manos.

—La dueña llegó en esto, y la llamó á voces, creyéndola dormida.

CAPÍTULO V.

La conferencia.



ADIE mas que los asesores nombrados para deliberar bajo la presidencia del Arzobispo de Granada, y las tres ó cuatro personas que ya conocemos, sabia en la corte la determinacion de sus reyes, cuando, el dia siguiente, se presentó Colon en la Alhambra con algunos papeles debajo del brazo.

Los caballeros y cortesanos que habia en el patio del Estanque, verdadera antesala de aquel palacio, no extrañaron su presencia, y aun contestaron algunos con cierta familiaridad protectora á los atentos saludos que el mismo les dirigia sin hablar palabra; pero en seguida se miraban unos á otros con una espresion lastimera, como queriendo decir:— «¡Pobre diablo!»

Colon se retiró á un ángulo solitario, sin duda para poder entregarse libremente á sus meditaciones: al cabo de algunos momentos, un grupo de caballeros, que desde su entrada en el palacio habian

estado hablando con animacion, aunque en voz baja, se dirigió á él con ánimo acaso de divertirse, y uno de los mas entremetidos se adelantó á dirigirle la palabra.

—Dias há que no teníamos el gusto de ver al señor Colon, dijo aquel.

—Vuestras graves ocupaciones lo habrán impedido, caballero, respondió el genovés; pues no hay nada mas de sobra que yo en la corte de Castilla.

—;Oh! exclamó otro con fina ironía; una persona de vuestra importancia no puede estar de sobra en ninguna parte. ¿No es verdad, señores? preguntó á sus compañeros.

—Cierto, cierto, respondieron ellos sonriéndose.

—Señores, dijo Colon sin alterarse: personas hay de reconocida importancia que, sin embargo, sirven de estorbo en ocasiones. No he querido decir que yo esté de sobra en ninguna parte, sino que sereis tal vez los únicos que no me hayan visto aquí todos los dias.

—Pues no, dijo el primero: alguno de nosotros me disputaba esta mañana que estábais andando de cabeza en el país de los antipodas. Y digo de cabeza, porque supongo que así será como se anda en aquella tierra.

—En aquella tierra, como en esta, señor caballero, respondió Colon, los que tienen cabeza andan con ella; los que no, que son el mayor número, andan como pueden.

—;Qué cosas tan extrañas se verán en la isla de Zipango! repuso el cortesano. ¿Quién ha visto jamás hombres sin cabeza?

Colon no juzgó prudente replicar, y guardó un desdeñoso silencio.

Los otros continuaron hablando, y haciendo las mas absurdas apreciaciones de los prometidos descubrimientos: pero no lograron que el genovés les contradijera, y al poco rato le volvieron súbitamente la espalda, para saludar con vivas muestras de afectuosa consideracion al adelantado D. Pedro Henriquez, que acababa de entrar, y que miró á Colon con gesto de conmiseracion y desprecio.

—¿Qué hace aquí ese majadero? preguntó, sin embargo, á aquellos señores.

—Lo que siempre, respondió el entremetido: soñar estravagancias.

—La culpa tienen algunas personas sensatas que le dan oídos, repuso el Adelantado. Mas valiera que le diesen ocupacion, pues dicen que no es mal pendolista.

La conversacion quedó repentinamente cortada por la voz de un page del Arzobispo, que gritó desde lo alto de una escalera:

—¡El señor Cristóbal Colon!

Este se dirigió á la escalera con el rostro animado de júbilo y esperanza. Los demás, y en particular D. Pedro Henriquez, le miraron encogiéndose de hombros, como admirados de que se pensase en él, y uno dijo señalando á los papeles que llevaba debajo del brazo:

—Señores, allí lleva las Indias y el Catay.

Esta salida hizo reir á todos, y dió pié para algunas burlas, que algunos intentaron reprimir por respeto á los soberanos.

Entre tanto, Colon era introducido en una sala alta del palacio (que por desgracia ya no existe), donde se hallaban congregados el Arzobispo de Granada y los nobles y eclesiásticos que debían deliberar sobre sus proposiciones: todos ellos, escepto fray Diego de Deza, eran cortesanos de pocos alcances en materia de ciencias naturales, aunque por otra parte hombres probos y bien intencionados: algunos decididamente contrarios á la empresa.

Despues de las formalidades de estilo, el Arzobispo tomó la palabra, y dijo:

—Creo innecesario entrar en un exámen detenido de la proposicion que teneis presentada á sus Altezas, el Rey y la Reina, en cuanto á la posibilidad de ser llevada á feliz ejecucion por vuestra parte. Ya en las conferencias de Salamanca y en otras ocasiones se ha discutido largamente sobre esto: algunas personas instruidas se inclinan á vuestro parecer; pero la mayoría os ha sido siempre contraria. Sin embargo, sus Altezas se os declaran favorables, y esta comision se ha reunido, secundando sus elevadas miras, para sentar las bases del convenio que ha de fijar los derechos de las partes respectivas.

—Teneis razon en decir, ilustre y santo prelado, respondió Colon, que es innecesario examinar lo que solo puede resolverse satisfactoriamente en el terreno de la práctica; y estoy sumamente agradecido á sus Altezas por el favor que me dispensan, dando prin-

cipio á los hechos; el mejor modo, en mi humilde sentir, de esclarecer la verdad.

—¿Vuestro intento es, prosiguió el arzobispo, emprender un viaje á través del Océano Allántico, para buscar la tierra del Catay y la célebre isla de Zipango?

—Tal es el objeto que me propongo alcanzar con el favor de Dios.

—¿Y qué fuerzas navales necesitareis para ejecutar vuestra empresa?

—Como tengo gran confianza en Dios, cuya mayor gloria es el móvil principal que me guia, creo, señor, que con su ayuda, pocos medios humanos podré necesitar: dos carabelas de mediano porte, con el pabellon de sus altezas, una tripulacion proporcionada y viveres para medio año, es todo lo que pido.

Los vocales de la Junta quedaron sorprendidos al oír tan modestas pretensiones, pues siempre habian creído que el genovés exigiria recursos enormes, como para emprender una cosa generalmente reputada imposible: unos vieron en su exigua demanda la indiferencia de un entusiasta; otros la creencia ciega en el favor de Dios.

—No es gran cosa, en verdad, lo que pedis, dijo el arzobispo; y aunque la guerra haya agotado los tesoros de Castilla, me parece que no será difícil encontrar el dinero necesario para proveeros de todo. Pero supongo que, naturalmente, habreis pensado en los peligros y dificultades de la empresa; pues creo que deseareis dirigirla vos mismo en persona.

—Esa condicion es tan indispensable, señor, como que sin ella no respondo del éxito. Conozco los riesgos, y son grandes: por lo tanto, aunque los medios que pido sean poca cosa en apariencia, es preciso que reciban su aumento de una influencia moral: quiero decir, que, llevando yo todo el peso de la responsabilidad, necesito que el poder de las dos coronas me apoye completamente, confiéndome la autoridad absoluta de un almirante de sus Altezas.

—Lo considero muy razonable, y creo que eso no admite contradiccion, salvo la calidad del poder que se os haya de conferir, lo que se discutirá despues. Sepamos ahora qué ventajas pueden es-

perar nuestros soberanos de los sacrificios grandes ó pequeños que hagan en obsequio vuestro.

—En primer lugar, repuso Colon, se dará á Dios la gloria que le es debida por su santa proteccion, aumentando el esplendor de su Iglesia y el número de sus adoradores.

El arzobispo y sus compañeros se santiguaron devotamente, y Colon hizo otro tanto.

—En segundo lugar, el poder de sus Altezas se estenderá sobre nuevos imperios, que darán á Castilla y Aragon dominios ilimitados y tesoros sin cuento; pues sabido es que Su Santidad reconoce á los monarcas cristianos los territorios que puedan descubrir y cuyos pueblos se conviertan á la verdadera fé.

—Nada mas justo, respondió el prelado. Pero, sin duda sabreis, señor Colon, que don Juan de Portugal y sus predecesores se han ocupado en descubrimientos, y que no se puede tocar á ciertos privilegios que han obtenido de la Santa Sede.

—No lo ignoro, señor: los portugueses llevan sus expediciones por las costas occidentales de Africa, en una direccion muy diferente de la que yo me propongo seguir. Mi propósito es lanzarme en medio del Océano Atlántico, siguiendo el curso del sol, y llegar á los límites orientales del Asia, por un camino que disminuirá considerablemente la duracion del viaje.

A pesar de lo dicho por el arzobispo al principio de esta conferencia, las últimas palabras del genovés promovieron una breve discusion, efecto de la curiosidad de los asesores; pero sus dudas fueron resueltas con tanto orden, lucidez y seguridad, y brillaba el convencimiento de tal modo en los ojos de Colon, que este pudo creer que habia ganado la voluntad de todos; y en efecto era así: hasta el padre Talavera se sintió inclinado por un instante á darle su decidido sosten. Pero desgraciadamente le ocurrió á uno de ellos dirigirle esta pregunta:

—Una vez puesto en camino de las Indias, ¿pensareis, señor Colon, visitar al Preste Juan?

—Ignoro, noble señor, le respondió Colon, si ha existido jamás un príncipe de ese nombre: al menos, no tengo antecedentes que me acrediten su existencia.

—¡Cómo no! exclamó uno de los adjuntos nombrados por el Rey. Pues lo cierto es, que muchos hombres prestan fé al poder real del Preste Juan, y pocos son los que admiten la redondez de la tierra; porque todos sabemos que hay reyes en el mundo, y que la tierra y el mar son planos.

—Señor, repuso Colon con dulzura: no hay dioses en la tierra, y sin embargo creemos que hay un Dios en el cielo; y si todo lo que vemos en el mundo fuese realmente lo que parece, menos necesidad habria de confesores; porque andarian mas ligeras las conciencias.

—Tengo entendido que sois buen cristiano, señor Colon, dijo el arzobispo en tono de reprension.

—Creo serlo, señor arzobispo, y hago cuanto puedo para alcanzar ese don de la divina gracia: por eso me afano para estender los limites de su santa Iglesia, y tengo la humilde conviccion de que el Señor tomará mis esfuerzos en descargo de mis culpas.

—Y siendo buen cristiano, ¿cómo negais la existencia del Preste Juan? Sabido es que, hace doscientos años, un rey de este título fué convertido á la verdadera fé por el obispo Giovanni de Montecorvino.

—Perdonadme, ilustre prelado. Yo no niego absolutamente la existencia de ese monarca, y creo que el poder de Dios todo lo alcanza. He querido decir que no tengo ninguna razon científica en que apoyarme para afirmar que iré á visitar el reino de ese potentado. No sucede lo mismo respecto al Catay: su posición geográfica, sus riquezas, sus maravillas, consignadas están en las obras de Marco y Nicolo Polo, testigos oculares, que visitaron aquellas regiones. Pero, prescindiendo de que haya ó no un Preste Juan y un Catay, lo que yo aseguro es que el Océano Atlántico tiene un término al Occidente; que allí hay tierras vastas, conocidas y desconocidas, y de ello he dado pruebas que han satisfecho á sabios eclesiásticos y á personas versadas en la navegacion.

El arzobispo hizo un gesto de incredulidad, y Fray Diego de Deza otro de asentimiento.

—Dicen, observó el primero, que os creéis predestinado por Dios para consumir esta obra.

—Misterios son esos, señor, que esceden á mi flaca inteligencia, respondió Colon; pero siento en mí algo que me enardece, algo que me ilumina, y que no debo atribuir á mi pobre naturaleza de hombre mortal.

Todos guardaron silencio ante esta firme confianza en Dios, aunque algunos sintiesen descontento de que un simple particular se creyese instrumento de la Providencia, mientras que ellos no podían decir otro tanto de sí mismos.

Después de una breve pausa, el arzobispo, sin dar á conocer sus sentimientos, dijo:

—Ya sabemos lo que pueden obtener nuestros soberanos, si vuestras esperanzas se realizan. Sepamos ahora qué recompensa quereis en pago de vuestros trabajos y de los riesgos á que os exponéis.

Colon buscó, entre los papeles que llevaba, uno, y lo presentó al prelado, diciendo:

—Todas las condiciones de mi viaje vienen resumidas en este escrito, señor ilustrísimo: él responde á cuantas cuestiones se me pueden hacer sobre el particular, y solo falta explanarlas del modo y forma que parezca mas conveniente.

Fray Hernando tomó el papel y comenzó á recorrerlo con la vista rápidamente; pero luego se detuvo á considerarlo con mayor atención, mostrando en su semblante asombro, indignacion y sarcasmo; y acabándolo de leer, lo pasó á manos de uno de sus adjuntos con vivas muestras de impaciencia, y miró á Colon como queriendo cerciorarse de si no estaba efectivamente loco.

—¡Decidme la verdad! prorumpió por último con voz irritada. No es posible que propongais formalmente esas disparatadas condiciones. Sin duda son una burla, ó una venganza.

Otro cualquiera se habria turbado al oír este rudo apóstrofe y el tono con que fué proferido: pero Colon, sin desconcertarse lo mas mínimo, antes al contrario, tomando una actitud digna, y retirando con la mano sus cabellos blancos, respondió pausadamente:

—Señor arzobispo, lo que dice ese papel no es obra de un momento de exaltacion, sino el compendio de las meditaciones y vigiliias de un hombre durante diez y ocho años: lo que en él pido,

no es solo el justo galardón de tantos trabajos, ni la recompensa de los peligros á que me expongo: es además la garantía necesaria, indeclinable del éxito, ahora y en los tiempos venideros. La verdad que yo busco aparece brillantemente demostrada á mis ojos: me creo el agente elegido por Dios mismo para el cumplimiento de sus designios, y tan alta misión á nadie debo legarla sino á mis descendientes; pues la obra que emprendo escende á los cortos límites de la vida de un hombre. Debo, pues, ser investido de la dignidad y de la autoridad necesarias, y transmitir las á mi familia como bases de una obligación de conciencia: y está dicho; ni un ápice me veis rebajar de esas condiciones.

Tanta energía en un hombre oscuro y cansado de suplicar, á quien se creía hacer demasiado favor con solo escucharle, pareció á fray Hernando el efecto natural de un desarreglo del espíritu, producido por la continua contemplación de una idea fija. Sin dignarse contestar al genovés, acaso por no atropellar las consideraciones debidas á la piedad, se dirigió á los asesores que leían ávidamente el papel, diciéndoles:

—¿Qué os parecen, señores, las modestas pretensiones del ilustre navegante, que confundió á los sabios de Salamanca? ¿No os parece que Sus Altezas deben otorgarlas á ojos cerrados, y aun darle las gracias encima?

—Eso es excesivo, dijo el que tenía el papel, devolviéndolo al arzobispo.

—Que se lean, que se lean, dijeron otros.

—No hay para qué, repuso el prelado: la mayor parte de ellas son insignificantes, y no valen la pena de discutir las: pero hay dos, que sin duda llenarán de contento á Sus Altezas. Oid, señores: el ilustre Colon se contenta con obtener la dignidad de almirante del mar Océano y la de virey de todos los países que descubra para él y sus descendientes; y como paga de sus servicios, no exige más que el diezmo de los beneficios... La parte de la Iglesia, hermanos míos: una pequeñez.

Esta revelación fué recibida con un murmullo de descontento. El arzobispo, aprovechando la ventaja que acababa de obtener en el ánimo de sus asociados, continuó diciendo:

—Por manera, señores, que nuestro liberal genovés, á fin de que Sus Altezas no tengan el trabajo de gobernar esos estados lejanos, consiente en tomar sobre sí y su posteridad la carga de regir el pequeño imperio del Catay, sin mas retribucion que el diezmo de los beneficios para mantener con decoro la nueva dinastía de los Colon.

La mirada severa y la actitud imponente del marino hicieron que Talavera se arrepintiese de su dura ironía, y que volviéndose á Colon, añadiese con tono y palabras mas corteses:

—Perdonad, señor Colon: vuestras condiciones son tan escesivas, que no puedo creer tengais intencion de sostenerlas.

—Perdonad, señor arzobispo, repuso el genovés. Falta todavía completar las cláusulas de mis condiciones. El pequeño imperio del Catay, que yo doy á los soberanos, escederá en magnitud á todos sus dominios actuales; y como ahora que os parece una cosa imaginaria, considerais, sin embargo, escesivas mis pretensiones, necesito seguridades que no hagan ilusorios mis legítimos derechos cuando se toquen los resultados. En todo esto ya he dicho que no cederé un ápice: creo que se me debe lo que pido, y el que consiente en recibir menos de lo que merece, se convierte en instrumento de su propia humillacion.

—¡Modestas proposiciones para un genovés sin casa ni hogar! dijo uno de los cortesanos. De suerte que si la expedicion no produce ningun resultado, como es mas que probable, el señor Colon se encontrará investido de una alta dignidad sin haber puesto nada de su parte.

—Si pidiese menos, respondió con firmeza el marino, tendriais derecho á dudar de la sinceridad de mis promesas.

Todos los asesores se levantaron decididos á dar por terminada la conferencia. Solo fray Diego de Deza se acercó á Colon, y le dijo en voz baja:

—Vuestra entereza es para mi una nueva garantía de la verdad que sosteneis; pero temo que no consigais nada.

El arzobispo, á fin de conservar al menos la apariencia de su imparcialidad, se volvió hácia Colon y le dijo con dulzura:

—Por última vez, señor marino: ¿insistís en esas estrañas condiciones?

—Insisto: yo solo puedo poner precio á mis trabajos, porque yo solo conozco su magnitud. Pero, señores, añadiré algo á esas proposiciones, que tratáis con tanta ligereza. Estoy dispuesto á exponer mas que mi persona, mi vida y mi reputacion: pondré además en la empresa la octava parte de los gastos necesarios, siempre que os convengais en acrecer proporcionalmente mis beneficios.

Colón pensaba aprovecharse de la generosidad con que se le habian ofrecido el marino de Palos, Martín Pinzón y don Juan de la Torre. Pero el arzobispo le volvió la espalda diciendo:

—¡Basta, basta ya! Vamos á estender nuestro dictámen, y pronto sabreis la voluntad de Sus Altezas.

Y salió de la sala seguido de los demás, hablando todos acaloradamente.

Fray Diego se quedó detrás, y dirigiéndose á Colón, que permanecía en medio de la estancia cruzado de brazos, le dijo:

—Este es pleito perdido, amigo mio.

—Lo sé, reverendo padre, le contestó el genovés: pero no puede ser otra cosa.

—¿No podeis ceder algo de vuestro derecho para llegar á una avenencia?

—Nada es mas fácil que ceder: y creedme, yo lo cederia todo, contentándome con la gloria de haber llevado á cabo la mayor empresa del mundo. Pero, ¿no veis, señor, el desprecio con que me tratan? Y si esto hacen personas que por su elevacion y su ciencia deben ser comedidas y apreciar la nobleza de los grandes pensamientos, ¿qué hará el vulgo ignorante? ¿Cómo, sin estar investido de una dignidad elevadísima y de un prestigio casi soberano, podré dominar las voluntades de las gentes rudas que habrán de ayudarme en la ejecucion de mis planes? Solo yo concibo los riesgos á que me expongo, las dificultades materiales y morales que necesito vencer, y no puedo, no puedo absolutamente desistir de lo dicho.

—Veo que teneis razon; pero dudo que os la den.

Dicho esto, el sabio religioso se retiró en seguimiento de sus compañeros, y Colón salió por otra puerta con la cabeza erguida, como un hombre confiado en sus propias fuerzas.

CAPITULO VI.

La Reina vacila.



PUERA del palacio árabe aguardaban á Colon sus amigos don Juan, Alonso de Quintanilla y Luis de Santángel, deseosos de saber el resultado de la conferencia.

Cuando le vieron salir sereno y arrogante, no pudieron menos de creer que el asunto quedaba definitivamente arreglado y la expedición resuelta; por lo cual se apresuraron á ir á su encuentro para felicitarle.

Pero Colon les tendió las manos, moviendo la cabeza, y diciéndoles:

—No canteis victoria, amigos. Las cosas de Palacio van despacio.

—¡Mas dilaciones todavía! exclamó con su genial viveza Santángel. ¡Por San Jorge, que eso es ya demasiado!

—No será lo peor esperar, repuso Colon, sino haber esperado en balde.

—Señor Colon, dijo Quintanilla; nunca se espera en balde, cuando mi señora la Reina es quien toma interés en un negocio; y me parece que S. A. estaba dispuesta á sosteneros.

—En esa misma creencia estaba yo, añadió don Juan; y mis informes suelen ser bastante verídicos, aunque yo no viva en las interioridades de la corte.

—No dudo, señores, que la Reina desea corresponder á mis esfuerzos; pero sus consejeros opinan que mis condiciones son inadmisibles.

—¡Pardiez! Yo he visto á la Reina mas de una vez prescindir de sus consejeros, cuando estos se atascan en pequeñeces, dijo Santángel. Es preciso ver al cardenal Mendoza, que sabe decidir las cuestiones á raja tabla, como á mí me gusta.

—Esperemos el informe de la Junta y la decision de Sus Altezas, repuso Quintanilla.

—Eso es, replicó Santángel. Aguardemos á cuando ya no haya remedio. No, señor; yo voy á ver ahora mismo al cardenal, á fin de que el Rey y la Reina estén prevenidos cuando llegue el informe, que será contrario sin duda. ¿Pues no sabemos todos que el padre Talavera reprueba la espedicion? Aunque sea justo como un santo, ha de informar mal, creyendo obedecer á su conciencia. ¿Qué condiciones habeis propuesto, señor Colon?

El genovés las esplicó sumariamente, y habiéndole oido, Quintanilla dijo:

—Son algo exageradas, y temo que Sus Altezas no accederán á lo del vireinato hereditario, ni á lo del diezmo.

—Señor Director, respondió Colon, presentadme un hombre que quiera ir, no solo á descubrir países colocados á dos mil leguas de distancia, sino tambien á someter á sus habitantes, y que se contente con menos: entonces yo lo haré de balde. Y en cuanto al diezmo, vos sabeis que habrá de consumirse en la conquista de la Tierra Santa. Por lo demás, yo solo pido el mando y la parte de beneficios de las tierras que descubriré, lo cual es nada comparado con lo que mi primer paso ha de facilitar á los que vengan despues de mí. Acor-

daos de esto, señores: yo pido un vireinato, y parece mucho: mas de veinte será necesario crear antes de cien años, si mis descubrimientos se siguen con perseverancia y fruto. Ahora, vos que entendéis de cuentas, ajustad la mia; y no os olvidéis de apuntar dos partidas: los años que tengo, y los que he gastado en resolver mi problema.

Quintanilla quedó suspenso despues de oír al genovés, y su compañero Santángel cortó la cuestion diciendo:

—Mi pais confina con Navarra y Vizcaya, señores: quiero decir, que las condiciones del señor Colon son la punta del clavo vuelto de cabeza hácia la pared; yo daré con la mia en la punta, y aunque me la rompa, lo clavaré:

—Os agradezco tanta decision, amigo mio, repuso Colon, ella me impide ser injusto con vuestro país; pues si bien he hallado en todas partes almas preocupadas é indiferentes, puedo decir que solo aquí encuentro corazones leales, y que por nada se arredran. ¡Oh! lo digo con toda mi fé; creo que si en mi empresa no me ayudan españoles, encontraré dobles dificultades que vencer.

—¡Pues han de ser españoles, pesia mí! exclamó Santángel, ó dejaré de ser aragonés de pura raza. ¿Venis, Quintanilla?

—Vamos, pues.

Los dos amigos apretaron la mano á Colon, y se fueron juntos hácia la casa del primer alcaide ó gobernador de la Alhambra, donde se hospedaba el cardenal Mendoza, hermano de aquel caudillo.

D. Juan se quedó con el genovés, á quien dijo:

—Es tal mi negra fortuna, que no se logrará vuestro deseo, por lo mismo que yo ando mezclado en ello; pero, ya trabajéis para España, ya para el gran Tamorlan, tened por cierto que os acompañarán españoles.

—¿Uno al menos? contestó Colon.

—Uno ó veinte: yo tambien digo como Santángel, sin ser aragonés: daré en la punta del clavo, aunque me rompa la cabeza.

—¡Gracias, don Juan, gracias! Al oiros, me parece escuchar una voz secreta, que me dice: «Es imposible que no se cumplan en esta tierra los decretos del Eterno.»—Esperemos: el dia del triunfo ó del desengaño no puede ya tardar.

Mientras así desahogaban estos dos hombres sus sentimientos en la confianza de la amistad, una escena muy diferente pasaba en el cuarto de la Reina.

El padre Talavera, sin dar tiempo á serenarse despues de lo que habia pasado en la conferencia, dejó á sus compañeros redactando el informe, y se fué á ver á su augusta señora, en cuyos aposentos tenia franca entrada á toda hora conveniente, como confesor de la misma.

Este carácter, unido á su sinceridad y adhesion reconocidas, le daba una gran influencia en el animo de doña Isabel, quien se prestó humilde á escucharle, á pesar de lo mucho que le mortificaba en aquel momento la dureza y hasta desprecio con que se espresó el prelado, al darle cuenta de las proposiciones del genovés.

—No se concibe, señora, dijo, tanta presuncion, tanta insolencia, sino reconociendo la falta de seso de ese hombre temerario. ¿Quién es ese Colon para pedir honores, que no reclamaria un grande de Castilla? ¿Quién para exigir tributos, que solo son debidos á la Iglesia de Dios? ¿Quién es? Un vil genovés, sin títulos, sin antecedentes ni modestia; un mendigo aventurero, un miserable, y Dios quiera que no sea tambien un impostor.

—No, señor Arzobispo, le respondió doña Isabel, moderando el disgusto y la impaciencia que sentia al oír hablar en tales términos de su protegido. Colon podrá tener sus faltas:—¿quién está exento de ellas?—Pero yo no creo que sea impostor: ni el carecer de títulos, ni el ser pobre son obstáculos para abrigar un alma elevada y justificar una noble ambicion. De humildes pescadores y mendigos ha sacado á veces la mano de Dios los príncipes de su Iglesia.

—Señora, repuso el prelado con la libertad que le permitia su cargo; no hagais comparaciones que es imposible sostener.

—No ha sido mi ánimo hacer comparaciones, padre mio; sino mostraros á cuánto alcanza el poder de Dios, contestó humildemente la Reina. Cuando un hombre dotado de talento, de ciencia y de virtudes se presenta á mí, nunca le pregunto dónde ha nacido, ni si tiene príncipes por abuelos: me pregunto á mi misma si aquel hombre estará llamado á ser grande, y no lo es por un error de la fortu-

na.—Esto no lo sé por ciencia infusa: me lo habeis enseñado vos.
—Pues bien: hace siete años que conocemos á Colon: ¿y qué hemos visto en él? Un comportamiento noble, una franqueza leal, un trato llano y sencillo, una consecuencia inalterable; talento el suficiente para convencer á sábios de primer orden, y un carácter entero y varonil. Nadie podrá achacarle, en tanto tiempo de trabajos y sinsabores, la sombra de una bajeza.

—Eso es la pura verdad, señora: el comportamiento de Colon ha sido siempre noble y digno: yo sería injusto si le negase las virtudes que ha enumerado V. A. Pero veo al mismo tiempo que las acompaña un orgullo inmenso y una rapacidad desordenada, y considero sus pretensiones atentatorias á la dignidad de ambas coronas. Esto es lo que me exalta. Reflexionad un momento, señora: ese hombre lleva su soberbia hasta el punto de creerse predestinado; pide ser establecido para siempre en calidad de representante de la monarquía española, y lo pide, no solo para él, sino para su posteridad perpétuamente: quiere el título y la autoridad de almirante de todos los mares que bañan los países por descubrir, antes de consentir en mandar los bajeles de Vuestras Altezas. ¡A dónde vamos á parar! Tantas exigencias esceden á los mayores servicios, aun dado que realice los que promete, cosa que me permito dudar: y si la empresa no tuviese resultados, ¿qué se diría en el mundo de los prudentísimos reyes de Castilla y Aragon? ¿cuánto descrédito no caería sobre sus nombres, por haber sido juguetes de un aventurero? Esos títulos, esos honores pondrían en ridiculo á quien ligeramente los hubiese dado, y la gloria de vuestra última conquista quedaria empañada por un error deplorable.

—Beatriz, dijo la Reina volviéndose hácia la marquesa de Moya, que bordaba un paño de altar, ¿no te parece que, en efecto, las condiciones de Colon esceden de los límites de la conveniencia?

—Señora, respondió con firmeza la noble dama: creo que la empresa escede tambien de los límites de todo esfuerzo humano; y creo además que, para retribuir dignamente el osado pensamiento de Colon, sería necesario inventar una recompensa proporcionada; pues no conozco ninguna que le iguale.

—Tú eres una entusiasta, repuso doña Isabel, y ves las cosas por su lado mas brillante. Sin embargo...

Al pronunciar estas palabras, la augusta señora se detuvo indecisa; las razones de Talavera no carecian de peso en su ánimo; pero no podian decidirla, porque echaban por tierra las secretas esperanzas que habian concebido, y helaban el entusiasmo que ella misma sentia por la grande empresa de nuestro navegante. Luchando entre sus sentimientos y las consideraciones de una política prudencia, permaneció un corto rato silenciosa, y en este intervalo llegó en ayuda de sus deseos un nuevo personaje.

Soi de Guzman apareció en la puerta de la estancia, y anunció al Cardenal Mendoza.

Este prelado se presentó en seguida con aquellos modales cortesanos, que en él eran hijos de su natural finura; y despues de saludar á la Reina, que le recibió afablemente, y al Arzobispo, dijo:

—Sentiria llegar en mala ocasion, señora; pero el asunto que aqui me trae ha podido esperar algunos años: tambien esperará algunas horas. Deseo hablar á V. A. de Cristobal Colon.

—¿Sí? Pues llegais muy oportunamente, señor Cardenal, respondió la Reina; porque de él estábamos hablando.

—¡Ah! exclamó el Cardenal como haciéndose de nuevas, aunque ya lo sabia; y cambió una mirada de inteligencia con la marquesa de Moya.

—Sí, señor, dijo el Arzobispo. Yo daba cuenta á S. A. de las enormes exigencias de ese genovés oscuro, que pretende honores y dignidades inauditos en pago de servicios dudosos.

—Creo estar ya enterado de todo, repuso el Cardenal; y me parece que las condiciones de Colon, aunque algo elevadas, prueban una vez mas la grandeza de sus miras y hasta su mucha prevision. Yo no considero dudosos los servicios que va á prestar; pero 'sí imposible que los acometa sin ir investido de la dignidad y autoridad de almirante. Si nada consiguiese, lo del vireinato seria nulo: si consigue realizar sus promesas,—y creo que no ha de engañarnos,—yo quiero que me digan, qué clase de autoridad necesita el hombre que ha de someter al dominio de España unos países tan leja-

nos; y si, concediéndole esta autoridad, no es preciso darle además los medios de sostenerla con decoro.

—Es cierto, señor Cardenal, dijo la Reina.

—Yo respeto la opinión de su Eminencia, respondió Talavera. Sin embargo, debo emitir libremente la mia. Un vireinato hereditario equivale á una abdicacion de los derechos de la corona, y el diezmo de los beneficios no pertenece mas que á la Iglesia de Dios. Esto, realizándose las promesas del genovés: en caso contrario no veo mas que el descrédito de los nombres aragonés y castellano.

—No temais ese descrédito, replicó el Cardenal: si hubiese tal peligro, don Juan de Portugal, que debe de saber por la experiencia de su casa lo que son descubrimientos, no habria mandado escribir esta carta al oscuro genovés.

Diciendo así, presentó á la Reina la carta de que hemos hablado en otro lugar, y que habia llegado á sus manos por conducto de Santángel.

Doña Isabel la leyó con detencion, y luego la pasó á manos de Talavera.

—Ved aquí una contradiccion que no me sé explicar, dijo este cuando acabó de leer: si el genovés tiene tan en la mano lo que desea, ¿por qué no vuelve á Portugal?

—Porque don Juan le ha engañado una vez, respondió con prontitud el Cardenal.

Esta contestacion, acaso demasiado viva, produjo, sin embargo, una fuerte impresion en el ánimo recto de doña Isabel.

—Señor Arzobispo, dijo: no conviene tratar á Colon con severidad ni con ligereza: es leal y consecuente, cualidades que los reyes suelen comprar á mucha costa y es raro que las encuentren. Sus proposiciones tienen algo de exageradas, no lo niego: pero con dulzura y buenos modos se le puede reducir á la moderacion. Ofrezcámosle las nuestras, y espero que las aceptará: decidle que se le concederá el almirantazgo; proponedle un quindicimo de las rentas en lugar del diezmo, y el vireinato mientras lo juzguemos conveniente; pero que renuncie á él para su posteridad.

El padre Talavera no se atrevió á replicar, aunque las concesiones de la Reina le parecieron estremadamente grandes; pues cono-

cia el carácter de aquella señora, y sabia que una órden suya, si- quiera fuese dada con dulzura y en tono de consulta, no admitia contradiccion. Únicamente se detuvo á recibir algunas instrucciones, y en seguida se fué á conferenciar con el Rey.

El Cardenal permaneció todavía despues hablando con doña Isabel por espacio de un cuarto de hora, y volvió luego á su casa, donde le aguardaban los amigos de Colon, y á quienes dió esperanzas de un arreglo.

Fray Hernando, sin dejar de cumplir las órdenes de la Reina, dió largas al negocio, como quien se ocupaba en él á disgusto; y así transcurrieron quince dias antes de llegar á una decision definitiva.

Por último, una mañana, que doña Isabel estaba, como solia, ocupada en labores de su sexo, en medio de sus damas íntimas, le anunciaron que su confesor le pedia audiencia. El arzobispo entró; pero tan demudado, que á primera vista se conocia la agitacion de su espíritu.

—¿Qué os pasa, padre mio? le dijo la Reina. ¿Sin duda vuestro nuevo rebaño os dá mucho que hacer?

—Yo preferiria tener que convertir á todos los moros del mundo, á tratar con ciertos hombres que se dicen buenos cristianos, señora, contestó el prelado. Ese Colon es mas duro de mollera que todos ellos, y no creo que llegue á ser convertido nunca á la razon.

Todas las damas suspendieron sus tareas al oir este brusco exordio; pues todas miraban ya con simpatía el proyecto del genovés; pero en particular la Reina, la marquesa de Moya, doña Juana y Sol, se quedaron frias; como que no esperaban tan mal resultado de las últimas negociaciones.

—¿Habeis explicado en buenos términos al señor Colon la naturaleza de nuestras proposiciones? preguntó doña Isabel á su confesor con una severidad inusitada.

Fray Hernando no podia contestar con absoluta sinceridad á esta pregunta; pues si bien habia transmitido al genovés las condiciones de la Reina, no lo habia hecho en los términos que esta deseaba.

—Señora, respondió: si doña Isabel de Castilla tratase con Enrique de Inglaterra ó Luis de Francia, sin duda alguna les veria me-

nos altivos é inflexibles que ese genovés desharrapado. No quiere oír ninguna condicion mas que las suyas; se cree inspirado por Dios, y su lenguaje es tal, que no osaria pronunciarlo un hombre verdaderamente animado por el Espíritu Santo.

—Esa constancia no carece de mérito, dijo la Reina; pero todas las cosas tienen un límite, y yo no insistiré mas en favor de Colon: que sufra las consecuencias naturales de un amor propio excesivo, y de una ambicion desmesurada.

El arzobispo se tranquilizó con estas palabras, que aparentemente daban por terminadas las negociaciones de Colon en Castilla; y despues de conferenciar algunos momentos con doña Isabel, salió del aposento.

Todas las damas quedaron tristes, y doña Sol hacia esfuerzos para reprimir las lágrimas. La Reina echó una ojeada sobre ellas, y se retiró á otra estancia visiblemente conmovida.

CAPITULO VII.

Consuelos de la amistad.



ocos dias despues, á principios de febrero, la corte se habia trasladado á Santa-Fé para dar lugar al arreglo de los alojamientos de la capital, en una forma conveniente y adecuada á las costumbres de los nuevos moradores.

Era una mañana templada y bella, que presagiaba ya, en aquel país privilegiado, la venida de la primavera. En la puerta de una de las casas bajas, construidas para albergue del ejército, habia un grupo de algunas personas mayores, entre las cuales descollaba por su estatura noble y elevada Cristóbal Colon. A su lado se distinguia por su juventud y arrogancia D. Juan de la Torre, y sostenian con él un animado diálogo Geraldini, Quintanilla y Santángel.

Colon estaba en traje de camino, y á corta distancia de él se hallaba Sancho de la Barca, teniendo del diestro á una vigorosa mu-
la y el caballo de su amo.

—¡Por todos los santos del cielo! exclamaba Santángel con calor. Esto es una mengua para las dos coronas, y yo necesitaría oír la negativa de la Reina para creerlo.

—S. A. lo ha dispuesto, señor de Santángel, repuso D. Juan apesadumbrado. Lo sé de buena tinta; pero sus órdenes no han sido interpretadas en su verdadero sentido.

—Sea como quiera, dijo el aragonés, nuestras esperanzas se convirtieron en aire, y lo que aquí ha pasado me duele en el alma y me avergüenza.—Id con Dios, señor Colon, y ojalá encontréis en otras partes jueces mas ilustrados y menos prevenidos.

Todos los demás, excepto don Juan, se despidieron de Colon, dándole vivas muestras de sentimiento y de cordial adhesion. Veíanse, por el contrario, en la calle otros grupos de jóvenes nobles y de gente ordinaria, de los cuales, unos miraban con indiferencia la partida del genovés, y otros espresaban con sus gestos, palabras y ademanes el mas significativo desprecio.

Don Juan mandó á su escudero acercarse, y montó en el caballo; Colon hizo lo mismo en la mula, y Sancho se dispuso á seguirles á pié, despues de acomodar en aquella un pequeño ható de ropa.

Nuestro marino suspiraba como agobiado de pena; pero su rostro aparecía sereno, y en sus ojos brillaba el fuego inextinguible de su alma fuerte.

Al salir de Santa-Fé, Colon se volvió hácia su compañero, y le dió cortesmente las gracias por el honor que le dispensaba saliendo á despedirle, y por el favor de entregarle su criado para que le acompañase.

—Nada teneis que agradecerme, le respondió el jóven; yo sí, que gracias al miramiento debido á vuestra persona, he podido reprimir mi indignacion á la vista de esa canalla soez, noble y plebeya, que os ha insultado con sus gestos, cuando atravesábamos las calles. ¡Por Santiago bendito, que á no mirar que esto podia comprometeros, los habria pisoteado con mi caballo, aunque mi reputacion de calavera hubiese llegado á su colmo!

—Habeis hecho bien, don Juan, en reprimir ese enojo: yo tambien he reparado en lo que decís, y no me doy por ofendido. Si hubiésemos de hacer caso de lo que piensan y hacen los necios, ten-

driamos que ir siempre armados de punta en blanco para deshacer agravios. Mucho menos debemos sentir las ofensas del vulgo en esta ocasion, en que una voluntad suprema les autoriza para tenerme por insensato.

—Que nadie ose pronunciar esa palabra delante de mí, repuso el generoso jóven; porque haré un escarmiento ejemplar.

—¡Gracias mil veces, amigo mío! Pero yo sentiría que nadie tomase la defensa de mis propias querellas, y menos vos, con quien me unen lazos tan sagrados, que necesito conservar.

—Es cierto, sí; respondió don Juan con aire pensativo: hace seis años ó mas, pende entre nosotros un desafio, un verdadero lance de honor.

—Y deudas eternas que subsistirán despues de pagadas, contestó Colon desahogando por primera vez la pena que rebosaba en su pecho. Me hablábais ahora poco de las burlas y desprecios de ese pobre vulgo. ¡Qué es nada de eso para quien lleva hace seis años un dardo clavado en el alma! ¡Qué es para quien mira deshechas en un momento sus bien fundadas esperanzas de mucho tiempo!—¡Ah! Despues de tanta fatiga, mañana me presentaré á la mujer que ha sabido fortalecer mi constancia, y tendré que decirle: «Te hice madre, y no puedo hacerte feliz: tu hijo es el hijo del acaso: he pedido un nombre y titulos para él; para él, que descende de reyes; y me los han negado, porque soy un mendigo aventurero. ¡Sufre, que yo tambien sufro; no tengo otro dote que ofrecerte!»

—¿Al oiros, repuso don Juan, diríase que habeis perdido ya toda esperanza de un cambio de fortuna, y que la grandeza de vuestra alma se ha reducido desde que le falta el apoyo de España?

—No, jóven, no es eso; mi alma tiene el universo entero por morada; pero rebosa en ella la amargura del mas negro desengaño. España me falta; Francia me abrirá los brazos; y sino, Inglaterra me aguarda para hacerse señora de los mares.

—¿Y Portugal?

—Portugal será mi último recurso.

—En todo caso, no olvideis mi promesa, señor Colon. Un doble interés me llevaba á seguir vuestros pasos en esa expedicion que proyectais, y ese interés ha desaparecido ya: por una parte, vuestra

probada consecuencia y noble conducta me revela de exigiros el cumplimiento de una palabra; por otra, mis esperanzas de rehabilitacion... y de amor no pueden ya fundarse en el éxito de vuestra empresa. Pero, no obstante, si no puedo acompañado, iré solo con vos á descubrir los misterios del Océano, para que en todo tiempo se sepa que hubo en España quien creyese á Colon, y expusiera su vida con él.

—No valgo yo tanto sacrificio, respondió el genovés con una dulzura inefable. Si de vuestra vida solamente se tratase, yo aceptaria la oferta; porque confio en Dios que ha de protegerme, y no temo que perezcan los que me acompañen. Pero se trata de vuestra felicidad, don Juan; y ahora os lo digo: partiendo yo de Francia ó de otro país, no vendreis conmigo.

—¡Pardiez! No me digais eso; porque desde aquí marchó con vos, y no os dejó á sol ni á sombra. ¡Mi felicidad!... Es cierto; en Santa-Fé queda: quizá me expongo á perderla para siempre; pero no retrocedo. ¿Quereis que os revele mi secreto pensamiento? Pues bien: sabed, señor Colon, que de vuestra empresa dependia que yo obtuviese la mano de doña Sol; y esto me prueba que, si la Reina os ha retirado su proteccion, ha sido contra todo el torrente de su voluntad, y cediendo al empeño de algun consejero de carácter sagrado, que no vé todo lo que debe ver un entendimiento claro.

—Tened la lengua, jóven, contestó severamente Colon, y respetad á los ungidos del Señor. Yo acato la decision de la reina Isabel, y hago justicia al celo desinteresado de sus consejeros. Por lo demás, creo que S. A. me era favorable.

—Lo era, sí, señor; y ahora mismo siente mas que nadie lo que ha pasado: la conozco bien. Por lo mismo, estoy seguro de que no desaprobará mi conducta.

—Vuestros sentimientos, don Juan, se resienten del generoso calor de la juventud: quizá mañana os arrepentiríais de no haberlos moderado: calmaos y dad tiempo á la reflexion. Yo procuraré teneros al corriente de todos mis pasos; y si, cuando llegue el momento decisivo, no he de ser yo un obstáculo á vuestra dicha, la mia será llevar conmigo un compañero tan leal y tan valiente como vos.

Habian caminado, hablando así, un cuarto de legua. Colon se de-

tuvo y no quiso consentir que su amigo se molestase por mas tiempo en acompañarle. Antes de despedirse, don Juan sacó una carta y un anillo, y los entregó al genovés diciéndole:

—Os doy esta carta para mi prima Beatriz: en ella le esplico todo lo que ha sucedido, y la consuelo con el testimonio de vuestros generosos esfuerzos. Este anillo os servirá para que la nodriza os entregue el niño Fernando.

Colon tomó ambos objetos penetrado de gratitud, y dió la mano á su fiel amigo: este la estrechó en silencio; pero su rostro expresaba con mas elocuencia que las palabras la emocion que sentia. En seguida se separaron, el genovés y Sancho continuaron caminando lentamente hácia Córdoba: don Juan, con un movimiento de despecho, picó vivamente á su caballo, y partió á galope hácia Santa-Fé.

Nada estraño era que Colon sintiese desfallecer sus bríos, cuando al verse de nuevo lanzado en la carrera de las aventuras, se encontraba otra vez solo, sin mas apoyo que su fé ardiente y su confianza en el Sér Supremo. Sin reparar en Sancho, que detrás le seguia, dejó caer la cabeza sobre el pecho, y hubo para él uno de esos momentos en que lo pasado y lo porvenir se presentan confusamente al espíritu, dejando á los padecimientos su amargura toda, y quitando á la esperanza el dulce resplandor que la embellece. Pensaba en el tiempo que habia perdido en España y en la posibilidad de que le aguardase otra tan larga y penosa prueba. Pero, sostenido por su firme resolucion, no pensó un solo instante que hubiera de quedar sin cumplimiento la grande empresa á que habia dedicado su vida.

—¡Dios es omnipotente y misericordioso! exclamó levantando los ojos al cielo. Yo tengo confianza en él, y no me abandonará, si esto conviene á su mayor gloria.

Y sintiendo aliviado su corazon con este piadoso desahogo, llamó á Sancho, y empezó á conversar tranquilamente con él, recordándole los dias de su estancia en el monasterio de la Rábida.

CAPITULO VIII.

Resolucion.



OLVAMOS á Santa-Fé, donde nos espera un episodio interesante y en cierto modo sublime.

Apenas Colon se hubo separado de sus amigos, Quintanilla y Santángel se fueron solos paseando y hablando con animacion, aunque en voz baja.

De repente se les oyó decir:

—¿Vamos?

—¡Vamos!

Acababan de tomar una resolucion, y sin tener en cuenta la hora, nada oportuna para pedir una audiencia, se encaminaron decididos á la casa que ocupaban los soberanos, y solicitaron con urgencia ver á la Reina.

Doña Isabel era siempre accesible para aquellos de sus servidores cuyo celo y probidad le merecian confianza; y todas las formalidades y ceremonias de la etiqueta, rigurosa en aquel siglo, desaparecian al influjo suave de su bondad sin límites.

Los dos funcionarios fueron introducidos inmediatamente en la sala, donde la Reina estaba ya trabajando con sus damas predilectas. El Rey se hallaba en un aposento contiguo, como siempre ocupado en cálculos y en dictar órdenes.

—¿Qué nos trae tan de mañana á los señores Santángel y Quintanilla? dijo doña Isabel sonriéndose, para dar alientos á los dos pretendientes. Cosa grave será; porque vosotros no acostumbráis á importunarme con vuestras peticiones, y la hora es algo extraordinaria.

—Todas las horas son buenas, señora, respondió Santángel, cuando se trata del bien general de los españoles y del esplendor de vuestra corona: esto es lo que aquí nos trae, y no asuntos de nuestro personal interés.

Si la Reina no hubiese estado tan acostumbrada al lenguaje brusco del aragonés y á la libertad con que en todas ocasiones solía expresarse, hubiérala sorprendido esta introducción: sin embargo, no pudo menos de mirarle con curiosidad y decirle:

—¿Qué es eso, Santángel? ¿Mis vasallos están quejosos? ¿Alguien me ofende en la persona ó en los bienes de ellos? ¿Qué es lo que reclamais en provecho de todos?

Y así diciendo, le presentó su mano. Santángel se apresuró á besarla con respeto y cariño, al mismo tiempo que contestaba:

—Yo, señora, quisiera que V. A. aceptase los beneficios que Dios le envia para gloria de su reinado, en lugar de rechazarlos con ingratitud.

Quintanilla le tiró de la ropa, y la Reina se sonrió.

—¿Conque nada menos que de ingratitud me acusas?

—Nada menos, señora, replicó el aragonés con entereza. Por mi vida, que no sé decir de otra manera lo que siento. Yo no podia esperar, ni creo todavía, que V. A. haya desechado los proyectos de Colon, que ofrecen á España el porvenir más brillante, quizá en premio de su valor y su constancia durante los últimos diez años. Pero ha de ser cierto, pues Colon acaba de partir para una corte extranjera.

—¿Ha partido? Yo no lo sabia; pero era de esperar. El Rey y yo habíamos puesto ese asunto en manos del Arzobispo de Granada

y otros consejeros fieles; en sentir de los cuales, las condiciones del genovés eran tan exorbitantes, que no podíamos acceder á ellas sin faltar á nuestros deberes. Hubiera podido ese hombre usar de mas moderacion en sus pretensiones, siendo tan dudosos los resultados de sus planes.

—Se conoce bien, señora, dijo Santángel sin desalentarse, que anda en todo esto la mano del señor Arzobispo, que nunca ha tenido fé en las promesas de Colon. Pero yo apelo de la madura sensatez de su reverencia ilustrisima á los sentimientos magnánimos de V. A. No es un visionario, señora, el hombre que consiente en renunciar á sus esperanzas primero que ceder un punto de su dignidad. Colon sabe que su negocio es de imperios, y arregla sus proposiciones á la importancia del asunto.

—En los negocios graves, señora, añadió Quintanilla, no espere hacerse apreciar el que se estime á sí mismo un poco.

—Así es verdad, mi muy amada señora, continuó Santángel sin dar tiempo á la Reina para contestar: el carácter del hombre y sus intenciones pueden apreciarse por la importancia que da á sus servicios. Si Colon sale bien con su empresa, ningun descubrimiento de cuantos se hayan hecho desde la creacion del mundo será comparable al suyo. ¿Qué prueba mas brillante podrá darse de la sabiduría divina, que la demostracion práctica de la redondez de la tierra? ¿Qué conquista podrá igualar á la que arrancará la ciencia al caos de la ignorancia? ¿Qué espectáculo mas grande, que el de imitar al sol en su curso diario y dar al mundo la vuelta, ni qué mayor adquisicion que la de estrechar con los vínculos de la fé y de la caridad pueblos diversos, que hasta hoy han separado los mares y las distancias? Yo me asombro, señora, de que una princesa que tantas muestras ha dado de su espíritu elevado retroceda ante una empresa como esta.

—Eres demasiado vivo, mi buen Santángel, dijo la Reina sin mostrarse descontenta, y no miras la cuestion mas que por su lado favorable. Pero, ¿qué sucedería, si el Rey y yo confiriésemos á Colon el título de virey perpetuo de tierras no descubiertas, y luego no se descubriese nada? Entonces, ¿no habríamos comprometido inútilmente y de un modo grave la dignidad de ambas coronas?

—Señora: no se alcanza la gloria sin arriesgar algo. No miran eso los portugueses, y así ensanchan diariamente la estension de sus dominios. Además, ese temor no puede haber tenido origen en el ánimo de V. A. Nosotros sabemos que la tierra es redonda...

—¿Estás seguro de ello, Santángel? preguntó el Rey, que acababa de entrar sin que le sintiesen. Nuestros doctores de Salamanca estaban muy divididos en esa cuestion importante, y yo mismo no la veo tan clara y resuelta.

Santángel se volvió rápidamente hácia su nuevo adversario y respondió:

—Si no es redonda, señor, ¿cómo puede ser? ¿Habrá algun doctor que me lo explique? ¿Ó quieren suponer los doctores que la tierra y el mar están cortados á pico en sus extremos límites, y que ni la una se desmorona, ni el otro se derrama porque á ellos les place disponerlo así? Esto no es razonable, mi venerado señor.

—Tampoco lo es, replicó el rey, que haya en el mundo quien ande con la cabeza abajo y los piés arriba; paises donde la lluvia suba en lugar de bajar, ni mares que permanezcan fijos en su lecho, teniéndolo encima y no debajo.

—Yo quisiera que Colon estuviese aquí para explicar esos misterios, señor. Él nos ha demostrado que la tierra es esférica, y sin embargo, no vemos que el agua se desborde por ninguna parte. Y si no es efectivamente de esa forma, señor, ¿por qué la mar deja de ser visible á cierta distancia, y no así como quiera, sino cortada en figura circular? Si fuese plana, ¿no la veriamos indefinidamente hasta perderse confundida con el cielo? Para mí es un hecho demostrado la redondez de la tierra, y su estado de equilibrio uno de los mayores prodigios que ha hecho la mano del Criador. Siendo así, es posible viajar en torno de ella, y el monarca que dé los medios para conseguirlo, vivirá en la memoria de las generaciones futuras con mas esplendor que los Alejandro y los Césares. Alguno ha comprendido ya toda la magnitud de las ventajas morales y materiales de la empresa, y no pasará mucho tiempo sin que los enemigos de España entonen cantos de triunfo al recoger el fruto de gloria y poderío que nosotros habremos desechado.

—¿A dónde ha ido Colon? preguntó el Rey precipitadamente, mo-

vido por el aguijon de los celos políticos, que las observaciones de Santángel acababan de estimular. ¿Supongo que no pensará ir á ofrecerse de nuevo á Juan II de Portugal?

—Creo que no, señor; respondió Quintanilla. Pero tengo entendido que piensa ir á Francia, cuyo soberano es, como todos sabemos, el mas íntimo amigo de Aragon.

El rey murmuró entre dientes algunas palabras, y se puso á pasear por la sala para disimular el efecto que habia producido en su ánimo la contestacion irónica de Quintanilla.

Doña Isabel, por el contrario, se sentia inflamada de un santo celo, reavivado por las anteriores consideraciones de Santángel, y ella misma no habria sabido explicar en aquellos momentos sus propias emociones. Su vista divagaba de unos en otros, como buscando en todos la firmeza de la conviccion. Dos ó tres veces fijó sus miradas en el rostro candoroso de doña Sol, como si allí, mas que en ninguna otra parte, debiese encontrar el espíritu de la verdad; pues la gran Reina, no obstante su talento privilegiado, se complacia, como todas las almas puras, en beber sus inspiraciones en los corazones inocentes, donde la sávia de la vida no habia sido aun viciada.

Por último se dirigió á la marquesa de Moya, como á quien, desde niña, estaba acostumbrada á consultar en los momentos de incertidumbre, y le dijo en voz baja:

—¿Qué te parece, hija mia? ¿Debemos humillarnos hasta el punto de volver á llamar á ese hombre altanero?

—Señora, opino como el receptor general, que la humillacion consistirá en dejar que otros aprovechen el bien que Dios ha puesto en vuestras manos, respondió la marquesa. Colon no puede ser calificado de altanero, sino de firme en su conviccion; y si mañana se descubriese un nuevo mundo, seria vergonzoso para Castilla el haber desechado sus reiteradas instancias.

—Y todo por un título, añadió Santángel: por algunos pergaminos.

—No, no, replicó la Reina: es que varias personas consideran excesivos los honores que pide Colon, aun cuando cumpliese lo que promete.

—Porque no conocen toda la estension de sus miras, repuso Santángel. Pero V. A., que al primer golpe de vista supo apreciarlas, y que nunca se duele de recompensar el verdadero mérito, ¿cómo puede titubear en esta ocasion? Figuraos, señora, que estais leyendo una página de la Historia, y que despues de la rendicion de Granada, encontrais referidos hechos mas portentosos todavía: el descubrimiento de una comunicacion rápida y fácil con las Indias; el acrecentamiento ilimitado de los dominios y tesoros de España; la sumision de muchos millones de infieles á la santa fé de Jesucristo; la ley de Dios, en una palabra, triunfante del uno al otro extremo del orbe. ¿Qué valen los títulos ni las dignidades humanas para pagar tan sublimes beneficios? En hora buena sujeten los hombres la cuestion á cálculos frios: la empresa de Colon reclama el apoyo liberal de una mujer, capaz de arriesgar mucho por la gloria del cielo y el bien del género humano.

—Don Fernando, señor, dijo la Reina, yendo hácia su esposo, como poseida de vértigo: temo que nuestros consejeros hayan procedido con ligereza. El proyecto es bastante grande para justificar la singularidad de las condiciones.

El Rey tenia en la mano un papel, y no cesó de leerlo mientras le hablaba su régia compañera.

—¡Dios mió! exclamó Santángel, dirigiéndose á la marquesa de Moya, pero de modo que pudiese oírle D. Fernando. Si el rey Luis acepta las condiciones que nosotros hemos rechazado, ¡pobre España! no levantará mas la cabeza.

—¿Sabes de cierto, Santángel, dijo el Rey con tono de autoridad, que el genovés vá á Francia?

—El mismo me lo ha dicho, señor. Á Francia va; y si allí no encuentra acogida tan pronto como la desea, negociaciones tiene ya pendientes en Inglaterra; y si no, Portugal le aguarda. Portugal, que ha descubierto ya medio mundo, desde que en esta corte se disputa sobre si es ó no es, lo que D. Juan II hubiera ya realizado si tuviese un hombre como Colon.

Don Fernando se volvió hácia su esposa, que parecía estar muy agitada, y continuó hablando con ella en particular; pero aunque la escuchaba con el profundo respeto que su elevado carácter habia

sabido inspirarle desde muy temprano, conservaba sin embargo la sangre fria que era tan natural en él. Al mismo tiempo los dos funcionarios mantenian otro acalorado diálogo con la marquesa de Moya y doña Juana de la Torre. La Reina, sin dejar de conferenciar con su marido, observaba de cuando en cuando lo que se decia en aquel otro grupo; hasta que, por último, habiendo vuelto el Rey á fijarse en el papel que tenia en la mano, doña Isabel se separó de él, y marchó leatamente hácia un ángulo de la estancia, donde se hallaba doña Sol, con su labor olvidada en la falda y escuchando absorta la conversacion.

—¿Qué dices tú, hija mia? le preguntó la Reina.

Sin duda buscaba, mas bien que una respuesta, un punto de reposo, un desahogo para sus vivas emociones, á que daban impulso mil diversos motivos.

—Yo, mi amada señora, ¿qué podré decir? repuso la jóven. Debo callar, porque soy una pobre ignorante; ¡pero si supiese expresar lo que siento!...

—Dilo, dilo de cualquier modo, contestó la Reina, con los ojos extraordinariamente animados.

—Pues bien, señora, ya que me lo mandais, diré que Colon no ha venido á Castilla por sí mismo, que no ha pasado aqui siete años por su sola voluntad, y que ahora mismo no pensais en él por el empeño de dos hombres leales. No, y mil veces no: yo creo ver en todo esto la mano de la Providencia divina, que quiere dar á España el premio de sus esfuerzos en favor de la religion.

—No es dado á nuestra flaca inteligencia conocer los altos designios de Dios, hija mia, repuso la Reina. Sin embargo, me agrada oírte hablar así.

Dichas estas palabras, se quedó un momento indecisa; no porque ya vacilase en dar su apoyo completo á Colon, sino porque el Rey acababa de manifestarle que no habia dinero ninguno de que poder disponer para la empresa.

No obstante, como si una idea nueva germinase en su entendimiento, movió la cabeza mirando al cielo, y se encaminó al grupo de los caballeros y damas, que se abrió para darle paso.

—Decidme, señor de Santángel, preguntó pausadamente. ¿Qué cantidad necesita Colon para llevar á cabo su proyecto?

—No pide mas que dos carabelas y tres mil coronas (1), señora mia: menos de lo que gasta cualquier jóven calavera en un mes.

—En verdad que no es mucho, dijo doña Isabel seducida por el noble carácter de la empresa: y sin embargo, el Rey duda que nuestras cajas reunidas puedan en estos momentos sufragar esos pequeños gastos.

—¡Oh! exclamó doña Juana. Seria una lástima que una ocasion como esta de servir á Dios, de estender la dominacion cristiana y de acrecentar la gloria de España se perdiese por falta de un poco de oro!

—En efecto, dijo la Reina, en cuyo rostro brillaba el mas puro y vivo entusiasmo; seria una lástima. Pero Dios proveerá.—Señor de Santángel, el Rey no puede entrar en este negocio por cuenta de Aragon: yo me hago cargo de él por la de Castilla y para bien de mi amado pueblo. Si el tesoro real está exhausto, me parece que, empeñando mis joyas, se podrá encontrar quien preste esa pequeña suma; y prefiero hacerlo á consentir que Colon se vaya.

Este rasgo sublime en su noble sencillez arrancó un grito unánime de admiracion y placer á todos los que rodeaban á la Reina.

Santángel cortó la dificultad pecuniaria, diciendo que sus cajas podian suministrar la cantidad necesaria, bajo la garantía de la corona de Castilla; y que los *alfileres de la reina* ofrecidos con tanta generosidad, quedasen bajo la guarda de su angusta propiedad.

—Señora, dijo el buen caballero, sin pensar en reprimir su contento. Con muy pocas palabras habeis dado un dia de júbilo á vuestros vasallos y una página brillante á la Historia. Yo os bendigo, señora mia querida: y bendigo la hora en que vine aquí, movido sin duda por inspiracion divina.

—Basta, basta, Santángel, repuso la Reina: Ya hemos hablado demasiado, y quiera Dios que sea tiempo todavía de alcanzar al genovés y participarle nuestra última resolución.

(1) Moneda de aquel tiempo.

CAPÍTULO IX.

Colon llora.



URANTE la escena que hemos querido bosquejar en el capítulo precedente, don Juan de la Torre caminaba hácia Santa-Fé, no tan de prisa como cuando se separó de su amigo Colon.

El ardiente mozo volvía murmurando á solas palabras que el respeto no le hubiera permitido expresar delante de nadie. La indignacion y el despecho le arrancaban quejas amargas contra los consejeros de la corona, contra la política nada expansiva del Rey, y hasta contra la falta de resolucion que atribuía á la Reina.

La disposición de su ánimo era en aquellos momentos la mas propia para hacerle reñir con el primero que se le pusiese delante, y quiso la suerte que, antes de llegar nuestro jóven á la pequeña ciudad, se encontrase con su tío don Pedro Henríquez; el cual, sumamente irritado, iba por el mismo camino, llevando á modo de escolta seis vigorosos hombres de armas.

Al ver á su sobrino, el rudo caballero se adelantó haciendo ademán á sus hombres para que se detuviesen, y habiendo llegado á encontrarse con don Juan, le dijo:

—A lo que observo, ¿venís de hacer los honores que corresponden al famoso mercader de mundos, señor don Juan de la Torre y Henriquez de Lara?

—Ese lenguaje, señor, contestó el jóven, me indica que os desagrada mi conducta en el trato con el genovés.

—No solo me desagrada, señor caballero errante, sino que me ofende y me hiere en el honor. Acabo de saber...

—Nada me direis que yo ignore, señor Adelantado, respondió don Juan disimulando mal su ira. Caballero errante ó estante, sé lo que debo al honor de mi familia; ¡y vive Dios, que nadie podrá tacharme de infamia por lo que hago! Mi amigo es Cristóbal Colon, y le defenderé en todos los terrenos: si con él me he tratado, él trata con príncipes, y llegará á ser uno de ellos.

—Un loco hace ciento, replicó el Adelantado sin cuidarse del enojo que sus palabras encendian en el espíritu del jóven. Pero no hace al caso ahora lo que ese vil extranjero puede llegar á ser. Lo que yo quiero, es prenderle y llevarle á la presencia de la Reina, para que satisfaga lo que debe.

—¿Qué quereis decir, señor? preguntó con calma don Juan.

—Quiero decir, caballero, que nuestra familia ha sido villanamente deshonorada por ese advenedizo; que su sangre no puede satisfacerme, y que necesito sumirle en un calabozo por el resto de sus dias.

—Mentira parece, señor, que un hombre de vuestros años trate asuntos de esa naturaleza con tan poco aplomo y cordura.

—¡Señor sobrino! gritó furioso el Adelantado.

—No me griteis, señor: os lo ruego; porque estoy sufriendo mucho para guardaros el respeto que os debo. Hace mas de seis años que conozco perfectamente el asunto, que ahora llega á vuestra noticia; y no lo habeis sabido antes, porque yo, un niño, un caballero errante, que os place llamar ofensor de la honra de nuestra casa, he sabido guardar el hecho bajo las llaves del sigilo: porque yo mismo

he tomado á mi cargo la reparacion de esa falta, y tengo empeñadas en ello mi palabra y mi vida.

—¿Conque tú has sido el encubridor de nuestra deshonra? exclamó el Adelantado algo perplejo. Me habian dicho algo de eso; pero no quise creerlo.

—¿Hubiera sido mejor publicarlo? Nadie tiene poder en este mundo para deshacer lo hecho, señor; y todo lo que alcanza la prudencia humana, es aminorar el daño de las consecuencias. Yo he cubierto á la pobre Beatriz, yo la he salvado de vuestras iras: ¿hice mal? Mi conciencia me dice que no; y si reflexionais con calma, vereis que os interesa callar.

—Sobrino, repuso don Pedro lleno de confusion; es vergonzoso que un rapaz me dé lecciones. Pero, ¡por Dios Santo! ¿Qué medios concibes para obtener la reparacion de esta ofensa? Yo no encuentro ninguno mas que la muerte de dos culpables.

—Castigados están ya, señor. ¿Os parece poco siete años de zozobras y de continuos afanes? ¡Sosegaos, por Dios Santo! Colon es noble de alma, y su perseverancia nace en gran parte del mas ardiente anhelo de satisfacernos. Lo sé, y me consta: su sangre, mal que nos pese, corre ya mezclada con la nuestra, y si en algo la estimamos, debemos ayudarle á engrandecerse. La desgracia no ha querido que España le dé su apoyo; pero no dudeis que muy pronto el hombre oscuro se convertirá en almirante famoso.

—¡Ilusiones! ¡delirios! repuso don Pedro.

—Será lo que gustéis. Pero yo os juro por lo mas sagrado, contestó el jóven elevando los ojos al cielo, que todo el cariño y el respeto que ha sabido inspirarme Colon, no le librarán del mas severo castigo si llegasen á resultar falsas sus promesas. Tengo honor todavía, señor don Pedro Henriquez.

La entereza y las juiciosas razones del jóven, hicieron profunda impresion en el ánimo del Adelantado; quien, mudando de pensamiento, volvió grupa y siguió hablando con aquel, camino de Santa-Fé.

Resonaban las pisadas de sus caballos en los muros de la casa habitada por los reyes, en el momento mismo en que doña Isabel acababa de tomar su memorable resolucion. Santángel apareció en

una ventana; y se retiró en seguida como impelido por una repentina idea.

Pocos instantes despues, salió un page corriendo del palacio, y llamó á don Juan.

El jóven se apresuró á volver, é inclinándose hácia el page, oyó con sorpresa mezclada de inquietud estas palabras:

—Señor don Juan, mi señora la Reina os manda subir inmediatamente á su estancia.

—¿Sabeis para qué me quiere S. A.? preguntó don Juan descalbando.

El page se encogió de hombros.

Don Juan entregó el caballo á uno de los hombres de su tío, y sin reparar en nada, lleno de polvo y desordenado el traje, subió al cuarto de doña Isabel. Seguramente no le animaba en aquel momento el espíritu mas benévolo hácia su real señora, pero una vez en su presencia, la dulzura llena de dignidad que en aquella resplandecía, le impuso respeto y cortedad.

—Agradezco la prontitud con que habeis venido, don Juan, pues necesito vuestros servicios, le dijo la Reina. No es cosa que corresponde á vuestra clase; pero la urgencia es grande. ¿Podeis decirnos qué ha sido del señor Cristóbal Colon, con quien, segun parece, tenéis relaciones íntimas?

—V. A. me perdone, señora, si digo alguna palabra que pueda ofenderle, respondió el jóven. Colon va camino de Francia, procurando olvidar los sinsabores con que aquí se ha premiado su saber y su constancia. Hace pocos momentos, acabo de dejarle...

—Basta, basta, dijo la Reina. Se conoce, don Juan, que has olvidado los modales de la corte. Pero no importa: lo que ahora necesito de tí no es que hables como cortesano, sino que corras bien, y esto no dudo que lo sabrás hacer. Monta á caballo, alcanza al genovés, y anúnciale que sus condiciones quedan aceptadas. Dile que le aguardamos, y que tiene nuestra palabra real de ayudarle con los medios necesarios para dar feliz cima á sus proyectos.

—¡Señora mia! exclamó el jóven lleno de júbilo. ¿No me engañan mis oídos?

—En prueba de que no, don Juan, hé aqui mi mano.

— El tono afectuoso con que fueron dichas estas palabras y la gracia del ademán hicieron brillar en el ánimo del jóven la luz de una esperanza, que creía perdida desde que supo que necesitaba el consentimiento de la Reina para su felicidad. Arrodillóse respetuosamente y besó con ardor aquella mano, que por primera vez le era presentada despues de tantos años; y sin cambiar de postura, preguntó si debía partir inmediatamente.

— Sí, sí, al momento, respondió doña Isabel. No estaré tranquila hasta que mi mensaje haya devuelto la calma al espíritu del genovés.

Don Juan no aguardó que le repitiesen la orden: procurando esta vez acomodarse á las reglas de la etiqueta, salió tan pronto como pudo, y antes que transcurriese un minuto estaba á caballo. Al ir á partir, levantó la cabeza hácia las ventanas, y vió á doña Sol, que le miraba á hurtadillas desde una de ellas. En aquel instante, ni uno ni otro pensaban en los peligros probables de la expedición de que dependía su dicha; una sonrisa de satisfaccion y júbilo brilló en sus semblantes, dejándoles suspensos por algunos instantes, como atados á la invisible cadena de una corriente magnética.

— Doña Sol fué la primera que volvió en sí de este éxtasis pasagero; y alarmada de la imprudente detención de su amante, le hizo con rapidez una seña para que partiese. Los acicates se clavaron en los hijares del caballo, y don Juan desapareció á los pocos momentos.

Entre tanto, Colon seguía lentamente su camino, hablando con Sancho; pero sin poder desechar los tristes pensamientos que le asaltaban. Había llegado á Pinos, cuando oyó detrás de sí el galope de un caballo. Sancho volvió el primero la cabeza, y exclamó:

— ¡Aquel es mi amo!

Colon detuvo su mula, y no pudo ni siquiera reflexionar sobre la inesperada vuelta del jóven caballero; porque ya este se hallaba muy cerca y gritaba con toda la fuerza de sus pulmones:

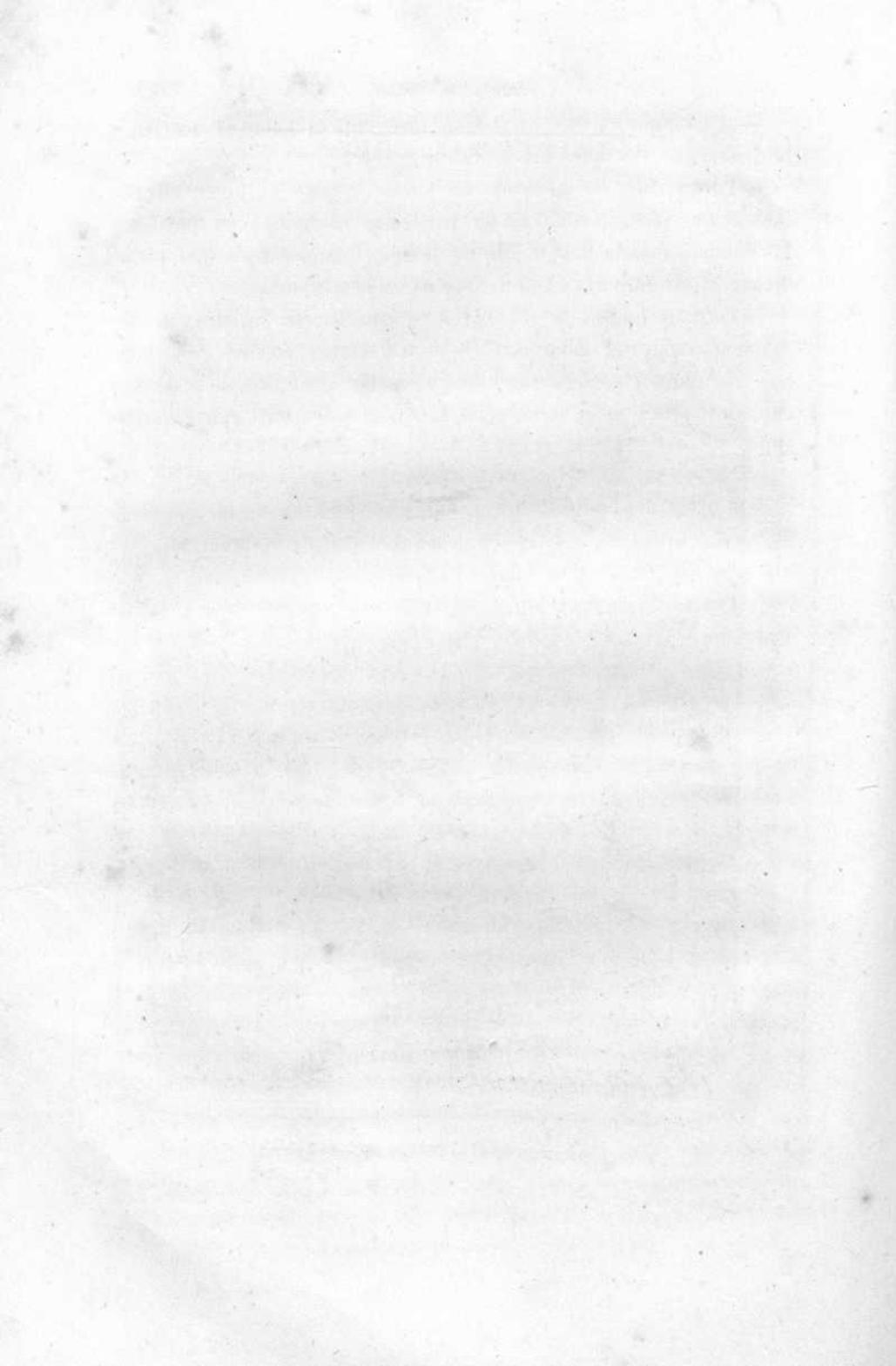
— ¡Victor! ¡Victor! ¡Señor Colon!... ¡Viva la Reina! ¡Volveos! — ¡Volveos!

— ¡Á que mi pobre amo ha cogido con mas fuerza la insolacion! dijo Sancho.

CRISTOBAL COLON.



Oyó detrás de sí el galope de un caballo



—¿Qué significa esto, don Juan? preguntó el genovés acortando la distancia. ¿Por qué volveis de esa manera?

—Porque Dios ha mejorado sus horas, repuso el jóven atropelladamente. Venid, venid, y no perdamos el tiempo en palabras. La Reina os manda llamar. Me ha dicho... ¿qué sé yo lo que me ha dicho? Ni eso importa. Venid, que os está esperando.

—Pero, ¿á qué fin he de volver yo á una corte sin alma ni resolución? repuso el genovés. ¿Quieren hacerme perder otros siete años en juntas y conferencias? Ved mis cabellos blancos de pesares y cuidados. ¿Me llaman ahora para hacerme sufrir otro cruel desengaño, que me cueste la vida?

—No es eso, no, señor, respondió don Juan: doña Isabel, la sincera y leal Reina de Castilla, ha reconocido por fin la grandeza de vuestro proyecto, y ha dado su palabra real de favorecerlo.

—¡Es cierto eso, don Juan! ¡Es posible!..

—Tan cierto, señor, como que vengo yo espresamente á participároslo.

—¿Por orden de quién?

—De la Reina: S. A. misma acaba de mandármelo.

—¡Doña Isabel!... exclamó Colon vivamente agitado. Pero... ¿sabe que yo no puedo abandonar ninguna de mis condiciones?

—Lo sabe: la excelente y generosa señora os concede todo cuanto pedís, y segun he pōdido entender, ha ofrecido empeñar sus joyas antes que abandonar la empresa.

—¡Oh! ¡Bendita sea! profirió Colon sollozando.

Y quitándose la gorra, se cubrió el rostro para ocultar las lágrimas que hilo á hilo corrían por sus mejillas. Cuando se lo descubrió estaba radiante de felicidad. Aquel momento de alegría bastó para hacerle olvidar todas sus penas de muchos años.

CAPÍTULO X.

Colon almirante.



ANTÁNGEL y Quintanilla esperaban á Colon en la calle, donde se habian reunido muchos de los cortesanos incrédulos, que pocas horas antes se burlaban de nuestro marino y de sus planes.

La noticia de la resolucion tomada por doña Isabel habia corrido entre todos como una novedad sorprendente, y el respeto que inspiraba la profunda penetracion de esta señora, ya que no fuese el espíritu acomodaticio de las córtes en general, habia transformado repentinamente á los mas, de adversarios ciegos, en defensores interesados de la empresa.

Ya nadie pensaba en burlarse, aunque conservase interiormente alguna duda; y hasta el Rey, por no aparecer menos generoso que doña Isabel, y en contradiccion con ella, daba á conocer su adhesion al plan de descubimientos.

Quando Colon apareció en las puertas de Santa-Fé, todos los que habia en la calle se adelantaron á su encuentro, y algunos con curiosidad, como si viesen un hombre nuevo. Quintanilla y Santángel le recibieron con un placer indecible, deshaciéndose en plácemes, y en alabanzas á la Reina, con tales seguridades y pruebas de su sinceridad, que ya no fué posible al genovés dudar de su repentino cambio de fortuna.

Inmediatamente fué conducido á la presencia de doña Isabel; la cual, cuando le vió llegar y arrodillarse á sus piés, se levantó, y le tendió la mano diciéndole:

—¿Seais bien venido, señor Colon! Cesaron ya todas nuestras desavenencias, y espero que en adelante viviremos cordialmente unidos para la consecucion de un mismo é importante fin. Alzáos, Almirante del mar Océano, y recibid mi mano, como prenda de mi apoyo y mi amistad.

Colon besó la mano que se le presentaba, y se levantó; sus ojos divagaron como los de un hombre que sueña delicias, y que en medio de su sueño teme verlas desvanecidas al despertar. Sin embargo, tuvo entereza para responder, y sus palabras resonaron solemnes, vigorizadas por su apostura noble y grave, y por el silencio religioso que guardaban todos los que asistian á esta escena.

—Alta y poderosa señora, dijo; mi corazon os agradece tanta benevolencia, y bendice al Señor, que por vuestra soberana mediacion me envía una felicidad inesperada. El dia se acerca en que sereis recompensada: somos llamados al cumplimiento de grandes cosas, señora, y ojalá pueda yo mantenerme á la altura de mis deberes. Confio en que mi señor el Rey no querrá privarnos de sus luces y de su real apoyo.

—Señor Colon, repuso la Reina: mi augusto esposo no desaprueba ya vuestra causa, por mas que su espíritu superior y su mucha prudencia le hayan hecho mas cauto en decidirse, que á una mujer fácil de impresionar. Sin embargo, sois servidor de la corona de Castilla.

—No un espíritu mas superior, ni una fé mas pura que la de la Reina Isabel pido yo para mi empresa, respondió Colon, con un tono de sinceridad que realizaba el mérito de este cumplimiento. La ve-

neracion que inspira su mucha prudencia me escudará en adelante contra las burlas de los hombres ligeros; y confiado yo en su palabra real, espero poder consagrar á su servicio todo el resto de mis dias.

—Os agradezco esa prueba de confianza, contestó la Reina sumamente satisfecha, mas que de las palabras, del tono de verdad y de la animacion inspirada con que Colon las pronunciaba. Mientras Dios me conceda el poder de dirigir y la inteligencia para disponer, vuestros intereses y los proyectos que meditais por espacio de tantos años serán protegidos con celo. Pero no por esto debemos excluir al Rey de nuestra alianza; pues no dudo que anhela vuestro buen éxito con el mismo afan que yo.

Don Fernando entraba á la sazón en la sala, y oyó esta simulada disculpa: la Reina se dirigió á él espresamente con las mejillas vivamente coloreadas, como un niño á quien sorprenden en una inocente mentira.

—Ya tenemos aqui á nuestro fugitivo, le dijo; y desde ahora es menester que nada le impida emprender su gran viaje.

—Me alegro de volver á ver al señor Colon, respondió el Rey cortesmente. Si llega á cumplir solamente la mitad de lo que promete, razon tendremos de alegrarnos de haberle prestado nuestro apoyo, y él no estará quejoso; pues tendrá mas oro del que pueda gastar.

—Señor, repuso Colon; no puede faltar á un buen cristiano en qué emplear el oro, mientras haya necesidad de asilos para los pobres y mientras el sepulcro del Redentor del mundo esté en poder de infieles.

—¿Cómo es eso? ¿Qué quereis decir? preguntó don Fernando con su voz aguda y penetrante. ¿Cuántas cosas pensais hacer á la vez?

—Señor, las mas grandes ideas son nada si no han de tener aplicaciones provechosas. ¿De qué servirán todas las riquezas de este mundo, si no las acompaña el deseo de hacer bien? Al pensar yo en descubrir el camino mas corto de las Indias, siempre he tenido el anhelo de emplear los ricos tesoros de aquella opulenta region en fundar escuelas y hospitales y en rescatar al Santo Sepulcro. ¿No es vergonzoso que los musulmanes puedan levantar sus altares pro-

fanos allí mismo donde Jesucristo nació, padeció y murió por redimirnos?

Para don Fernando la conquista de la Tierra Santa, en que se había ocupado sin fruto la Europa entera y el descubrimiento de una vía occidental para llegar á las Indias, eran dos cosas igualmente irrealizables; de modo que si la conversacion se hubiese prolongado sobre este punto, no habria sido imposible que su política fria y calculadora hubiese vuelto á entrar en pugna con la sinceridad y el entusiasmo de doña Isabel. Por fortuna, esta, en cuyo corazon habian encontrado eco los piadosos propósitos del genovés, preguntó al mismo:

—Y decidme, Colon: ¿será fácil convertir á la fé cristiana los pobladores de aquellos paisés?

—Yo abrigo esa esperanza, señora, replicó el navegante. Pienso, con el favor de Dios, llegar al territorio del Gran Kan, visitado por los hermanos Polo hace un siglo; en cuya época, segun relacion de los mismos, todos los habitantes de aquella rica comarca y el mismo soberano manifestaron el deseo de abrazar la religion de Jesucristo. Pero además de esto, ¿qué no pueden un buen celo y una sábia direccion? Las Santas Escrituras nos enseñan que vendrá un dia en que toda la tierra adorará á Dios vivo: y ese dia está cerca, si hemos de juzgar por las señales visibles de la gracia divina. Yo creo, señora, que lo primero de todo debe ser plantar la cruz en las islas, y desde ellas estender la fé por el continente. Zipango es el pais que me parece mas conveniente; porque la fé se difundirá en él con la rapidez de un milagro.

—Quiera Dios que así sea, dijo la Reina.

—¿Y estáis seguro, preguntó el Rey algo inoportunamente, de que en Zipango (1) hay perfumes ó alguna otra cosa para indemnizar los gastos y los riesgos de la expedicion?

Doña Isabel dejó entrever ese disgusto que sienten todas las mujeres buenas cuando sus maridos dicen algo inconveniente ó que disuene del tono á que se eleva una conversacion; pero guardó silencio. Colon respondió:

(1) El país descrito por los Polo, con este nombre, era el Japon.

—Señor, según las relaciones de Marco Polo, no hay en toda la tierra un país más rico en especias, aromas y plumas raras; el oro abunda, y no faltan allí las perlas ni las piedras preciosas. Diríase que la Providencia ha derramado á manos llenas sus dones donde moran los infieles, como para recompensar los afanes del monarca cristiano que use de su poder en beneficio de nuestra religion. Hay en aquellos mares multitud de islas feracísimas; el viajero veneciano llegó á contar hasta siete mil cuatrocientas cuarenta: esto solo vale los esfuerzos que me propongo hacer. Pero no me detendré allí: si llego á Zipango en dos meses de una diligente navegacion, espero dar un día de gloria á España, pasando al continente, para traer nuevas á Vuestras Altezas del reino del Catay, el más opulento de aquellos territorios, y la adhesion de sus habitantes á la ley de gracia.

La fuerza de conviccion con que nuestro marino daba cuenta de unos países que jamás habia visto, y el brillante colorido con que los revestia su imaginacion llegaron á cautivar el ánimo de D. Fernando, sobreponiéndose á su genial desconfianza.

Ya no se pensó más que en sentar las bases de la estipulacion conforme á las condiciones propuestas anteriormente por el genovés: un príncipe no habria obtenido más atenciones y miramientos que él en aquella corte, modelo de probidad y de consideracion hácia los grandes hombres. Conforme lo habia solicitado, se le concedió, además, el octavo de las utilidades que reportase la empresa, poniendo él igual parte de los gastos, y de este modo vino á ser partícipe con la Corona en los riesgos y provechos de los descubrimientos que hiciese.

Terminado el pacto, Colón se despidió de la Reina y del Rey; don Juan interrumpió una conversacion de miradas que sostenia con doña Sol hacia buen rato, y juntamente con Santángel y Quintanilla salió acompañando al nuevo almirante hasta su posada. Los dos últimos se retiraron despues de felicitarle de nuevo, y pasaron algun tiempo hablando de él y manifestándose mutuamente el asombro que sentian por el éxito de su pretension. Parecíales inverosímil lo mismo que habian conseguido, y hasta les asaltaban dudas de que Colón les dejase airosos cumpliendo sus magníficas promesas. Cosa estraña, y sin embargo, muy natural en el hombre: mientras

la oposicion hizo resistencia á sus voluntades, no hubo argumentos ni razones que no combatiere su fé; pero, apenas obtenido el triunfo, ya desconfiaban de sí propios y de la solidez de sus convicciones. Sin embargo, este estado de vacilacion, consiguiente á toda lucha, duró poco y dejó el puesto á la fé y á la esperanza.

Don Juan, entre tanto, sentia y no reflexionaba: para él, ya el asunto era de accion, y solo ansiaba ver llegado el momento de partir; aunque el recuerdo de doña Sol, ligado estrechamente á este deseo, debilitaba en algun modo su ardor.

Sin embargo, aquel corazon generoso, pronto siempre á latir por los demás, tuvo un movimiento que no fué de los que menos placer dieron á Colon en este para él memorable dia.

—Señor Almirante, le dijo don Juan al cabo de un rato que se hallaban solos. Voy á dejaros, porque pienso despachar en seguida un correo con la noticia de vuestra victoria. Si quereis darme algunas letras, las haré llevar juntamente con mi carta.

—¡Para Beatriz! exclamó Colon penetrado de gratitud.

—¿Pues para quién mejor? repuso el jóven. Hay que participarle la buena nueva. Nadie tiene tanto interés como ella en saberla pronto, y quiero que Sancho me reviente un caballo.

—Sí, sí, replicó el genovés, participando del humor jovial de su amigo. Que reviente aunque sean tres; los pondremos en cuenta contra mis rendimientos del Catay.—Pero no es menester que os vayais, amigo mio: aquí mismo podeis escribir.

Hizolo así don Juan; Colon se puso á escribir tambien al otro lado de la misma mesa, y una hora despues salia Sancho de la ciudad, montado en un buen caballo, conduciendo las cartas.

Aquel mismo dia, nuestro jóven caballero se encontró con su tio el Adelantado, á quien recordó lo que le habia dicho por la mañana, é intentó comunicarle su entusiasmo.

—Ya veis, señor, le dijo, como no eran infundadas mis esperanzas: el hombre á quien mirábais poco hace como á un advenedizo despreciable, es ya un servidor de la Reina con el título de Almirante. Dentro de pocos meses le vereis convertido en virey de las Indias. ¿Qué inconveniente habrá entonces para que se enlace con nuestra familia?

—Cuando eso sea, ninguno; respondió don Pedro refunfuñando. Pero de aquí á entonces, quiera Dios, sobrino mio, que tú y él, y él y tú no vayais á parar á una casa de orates.

—Considerad, señor, que la Reina...

—La Reina es una bendita; y si le dijesen que se puede tocar con la mano al cielo, én seguida se mandaria hacer un par de alas. Yo te veré en Zipango, y diré que no lo creo.

—En ese caso, señor tío, no disputo. Para nuestra cuestion de familia, basta saber que Colon es ya don Cristóbal Colon, almirante del mar Océano.

—De eso, no tengo duda, replicó don Pedro algo amostazado: Colón es don, y almirante.





LIBRO TERCERO.

EL VIAJE.

CAPÍTULO I.

De como Sancho dió en Palos un banquete, que acabó á palos.



oro el poder de la Reina, y lo que es mas, el grande influjo que esta señora tenia sobre la voluntad de sus súbditos, no bastaron, en el transcurso de seis meses, para reducir á la obediencia á los que debian acompañar á Colon en la espedicion acordada.

Previendo la dificultad de encontrar voluntarios en suficiente número, se habia echado mano de un recurso puesto en práctica en otras ocasiones para armar buques, y reclutar marineros: el de imponer esto á un pueblo entero por vía de conmutacion de una pena. La villa de Palos de Moguer, poblacion de escasa importancia, toda ella compuesta de gente de mar, tenia sobre sí una condena judicial, que la obligaba á dar á la Corona dos buques armados; y un do-

mingo por la mañana, después de celebrados los oficios divinos, un comisario régio, llamado Peñalosa, leyó en la puerta de la iglesia de San Jorge el edicto, en que Sus Altezas mandaban poner dos carabelas á disposición de su almirante don Cristóbal Colón, para emprender un viaje de descubrimientos, navegando hácia el Occidente por el mar Atlántico.

El primer efecto de esta orden fué llenar de consternacion á los habitantes de Palos, que la consideraron desde luego como una sentencia de muerte horrorosa para todos aquellos á quienes tocase la suerte de ir en las carabelas. Pasado el temor de los primeros momentos, los ánimos comenzaron á manifestarse rebeldes mas ó menos abiertamente; y por último, para no incurrir en nuevas penas, determinaron oponer al mandamiento Real la fuerza de inercia, suscitando dificultades á fin de ganar tiempo.

Así transcurrieron seis meses; y en el de julio distaban mucho las carabelas de estar dispuestas para hacerse á la mar.

El convento de la Rábida era, por decirlo así, el cuartel general á donde llegaban todas las órdenes de la corte, y donde se reunian los personajes de alguna importancia que debian acompañar á Colón con carácter oficial: allí estaban ya Rodrigo Sanchez de Segobia, nombrado inspector general de la armada, y su alguacil mayor, el cordobés Diego de Arana, juntamente con Rodrigo de Escobar, escribano real, destinado para dar fé de los hechos que tuviesen lugar: allí acudian además á recibir órdenes del Almirante los dos segundos jefes Martin Alonso Pinzon y Vicente Yañez Pinzon, como tambien el hermano de estos Francisco Martin, y los otros pilotos Pedro Alonso Niño, Sancho Ruiz y Bartolomé Roldan.

Todos estos eran voluntarios, y se ocupaban en inspeccionar y activar los trabajos de reparacion y armamento de las carabelas tituladas *Santa María* y *Pinta*: pero todo su celo no podia conseguir que llegasen á ser completamente habilitadas estas naves, en particular la segunda; porque sus dueños Gomez Rascon y Cristóbal Quintero, á quienes habia sido confiscada, resistian con todas sus fuerzas el cumplimiento de lo mandado, y tenian en su apoyo la mala voluntad de los operarios y marineros.

Únicamente se podia ya disponer de otro buque, el más pequeño

de todos, llamado la *Niña*, que Martín Alonso había hecho armar á sus expensas por su cuenta y la de Colón, para sufragar la octava parte de los gastos, según lo pactado con la Corona. Esta carabela, que era poco más ó menos como un laúd ó falucho de nuestros días, sin puente y con velas latinas, solo aguardaba la orden de zarpar.

En tal estado se hallaban las cosas, cuando una tarde llegaron al convento de la Rábida dos viajeros, montado el uno en un caballo, y el otro á pié sirviéndole de criado.

El hermano Pascual, portero del convento, conoció al segundo apenas le vió; pero no á su amo, que era un jóven hermoso y arrogante, aunque vestido con sencillez como un simple particular. Nuestro lego se santiguó, como si viese algún espíritu malo y exclamó:

—¡Santa María me valga! ¿De dónde sale ahora el pícaro de Sancho de la Barca? ¿Pues no se lo llevaron *los malos*?—¡Jesus nos libre!

Y volvió á santiguarse.

Rióse Sancho de la simplicidad del portero, y le respondió:

—Hermano Pascual: Jonás estuvo en el vientre de la ballena y salió con bien. El que á mí me llevó no era tan malo como os figurais, y la prueba es que me veis aquí sano y gordo.

Y añadió señalando á su amo:

—Este caballero... quiero decir, mi amo el señor Pedro Gutierrez, ayuda de cámara del Rey, os podrá informar de mi ninguna intimidad con los *malos*. Pero, como para eso tendremos tiempo de sobra, lo que ahora interesa es que aviséis ó mandéis avisar al señor Almirante que hemos llegado.

—¿Al señor Almirante, eh? repuso el lego. ¿Y qué le importa á su Excelencia saber que haya ó no venido Sancho de la Barca?

—¡Me importa á mí, voto á Judas! exclamó el jóven designado con el nombre de Pedro Gutierrez.

Pero arrepintiéndose en el acto de este arranque de su genio, añadió con buenos modos:

—Perdonad, hermano Pascual: he querido decir, que el señor Almirante se alegrará de verme, como yo de ver á su Excelencia; y si me hiciérais el favor...

—Sí, señor, voy al punto, respondió el lego. ¿Cómo habeis dicho que os llamais?

—Pedro Gutierrez: ya sabe el señor Colon quién soy.

El hermano Pascual se fué hácia dentro murmurando:

—Este ha de ser el diablo que se llevó á Sancho; y si no es él, mucho se le parece en el genio.

Apenas quedaron solos los dos viajeros, el llamado Pedro Gutierrez dijo á su criado:

—Parece que el hermano portero se acuerda de mí todavía; pero no me ha conocido; y tú eres un torpe, que has estado á punto de revelar-le mi verdadero nombre y clase.

—No sé qué mal habria en ello, señor, contestó Sancho; y antes creo que resultaria mucho bien de que todo el mundo supiese, que un caballero de la primera nobleza española piensa embarcarse con el señor Colon, en lugar de suponer que es un cualquiera el que lo hace.

—Yo me entiendo, Sancho, repuso el jóven amo. Aquí para nosotros,—y cuidado no te se vaya la lengua,—por mas que el señor Colon me inspire una entera confianza, y por mas que yo haya mirado su empresa con buenos ojos, desde que tú mismo me hablaste de ella, por primera vez, en estas cercanías; despues que ha sido cosa resuelta, he pensado mucho sobre el particular, y tengo mis recelos de que, así como podemos descubrir las Indias y sus tesoros, descubramos el imperio de Pluton en medio de esos mares que nadie conoce.

—Y qué mas da, replicó Sancho, que no habia estudiado en la escuela del señor Geraldini, y por consiguiente ignoraba la mitología. Imperio por imperio, lo mismo tiene que sea el del gran Kan, que ese otro del señor Bruton ó Gloton, como le llama vueseñoría.

—No da lo mismo, Sancho, dijo don Juan, á quien ya habrá conocido el lector. Hay mucha diferencia, por mas que tú no lo comprendas: y quiero decir, que por si acaso lleváramos un chasco, no quiero que mis émulos tengan ocasion de divertirse á mi costa. Yo juego la vida por ganar lo que mas amo; y no tengo necesidad de que este arrojio me lo achaquen á jactancia; mayormente cuando, fuera de los oficiales reales, no hay ningun hombre de pró que se

aventure á ser de la partida. Tengo además otro motivo particular, que tú no ignoras, para guardar el incógnito.

—Sea por lo que quiera, respondió Sancho, bien hecho está; y á mí solo me toca obedecer y callar: pero en cuanto á los imperios por descubrir, allá los veremos, y no pienso yo como vueseñoría; pues tengo para mí que he de ser, andando el tiempo, señor de algún lugar, ó por lo menos embajador.

Don Juan se sonrió de las aspiraciones de su escudero y repuso:

—Me agrada tu buen ánimo, y no me pesará de que se cumplan tus deseos. Para ello, bueno será que te vayas ensayando; y como yo no te necesito por ahora, puedes bajar á Palos, y renovar tus antiguos conocimientos, á fin de animar un poco á esa gentualla, que segun parece tiene miedo de ir á verle las barbas al emperador del Catay.

—Yo queria pedir os permiso para ello, contestó Sancho. Pero ya que graciosamente me lo dais, voy á ver á mi gente; y si no consigo domarla, podeis decir que no sirvo ni siquiera para gobernar una recua de jumentos.

El hermano Pascual volvió á este tiempo con la órden de introducir sin demora al señor Pedro Gutierrez en la habitacion del Almirante. Don Juan despidió á su escudero, y este marchó al pueblo de Palos, donde pronto encontró amigos y conocidos que le acogieron bien; con tanta mas razon, cuanto que el buen Sancho les anunció desde luego que habia hecho fortuna durante su ausencia, y que deseaba celebrar su llegada vaciando algunas botellas en tan buena compañía.

Este rasgo prueba que nuestro escudero adivinaba por intuicion las prácticas de la diplomacia moderna.

Unos veinte hombres, entre marineros, calafates y operarios de todas clases se reunieron alrededor de Sancho, debajo de un parral, en la puerta de una especie de posada, huérfana de huéspedes la mayor parte del año: allí se hizo la autopsia de un par de jamones, se descuartizaron algunas cuerdas de longanizas y se desangró un tonel. Los pechos tomaron brios y las cabezas se calentaron: todos estaban contentos del Anfitrión aventurero, y alguno hubo que brindó celebrando su buena fortuna.

—Amigos míos, dijo Sancho aprovechando la ocasión: no vayáis á creer que soy ningún potentado. Dios me ha favorecido, es verdad; porque Dios ayuda al que se ayuda: y si vosotros hubiérais corrido mundo, como yo, puede ser que á estas horas tuviérais más oro que puede mover un temblor de tierra. Pero nunca es tarde, si la dicha es buena; y por mi santiguada que teneis en las manos una ocasión, que ni pintada para haceros ricos.

—¿De veras? dijo un marinero de cuarenta años, robusto y duro. Tras de eso ando desde que me salieron los dientes; pero, aunque he visto muchas tierras, no he podido llegar á la isla de Jauja. Y voto al chápíro, que buena me vendría una fortunilla; pues tengo cinco hijos como cinco lobos.

La comparación hizo reír á la concurrencia; y viendo Sancho la buena disposición de los ánimos, dijo al marinero:

—Poco mundo habrás visto, Andrés Leal, cuando no has llegado á Jauja. Yo he ido mucho más allá, y no pararé en esto, si Dios quiere.

—¿Mas allá de Jauja? dijo un maestro calafate. ¿Habrás ido quién al Catay?

—Si no he ido al Catay, respondió Sancho, muy poco me ha faltado; pero pienso ir antes de un año, y para este viaje convidó á todos los que tengan buenos deseos de hacerse pronto ricos.

—Días há que nos convidaron, contestó el calafate: pero se agradece el obsequio. ¿No es verdad, muchachos?

—Sí, sí: que vaya quien tenga el alma vendida al diablo, reputo otro marinero. Yo digo como mi amo el señor Rascon: para morir, en todo tiempo hay lugar, y el que busca el peligro en él perece.

—Pues ni el señor Rascon ni tú sabéis de la misa la media; replicó Sancho. No se trata de morir, ni de correr más peligros que los ordinarios en un viaje por mar: se trata de encontrar filones de oro macizo tan anchos como el Odiel, y tierras donde el pan se cria en los árboles, como aquí las bellotas. Y yo me admiro de que hombres curtidos de navegar se asusten por un poco más ó menos, cuando están ahí los Pinzones, que saben bien donde les aprieta el zapato, y no solo arman una carabela por su cuenta, sino que ellos mismos irán en persona á correr esa suerte.

—Los Pinzones irán ó no irán, respondió el calafate. Hay quien dice que solo tratan de embarcar la gente y quedarse en tierra.

—¿Quién dice eso? gritó Sancho poniéndose en pié. El señor Martin Aloaso no es un marinero de agua dulce como algunos que yo conozco. Él y sus hermanos irán, si es menester, hasta el fin del mundo, y yo con ellos. ¿Y sabéis lo que os digo, compañeros? que desde ahora no doy mi parte de ganancias en la expedición por todo el condado de Niebla.

Esto era hablar al alma de gentes cansadas de vivir miserablemente: los mas animosos, y los que no estaban ganados á la parcialidad de Quintero y Rascon, comenzaron á declararse adictos al parecer de Sancho: uno de ellos fué Andrés Leal, el marinero de los cinco hijos, el cual usó de la palabra por todos, diciendo:

—Nuestro amigo Sancho tiene razon: los Pinzones no son hombres que falten á su palabra; y cuando ellos se han comprometido á correr la carabana con el señor don Almirante, demasiado sabrán lo que les conviene. Lo cierto es, que el que no se aventura, no pasa la mar; y yo, si el señor Martin se embarca para las Indias, allá voy con él.

—¡Y yo!

—¡Y yo!

—¡Y yo! gritaron cinco ó seis á un tiempo.

—Contad cada uno, dijo Sancho tan grave como un monarca, con una ganancia neta de mil doblones de oro lo menos. Mi amo es camarero del Rey, ha dejado este empleo para marchar con el Almirante; porque sabe que, en llegando allá, le han de hacer gobernador de una isla, que será por lo menos tan grande como de aquí á Toledo. Ya veis si la cosa es segura.

—¿Y si no llega á ninguna parte? preguntó el calafate. Y si el mar se traga las carabelas y todo cuanto en ellas vaya?

—A eso se expone todo el que navega, respondió Sancho; y por lo mismo, el que no es hombre para ello, no se mete á marinero.

—Aquí hay hombres que no le temen á la mar, dijo uno que parecia mozo resuelto; y sin embargo, creen que es temeridad ir á engolfarse donde no hay mas que cielo y agua, sin esperanza de volver.

—¿Y quién te ha dicho que no hay mas que eso? replicó Sancho.

—¿Quién ha visto otra cosa? contestó el marinero.

—Eso es verdad, dijo otro.

—No hay tal verdad, respondió Sancho. Un hombre á quien sus Altezas han hecho almirante, debe saber mas que vosotros.

—Es un extrangero que viene á probar fortuna.

—Y á sacrificarnos á su codicia.

—Un hombre que dice que la tierra y la mar son redondas, añadió con ironía el calafate.

—Un hombre á quien debemos respetar, dijo Sancho; puesto que la Reina reconoce su ciencia.

—Dicen que es nigromante, contestó un herrero.

—Si tiene pacto con el diablo, ved ahí como ha embaucado á su Alteza, dijo el calafate.

Los que antes se habian ido declarando por la empresa de Colon comenzaron á flaquear.

—Ved ahí, dijo Sancho, una especie chistosa, que no le ha ocurrido en siete años á ninguno de los sabios de Salamanca y de la corte. Oye, calafate: vé á decir eso al señor cardenal Mendoza, y verás como manda sacarte la lengua.

—Guarda la tuya, Sancho el borde, contestó el aludido; que los villanos de esta tierra no sufrimos ancas de nadie.

Toda la diplomacia de nuestro bizarro escudero cayó por tierra al pronunciar el calafate la palabra «borde.» Sin ser dueño de su accion, Sancho cogió una botella que halló á mano, y la estrelló en la cabeza de su ofensor. Allí fué Troya. Los partidarios y amigos de los Pinzones se agruparon alrededor del escudero, y á fuer de agradecidos, se dispusieron á prestarle ayuda: los de la parcialidad de Quintero y Rascon se pusieron al lado del calafate, pero no todos; pues algunos mas prudentes, que conocieron la razon, solo intentaron mediar entre ambos bandos.

Sin embargo, no era fácil restablecer la paz en aquellos momentos. El calafate se armó de un banquillo, y no pudiendo con él alcanzar á Sancho, dió sendos golpes en las cabezas de los pacificadores, que se tornaron en enemigos: los jarros y platos sirvieron de proyectiles; la mesa cayó rodando, todo fué confusion y desorden, gritos, y puñadas y coces. El posadero se desgañitaba gritando, que

peleasen los otros á su sabor; pero que perdonasen sus muebles y trebejos, y que quién le pagaria tanto daño y destrozo: á lo cual Sancho, sin dejar de atender á la pelea, contestó á grandes voces:

—Nada tema, compadre, que todo será pagado, y ayúdenos aquí á castigar á estos malsines que ultrajan á la señora Reina y á su Almirante: á estos mal nacidos, que comprometen al pueblo de Palos, desobedeciendo las órdenes de Su Alteza.

El posadero murmuró entre dientes, que aquella era cuestion de agua, con la cual él no estaba reñido, y que allá se la compusiesen ellos: pero Sancho no necesitaba su ayuda, y la tenia de sobra en la mayoría de sus comensales para derrotar á los amigos del calafate, como lo hizo, poniéndolos en vergonzosa fuga.

Satisfecho de su triunfo, nuestro escudero quiso llevar las cosas mas adelante: arengó á sus parciales, y en breves palabras les hizo ver que Gomez Rascon y Cristóbal Quintero estaban atrayendo sobre el pueblo las iras de la corte, y privándoles á ellos en particular de los inmensos bienes que habia de reportarles el viaje proyectado por Colon. Díjoles que él habia estado por tierra en aquellos países prometidos, en compañía de un caballero aventurero, y que no habia traído cien arrobas de oro por falta de acémilas, y por ser tan largo el camino; pero que yendo por mar, era cosa fácil traer cuanto se quisiese, pues todo el trabajo consistia en bajarse á recogerlo.

Daba gran peso á estas razones el ver que Sancho prodigaba el dinero, siendo así que salió del pueblo sin mas capa que la del cielo. Aquella gente tosca se enardeció al oírle, y lo que empezó disputa se convirtió en motin: á los primeros se agregaron otros, que llegaban atraídos por el alboroto, y todos juntos comenzaron á recorrer el pueblo dando voces, y apellidando traidores á Quintero, Rascon y sus allegados.

No carecian estos de partido en el pueblo: particularmente las mujeres, que nunca miran las consecuencias de ciertos escesos, y solo atienden á lo que contraria sus sentimientos, conspiraban del modo mas eficaz contra la espedicion decretada. La agitacion promovida por Sancho comenzó á propagarse al mismo tiempo en sentido inverso á su propósito, y amenazaba tomar proporciones bastante serias. Vicente Yañez, hermano de Martin Alonso Pinzon, intervino

para pacificar á sus amigos: pero fué arrastrado por el movimiento, no pudiendo oponerse á él; pues el escudero habia tomado por bandera la obediencia á la Reina, y con este grito se proponia reclutar gente para el viaje á las Indias.

La autoridad local tampoco podia contener aquel entusiasmo faccioso producido en gran parte por el calor del vino. El marinero Andrés Leal era el mas revoltoso de la pandilla, y hablaba nada menos que de ahorcar á Rascon y Quintero, si no daban palabra formal de activar los trabajos de su carabela, y rehenes para el pronto cumplimiento de su promesa.

Era en verdad algo apurado el lance; pues los amenazados se aprestaban ya con armas para rechazar la fuerza. Estaba Sancho con los suyos gritando en la puerta de la casa de Gomez Rascon, y todo presagiaba un rompimiento de hostilidades, cuando acertó á llegar el Almirante, que juntamente con don Juan y el padre Marchena venian á consultar con Martin Alonso una orden de la corte, traída por nuestro jóven caballero: esta orden era un premio para el cumplimiento de lo mandado; y por ella se imponia, en caso de desobediencia, una multa de treinta maravedís al pueblo de Palos, por cada día que tardase en aprontar las carabelas.

Colon y don Juan se lanzaron en medio del tumulto; el primero con gravedad imponente, y el segundo con la precipitacion de su genio activo.

—¡Sancho! ¡Sancho! gritó este último á su escudero, aun antes de llegar. ¡Por los cuernos de Moisés, que no entiendo este barullo! ¡Sancho! ¡Sancho!

—¡Aquí, señor!... señor Pedro Gutierrez! dijo el escudero, yenyo al encuentro de su amo. Venís á tiempo, que vamos á colgar de una antena á Rascon y Quintero por rebeldes á Sus Altezas.

—¡Sancho! gritó Colon. ¿Estáis loco, amigo? Sus Altezas no necesitan motines para hacerse obedecer.

—Señor, es que...

—¡Silencio! Que esta buena gente se sosiegue. Los señores Rascon y Quintero no han menester la fuerza para cumplir con su obligacion. Yo les fio.

Estas palabras fueron oidas por el mismo Rascon, en cuya casa

entró el Almirante, despues de asegurar la tranquilidad con la presencia del padre Marchena.

El armador recibió á Colon con el respeto debido, y oyó de su boca estas ó semejantes á palabras:

—Señor Rascon, yo repruebo altamente el escándalo que ha pasado á vuestra puerta, y para evitaros mayores disgustos, he dado á esa gente la seguridad de que no demorareis ni estorbareis el cumplimiento de las órdenes de sus Altezas. Por vuestra causa y la de vuestro socio Quintero, el pueblo de Palos ha incurrido en una multa: yo tengo la órden, que todavía no ha sido notificada: os lo participo en confianza, porque de vos depende el que no llegue á ser efectiva, y el impedir que el descontento del pueblo y de la Reina caiga sobre vuestra cabeza.

Rascon dió las mas cumplidas satisfacciones, asegurando al Almirante que él no tenia la menor culpa de los entorpecimientos pasados; que estos nacian de la mala voluntad con que los marineros y trabajadores se prestaban á obedecer, y que haria cuanto pudiese para activar la obra en adelante.

—No dudo de vuestra palabra, le contestó Colon: sin embargo, como el mayor obstáculo está en los operarios, y por otra parte vuestras ocupaciones no os permitirán estar continuamente sobre ellos, no extrañareis que os proponga el nombramiento de un sobrestante, para que vigile y active las operaciones: él mismo podrá proporcionar los brazos que falten; y espero que así todo marchará bien.

Rascon accedió á todo, y aquel dia quedó Sancho nombrado sobrestante y casi director de los trabajos, con lo cual se ganó mucho para su pronta terminacion.



CAPITULO II.

En la iglesia y en la sacristía.



ANCHO mostró en esta ocasión que era un hombre hábil y dispuesto para todo: él contrataba los materiales, buscaba operarios, hacia de capataz, de administrador, de calafate y de peon, según convenia: con su actividad y su ejemplo movia á los reacios y estimulaba á los voluntarios.

En pocas semanas se trabajó mas que se habia hecho en muchos meses; y de este modo, á fines de julio, la *Santa María* se balanceaba ya en las aguas del Odiel, y la *Pinta* se encontraba en disposición de seguirla.

Pero desde el momento en que solo faltó designar el día de la partida, los preparativos tomaron un aspecto solemne, y los mismos que voluntariamente se habian comprometido á marchar en la expedición, andaban cabizbajos y como sobrecogidos de asombro.

Colon no dejaba de observar el estado de los ánimos, y conociendo que su empresa no era segura hasta que el mar hubiese opuesto una barrera al influjo de las afecciones de familia y á la versatilidad de los hombres, determinó apresurar la marcha, y comunicó en consecuencia sus órdenes á Martin Alonso, que debia mandar la *Pinta*, y á su hermano Vicente Yañez, destinado á gobernar la *Niña*.

El influjo moral de los Pinzones era grande: marinos muy expertos y personas de arraigo, sus indicaciones tenian fuerza de preceptos para los mas de los habitantes de Palos; y á no ser por su participacion personal en la empresa de nuestro navegante, acaso los mas decididos á emprender el viaje habrian desertado.

El dia 1.º de agosto estaban concluidos todos los preparativos para la marcha, y Colon dispuso revistar los marineros, los soldados y los dependientes auxiliares. Vestido con el traje de ceremonia correspondiente á su dignidad, y acompañado de los oficiales nombrados por la corte, recorrió sucesivamente los tres buques, cuyas tripulaciones le aguardaban. La de la *Santa María* era toda gente escogida: sin embargo, llamaron la atencion del Almirante algunos rostros feroces, que á primera vista chocaban por su espresion siniestra.

No dió Colon muestra ninguna de extrañeza ni de disgusto al reparar en aquellos hombres; pero quiso informarse de su condicion apenas acabó la revista, y mientras examinaba los aparejos y demás partes del buque; y en tal sentido dirigió algunas preguntas á Martin Alonso, como el mas conocedor de toda aquella gente.

—No son en verdad ningunos santos esos hombres, le respondió el marino de Palos, y algunos mas del mismo género encontrareis en la *Pinta* y la *Niña*; pues hemos creido conveniente distribuirlos en los tres buques, á fin de que no vayan juntos; porque esto seria peligroso. Sin embargo, en la *Santa María* es donde hay menos.

—¿Luego son gente mala? preguntó Colon.

—Son criminales arrepentidos, señor Almirante, repuso Martin Alonso. Ya sabeis que la falta de hombres voluntarios, como son menester para este árduo viaje, aconsejó la idea de ofrecer el perdón de sus delitos á los reos prófugos que se presentasen gustosos para tripular las carabelas. Unos treinta han acudido á este llama-

miento, y yo espero que no se portarán mal, á pesar de sus antecedentes. Pero, no obstante, van separados, como lo aconseja la prudencia; y si algo intentasen, el mayor número de los buenos les obligaría á entrar en razon.

—Es cierto, y alabo vuestra prevision, amigo Martin, replicó el Almirante. Sin embargo, soy de parecer que los hombres de esa clase que se ha destinado á la *Pinta* vengan todos á la *Santa Marta*; pues aunque seais vos el jefe de aquel buque, yendo en él tambien sus propietarios Rascon y Quintero, no es cuerdo poner á su lado elementos de trastorno.

—Dejadlos á mi cuidado, señor don Cristóbal. Yo sé el remedio para apaciguar á los turbulentos; y si alguno se moviese, por mi vida que los señores Rascon y Quintero probarian el agua salada.

—¡Prudencia, señor Pinzon! ¡Mucha prudencia! Que esos hombres no vean en nosotros desconfianza. Tratémoslos como amigos fieles; y si no lo son, al cabo llegarán á serlo.

—No espero nada bueno de ellos, repuso Martin Alonso. Cuando revistemos la *Pinta*, vereis que se resiente de la mala gana con que ha sido alistada, y que no tiene todas las condiciones de seguridad necesarias para un viaje de largo curso.

—No os inquiete nada de eso, contestó Colon. Luego que salgamos de España, todo se remediará: ¿bien podrá la *Pinta* aguantar hasta las Canarias?

—Eso sí, seguramente, aunque ya es uno de los viajes mas largos que se puede hacer, respondió Martin. Y puesto que vuestra excelencia tiene intencion de ir primero á las Canarias, no tengo ya nada que decir; pues me presumo que desde allí á la India nos quedará que andar todo lo mas otro tanto.

Colon se sonrió y dijo:

—Todo lo mas, ó todo lo menos.

—¿Es mas? preguntó el marino de Palos.

—Sí, bastante mas; pero no creo que para vos sea cosa de importancia dos ó trescientas leguas de diferencia. Las distancias imponen antes de recorridas: la que yo me propongo salvar asustaria seguramente á hombres de poco espíritu; pero ni os considero de

estos, ni estoy seguro de que á la mitad del camino dejemos de encontrar algunos puntos de reposo.

—Aunque no encontremos ni una mala roca, y aunque tengamos que andar quinientas ó mas leguas para tomar puerto, Martín Pinzón no se pondrá colorado ni amarillo, señor Almirante.

—Pero sí os pondreis moreno, repuso Colón. Ha sido una falta grande la de no haber construido puente á la *Pinta* ni á la *Niña*.

—¡Vah! ¡Vah! replicó el duro marino. El sol y el viento ya me conocen: además que esa falta ofrece la ventaja de poder observar el cielo desde la cama. Y fuera de eso, las dos carabelas tienen sus castillos de popa, con lo que sobra comodidad para los oficiales. Lo esencial es que los buques naveguen bien y que vuestra excelencia vaya decentemente alojado. De lo primero yo respondo en cuanto á la *Niña*; y por lo que hace á la *Santa María*, me parece que es un buen barco: tiene su puente, sus aparejos de cruz, sus dos castillos, y mide algo mas de cien toneladas: se puede ir en él hasta el fin del mundo.

—Para este viaje, dijo Colón, aunque todas las carabelas fuesen pequeñas como la *Niña*, no habria ningun inconveniente, sino mucha ventaja; porque no siendo conocidos los mares que vamos á surcar, conviene que los barcos tengan poco calado, por si encontrásemos escollos. Sin embargo, estoy contento de la *Santa María*: es un barco excelente.

Así hablando, el Almirante se dispuso á salir del buque para ir á visitar los otros; y viendo á la tripulación formada en ala para despedirle con los honores debidos á su rango, consideró oportuno el momento para comunicar la orden de partir.

—Veo con satisfaccion, dijo, que estáis todos en vuestro puesto, en el cual vais á partir conmigo los peligros y la gloria, que es su natural y mas preciada recompensa. Yo estaré pronto en el mio, y espero que os hallaré siempre dignos de mi amistad y del renombre que como españoles mereceis. Lo primero que os recomiendo como jefe y compañero es, que prepareis vuestras almas, cual corresponde á buenos cristianos, á fin de que la divina Providencia os dispense su gracia. Mañana temprano subireis al convento de Santa

María, confesareis vuestros pecados, y recibireis la sagrada comunión; y por la tarde nos embarcaremos todos para dar comienzo á este viaje, que será dichoso con el favor de Dios, y el mas notable que hayan visto los hombres.

Los marineros y la gente de armas oyeron este breve discurso con la cabeza descubierta, y quedaron profundamente conmovidos.

Colon pasó en seguida á los otros buques, á cuyas tripulaciones habló en los mismos ó parecidos términos. Acabada la revista, supo que podia contar con ciento veinte hombres para todas las faenas, incluso los soldados, que eran muy pocos: los precisos nada mas para la defensa personal en caso de ser atacados cuando tomasen tierra. Vió además que las provisiones eran buenas y abundantes, y que siguiendo sus instrucciones, se habia hecho buen acopio de avalorios, espejos, peines, cascabeles y otras fruslerías semejantes, que solian llevar los portugueses en sus expediciones de descubrimientos, y que en esta fueron de grande utilidad, como se verá despues.

Al amanecer del dia siguiente los claustros del convento de la Rábida eran teatro de una escena que caracteriza la época: todos los compañeros de Colon se hallaban allí silenciosos, con aspecto compungido; y á medida que un lego les hacia seña, iban entrando de dos en dos ó de cuatro en cuatro en la iglesia, donde todos los religiosos profesos estaban ocupados en confesarlos. Colon habia sido absuelto el primero por el padre Marchena, y vestido con un humilde traje de penitente, oraba cerca del altar mayor, juntamente con los hermanos Pinzon, don Juan de la Torre y los oficiales reales. Sancho estaba detrás de estos con su ahijado Andrés Leal, hombre consecuente, que andando el tiempo acreditó con los hechos su apellido.

Luego que todos los marineros y soldados hubieron concluido su confesion, celebróse una misa solemne, y el guardian de Santa María pronunció desde el púlpito una plática breve, recomendando á los expedicionarios la obediencia y el respeto á su jefe, y mostrándoles el objeto de la expedicion bajo el punto de vista religioso mas propio para enardecer sus espíritus, é infundirles al mismo tiempo

la serenidad de quien va á exponer su vida en servicio de Dios y de la patria.

Terminada la misa, el mismo padre Marchena, vestido de pontifical, dió la comunión al Almirante y á los demás por su orden de categoría.

Pocas veces se habrá celebrado un acto religioso, de suyo grave y sublime, con mayor fé y recogimiento que en esta ocasion. Subyugados los ánimos por la idea de los peligros futuros, que la imaginacion engrandecía y abultaba mas que si estuviesen presentes, imploraban el amparo de la divinidad con fervoroso anhelo, y aspiraban á purificarse de toda mancha con un espíritu de contricion, como jamás lo habian sentido.

Aquellos marineros toscos, aquellos soldados aventureros, aquellos criminales rechazados por la sociedad, que se presentaban voluntarios á sufrir una expiacion para regenerarse; todos aquellos hombres duros, ignorantes y llenos de preocupaciones, debieron de hacer llegar por un momento la voz de sus almas contritas y humilladas al trono de Dios; y fuera impío suponer que este Ser infinitamente misericordioso no escuchase sus plegarias sencillas aunque efímeras.

Mas altos eran los sentimientos de Colon en aquel dia solemne. Su espíritu se elevaba hasta fundirse con la divinidad, de quien creia recibir sus inspiraciones. Jamás su pensamiento le pareció mas grande y santo que en aquellos momentos de abstraccion terrenal, en que purificado de sus culpas por la penitencia, se veia ya preparado á consumir la grande obra, objeto de su vida entera. La vision celestial, que en otro tiempo rasgó ante sus ojos el velo del porvenir, pasaba por su mente ahora, revestida con la túnica majestuosa y pura de la fé, y le mostraba el término infalible y afortunado de sus afanes.

Concluida la ceremonia religiosa, el Almirante despidió á su gente hasta la tarde, señalándoles la hora en que debian hallarse todos á bordo en sus respectivos buques; y separándose tambien de los oficiales, volvió á la iglesia, donde le aguardaba el padre Marchena para celebrar otra ceremonia secreta.

La escena que iba á tener lugar no ha sido descrita por ningun

historiador, porque toca á la vida íntima de nuestro héroe; pero no por eso deja de ser de las mas interesantes.

Durante la comunión general, habian orado devotamente dos personajes, ocultos detrás de la celosía del coro: estos dos personajes eran un caballero anciano y una dama, cuyos nombres ignoraba la comunidad, y solo eran conocidos del padre Marchena. Colon y don Juan estaban tambien impuestos en el secreto; pero nadie mas sabia quiénes fuesen, ni el objeto de su venida: la dama se habia presentado en el convento cubierta con una mascarilla, que conservaba sobre la mitad de su rostro.

El guardian condujo á Colon á la sacristía, donde ya se encontraban los dos misteriosos personajes, mandó llamar al joven don Juan y al niño Fernando, y cerró luego la puerta, quedándose á solas con los cinco.

Revestido con los ornamentos sacerdotales, dirigió la palabra primero al noble anciano y le dijo:

—Ilustre caballero: Dios que ilumina las almas y borra los pecados del mundo, ha querido por su infinita bondad atraeros á los ruegos que yo, su ministro mas indigno, he creído de mi deber dirigiros, para que una desgracia de familia se convierta, con vuestro beneplácito, en origen de ventura y de paz. Ya estáis aquí, y no necesito encareceros el gozo de que vuestra presencia llena mi corazón. Si el Almirante de Sus Altezas hubiese de partir á cruzar ignotos mares, llevando en su conciencia el peso de una falta, que siempre ha deseado reparar, mi alma quedaria triste, y la vuestra no podría permanecer tranquila. Dios quiere nuestro bien: hágase su santa voluntad.

—Así sea, contestó el caballero. Yo me humillo gustoso ante sus soberanos preceptos.

El guardian se dirigió entonces á Colon, y le dijo con acento severo:

—Habeis sido culpable ante Dios: pero este Ser infinitamente bueno tendrá piedad de vos, y os perdonará, mediante una reparación de vuestras faltas, y si además cumplís la penitencia que se os ha impuesto. ¿Quereis con voluntad firme y sincera santificar los lazos que os unen á doña Beatriz Henriquez, y prometeis ratificar

vuestra union con ella de un modo público y solemne, cuando volvais de vuestro viaje, si os conserva Dios la vida?

—Lo quiero con todas las veras de mi corazon, respondió el Almirante, y Dios, que vé mi alma, sabe que ese ha sido por mucho tiempo uno de mis mas ardientes deseos.

—Y vos, señora, continuó Fray Juan dirigiéndose á la dama, ¿sois gustosa en aceptar la palabra y fé de matrimonio que os da el almirante don Cristóbal Colon?

—Sí, señor, contestó la dama con voz desfallecida, pero afectuosa.

—Descubrios, pues, hija, repuso el guardian, y dad la mano á vuestro esposo.

Hizo doña Beatriz temblando cuanto se le mandaba, y el padre Marchena, estendiendo sus manos sobre ella y Colon, pronunció estas palabras:

—Yo, indigno siervo del Señor, en su santo nombre bendigo vuestra union, para alivio de vuestras conciencias y perdon de vuestras culpas. Haga la bondad divina que un dia venidero podais completar este acto imperfecto, y que sea para vosotros un manantial de virtudes y felicidades.

Y bajando las manos, añadió:

—Hombre, abraza á tu mujer.

Colon abrazó á doña Beatriz, conmovido hasta el fondo del alma,

Fray Juan, entre tanto, llamó al niño Fernando, y tomándole de la mano, lo presentó á su madre, á quien dijo:

—Mujer, abraza á tu hijo.

Dos gritos de júbilo se escaparon á un tiempo de los pechos de la madre y del niño, que se abrazaron estrechamente, confundiendo sus besos y sus lágrimas. Para Fernando, que hasta aquel momento no habia conocido á su madre, la escena anterior habia sido una cosa incomprendible y extraña; y la últimas palabras del religioso, descorriendo súbitamente á sus ojos el velo del secreto, produjeron en su alma tierna una impresion, que debió durarle toda su vida.

Fray Juan, pudiendo á duras penas contener lás lágrimas que le arrancaba el espectáculo de su propia obra, y esforzándose para

conservar la dignidad de su alto ministerio, prorumpió con voz entrecortada diciendo á todos:

—¡Gloria á Dios en la alturas, y paz al hombre en la tierra! Hijos, amaos unos á otros como hermanos.

El duro adelantado don Pedro Henriquez presentó su mano á Colon, el cual le recibió en sus brazos: don Juan se unió al grupo, y aunque sus ojos estaban humedos, no desmintió esta vez la viveza de su carácter; pues dejó caer estas palabras al oido de Colon:

—¡Ay, señor Almirante! ¡Cuándo me llegará la mia!

Fray Juan Perez se despojó de la vestiduras sagradas y condujo á todos á su celda, en la cual se les sirvió una comida. Diego Colon, aquel niño que siete años antes recibió de limosna pan y agua en la puerta del convento, y era ya casi un jóven, tuvo tambien un cubierto al lado de su hermano, con quien iba á vivir durante la ausencia de su padre.

Aquel banquete no podia ser alegre ni triste; pero participaba en igual grado de ambos sentimientos; y esceptuando á Colon, que poseido ya exclusivamente de su grande idea, conservaba la serenidad y elevacion de alma propias de su carácter, los demás hablaban y sonreian con las lágrimas en los ojos.

Llegó el momento de la separacion. El padre Marchena, despues de terminada la comida, hizo salir á todos, dejando solos en la celda á Colon y doña Beatriz. Cortos instantes duró su despedida; pues la noble dama, luego que hubo abrazado á su esposo con ternura, enjugó el llanto, y con rostro sereno le dijo:

—¡Adios, Colon! Parte tranquilo, como tranquila queda tu esposa. En este momento solemne creo ver en tus ojos la fé serena del buen cristiano, que abandona el mundo con la firme creencia de revivir en otro mejor. No se diga jamás que tu compañera fué indigna de tí. Mírame; ya no lloro: tengo de tí mi fortaleza.

Colon apretó la mano á su esposa, y salió de la celda: al reunirse con el guardian y los demás, su semblante inspiraba confianza y valor.

CAPITULO III.

Al partir.



PESAR de la orden expresa del Almirante, á la hora señalada para embarcarse faltaban muchos marineros en sus puestos.

Colon llegó á la playa con su hijo Diego, el padre Marchena, don Juan y Sancho, y dos de los oficiales nombrados por la Corona. Veíanse dispersos por la rivera y en las cercanías del pueblo algunos grupos de hombres y mujeres, las cuales hacian

estremos de dolor y sentimiento.

La *Pinta* y la *Niña* estaban ya botadas al agua, y en rededor de ellas vogaban algunas lanchas cargadas de viajeros y equipajes.

Al aparecer Colon en la cuesta, que del convento bajaba al pueblo, las casas quedaron vacías de sus moradores, que acudian á presenciar el embarque: todos mostraban un triste aspecto de duelo y desolacion, y sin duda alguna las maldiciones de las madres, her-

manas y esposas de los expedicionarios eran los votos secretos que se hacian contra el autor de la temeraria empresa.

Estando ya en la orilla del agua, se vió salir de entre la muchedumbre á una mujer rodeada de cinco muchachos, la cual daba grandes gritos, y con ellos y sus brazos intentaba detener á un marinero de rudo aspecto.

—No quiero que te vayas, Andrés, gritaba la desventurada. Mira tus pobres hijos que van á quedar sin padre. ¡No quiero que vayas: no quiero!

Sancho conoció á su recluta Andrés Leal, que á pesar de su rudeza y vigorosos miembros, sentia desfallecer su valor ante el espectáculo de su mujer y sus hijos desolados. El escudero corrió hácia él, y le gritó antes de llegar;

—¡Andrés! ¡Andrés! ¿Ahora estamos así?

La mujer se volvió hacia Sancho, como hácia un enemigo, diciéndole:

—No te acerques, satélite de Satanás. Véte allá: tú que eres un perdido, sin hogar ni familia, puedes ir á ese viaje de perdicion; pero no seduzcas, maldito, á los padres de familia.

—Calla, Paula, calla, por Dios, dijo el marinero. Yo no hago mas que obedecer á la Reina, como debo, y Sancho no tiene culpa ninguna de lo que pasa.

—Mas valiera que hubieses atendido á mis consejos, Andrés, repuso ella. Si nos hubiéramos ido de este pueblo, como yo queria, no me quedaria yo viuda, ni tus hijos huérfanos.

—¡Qué estás ahí diciendo, mujer de Dios! dijo Sancho terciando en la conversacion. ¿Te meten la fortuna por las puertas, y aun te quejas? Tu marido va á ser rico, y dentro de poco le envidiarán mas de cuatro.

—Véte de aquí, tentador, repuso ella cada vez mas enfurecida. No quiero riquezas á costa de la salud del cuerpo y del alma. Mi pobre Andrés no volverá; y lo peor de todo es, que le tragarán los abismos.

Sancho fué á replicar; pero aquella furia le saltó á la cara, intentando arañarle.

Colon se acercó pausadamente hácia el lugar de la disputa, cre-

yendo necesario intervenir. Paula que le vió, dejó á Sancho y se fué hácia él, no ya furiosa, sino suplicante; pues sus canas y su actitud le impusieron respeto.

—Mujer, ¿qué es lo que quieres? le dijo Colon. ¿Por qué te desesperas?

—¡Ay, señor Almirante! respondió ella sollozando. Permitid que mi Andrés se quede. ¿Qué falta os hace un marinero mas ó menos? Solteros hay; dejad á mi marido: ved que tiene cinco hijos que mantener.

—Tu marido es marinero y tiene obligacion de ir á donde la Reina le mande. ¿Acaso no lo sabias cuando te casaste con él? Sus hijos no han de impedirle cumplir sus deberes. Yo tambien tengo hijos y me separo de ellos.

—¡Ah! Señor, eso es muy diferente: vos vais por vuestro gusto, y os han hecho Almirante. Mi pobre Andrés va forzado, y no puede sacar nada de ese maldito viaje mas que una muerte horrosa.

—¿Pues qué mas tiene este viaje que otro cualquiera? Si resulta provecho de él, ¿no recibirá su parte tu marido, como los demás? Si eres buena cristiana, debes felicitarte de que Andrés me acompañe.

—¡Buen negocio! Yo no creo vuestras palabras, que contradicen la palabra de Dios. No le creas, Andrés, no le creas. Todo lo que dice es solo para perderte.

—¿Qué interés tengo yo en eso, buena mujer? preguntó Colon sin ofenderse. ¿Voy á ganar algo en la muerte de tu marido y de sus compañeros?

—Yo no lo sé; pero Andrés me pertenece, y yo no puedo consentir que emprenda ese viaje, al servicio del príncipe de las tinieblas. Vos habeis dicho que la tierra es redonda, cuando todos la vemos llana. Y si es redonda, ¿cómo hareis para volver cuando las carabelas hayan bajado la cuesta del mundo? No es posible que un barco navegue contra la corriente despeñada. Y si no es redonda, como el pueblo de Palos es tan pequeño, no podreis encontrarlo cuando esteis engolfado en esos mares tan grandes.

El padre Marchena vino en ayuda de Colon para persuadir á la

pobre mujer, que en su ignorancia discurría, poco mas ó menos, como algunos de los sabios de Salamanca.

—Paula, dijo el guardian, yo te conozco y sé que eres buena cristiana.

—¡Jesus! ¿Por qué me decís eso, padre guardian?

—Lo digo, hija mia, porque veo que el espíritu malo te tienta. ¿Cómo te atreves á decir que este viaje se emprende en servicio del príncipe de las tinieblas? ¿Crees tú que la Reina sea una mala cristiana?

—¡Ni soñarlo, padre mio! S. A. es una santa.

—Pues bien, has de saber que S. A. ordena este viaje para servir á Dios. ¿Te opondrias tú á que tu marido fuese á rescatar el Santo Sepulcro de manos de infieles?

—Eso no; pero lo otro es muy diferente.

—Es lo mismo, hija mia: yo no diré que tu marido no corra peligros en ese viaje, pues en el mar siempre los hay; pero esos peligros son para la mayor gloria de Dios; porque Andrés va á descubrir un país, donde hay mas infieles que arenas en esta playa; y todos ellos se convertirán á la fé de Jesucristo, y sus riquezas servirán para rescatar el Santo Sepulcro.

Paula quedó pensativa al oír las palabras del religioso: en aquel tiempo mas que en lo sucesivo, nadie tenia mayor poder de persuasión sobre el pueblo, y especialmente sobre las mujeres, que los ministros de la Iglesia: sus razonamientos no se discutian; eran creídos, como emanados de los depositarios de la verdad eterna. Sin embargo, la pobre mujer, que luchaba por otra parte con sus sentimientos de esposa y madre y con sus muchas preocupaciones, alzó tímidamente la vista, y recatándose de Colon, dijo en voz baja al padre Marchena:

—Yo no pongo en duda la buena fé de vuestra reverencia: pero el diablo es muy sutil, padre guardian; y á veces, como vos mismo y el señor cura de la parroquia soleis decirlo desde el púlpito, el lobo se viste con manto de oveja para perder á los desdichados hijos de Adan. Yo he oido decir á personas respetables que ese señor genovés profesa malas artes.

—No creas tal cosa, hija mia: es uno de los cristianos mas vir-

tuosos que conozco, y la empresa misma que acomete, la mejor prueba de su deseo ardiente de servir á Dios. Vivimos en un tiempo, en que todo parece presagiar la venida del gran dia anunciado por los profetas; del dia glorioso en que el mundo entero será un gran templo consagrado al Señor; los hombres de todos los paises obedecerán á una sola ley, la ley de Gracia; y sometidos á la moral comun del Evangelio, se amarán unos á otros como hermanos, por apartados que vivan. Esto es lo que empezará á tener cumplimiento con el gran viaje que hoy emprende el Almirante de sus Altezas: y tú, mujer insensata, oponiéndote á que tu marido le acompañe, no conoces que te privas de la recompensa que el cielo guarda á los débiles instrumentos de sus altos fines: no ves que atraes la maldición de Dios sobre tí y sobre tus hijos que tanto amas.

La mujer no pudo escuchar estas palabras sin estremecerse. Bajó la cabeza humillada, y en seguida, mirando atentamente á Colon, y volviéndose hácia su marido, dijo á ese último:

—Andrés, ¿eres tú gustoso en hacer este viaje?

—Paula, respondió el marinero: mi obligacion es primero que todo.

—Y tus hijos, Andrés, ¿no son nada para tí?

—¡Pardiez! repuso nuestro hombre. ¿Te figuras que no tengo entrañas de padre? Por ellos iré á donde quiera que me manden: y no se hable mas, Paula; yo creo que el señor Almirante no merece lo malo que se dice de él.

—¿Qué dicen de mí? preguntó Colon sin alterarse. Repetídmelo con franqueza: no me enfadaré por eso.

—Nadie está libre de malas lenguas, señor, contestó Paula; y yo misma os he dicho ya parte de lo que murmuran las gentes. Dicen que sois genovés...

—¿Y es un delito no haber nacido en España?

—No es un delito; pero se asegura que los extrangeros no son tan buenos cristianos como los de Castilla, y yo hubiera deseado que mi Andrés marchase á las órdenes de un Henriquez ó un Guzman.

—¿Y si yo os dijera, contestó el Almirante, que alguno de esas familias no tiene reparo en acompañarme? Ved aquí este jóven, ca-

marero del Rey, añadió señalando á don Juan: por seguirme abandona á sus parientes y todo el regalo de la corte.—¿Qué mas dicen de mí?

—Señor, dicen que sois pobre, y que para enriqueceros acomeis una cosa imposible, á riesgo de sacrificar multitud de hombres.

—Yo merecería la muerte si tal fuese mi intencion. Pero ¿no conoces que sacrificándolos correría yo mismo á mi perdicion? Pobre soy; pero no creo que esto se considere en Palos como un crimen. Mas, habiéndolo sido toda mi vida, ¿no sería un loco, si á la edad que cuento no me moviese otro impulso que el de una desenfrenada codicia? Desengáñate, buena mujer: yo voy á donde vá tu marido, participo de sus peligros, expongo mi vida con él; si de este viaje resultan ganancias, si es acepto á los ojos de Dios, Andrés no perderá nada. Cuando llegue el dia del juicio final, á nadie se le pedirá cuenta por haber sido pobre ó genovés, sino solo segun sus obras.

—Teneis razon, señor, respondió Paula resignada. Sin embargo, es muy sensible á una mujer separarse de su marido. ¡Si al menos estuviese cierta de que volverá!...

—Nadie está cierto de que, al acostarse en su cama, no amanecerá al dia siguiente en la eternidad, replicó el Almirante. Yo, hija, sé á donde voy; sé como he de volver; pero ningun hombre es dueño de un solo instante de su vida. Ten fé y esperanza en Dios; si yo no creyese que tu marido es un buen marinero y un súbdito fiel, no daría pruebas de apreciar sus servicios, como lo hago insistiendo en que me acompañe; y si dudase un solo instante de la certeza de mis cálculos, ni de él, ni de ningun otro hombre me valdria para llevarlos á ejecucion.

—Andrés, dijo Paula llorosa, tomando la mano de su marido, el señor Almirante no es lo que dicen por ahí. Yo no me opongo á que le acompañes: haz tú lo que quieras.

—Yo, mujer, haré lo que debo, contestó el marinero. Si me toca morir, para eso nael: la caridad cuidará de tus hijos.

—Eso es hablar como valiente y como cristiano, dijo el Guardian. Dios no abandona sus hijos.

Colon queria conducir aquella tarde las carabelas á la altura de Huelva, como punto mas despejado, para desde allí tomar rumbo por

CRISTOBAL COLON.



Al partir.

la mañana, y á fin de tener su gente disponible cuando se levantase el viento de tierra. Este primer paso, aunque corto, podia considerarse como decisivo, y convenia apresurarlo á fin de evitar los entorpecimientos que no podian menos de sobrevenir, mientras los expedicionarios tuviesen algun contacto con sus familias. Todos los morosos estaban ya en la playa: sus parientes y amigos acudian á despedirlos, y se lamentaban como si no hubiesen de volver á verlos.

—Padre Guardian, dijo Colon á su constante amigo, cada momento que pasa debilita los ánimos de esa pobre gente. Demos principio á la grande obra en nombre de Dios: para conciliarme su gracia, yo quisiera que nos diéseis vuestra bendicion.

—Es un deseo que satisfaré con el mayor gusto, respondió el religioso: ¡y ojalá mis humildes votos lleguen hasta los oídos del Señor!

Colon se arrodilló en la arena, cruzando las manos y bajando los ojos con el mas profundo recogimiento. Su hijo Diego, aunque no debía partir, le imitó, y lo mismo hicieron el jóven D. Juan, Sancho, los oficiales reales y algunos marineros y soldados. Fray Juan parecia en aquel momento estar inspirado por un espíritu superior: alzando los ojos al cielo, estendió sus manos trémulas sobre aquella muchedumbre de cabezas desnudas, y en voz alta y solemne pronunció estas palabras:

—Señor, Dios de bondad: tú que enfrenas los huracanes y desatas el rayo: tú, á quien obedecen los mares, el cielo y el abismo: dignate mirar con ojos de misericordia á estos hombres, que van á plantar el santo árbol de la Redencion en un mundo remoto y desconocido. Concédeles, Señor, acierto y dias bonancibles, y haz que de su obra nazcan la paz y el amor entre todos los pobladores de la tierra. ¡Bendícelos, Señor, Dios mio, como yo los bendigo en tu santo nombre!

Pronunciada esta fervorosa invocacion, el padre Marchena dió las manos al Almiranté para ayudarle á levantarse: este le abrazó con el cariño de un hijo; y en seguida, mirando á Diego y atrayéndolo hácia sí, dijo conmovido:

—Siete años hace, padre mio, la caridad de vuestra casa dió

pan y agua y generoso asilo á un pobre niño hambriento. Aquel dia y este se enlazan en mi alma, como si ningun otro hubiese pasado entre ellos. Mis penalidades, mis fatigas, todo se hunde en las regiones del olvido: una mañana de dolor, en la cual enjugásteis mis lágrimas; una tarde bendita, en que comienza para mí un nuevo modo de ser; gratitud y santo gozo del alma: esto es algo, lo demás es nada. Mucho habeis hecho por este peregrino de la ciencia: mucho os queda que hacer. Tres meses faltan de lucha; seguid como hasta hoy siendo el padre de sus hijos.—Diego, sé digno de tus bienhechores: ámalos y enseña á tu hermano á quererlos y respetarlos.—Quedad con Dios, mi buen amigo: rogad al cielo por mí.—¡Adios, hijo mio! Pronto seremos felices.

Diciendo así, Colon apretaba la mano al Guardian, y besaba en la frente á su hijo.

Pocos momentos despues entraba en la chalupa, que debia conducirle á bordo de la *Santa Maria*. Entre los remeros estaba Andrés Leal, que al alejarse de la orilla, no apartó un momento la vista de la playa: en aquel sitio se veia, entre otros grupos, el de Paula y sus cinco hijos, pudiendo servir de asunto á un cuadro de la Resignacion.

Las dos caravelas menores se movieron lentamente, hasta colocarse y quedar inmóviles cerca de la almiranta, enfrente de Huelva.

El sol tocaba ya á los limites visibles del Océano, y aparecia como una roja antorcha, destinada á guiar á los aventurados viajeros. Mientras duró en el horizonte un átomo de su luz, las aguas del Odiel estuvieron pobladas de lanchas, que rodaban en torno de las caravelas, cómo las golondrinas alrededor de sus nidos.

CAPITULO IV.

Una noche á bordo.



EMOS indicado someramente qué clase de buques eran aquellos en que se iba á emprender esta expedición extraordinaria: ciertamente no correspondían á la magnitud del objeto, y es una de las cosas que mas admiración causan la pequeñez de los medios con que se llevó á cabo tan colosal empresa.

El buque almirante *Santa María* era de doble tamaño que el mayor de los otros dos, y ya sabemos que media poco mas de cien toneladas. Dificilmente nos formaríamos una idea de su construcción si le comparásemos con cualquiera de los que hoy se conocen; y á no saber algunas particularidades ya desusadas, viéndole un marino de nuestros días, le desecharía por inservible para navegar.

Su simple aspecto presentaba una desproporción tan grande en la obra muerta, que el mas inteligente pondría en duda la seguri-

dad de la tal nave: y sin embargo, su forma era la generalmente adoptada en aquel tiempo. No eran aquellos buques como los de ahora, tan bien aparejados, tan simétricos, tan bajos de popa, ni tenían la gracia y ligereza que en los últimos inspira confianza.

Sobre la popa y en el lugar de la toldilla, se alzaba una armazon pesada y de varios cuerpos con el nombre de castillo,—y tal lo parecía,—destinada al alojamiento de los jefes y primeros oficiales: el castillo de proa, donde había el mayor número de camarotes, era de unas dimensiones aun mas desproporcionadas, y se elevaba como una construccion aparte sobre las serviolas, ocupando casi un tercio del combes. Pero esta gran altura fuera del agua no era de temer, gracias á ciertas precauciones: en primer lugar, la arrufadura de aquellos buques comenzaba, poco mas ó menos, en el nivel de las líneas de flotacion, y los baos del castillo de popa estaban reducidos á unas dimensiones convenientes: en segundo lugar, estos barcos eran uniformemente cortos, poseian la ventaja de alzarse fácilmente de proa y tenían una gran solidez, aunque con perjuicio de su ligereza. Los aparejos eran tambien muy diferentes de los actuales: por lo regular se componian de velas de cruz y latinas combinadas: naturalmente no llevaban tanto número de palos ni de masteleros como las grandes embarcaciones de ahora, ni estos subian gallardos como agujas, cual hoy los vemos, que parece van á perderse en las nubes.

La carabela en que iba Colon era un barco de esta especie y de los mejor acondicionados; pero distaba mucho de corresponder á las necesidades de un viaje tan arriesgado; y en la actualidad, siendo bien conocido el derrotero no cursado hasta entonces por ninguna vela, serian pocos los marinos que se aventurasen á arrostrar las iras del Océano en un buque semejante. Menos lo harian en cualquiera de los otros dos: contruidos conforme al modo de navegar en aquella época, es decir, costeando siempre, y á la mira de algun puerto donde abrigarse en caso de temporal, carecian de cubierta propiamente dicha, y solo llevaban, además de sus dos castillos, lonas embreadas para cubrir el cargamento, y resguardarse del sol y las lluvias.

Marinos expertos y conocedores de los peligros de su profesion